



El espectáculo del tiempo
Juan José Becerra



Lectulandia

¿Qué se puede hacer contra la arrogancia de la eternidad? Una sola cosa: vivir. O dos: vivir y contar. El narrador de esta historia —un empresario del cine que apenas se siente escritor— sufre de cronofobia y ve cómo el tiempo actúa dañando las cosas y los hechos: «El tiempo es un espectáculo que se puede ver». La misión de contar ese espectáculo obliga a su escritura a reaccionar contra el tiempo con la épica del insecto que enfrenta a una bestia. El espectáculo del tiempo es una novela total sobre la intimidad más profunda de las personas y la grandeza insondable del universo. Las aventuras del amor, los hábitos del sexo, las crisis y los oasis familiares, las comedias del trabajo y el ocio, los múltiples disfraces de la muerte, los viajes, el relato histórico y la vida de los otros se despliegan y conectan como partes de un organismo que busca sobrevivir al olvido. Este libro —como el tiempo— empieza con el *Big Bang* y termina en el *Big Crunch*. Entre ambos flotan las historias de todos nosotros y la probada pericia de Juan José Becerra que se consolida, sin duda, como uno de los grandes narradores del Río de la Plata.

Lectulandia

Juan José Becerra

El espectáculo del tiempo

ePub r1.0

diegoan 12.09.2019

Título original: *El espectáculo del tiempo*
Juan José Becerra, 2015

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El espectáculo del tiempo

Primera parte

- [Capítulo 1 - 2002](#)
- [Capítulo 2 - 2002](#)
- [Capítulo 3 - 1953](#)
- [Capítulo 4 - 2002](#)
- [Capítulo 5 - 1993](#)
- [Capítulo 6 - 1959](#)
- [Capítulo 7 - 1993](#)
- [Capítulo 8 - 1962](#)
- [Capítulo 9 - 2002](#)
- [Capítulo 10 - 1948](#)
- [Capítulo 11 - 1895](#)
- [Capítulo 12 - 2002](#)
- [Capítulo 13 - 2002](#)
- [Capítulo 14 - 2002](#)
- [Capítulo 15 - 2002](#)
- [Capítulo 16 - 1948](#)
- [Capítulo 17 - 2002](#)
- [Capítulo 18 - 2002](#)
- [Capítulo 19 - 1970](#)
- [Capítulo 20 - 1975](#)
- [Capítulo 21 - 1978](#)
- [Capítulo 22 - 1983](#)
- [Capítulo 23 - 2003](#)
- [Capítulo 24 - 1996](#)
- [Capítulo 25 - 1980](#)
- [Capítulo 26 - 2006](#)
- [Capítulo 27 - 2006](#)
- [Capítulo 28 - 1992](#)
- [Capítulo 29 - 2001](#)
- [Capítulo 30 - 2002](#)
- [Capítulo 31 - 1992](#)
- [Capítulo 32 - 2006](#)
- [Capítulo 33 - 1972](#)
- [Capítulo 34 - 2001](#)
- [Capítulo 35 - 2004](#)
- [Capítulo 36 - 2007](#)
- [Capítulo 37 - 2007](#)
- [Capítulo 38 - 2002](#)
- [Capítulo 39 - 2003](#)
- [Capítulo 40 - 2004](#)
- [Capítulo 41 - 2004](#)
- [Capítulo 42 - 1982](#)

[Capítulo 43 - 1990](#)
[Capítulo 44 - 2005](#)
[Capítulo 45 - 1992](#)
[Capítulo 46 - 2005](#)
[Capítulo 47 - 2005](#)
[Capítulo 48 - 1993](#)
[Capítulo 49 - 1981](#)
[Capítulo 50 - 2004](#)
[Capítulo 51 - 1981](#)
[Capítulo 52 - 1983](#)
[Capítulo 53 - 1983](#)
[Capítulo 54 - 2002](#)
[Capítulo 55 - 1997](#)
[Capítulo 56 - 2003](#)

Segunda parte

[Capítulo 57 - 0 — 26 828 308 254](#)

Última parte

[Capítulo 58 - 1752](#)
[Capítulo 59 - 1993](#)
[Capítulo 60 - 2000](#)
[Capítulo 61 - 1998](#)
[Capítulo 62 - 1998](#)
[Capítulo 63 - 1998](#)
[Capítulo 64 - 2004](#)
[Capítulo 65 - 2004](#)
[Capítulo 66 - 1998](#)
[Capítulo 67 - 1945](#)
[Capítulo 68 - 1975](#)
[Capítulo 69 - 1990](#)
[Capítulo 70 - 2000](#)
[Capítulo 71 - 2000](#)
[Capítulo 72 - 1974](#)
[Capítulo 73 - 1985](#)
[Capítulo 74 - 1998](#)
[Capítulo 75 - 1998](#)
[Capítulo 76 - 1998](#)
[Capítulo 77 - 1994](#)
[Capítulo 78 - 1998](#)
[Capítulo 79 - 2002](#)
[Capítulo 80 - 2001](#)
[Capítulo 81 - 2000](#)
[Capítulo 82 - 2001](#)
[Capítulo 83 - 1963](#)
[Capítulo 84 - 1976](#)
[Capítulo 85 - 2006](#)
[Capítulo 86 - 2006](#)
[Capítulo 87 - 2006](#)
[Capítulo 88 - 2005](#)
[Capítulo 89 - 1998](#)
[Capítulo 90 - 2003](#)
[Capítulo 91 - 79](#)
[Capítulo 92 - 2000](#)

[Capítulo 93 - 1980](#)
[Capítulo 94 - 1963](#)
[Capítulo 95 - 1985](#)
[Capítulo 96 - 2002](#)
[Capítulo 97 - 2005](#)
[Capítulo 98 - 2001](#)
[Capítulo 99 - 2002](#)
[Capítulo 100 - 1997](#)
[Capítulo 101 - 2006](#)
[Capítulo 102 - 2006](#)
[Capítulo 103 - 1976, 1979, 1987, 1988](#)
[Capítulo 104 - 1995](#)
[Capítulo 105 - 2006](#)
[Capítulo 106 - 2006](#)
[Capítulo 107 - 2006](#)
[Capítulo 108 - 2006](#)
[Capítulo 109 - 2004](#)
[Capítulo 110 - 2004](#)
[Capítulo 111 - 2006](#)
[Capítulo 112 - 2003](#)
[Capítulo 113 - 2004](#)
[Capítulo 114 - 2005](#)
[Capítulo 115 - 1999](#)
[Capítulo 116 - 2005](#)
[Capítulo 117 - 2005](#)
[Capítulo 118 - 2002](#)
[Capítulo 119 - 1844](#)
[Capítulo 120 - 2000](#)
[Capítulo 121 - 1999](#)
[Capítulo 122 - 2005](#)
[Capítulo 123 - 2006](#)
[Capítulo 124 - 2067](#)

Sobre el autor

Fluye el tiempo, que hace llorar.

MACEDONIO FERNÁNDEZ

PRIMERA PARTE

2002

Murió José María Pardo. Tenía ciento doce años. Fue la noticia del día. Había sido un personaje muy presente en los actos públicos a los que lo llevaban para que diera su testimonio como sobreviviente de la Historia. Lo obligaban a hablar y, en el interior de lagos mentales del tamaño de océanos, se lanzaba hacia viajes interiores hondos y oscuros de los que, por lo general, no regresaba. Si lo hacía era para contar episodios olvidados con palabras que aludían a cosas que ya no existían, o que solo existían en el pasado deshecho que él evocaba como un planeta perdido.

Cuando cumplió ciento diez años los diarios publicaron fotos a doble página de las celebraciones, organizadas para trascender el festejo privado y alcanzar un estatus de fiesta patronal. Lo pasearon por plazas y auditorios, le ofrendaron conciertos de folclore en los que cantó y bailó dando lástima bajo un sinfín de ovaciones afectadas, y cerraron el homenaje con una cena en el *hall* central de la Municipalidad de Buenos Aires donde los dos mil invitados vieron, aun cuando miraran hacia otro lado, cómo Pardo se dormía en la mesa.

El triunfo de la longevidad como milagro biológico que animaba la esperanza enfermiza de la vida eterna, en la que todas las personas razonables han caído alguna vez, se manifestó también como un fracaso espectacular de la memoria porque esa noche el discurso de Pardo revolvió una masa informe de fechas que desfilaron por las calles embarradas del recuerdo y que, en el apuro por resumir en pocos minutos una vida que se había prolongado de manera alarmante, arrastrando consigo un sinnúmero de experiencias pero también repeticiones que la reducían a una rutina de tedio, dejó flotando sobre los rumores obsecuentes de la sobremesa una idea inesperada de brevedad e intrascendencia.

Pero nadie advirtió esos déficits, y su modelo de duración sobrehumana se mantuvo invicto. El viejo Pardo seguía siendo un fenómeno de fortuna individual, inmune a las catástrofes naturales y a los accidentes; su cuerpo era el fetiche de la buena salud y la buena estrella.

Caminaba solo, sin bastón ni acompañantes (sus piernas arqueadas le daban un toque deportivo a sus desplazamientos); nunca lo habían operado para sacarle tumores ni para implantarle prótesis, leía el diario sin anteojos y la asistencia médica que recibía no se daba por necesidad sino por la curiosidad del sistema de salud de hurgar en los secretos de su maquinaria vetusta pero increíblemente aceiteada.

En el besamanos, fogoneado por el Jefe de Gobierno, los asistentes lo abordaban como a una celebridad que con solo dejarse ver podía dar respuesta a todas las preguntas que despertaba su milagro: ¿qué come?, ¿cuántas horas duerme?, ¿fuma?, ¿viaja en avión?, ¿coge? Desde la cima de la suerte inverosímil que lo elevaba, José María Pardo, Pardito, El Rey del Tiempo, sonreía sin dar detalles de sus facultades; sonreía agrandado desde su enorme y atrofiado poder testimonial, una característica que lo había incorporado al sistema mitológico de la ciudad como un ídolo sin atributos, nada que no fuera otra cosa que un hombre que duraba más que otros. Como un castigo orientado contra los beneficios que le habían tocado, su cara no revelaba ningún estado interno. No lloraba, no se reía, no se enojaba. Nunca. Las arrugas, materia flácida que lo constituía como un muñeco de goma derretido, lo volvían inexpresivo hasta la nulidad, por lo que sus necesidades de expresión se reducían al empleo de un lenguaje raso o, cuando lo nublaban la amnesia, a un triste repertorio de silencios siempre festejados como intervenciones sabias.

Cuando cumplió cien años dejó de ser un hombre para convertirse en un tótem cronológico, un objeto de emulación y un aborto humano de eternidad; y después de los ciento diez bastaba su presencia en cualquier lado para que esa presencia hiciera funcionar otra vez la máquina de los interrogantes: ¿cómo no se murió?, ¿cómo se mantiene en pie sin apoyarse en las paredes?, ¿cómo es que todavía puede hilvanar tres palabras que signifiquen algo? Tenía que morir sí o sí, por el bien de todos. Pero pasaban los años y su resistencia irritaba a los estudiosos del ambiente, la genética y la alimentación. Finalmente lo mató un resfrío de primavera y su muerte, el final cantado del Caso Pardo, fue el baño de realidad que, por fin, se desplomó sobre la esperanza de vivir eternamente.

2002

La casa de mi padre se deshacía en un barrio de Junín. Las fuerzas que sostenían su estructura se habían enfrentado durante años en la oscuridad del subsuelo, fracturándolo en líneas delgadas que avanzaron en zigzag, calaron los cimientos al modo de un sismo privado y terminaron por separar el techo de losa en dos bloques unidos solamente por hilos de hierro, la prueba de que todo se inclina finalmente hacia la división.

Mi padre no vio los progresos espectaculares de ese deterioro, o los vio a su modo, sin reconocerlos como un hecho. Cuando ya no hubo solución dijo que la casa fue mal construida (por Marcos Rosselli, el arquitecto con el que mamá se casó en segundas nupcias, pero al que mi padre nunca nombraba, ni siquiera para insultarlo), que se habían calculado mal las cargas y que, además, la planta alta se había alzado sin su visto bueno, una descripción bastante precisa de los hechos pero que llegaba tarde y desde lejos, como si mi padre viviera en cualquier lugar menos en esa tapera que se derrumbaba con él adentro.

Mientras la casa se descascaraba y crujían espaciadamente los cimientos le cortaron la luz, el gas natural, el agua corriente y el teléfono fijo, y dos operarios retiraron de un ángulo de la terraza la antena satelital: todas las conexiones con el presente. En el interior quedó un silencio difícil de obtener aun en el desierto; un silencio total, asociado a la idea de un mundo previo a todo lo conocido, lleno de expectativas e inicios imaginarios, en el que mi padre se movía como un dios al que le correspondía reinar sobre el futuro.

Me dijeron que estaba armado. Lo busqué en el Club de Planeadores y en los bares del centro, llamé a la policía y pasé por su casa, donde vi que la vegetación había avanzado hasta cubrir las ventanas del frente y el pasillo lateral en el que me pareció ver un árbol grueso brotando de las baldosas. No lo encontré. Imaginé personal municipal baldeando las veredas ensangrentadas, montañas de cadáveres sobre un campo de batalla y una lluvia de balas abriendo el cráneo de las víctimas con tremendas flores

rojas. Vi una escena de totalidad dramática en la que mi padre era matador, víctima mortal y sobreviviente mal herido y regresé del delirio por el timbre del teléfono. Me contaron que hubo un incidente en la puerta del cine. Alguien destrozó la boletería y, al cabo de una pausa de conmoción en la que el agresor se fue en lo que los testigos describieron como una camioneta blanca que echaba humo negro, mi padre lo siguió de a pie, empuñando una pistola plateada e internándose en un laberinto de representaciones inesperadas sin que nadie pudiera saber de antemano quién sería cuando regresara.

Lo vi más tarde en la boletería, girando la cabeza de un lado a otro en un ángulo cerrado, con un gesto que más que negar algo parecía entregarse a las vibraciones nerviosas de su conciencia. Dijo: «Fue Kun: lo voy a matar» (Kun era el plomero del cine: le debíamos plata). Le pregunté por qué pensaba que había sido él y me contestó que lo había visto venir con una maza de demolición después de ponerse una careta de látex que reproducía el rostro de un expresidente peronista medio enano. No lo detuvo porque eso hubiera aplazado o impedido el incidente y, por lo tanto, la fuga de Kun y el deseo de matarlo a tiros.

Dijo que iba a matar a Kun, pero no lo dijo antes de ir a buscarlo sino después. Mientras tanto iban cambiando sus relaciones con el universo de los actos: ya no decía que había que matar, haciendo a un lado la necesidad de un autor, sino que él iba a matar a alguien. Por primera vez no delegaba en los demás sus propósitos personales. Como a un fogón en la playa, lo rodeamos con dos empleados en el interior de la boletería esperando su versión de los hechos. Queríamos que nos dijera que se le había escapado por un pelo, esa medida invisible que separa la vida de la muerte; y que si Kun todavía no era hombre muerto, siempre y cuando se lo pudiera llamar hombre, se debía a que había esquivado las balas con su habilidad de mono, o había utilizado como escudo la puerta de la camioneta blanca pintada a mano que, todavía en marcha, mantenía su humareda de holocausto mecánico.

Las balas de mi padre debieron haber rozado la camisa mugrienta de operario que usaba Kun, incluso blanquearla un poco en esos roces. Pero lo más dramático debió ser la distancia que los separaba, imperceptible pero vital entre guerreros medievales acostumbrados a luchar con el cuerpo y a darle a la muerte del enemigo la forma de una artesanía. Nunca esperamos que un hombre que había salido a matar, anunciándolo a los cuatro vientos, dijera como nos dijo que no había encontrado a su víctima

—¿qué pensaríamos del león que no encuentra a la cebra?— y que, tras perderla de vista, por distracción o inoperancia, regresara para anunciarnos que la iba a matar más tarde.

Hubo un minuto rapidísimo de víspera y de golpe, como si efectivamente hubiera matado a Kun, lo hubiera enterrado en un pozo con cal viva y lo atormentara un remordimiento de asesino —para él, matar y pensar en matar eran lo mismo—, cerró la puerta de la boletería con dos vueltas de llave, «por seguridad», y siguió hablando: «¡Acordate que este negro de mierda se va a querer vengar!». La ira de la que colgaba su voz como una bola de fuego llenó de calor radiactivo la pequeña habitación. Era un grito extranjero desbordando el grito familiar, como si otro hombre, el hombre verdadero que hibernaba dentro del hombre que creíamos conocer, hubiera surgido de sus profundidades deformándose en un viaje hacia el carácter diferente y por fin genuino que lo esperaba desde hacía años.

1953

Un domingo mi padre pidió permiso para estudiar en la Fuerza Aérea Argentina. La respuesta de mi abuelo fue un suspenso destinado a ganar tiempo para colegiar la responsabilidad o disiparla en el ambiente. Típico gesto de cagón. Pero mi abuela, que cocinaba de espaldas a la reunión giró de golpe, levantó las manos de la masa desprendiendo una lluvia de harina que se elevó a contraluz del mediodía y antes de volver a inclinarse sobre lo único que sabía hacer dijo: «No, no, no: niente».

No se sabe cuántas eras de vetos familiares sucedidos en Verbicaro — un pueblo colgado de las montañas de Calabria, de donde no era nadie, solamente mi abuela—, hicieron posible semejante soltura y automatismo para pronunciar la palabra no. Mi padre se entregó, como siempre, a la autoridad de las mujeres. Cortó el pan y ralló el queso, pequeños actos que lo sacaron de ese asunto terminado. Actuaba en falso para olvidar el dolor del que ya no tenía recuerdos. Su madre lo vio huyendo del presente, le dobló la porción de postre —estoy suponiendo todo lo que digo, pero por los antecedentes que conozco si ese día hubo postre debió haber sido flan casero— y le apoyó las manos en la cabeza construyendo una imagen monstruosa de preocupación, como si la preocupación fuese de un cuerpo y el gesto que la representaba fuese de otro.

Mi abuela, bola de maldad italiana envasada en un batón, fue la primera persona que vi muerta. Parecía sonreír en su ataúd. Era la prótesis dental mal colocada, pero en los susurros del velorio se hizo hincapié en que ese gesto era un comentario del cielo que revelaba la felicidad de su partida. Los chismes tranquilizaron a la familia: si ella, que había muerto —y lo había hecho en paz, sin señalar la muerte como un hecho negativo—, podía sonreír, ¿en nombre de qué drama llorarían los deudos? La comedia inundó el velorio como si celebráramos una fiesta de conversión y el cadáver, con su sonrisa trascendente, hubiera sido acicalado para mandarlo a las alturas tal como me imaginaba entonces que las personas iban al cielo, propulsadas por una energía que aportaban en sociedad dios y la NASA.

Durante muchos años la había visto rezar en su cuarto frente a la foto de un Cristo en una imagen consagrada por la hagiografía y el cine: barba y melena espesas de *hippie*, y la mirada perdida en un más allá del tiempo y del dolor de la crucifixión, como ignorando su propia tragedia. Desde esa base mi abuela impuso y mantuvo los hábitos del gusto familiar, que se transmitían en silencio, por obediencia o emulación —la emulación era una forma de obediencia, posiblemente la única incondicional— y se iniciaban tan lejos que nadie conservaba una memoria de sus comienzos. Nadie podía conocer el principio de las cosas: nadie. Pero el fondo de la casa actualizaba, y en parte explicaba, las viejas costumbres italianas de sembrar frutas y acorralar animales productivos, montando una pequeña industria natural que alimentaba a los niños y empleaba a los adultos en el trabajo de obtener lo propio mediante una paciencia inspirada en los ciclos vitales de todas las especies.

En los fondos de la casa había ciruelos, limoneros, manzanos, higueras, cerdos, gallinas y una pareja de teros inservibles atormentados por la destrucción inminente de sus nidos y el temor de que alguien se tragara a sus pichones delante de ellos. El desarrollo entero de su biología apuntaba al alerta y la defensa. Las fuerzas aéreas de todo el mundo se habían inspirado en sus unidades estacionadas en vela, listas para el vuelo rasante y el combate. No creían en ninguna cercanía, casual o interesada, que no fuese vista como un asalto a sus dominios. Se comportaban como últimos ejemplares de la raza, como si con un solo tero que desapareciera fueran a desaparecer todos. Sobre ese espacio mi padre hizo construir para nosotros una casa, conectada a la casa mayor que todas las mañana le hacía sombra y la gobernaba.

2002

Me encontré con Kun en la barra de Yellow, el bar más popular de Junín. Kun: me muerdo la lengua para no agregarle adjetivos racistas a su apodo africano. Nos sentamos sin saludarnos. Pedimos un café. Las cosas se daban así, separadas en segmentos. Era un encuentro que no fluía. En uno de mis bolsillos tenía la plata que le debía por los trabajos que hizo en el cine. Cuatrocientos pesos. Para el lector internacional interesado en economías emergentes, en esos días equivalían a cuatrocientos dólares que, en un instante de debacle, se convirtieron en ciento treinta y tres. Le pagué, me firmó un recibo y cuando se dio vuelta para irse sin saludarme le partí una silla en la cabeza.

Kun, famoso por lo cabezón, se mantuvo en pie y me contraatacó apartando de su camino los restos de madera astillada. Rodamos entre las mesas y rompimos cosas a nuestro paso: copas, ceniceros, un paño de cristal de diez metros cuadrados que explotó en cien mil astillas y el revistero con la prensa del día. Éramos dos personas enfrentadas por el odio, pero asociadas en la destrucción como si fuéramos una sola; y aunque yo nunca tuve un estilo definido para las luchas cuerpo a cuerpo, lo fui puliendo bajo los golpes demoledores que me daba Kun con su mano de plomero.

La bestia bruta no entendía que no me cubriera la cara, que comenzaba a desfigurarse. La franqueza de la descarga abrió una pausa inesperada en la ruta de violencia por la que Kun se deslizaba solo y, sin que se diera cuenta, le saqué los cuatrocientos pesos. Un segundo antes recordé la obra desastrosa que había hecho, su impuntualidad, los inodoros que se despegaron del piso apenas los instaló, los caños rajados del desagüe, la sobrefacturación de los materiales que compraba, la cámara de agua que se anegaba con lluvias de tres gotas y su carácter misantrópico, sin palabras, de mono adulto, desobedeciendo los consejos del Estudio Traverso con la arrogancia de un genio. Dejé atrás el recuerdo y regresé al lugar donde me estaba matando. Que me pegara todo lo que quisiera, pero cuando llegara a

su casa vería el vacío ontológico que produce andar sin plata en Occidente y él, no yo, sería el derrotado. Es decir: se la pondría doblada.

Imaginé la escena mientras me levantaba del suelo tragando sangre y contando los dientes con la lengua. Pedí agua. Los mozos que me habían visto ir y venir entre las mesas se acercaron lentamente a mis ruinas. Necesitaban saber mi opinión sobre el suceso que para ellos no significaba nada si no iba seguido de un relato de experiencia. Y mi experiencia era de triunfo y felicidad, y alcanzaba el borde de un futuro que ya empezaba a ver aunque no lo viviera. Así: Kun estacionaba en el supermercado y bajaba de su camioneta sin cerradura. En la cabina maloliente podían verse sus herramientas, los tarros con grafito, los carreteles con cinta de teflón, los nidos de cables cuarteados, los manuales de plomería —el animal nunca recordaba en qué consistía su trabajo— y un juego de mate uruguayo para concederle un elemento regional a lo que más le gustaba hacer: rascarse las pelotas.

Aunque no conocía a nadie se hizo el famoso y saludó al personal de guardia y a las cajeras y recorrió las góndolas cargando con aire triunfal alimentos para sus niños, pañales de doble absorción, vino bueno, nueces pecán. ¡Nueces pecán! ¡Kun! ¡¿Desde cuándo?! Dios mío, las cosas que hay que ver. Se lo veía descansado, sin tensiones, purificado por la descarga. No le habían quedado marcas ni recuerdos de mis golpes, ni siquiera del sillazo con que lo detuve en el bar cuando se iba. Debí patearle la cabeza en el único instante en el que lo dominé, como lo había hecho con un perro que me salió al paso muchos años antes en una caminata por Punta del Este, una ciudad que este negro de mierda no debe saber que existe. Vi el hueco que dejó al descubierto su tremenda cabeza enrulada y le di una pausa de perdedor a la pierna recogida, lista para aplastarle la cara con mi suela de goma inyectada y cambiar la situación en la que me hallaba. Pero no lo hice.

La caja registradora del supermercado imprimió los detalles de la compra, una lista de productos acompañados de sus códigos encriptados y sus precios, el inventario de lo que —en el mismo instante en que el lector de barras anunciaba su paso por la frontera del consumo—, se despedía del universo del *stock*. Un despachante acomodó las bolsas en el carro de alambre. Tenía una sabiduría sensible sobre el orden y el espacio que hubiera podido aplicar a oscuras. La música funcional y el baño de luz blanca que caía del techo le dieron un aspecto de aventura a la operación de

compra, como si Kun fuese un personaje (en ese momento lo era: él no compraba así).

Mientras se imprimía el *ticket* sacó de su bolsillo unas monedas y se las dio al cadete que cuidaba su tesoro de botellas, huevos, yogures con cereal, frutas blandas. Fue el momento filantrópico de un señor burgués. Vio el rodete de la cajera, su precioso cuello blanco, la visera con la marca y el *slogan* del supermercado, un segundo plano de gente como él, comprando a lo grande, y el display con el importe: trescientos setenta y nueve pesos con veinticinco centavos. Una cuenta que podría haber pagado con los cuatrocientos pesos que le di antes de que me moliera a palos, y que el pelotudo no encontraba.

Me gustó imaginar que ese momento sucedía lentamente, mientras bebía mi tercer vaso de agua a su salud. Lo hice sentado a una mesa de Yellow —levanté los pies para que los empleados barrieran los vidrios. Fue un enorme placer poder ver ese instante en todos sus detalles. Que fuera imaginario no le quitaba verdad. Kun metió la mano en el bolsillo y no encontró nada —había que verle la cara—, solo tornillos, hilos sueltos y algunas arandelas galvanizadas. El mundo se detuvo. Era lo que debía pasar para que creyera que, una vez detenido, podía hacerlo retroceder como una cinta, volver a meter la mano en el bolsillo y esta vez, sí, sacar la plata y pagar lo que llevaba. No entendió —qué iba a entender, pedazo de analfabeto— que si el movimiento de las cosas se había detenido, congelando el mundo secundario que habitaban la cajera y los clientes de las cajas contiguas, lo hacía al precio de acelerarse de golpe contra él.

Un agente de seguridad sintió el suspenso y habló en clave por handy. Se coordinó un operativo cerrojo para que Kun no escapara. Los clientes detectaron los movimientos por la discreción con que eran ejecutados, y todas las miradas cercanas comenzaron a fluir hacia el pequeño espacio donde habría de surgir la acción; pero el suspenso se interrumpió cuando en medio de la imagen inmóvil que mantuvo en vilo a la línea horizontal de cajas, así como a las líneas verticales de clientes que avanzaban paso a paso hacia ellas, y a los supervisores y gerentes de área que se asomaban desde lo alto de sus boxes, Kun se manifestó con una sonrisa giratoria que destrabó la víspera de tragedia que había invadido el ambiente para luego decir, con voz emocionada: «Me olvidé la plata. Ya vuelvo».

Caminó hacia la camioneta creyendo ver a cada paso los cuatrocientos pesos. Cualquier papel, cualquier fragmento de basura, lo llevaban a inclinarse sobre las baldosas blancas del mercado y el asfalto aceitado del

estacionamiento. En la cabina de su cascajo comenzó a desmontar algunas piezas: giró una llave sobre las tuercas del chasis y desarmó el asiento, levantó las alfombras y finalmente se desnudó, dio vuelta la ropa y la agitó, palpó los interiores y descosió los dobladillos sin encontrar nada. No pensó en mí ni en la lucha que tuvimos, tampoco en la posibilidad de que le hubiera sacado el dinero del bolsillo (es así: cree que solo pasa lo que ve), pero tal vez sí pensó que se le había caído en el bar cuando me durmió por enésima vez y los empleados comenzaron a rodearme para saber si estaba vivo o muerto y apoyarme en un rincón como se hace con las escobas después de barrer.

A través de la vidriera de Yellow vi estacionar su camioneta rodeada de un círculo de humo. Lo vi bajar, avanzar sin levantar la cabeza y detenerse disimuladamente para escrutar pequeñas superficies. Me miró de lejos —él estaba avergonzado, y yo me reía por dentro mientras me juraba que algún día, aunque pasaran los años, me vengaría de ese hijo de mil putas—, se sentó en la barra y pidió que le fiaran un café. Negro choto.

1993

Bárbara Rodríguez y yo hicimos el viaje de bautismo al Uruguay que figura en el manual de los enamorados argentinos. Bárbara y yo, una sola cosa con dos nombres cruzando el río. Apenas embarcamos ya estábamos mentalmente en el extranjero, una situación confirmada por el entorno invisible y también por el rumbo que nos alejaba de la costa, aunque en un momento creímos estar detenidos en una burbuja de niebla. Después el sol del invierno bajó sobre la mesa en la que desayunábamos y salimos a la cubierta. Unas cortinas de vapor subieron como desde una superficie de aguas termales. Las hélices se hundían en el agua formando una imagen de hervidero por donde caían las miradas. Era un hueco en el río, pero un hueco impenetrable como el del cielo que se extendía en decorados de infinitud.

Unas vibraciones acumuladas en los motores subieron desde el subsuelo en forma de hilo eléctrico y me hicieron temblar. Me miré las zapatillas. Cuando levanté la cabeza, Bárbara me besó con la intención de dar un espectáculo: el de la verdad del amor, protagonizado por ella conmigo de *partenaire*. De nuestras bocas abiertas salió un perfume a café y medialunas de manteca. Fui al baño con la poronga por las nubes y me hice una paja con una mano dormida por el frío, la famosa paja con «mano prestada»: excelente. Acabé en un trozo de papel higiénico, lo envolví con un papel más largo y acerqué el bollo a la nariz de Bárbara. Lo olió. Olió el río. Volvió a oler el bollo: «¿Moco?». Se lo acerqué un poco más: «¡Leche! ¡No te lo puedo creer! Sos un enfermo». Tocó el papel con la punta de la lengua y lo guardó en la cartera.

La escena de comedia sexual no se ajustaba a la idea de un amor que iba a morir y que, además, no ocultaba nuestro plan de obtener plenitud en la desgracia (la desgracia es la ideología natural del amor). Vivíamos para evaluar los hechos románticos y ver, antes de que apareciera —o apenas se alejara—, cualquier señal de deterioro. La ciencia que lo medía estaba dada

por un cuestionario de dos preguntas: «¿Qué te pasa?», «¿qué pensás?»; y la respuesta era siempre la misma: «nada, nada».

Bárbara lloró. Fueron dos o tres minutos que no pasaban nunca en el tiempo suspendido del desplazamiento. De sus ojos claros manaba, tanto o más que las lágrimas, el presentimiento de un final que acechaba agazapado y que, justo en ese momento, se había asomado como una bestia del futuro o las primeras gotas de una tormenta terminal. «¿Qué me pasa? ¿Qué me va a pasar?». Su voz buscó un lugar entre las voces de la cubierta para contestarme: «Estoy triste. Eso me pasa. Pienso que un día esto se va a terminar, ¿no? ¿No?». Para ella, empezar algo era empezar a terminarlo, elevarse para iniciar un descenso imposible de remontar. La melancolía inspirada en un porvenir de destrucción envolvió como una momia al amor que comenzaba. No era una profecía de pérdida sino una realidad siempre actual, la de la separación de cosas que nunca podrían unirse del todo. Si todo el mundo caminaba con los ojos vendados hacia el mismo precipicio, ¿por qué no nos iba a tocar a nosotros? El anuncio negro de Bárbara concluyó con una explicación menos dirigida a mí a que a la materia del amor nocivo que la impregnaba: «Para eso empezamos. Para terminar. ¿No? ¿Sí o no? Acompañame a comprar algo». Y subió al free shop.

1959

Mi padre entró a la fiesta de quince años de mamá. No estaba invitado. Llegó con un amigo que a la noche siguiente se mató con su Norton 600 contra un plátano australiano, camino a la Laguna de Gómez. Lo vieron agonizar sin gemidos mientras sobre su cuerpo caían las hojas desprendidas por el golpe y el viento nocturno. El motor se apagó en el choque, pero la luz del farol quedó extendida sobre el campo como un claro de luna que diera sobre un pasillo triangular.

La filiación desconocida, el rostro filoso y el estilo reservado de mi padre —datos preocupantes en los que reparaban, sin disimularlo, los invitados de mayor autoridad social— despertaron en mamá una atracción insana. Pero él no se acercó, no la miró mientras bebía, no bailó el vals, ni mucho menos los ritmos a go-go, y se fue de golpe, todos hechos de desprecio que la enamoraron de inmediato. Le dijo a sus amigas que ese joven misterioso del que no sabía nada, ni siquiera cómo se llamaba, sería el padre de sus hijos (ahí aparecemos por primera vez como una idea mi hermana y yo) y guardó el recuerdo de su partida como el mejor de la fiesta.

Las llamas de las quince velas rosas se balancearon respondiendo a las órdenes y contraórdenes del viento indeciso del parque; mi madre las sopló y los quince hilos de humo ondulante se elevaron hasta una línea imaginaria y desaparecieron. El cuchillo se hundió en la torta rodeada por los invitados, quienes se fueron retirando del círculo que habían estado formando, cada cual con su porción en la mano, mientras oían las explosiones de los corchos que rebotaban en la parra y veían derramarse la sidra en cascadas blancas como de leche hervida.

Las amigas de mamá la rodearon —como todas, esta fiesta también fue la celebración ritual de un centro— y le cantaron la canción que recomendaba no descuidar la salud, ni el dinero ni el amor. La noche aceleró hacia su final y dejó en el aire una sensación de velocidad que los invitados reconocieron cuando terminó el set de vales que la tradición

establece como pico de la felicidad social y, a partir de entonces, todo fue caída libre.

Alcanzaba con mirar el estado de las mesas, y el de los comensales, para saber que si estos se recuperaban del desgaste que habían hecho era solamente para indicar que la fiesta continuaba a cambio de reconocer la muerte de su espíritu. Ese era el pacto que la prolongaba en una rutina de actividades pensadas para que pareciera viva: una segunda ronda de valsés, una segunda vuelta de dulces, una sucesión de brindis adicionales a la salud de todo el mundo, lo que incluía la de los enemigos. Pero el fin ya se había estacionado en las manchas rojas de los manteles blancos, en las migas que empezaban a secarse, en las botellas vacías o llenas pero calientes y en el cansancio de mamá, para quien la noche ya había terminado cuando mi padre se convirtió en el espectador ausente para el que ella seguía bailando sola.

1993

Fuimos en un taxi de Montevideo a Neptunia. Un hielo invisible se tendió en el aire cuando bajamos. Mientras hablábamos, los vapores borraban un poco la imagen que teníamos el uno del otro, lo que hacía que quisiéramos vernos desesperadamente. La forma de Bárbara Rodríguez se filtraba a través de esas nubes como un dibujo sin terminar —la línea de un flanco, el brillo de los ojos—, y yo hacía silencio para que reapareciera completa en la nitidez hiperrealista del invierno.

Bárbara abrió la puerta empujándola con un hombro mientras apoyaba un pie sobre una piña que se deshizo en escamas de madera. La aventura de entrar por primera vez a una casa desconocida se abrió hacia una oscuridad de la que surgió, íntegra pero sin particularidades, la historia de su interior. Íntegra e inútil porque sus recuerdos no eran para nosotros (eso solo podía darse si un día regresábamos). Tiré los bolsos al piso. Calenté agua en una enorme olla de campaña y Bárbara se desnudó, pero sin sacarse las medias. Cuando por fin se las sacó, vi su cuerpo erizado por el frío, una masa sensible de la que yo amaba cada partícula replegándose hacia el calor de su interior. La piel se le cubrió de millones de puntos, pequeños granos como de arena que resistían o directamente atacaban el clima antártico de la casa. En cada punto había una perforación por donde Bárbara se evaporaba lentamente (la lentitud era lo que la salvaba de la tragedia).

Le lavé la cabeza sobre la que se levantó una corona de espuma. Una ola de pequeñas pompas se deslizó por su cuerpo y se escurrió a través de la rejilla de bronce atornillada en el centro del baño. En eso el agua es como el aire, o como el tiempo. Le envolví el cuerpo todavía humeante, lo sequé, y le puse una bombacha, medias tres cuartos, un corpiño, una remera blanca de algodón, un buzo, un *jean* y las botas negras de media caña, y la peiné hacia atrás para ver su cara aniñada por el aseo: una belleza.

Salimos al campo bajo el cielo clareado por un baño de estrellas que no alcanzaban a separarse entre sí. Eran más bien polvos esparcidos sobre el fragmento visible —pequeñísimo— del universo visto por dos argentinos

desde un punto de vista uruguayo. Subimos a un micro vacío que iba a Punta del Este. Tenía las ventanillas muy altas —o los asientos muy bajos—, por las que al amanecer vimos el paisaje celeste sin manchas en el cielo y las sierras y los acantilados al final de un plano inclinado que entraba al mar rodeado de palacios destruidos y en construcción (el efecto visual de ambas cosas era el mismo).

Bajamos. El micro siguió hacia el norte y caminamos dos o tres kilómetros por una ruta de asfalto resquebrajado. En sus grietas crecía la maleza invernal. Entramos lentamente a la ciudad. Un perro negro se nos acercó mostrando los dientes, lo atraje con un gesto amistoso y le pateé la cabeza. ¿Qué esperaba, perro de mierda? A las bestias hay que demostrarles autoridad. Acostumbrados a caminar poco, el ingreso nos pareció una experiencia de espejismo que se daba en el tiempo; había algo milagroso al desplazarnos y sentir que nos manteníamos en el mismo lugar. El día duraba más, se estiraba, y nuestro amor acordaba con un ritmo desconocido pero ideal para que se agotara sin sufrimientos.

Llegamos al puerto y nos sentamos a ver el baile lento de los veleros sobre la bahía, las inclinaciones suaves de los mástiles blancos cruzándose en un tejido de hilos inflexibles y el agua golpeando los cascos. ¿Gaviotas? Cientos. Pero también pájaros desconocidos para mí, perros vagabundos girando alrededor de una perra en celo, personas lavando herramientas en los muelles y, a lo lejos, botes con pescadores dándose la espalda por cábala o encono.

El día pasó lento pero se fue rápido, casi sin que lo sintiéramos. El sol se hundió en el mar y el frío volvió a crecer otra vez desde el piso. Nos bajamos los gorros de lana hasta las pestañas. Los ruidos del ambiente eran muy suaves: aparecían y desaparecían sin que nos diéramos cuenta. Eran un silencio más. Nos abrazamos de frente. Bárbara abrió su tapado y levantó las capas de ropa que tenía debajo. Yo hice lo mismo y nos apoyamos como lo que éramos: cosas separadas y diferentes haciendo falso contacto.

1962

Cada una de las máquinas sostenía una pieza metálica —ejes de acero, cigüeñales— ajustada entre dos puntos de presión sobre la que caía, por el pico de un cuentagotas automático, un lubricante hecho a base de aceite y agua que por la claridad de la solución, y por el efecto que producía la palabra en una comunidad de hombres, los obreros llamaban «lechita».

Una vez lanzados a la tarea diaria solo se detenían para almorzar en el comedor del galpón, un horno de zinc con vista a una plaza con naranjos, un pequeño obelisco y una miniatura de la Casa de Tucumán que funcionaba como depósito de maestranza municipal y cogedero nocturno. El paisaje cívico no entusiasmaba al personal. Acostumbrado a verlo a diario, era más bien un cuadro sin movimiento aún cuando el movimiento fluyera en los vecinos que cruzaban la plaza varias veces al día desarmando las reuniones de las palomas que se movían como gallinas sobre el suelo de conchilla.

Mi padre se sumó al entretenimiento infantil del mediodía lanzando migas de pan en varias direcciones y recibéndolas sin que pudiera saber de dónde venían. Se levantó, fue al baño (un corredor de mingitorios veteados por la lluvia ácida de los orines y la paja metalúrgica) y entró al galpón de producción por una puerta lateral en el momento en que los motores de los tornos volvían a encenderse, auditados por el cronómetro de mano del Chanco Greco, el capataz de la cuadra, famoso por dormirse parado y tergiversar la planilla de horarios con la mala fe que era la base de su leyenda negra.

El Chanco le ordenó sin decir una palabra —con apuntar dos objetos con un mismo dedo le bastaba para hacerse entender en su idioma de amo — que limara en la piedra del entepiso la rebarba de una pieza recién llegada de la fundición. Mi padre subió, encendió el motor de la piedra y vio desde arriba la fuerza del trabajo en acción: una enorme máquina de sangre manipulando palancas y cambiando el paso de las poleas y los engranajes.

La rueda esmerilada, con sus imperfecciones en la superficie, razón de ser de la aspereza que le daba utilidad, comenzó a girar lentamente mientras mi padre acercaba la pieza perfilándola hacia el roce. La apoyó con fuerza y vio saltar las chispas en una diminuta celebración fatua: fue la última vez que vio el mundo con dos ojos. Una esquirra plateada se desprendió del bloque y se hundió en un ojo. Instantáneamente —no podría decirse que fue después: todo ocurrió en la misma centésima de segundo— mi padre cerró el párpado, gritó y con una mano apretó a ciegas el botón del motor que detuvo la rueda.

La partícula quedó en el lugar en el que se había clavado, formando un cuenco microscópico. Mi padre respondió al ardor restregándose con fuerza, siguiendo la misma ruta de reflejos que siguieron los animales de Pavlov, pero no le llegó el alivio sino un ardor mayor y un hundimiento más profundo de la pieza en el centro del ojo. Los primeros auxilios no fueron eficaces, y cuando lo vieron los médicos del sindicato ya era un obrero tuerto.

Volvió al taller con un parche en el ojo y se le aceptó una concurrencia de medio turno para que se fuera adaptando nuevamente a las exigencias olvidadas del trabajo. Para el directorio del taller ese regreso funcionaba como un modelo de recuperación personal y un momento de propaganda filantrópica con el que podían responderle a la dureza del gremio.

2002

Fundé en Junín el Grupo Cines y Paseos Lumière SRL. Lo hice sin pensarlo, es decir que no lo pensé dos veces. Fue la mejor manera, si no la única, de volver al pueblo sin volver. Aporté la idea, conseguí la inversión de mis amigos Juan Amondarain (55 %) y Marcelo Miró (25 %), colaboré con el diseño de la imagen —también definí el *slogan* de inauguración: «Hay otros mundos, y están en este»— y me quedé con el porcentaje restante del negocio y el título de socio gerente. Pero nada puede compararse con haber gestionado la construcción de las salas. Fue mi única experiencia de obra personal, ese tipo de sueño que interviene directamente sobre el orden material de las cosas. Salvando las distancias de escala, pero no las del deseo que mueve el mundo, emperadores, presidentes y magnates de la industria o el narcotráfico han de haber sentido el mismo placer megalómano que yo al poder introducir en el mundo una memoria pública, como quien señala con el dedo un desierto y dice: «Acá».

* * *

No me llama para nada la atención ver que no cumplí con lo que me juré —no citar escritores en esta novela— cuando hoy, 24 de septiembre de 2012, releo este párrafo. Está bien que el verso «Hay otros mundos, y están en este» aparece deformado, pero ni así se salva de pertenecerle a su autor: Paul Éluard. ¡Paul Éluard!

1948

Georges Sadoul entró a la casa de Louis Lumière, en Bandol, con un grupo de iluminadores, sonidistas y camarógrafos de la Televisión Francesa. En pocos minutos armaron un plató frente a la cama en la que Lumière vivía postrado, casi ciego, pero sin abandonar su sonrisa de inventor y comerciante satisfecho que luego se convirtió en la versión iconográfica del progreso y el optimismo individual.

Para él, Sadoul era un mancha de la que salía una voz reverencial para abrirse paso entre los haces de los reflectores que rebotaban contra sus anteojos en un caos de destellos. La cama estaba cubierta por unos papeles con anotaciones que, cada tanto, alzaba con las dos manos y se los pegaba a los ojos para descifrar su contenido, una memoria sucinta de su vida que se había hecho redactar por un secretario para poder hablar con cierta propiedad sobre sí mismo, o para reinventarse como la unidad biográfica que ya no era.

Lumière le contó a Sadoul que él y su hermano, Auguste, iniciaron sus primeros experimentos sobre el cinematógrafo durante el verano de 1894, una época en la que se tenían en cuenta las investigaciones de Marey, Dèmeny y Edison, pero en la que todavía no se habían captado imágenes en movimiento. Era sencillo imaginar el milagro, pero no lo era hacerlo. Había que resolver en el campo de la práctica las dificultades que se presentaban para encontrar un sistema de tracción de cinta que fuese eficaz y confiable. Auguste creyó haberlo resuelto con el empleo de un cilindro ahuecado, similar al que había propuesto León Bouilly, pero era un sistema brutal que no podía andar, y no anduvo.

La voz apagada de Louis Lumière fue encontrando firmeza en la medida en que encontraba memoria. Una cosa lleva a la otra. Le dijo a Sadoul, quien había decidido no hablar para que fluyera el recuerdo como un río de autoindulgencia, que Auguste dejó de interesarse por el invento apenas él descubrió un sistema correcto de tracción; y si el cinematógrafo figuraba a nombre de los dos era por el hecho de que, por costumbre o

hermandad, firmaban juntos todas las patentes que presentaban al registro de la propiedad intelectual: «Pero yo solo fui el autor del cinematógrafo. Yo solo. Digamos, entonces, que hubo un solo hermano Lumière».

Para apagar el efecto chocante que había producido la frase, Louis Lumière le aclaró a Sadoul que, para ser justos, su hermano Auguste también había inventado en soledad algunas cosas en las que ambos figuraban como autores. ¿Qué cosa?, ¿qué invento trascendente?, ¿qué genialidad que no pudiera festejarse? Al no señalar ningún invento específico ni describir qué era lo que ese invento buscaba (¿confort?, ¿velocidad?, ¿energía?, ¿ilusión?, ¿ahorro?), quedaba claro, aun cuando ese invento fuese la pólvora o la rueda, que nada podía ensombrecer la magia de su máquina de luz.

Sadoul estaba menos asombrado por el rencor que derramaba el recuerdo del entrevistado que por integrar, él mismo y sus cámaras, las presencias afortunadas que asistían a la separación moral de una sociedad siamesa. ¿Y las fotos en las que los hermanos aparecían abrazados y felices como niños? (sería útil observar que es Auguste —el que ganó prestigio y dinero sin inventar nada—, quien aparece con la sonrisa más grande).

* * *

El sistema de tracción surgió una noche de insomnio en la que Louis Lumière daba vueltas en la cama. Refirió ese momento como aquel en el que la solución se presentó «en su espíritu», inspirándole la adaptación de la llamada pata de ciervo de la máquina de coser a su cinematógrafo en veremos, un dispositivo que fue probado con la colocación de una excéntrica circular y, luego, mediante el reemplazo de esta por la excéntrica triangular, conocida como excéntrica de Hornblowe.

Louis dibujó los planos de esas enmiendas técnicas y se los dio a Moisson, el mecánico principal de su empresa, para que avanzara en el proyecto; y él mismo pegó y perforó en sus oficinas el papel fotográfico para armar una cinta que pudiese rodar. La cinta rodó, y la sucesión de opacidades que vio iluminadas por una lámpara de arco lo emocionaron — fue una emoción intelectual: sin llanto— pero todavía no había inventado nada; le faltaba conmovearse con la imagen, no con los resultados favorables pero casi abstractos de la tecnología. Necesitaba inscribir una medida humana en una cinta que fuese flexible y durable. Entonces decidió enviar a un empleado a la New York Celluloid Company y apurar su regreso a Lyon con pliegos no sensibilizados para hacer una prueba

definitiva de filmación que comenzó ese mismo verano. Plantó la cámara, o domitor, como su padre Antoine quería llamarla por influencia de su amigo Lechere, un corredor de Möt Chandon diletante y comedido que tenía la enfermedad de ponerle nombres inadecuados a las cosas, y esperó a que salieran sus empleados de la fábrica Lumière; hombres con sombreros de paja y mujeres vestidas de verano, todos reunidos frente a la explanada del edificio de la que se fugaron hacia sus respectivas vidas.

1895

Está por comenzar la primera proyección cinematográfica de la historia en la Société d'Encouragement pour L'industrie Nationale, en la calle Rennes de París. Louis Lumière carga la cinta de diecisiete metros —un minuto— en una bobina horizontal a la que llega el calor de una lámpara cuya luz da sobre la cinta y, además, se filtra hacia el exterior por los huecos de las juntas mal selladas. Es una máquina hecha de injertos de otras máquinas.

Lumière no tiene ayudantes. La sala está a oscuras y colmada de ingenieros, físicos, técnicos y curiosos del progreso que murmuran su incredulidad y su reserva. ¿Una máquina de luz que proyecta imágenes? ¿Imágenes humanas, como las de las fotografías? No es posible. Así que han ido a comprobar el fracaso del invento que ha de ser, suponen, un remedo del diorama inglés, armado con toneladas de maderas de estación, marquesinas enclenques y cartón pintado.

Un presentador anuncia que antes de la proyección el señor Louis Lumière, quien asiente con la cabeza antes de que el anfitrión concluya la frase —es una señal simultánea de ansiedad, fastidio, burla y timidez—, hará una prueba que consistirá en la presentación de una imagen fotográfica en desarrollo. La describe como un milagro de la óptica que convertirá al gusano en mariposa, un proceso veloz lleno de revelaciones sobre cómo suceden las cosas en el mundo de la imagen, un mundo de ilusiones y engaños que también es el mundo de la única verdad a la que se puede acceder: la verdad que se ve.

La introducción se hace larga y los espectadores se quejan por lo bajo. El presentador lo advierte y se retira dando paso a la prueba: la pantalla blanca, unas sombras informes, un agujero que se abre en el blanco (y deja ver un blanco nuevo, más claro que el anterior) y otra vez la oscuridad. En el fondo se oye una carcajada seguida de un acceso de tos, y los murmullos que hace un instante fueron de protesta son ahora de diversión y chismes. Se ríen del fracaso, el chiste que más gracia les causa a las personas inútiles o perezosas (eso le está diciendo el presentador a Louis Lumière, quien se

ha puesto a desarmar la máquina bajo la luz de una linterna que ilumina el sudor torrencial de su frente).

Lumière flota en la eternidad de la reparación; se le resbalan los destornilladores, las arandelas ruedan en la oscuridad, el plan mental para ajustar la máquina desaparece por completo de su memoria y regresa alterado en sus pasos y en su lógica —ahora es un plan de sabotaje— y algunos espectadores se levantan de sus asientos y se van de la sala haciéndose notar. De pronto, la luz da otra vez sobre la pantalla y algunos desertores que no han alcanzado la salida regresan corriendo (hay dos o tres casos de varias personas que se sientan al mismo tiempo, y a oscuras, en un mismo lugar). El presentador quiere hablar otra vez para anunciar la proyección de la salida de la fábrica Lumière, pero también para corregir algo de lo que ha dicho antes. Desea rectificarse para que los invitados no se lleven una mala imagen de él (igualmente, no se llevarán ninguna), y para aclarar que no cree, como ha dicho recién, que la única verdad a la que se puede acceder sea la verdad que se ve. Lo ha pensado bien mientras Louis Lumière reparaba la máquina y resulta que no es eso lo que piensa. Lo que piensa es que —no alcanza a ordenarlo en su cabeza porque, como a toda persona que piensa, la estampida de los acontecimientos lo pasa por encima, y en la pantalla ya se ven imágenes.

El silencio es estremecedor porque no está hecho de la voluntad de los espectadores. Surge de lo más profundo de cada uno de ellos: es la contemplación llevada a un estado de pureza que ninguno de los presentes volverá a experimentar (aunque soñarán con esa experiencia única muchas veces). Se ve el frente de la fábrica, las puertas enormes que se abren de par en par, y decenas de personas que se reúnen unos instantes, arman grupos fugaces y desordenados y luego se van, dejando la fábrica sola en el centro de la pantalla, hasta que desaparece en la oscuridad. La película dura un minuto y el silencio que le sigue dura dos. Las luces de la sala se encienden y los espectadores comienzan a sacarse de encima esa capa de asombro que los congeló. Hay dos o tres hombres en la primera fila que comienzan una charla sentados y se levantan de golpe y discuten con agresividad asuntos técnicos. Uno de ellos dice que es imposible que eso que vieron haya sucedido («tiene que haber algo»), y sospecha que en la proyección ha intervenido la magia, el misterio o el esoterismo, pero no el progreso.

El presidente de la sociedad reseña con tartamudeos de gratitud lo que acaba de ocurrir y pide un aplauso para Louis Lumière, que desarma la máquina y se retira mirando el piso con una idea fija. Al día siguiente

contrata a Julien Carpentier, un ingeniero fabricante de cámaras fotográficas, para que mejore su invento, y comienza una ronda de demostraciones. Auguste Lumière ve cómo su hermano Louis ocupa su vida y odia, odia con locura, pero no odia a su hermano ni a su invento ni a su éxito sino a su deseo insomne y volcánico, una fiebre que lo ha convertido en otra persona.

El invento le da genio y poder a Louis. Escribe los argumentos de sus películas, las dirige, las revela en unas palanganas de metal esmaltado y las proyecta en el Congreso Fotográfico de Lyon, en la *Revue Générale des Sciences* de París, en el Grand Café, en su casa. Explora las propiedades del celuloide, en especial las de su resistencia al maltrato —estira las cintas de los extremos, le clava alfileres de diferentes diámetros; en esas cintas hay vida y necesita que esa vida no se interrumpa— y en una libreta dibuja innovaciones que más tarde tacha o amplía con una pasión que vuelven indescifrable al boceto, excepto para él, que cierra los ojos y lo sigue viendo.

Siente que hay un personaje en cada persona que ve, y convence a todo el mundo para que hagan lo que les dice delante de su cronofotógrafo, mitad máquina de coser, mitad bicicleta. Clerc, el jardinero de la casa, es el protagonista de *Arroseur arrosé*. No le exige mucho, solo que sea jardinero (y lo hace mal: es la desgracia de tener que representar lo que se es). El antagonista que pisa la manguera es Duval, un carpintero novato de la fábrica Lumière. En *Partie d'écarté*, los jugadores son su padre Antoine, quien enciende un cigarrillo; Trewey, un prestidigitador que distribuye las cartas; el suegro de Louis, Winckler, a quien se le vuelca la cerveza que le sirve el camarero, el servidor risueño de la familia Lumière nacido en Gonfaron, tierra de bufones. La señora de capa escocesa que acompaña a una niña en *L'Arrivée du train en gare*, filmada en la estación de La Ciotat, es la madre de Louis, y la niña es su hija. El cerdo que aparece en la máquina de hacer salchichas de *Charcuterie américaine* era propiedad de la familia y fue la cena de la Navidad de 1895.

Louis Lumière realizó cincuenta películas en un año; su hermano solo una: *Les Brûleuses d'Herbes*, a la que nadie recuerda. Y después las cosas se fueron apagando, y Louis comenzó a delegar sus ideas repetidas y desgastadas en Mesguich, Doublier, Perrigot, Promio, los ayudantes que habían visto la magia del invento y ahora se conformaban con administrar su técnica. Quería —no podía— regresar las cosas al principio, a la víspera de una gloria que ya había tenido y de la que solo quedaba un recuerdo de

gloria y el deseo, cada vez menos preparado para la realidad, de una gloria nueva. ¿Filmar otra película? ¿Para qué? En el catálogo Lumière figuraban doscientas de todos los géneros: comedias, chistes ópticos, paisajes urbanos y naturales, noticieros, cuadros familiares; y en ellas había hombres y mujeres, multitudes, máquinas, niños, animales, jardines, edificios: todos los elementos de la comedia social. Pero él no estaba para contar historias, y si las contaba era solo para refrendar la eficacia de su máquina; él estaba en este mundo para revelarlo con inventos que pudieran capturar su fugacidad y conservarla. Ahora el movimiento del mundo era propiedad del mundo y de Louis Lumière, que lo había encapsulado en una cámara de oscuridad y podía mostrarlo cuando quisiera. Una memoria viva de las cosas muertas: eso había inventado. Abandonó las filmaciones para siempre y volvió a los inventos. Él mismo se oyó hablar en pasado cuando presentó su nuevo descubrimiento, el cine en relieve, en una gira privada que lo llevó de Lyon a París, de París a Marsella y de Marsella a Niza. Estaba agotado y quería respirar el aire del mar antes de entregarse a la postración y la ceguera de Bandol.

2002

Los obreros subieron los bastidores por unas roldanas que colgaban de las cabreadas y los amuraron a la pared norte de la sala mayor.

* * *

Y aquí me detengo a tratar de decir una verdad. Este libro es un libro ya hecho sin ser, aun, un libro terminado (un libro no se termina nunca). Estoy leyendo lo que escribí y veo que hay un error: los obreros no subieron los bastidores sino el bastidor. La imprecisión podría haber pasado desapercibida, como lo harán tantas otras, pero si la reconozco no es porque mi deseo sea el de serle fiel a los hechos que inspiran las historias que cuento —esa fidelidad me importa un sorete—, sino porque la aparición de un nuevo yo en la narración me obliga a referirlo: al yo que recuerda en la escritura hay que agregarle el yo posterior que corrige (un yo que lee y, por lo tanto, vuelve a escribir).

Escribo estas cosas en el parque de casa. Mi mujer y mis hijos no están. Son las nueve de la mañana del martes 23 de noviembre de 2008. En la mesa en la que trabajo hay una computadora portátil, una libreta, una lapicera, un termo de acero inoxidable, un mate pintado con el procedimiento con que se pintan las matriuskas y un ejemplar de *Breve historia de la literatura argentina*, de Martín Prieto, en el que aparezco referido en dos líneas (alguna vez escribí unos cuentos). En el césped hay sillas de plástico, reposeras de aluminio, juguetes, dos perros durmiendo al sol (uno tiene tres patas) y pájaros que buscan semillas o gusanos y luego agua. Se oye, a lo lejos, el canto de un gallo. Al fondo hay una línea de narcisos, una enamorada del muro, un jazmín florecido, dos faroles de pie y una pileta de siete metros por cuatro a la que de un momento a otro voy a entrar a refrescarme. Reporto esta escenografía porque no hay por qué ocultar que siempre se escribe en medio de una realidad personal. Sigo leyendo:

* * *

El montaje del bastidor duró unos minutos. Los carpinteros clavaron la tela de la pantalla con unos ganchos de acero y la ajustaron estirándola desde los ángulos. Faltaba la prueba de imagen. Se apagaron las luces de ambiente —columnas blancas sin materia que bajaban como si se hundieran en el piso—, y las diez o doce personas que estábamos allí desaparecimos por encantamiento, dispuestos a entregarnos menos a la ebriedad sensitiva del cine que a la de una nueva primera vez.

Se oyeron explosiones saliendo del circuito de amplificación, chispas de ruidos graves girando en el sistema de sonido envolvente como la carrera de una sola cosa —o de dos: un ruido corriendo detrás de otro—, y luego un chisporroteo de frituras apagándose y varios golpes de baja frecuencia que podrían describirse como sonidos sin color. No puedo describir la emoción de esa víspera, pero fue infinitamente más importante que el acontecimiento tan esperado que le siguió. Sobre la pantalla se sucedieron números en cuenta regresiva, una cruz blanca sobre el fondo negro y el rostro de una actriz mirando fijo hacia un lateral del cuadro. Era una imagen en movimiento pero congelada en su propia intensidad. Hubo un suspenso de unos quince segundos y luego, quebrando la espesura del silencio mezclado con la oscuridad, entró a la sala la gloria de una voz humana viajando en el tiempo: «¿Qué vas a hacer ahora?».

La actriz se debatía entre el porvenir que es incierto aun en las películas y un pasado que, por el ensombrecimiento de su rostro, parecía indicar un infierno que todavía no había superado. Hablaba en un presente puro, tan puro que no tenía relación con nada que no fuera su angustia (era un fragmento cualquiera de película, pero a la vez era una vida completa). Uno de los carpinteros, interpelado por la literalidad del drama, escuchó la pregunta de la actriz como si fuese la de su capataz y respondió a su manera: buscó en la oscuridad las agujas fluorescentes de su reloj pulsera y salió hacia la otra sala a reforzar el montaje del segundo bastidor.

La actriz desapareció de pronto y en su lugar surgió una pelea entre dos hombres que se golpeaban en una jaula. La situación avanzaba en el tiempo, pero de algún modo también estaba detenida. No había evolución. Como la escena de la actriz, la lucha no se apartaba del presente, se mantenía montada sobre él en un suspenso de repeticiones y regresos al punto de partida en el que los hombres, por enésima vez, volvían a enfrentarse como en un inicio de guerra sin odio ni cansancio.

Las escenas se sucedieron veloces e inconexas y produjeron un efecto de simultaneidad y dispersión. Torrente, ¡pedazo de desgracia humana!, ajustaba en la cabina los canales de sonido y regulaba el objetivo del proyector para darle nitidez a las imágenes y claridad a la tipografía de los subtítulos, pero a su vez nos reventaba los nervios con sus demoras. Quería hacerse fuerte en la urgencia y demostrarnos que la técnica no era una cuestión de sabiduría ni de práctica sino un arte: el de solucionar problemas en el momento en que se le cantaran las pelotas. Entretanto se hacía de noche y el sol caía dando reflejos acuáticos sobre el brillo del empedrado.

Alguien me dijo que los liquidámbaros del frente no dejaban ver la marquesina sobre la que subía una luz en contrapicada, el efecto con el que el estudio Traverso intentó asociar nuestro proyecto a las colinas de Hollywood. Un peón municipal subió con un arnés y un machete de zafra y los mutiló, dejándoles una copa en las alturas y abriendo un hueco para poder ver, imponentes, las letras en volumen.

Llegaron las películas. Torrente abrió las bolsas con la parsimonia de un borracho que se desata los zapatos antes de acostarse, sacó los rollos y empalmó los actos. A partir de allí aumentó la velocidad de los hechos: bajé las escaleras, pegué los burletes en los bordes de las puertas, controlé la presión de los matafuegos, acomodé los ceniceros del *hall*, pegué los carteles de No Fumar en las paredes, probé el pochoclo del candy bar a la pasada —y di el okey—, ayudé a cargar las gaseosas en la heladera, enchufé el detector de billetes falsos, me eché una cagada rápida en el baño de discapacitados, abrí y cerré las ocho canillas de los lavatorios, limpié las huellas de los espejos (debían ser de las manos de Kun, por lo simiescas) y cargué de jabón líquido y papel los dispensers, acomodé las plantas que llegaban de regalo —regué hasta las de plástico—, probé las luces de ambiente, eché desinfectante en las salas, conecté la máquina de café, encendí los aires acondicionados a una temperatura de 22.º C, atendí varias llamadas —pero no escuché a nadie—, me bañé en la casa de mamá y volví para sentarme en la boletería y sacarme una foto con el teléfono vendiendo la primera entrada.

2002

La lámpara de xenón irradiaba el calor de una hoguera y llenaba la cabina de vapores eléctricos. Torrente largó la primera función y se dio vuelta de golpe sin dejar de echarle aceite a un engranaje por una puerta lateral del proyector: «¡Guardaaaa! No me vas a apoyar la mano en la chapa porque olvidate, ¿eh? Se te sale la piel así, como un guante... Tenés 380 voltios que con una sola patada te deja bobo. Te lo digo porque Velázquez me dijo que no pudo probar la jabalina y estamos sin descarga a tierra. Viene mañana. Todos los días dice que viene mañana. Yo no me quiero meter porque no es asunto mío y no me gusta que le gente se quede sin trabajo, pero si fuera su jefe lo echo».

La película rodaba con las vibraciones de un tren oído a la distancia. Las primeras imágenes viajaron hacia la pantalla, es decir hacia la actualidad común de los espectadores, cargándola de resplandores fantasmales más o menos parecidos a la realidad. Apareció el héroe, propietario de un restaurante de comidas italianas que, tapado de problemas financieros y sentimentales, debía enfrentar otros: superar en soledad un infarto y organizar el casamiento de sus padres. No es fácil. Su madre tiene Alzheimer y vive recluida en un hogar de ancianos, además de vegetar en el hueco del olvido. La boda es pensada como una lección moral: el amor vence todos los obstáculos, es indestructible y puede verse más allá de la razón; puede verse, incluso, sumergido bajo las aguas oscuras del delirio y la amnesia. El público se mantuvo inmóvil esperando que los acontecimientos, que se fueron anunciando mediante la siembra masiva de esos indicios fluorescentes que sostienen las emociones del cine industrial, se desencadenaran de a poco. Pero en la mitad de la película apareció la última escena y la lista de créditos. El silencio y la inmovilidad de los espectadores fueron tan profundos que produjeron un efecto de desierto —y también de espejismo—, como si la sorpresa hubiera anulado todas sus posibilidades expresivas y, por extensión, también la posibilidad de su existencia.

La proyección continuó con escenas montadas detrás de los créditos y los espectadores siguieron sin reaccionar durante varios minutos, hasta que uno silbó y desató el concierto de protestas donde hubo un mensaje poco claro que acumulaba una fuerza cada vez más grande (la fuerza, todavía sin sentido, era el mensaje). Pedí disculpas en nombre de la sociedad y subí a la cabina a estrangular a Torrente: «¿Qué hiciste, pajero?». Sosteniendo en lo alto un rollo de película en la posición de un levantador de pesas olímpico, alcanzó a decirme, como si me hablara desde un parlante implantado en la nuca: «¿Pero vos podés creer que pegué mal las escenas? Es de no creer. Con la experiencia que yo tengo en esto. Lo que pasa es que estoy muy nervioso, muy nervioso... Mucha responsabilidad».

La situación cambió cuando los espectadores, acostumbrados a consumir en la cultura de la oferta y el bonus, supieron que podían ver una película y media a cambio de una sola entrada, además de vivir la aventura de un incidente cuya vivencia, aunque fue colectiva, pareció única. Durante la interrupción habían cambiado impresiones para acordar un punto de vista sobre lo que acababa de suceder. Pero no fue posible porque referían el episodio según el universo personal del que venían, lo que convertía al suceso en un río de incertidumbre en el que el incidente era un poco más o un poco menos de lo que había sido al manifestarse (nadie creía del todo en la verdad del incidente si no lo ajustaba, en alguna medida, a lo que deseaba experimentar).

2002

Acomodé la plata en ladrillos contra el fondo de la caja fuerte y nos fuimos a El Rey de la *Pizza*, una fonda de Junín que durante cuarenta años conservó intactos sus decorados, si es posible llamar decorados a objetos sometidos a la indiferencia y que, desde que habían perdido actualidad, producían los delirios perceptivos de un viaje en el tiempo.

Las paredes azulejadas del salón eran las de los grandes baños públicos, que ya no existían, o que ya no se usaban para evitar contacto con su paraíso de infecciones y los olores bestiales que las trasladaban en esporas. Las sillas de caño tenían cuarteado el plástico del asiento. Unas repisas de tamaño ridículo —o revolucionario— sostenían como blasones las botellas de vino Toro Viejo que ya no se vendían ni se podían tomar, lo que les daba a su presencia inútil una condición de lujo mórbido tan visible que no podía ocultar sus verdaderas intenciones: tentar al comensal para negarle el derecho a saciarse.

Un fragmento del horno podía verse por una pequeña abertura que dividía el mostrador de la cocina, y en cuyo umbral de mármol apoyaban los moldes de acero con las pizzas humeantes, listas para cortarlas en ocho porciones regulares con cuatro golpes secos de cuchilla. Tenía las dimensiones y la oscuridad de una locomotora a vapor, y gastaba ochenta litros de querosene por día, lo que le daba a la masa el gusto que la había hecho famosa al precio, que todo el mundo pagaba sin problemas, de violar las normas municipales de higiene y agitar el fantasma de la intoxicación.

Éramos varios sentados a una mesa sin mantel, extendida sobre el salón mugriento en el que se respiraba un profundo aroma a anchoas, lamentablemente estacionado sobre nosotros como un océano de aire. A las dos de la mañana quedábamos Pujol, Felipe Pérez, el Gordo Marcaccio y yo, hastiados de los rumores y las risas que acompañaron los comentarios sobre quiénes estuvieron y quiénes faltaron a la inauguración del cine, y del recuerdo de los cumplidos con que la gente suele premiar cualquier acto que implique el despliegue de dinero.

Le pregunté a Pujol cómo le había ido en Nueva York. Hizo una pausa para controlar la atención que le dábamos y nos dijo: «Bárbaro. ¿Viste que Uli es fana de la NBA? Resulta que un día, sin darme cuenta, paso por el Madison. Yo ya le había comprado una camiseta, pero veo un cartel que decía “Nicks vs. Dallas”, los Dallas, que tienen nombre de animales, los búfalos, los velocirruptores, qué sé yo cómo mierda se llaman. Entonces digo: me los voy a ver y después le cuento. Se va a volver loco. Cruzo la calle: boletería cerrada. Típico. Me estoy yendo amargado, y se me cruza un negro en una silla de ruedas. Una máquina infernal con cosas colgando por todos lados. Y me dice que tiene entradas. Me pide sesenta dólares, le doy sesenta dólares. El negro se va dándole a las ruedas con unos guantes de colores. Lo sigo pero me para en seco: “*Wait*”, “*brother*”, “*stop*”. No sé si también no me tiró un “shut up”. Veo que hace unos veinte metros por una calle cortada, entra por una puerta angosta y chau. Pasan cinco minutos, quince minutos, media hora y yo digo: este negro, así como está, paralítico y todo, me está garchando...». El Gordo Marcaccio apartó de golpe un triángulo de *pizza* que estaba por morder: «... Con la pija muerta». «Sí, digo, me está garchando con su pija negra muerta, ¿no? Efectivamente. Pasan, yo qué sé: ¿cuarenta minutos?, ¿cincuenta? Entonces me mando hasta la puerta y ¿qué veo? Un pasillo. No terminaba nunca. Llego al final y veo otra puerta a la derecha». Hablé yo: «Ya sé: el baño». «No, qué el baño. Ojalá. ¡La cocina de un restaurante con salida a la calle del fondo! Pregunto por el negro y me miran como si estuviera loco. Salgo por la puerta del restaurante y ¿vos lo viste? Yo tampoco. Así. Tal cual te lo cuento».

«¿Y quién ganó?». La voz de Felipe Pérez se oyó desde una distancia galáctica, como si la hubiera impulsado menos la curiosidad que una prueba de ventriloquia. Nadie lo vio mover los labios, con lo que el hecho, que ya tenía el aspecto de un acontecimiento paranormal debido a quien lo estaba protagonizando, había dejado de ser una pregunta formulada por él para convertirse en algo transmitido por un ente o una sombra. La astucia de Felipe capturó de inmediato el efecto que había producido el misterio de su voz enrarecida, un efecto de inquietud que nos regresó al silencio, esta vez por la necesidad de que esa voz fuese aislada, desconectándola del mundo que había invadido.

Pujol fue el único que creyó que la conversación seguía (seguía en su imaginación); lo miró moviendo la cabeza hacia los costados, clavándose los dientes por debajo del labio inferior y arqueando las cejas con un tic

diabólico, un tratado de reprobación que Felipe no advirtió porque después de preguntar quedó mirando las baldosas engrasadas de El Rey de la *Pizza*. «¿Cómo quién ganó, Negro? El choto ganó. ¿No te digo que me robaron la plata? Estás en la luna».

Felipe sacó un papel del bolsillo: «A ver. Momento. Escuchen esto: “Mi mamá me mima,/ la quiero matar./ Umbilical cordón ató a mi cuello:/ va a estrangular./ Desde que soy niño/ me engaña con papá”». Lo miramos fijo. «¿Qué pasa? Es una canción», nos dijo. Marcaccio quedó en un éxtasis de asociación, del que volvió con muchas dudas: «Sos rebuscado, Negro, ¿eh? ¿Por qué “umbilical cordón”? ¿Qué te costaba decir “cordón umbilical”?». Felipe tomó un trago de cerveza a la temperatura ambiente de El Rey de la *Pizza*, en el que encontró la pausa para pensar una contestación. Mejor dicho un desvío, un movimiento de evasión que situara la charla en el territorio de Marcaccio. No necesitaba atacarlo. Alcanzaba con cambiar de tema y desplazar la atención que había ganado hacia un sitio en el que ya no se hablara de él ni de sus cosas, que nunca se sabía del todo cuáles eran, y en el que no estuviese obligado a opinar para poder volver pronto a los fondos del silencio que había abandonado contra su voluntad. «Decime una cosita, Gordo: ¿vos eras arquitecto, no?». Marcaccio, quien esperó que Felipe argumentara a favor de la línea incestuosa de su lírica o se replegara por vergüenza, quedó paralizado por el contragolpe que removía asuntos inherentes a su profesión pero también a su identidad actual: «Era. Ahora soy buzo».

La brevedad de la frase trazó, sin embargo, una prolongada curva en el aire; llevaba la tensión de una sentencia pensada durante siglos, la que se mantuvo desde que salió de la boca de Marcaccio hasta que se agotó como energía en el campo de silencio que la estaba esperando para recibirla y olvidarla. Felipe se levantó y fue al baño. Pujol le preguntó a Marcaccio cómo le estaba yendo con eso. «Bien y mal. ¿Qué sé yo? Este Negro está más boludo que nunca, ¿no? En Uruguay me fue bien. Me hice conocer. ¿Sabés a quién tuve de alumna? A la hija de Maradona. La más chica. Eso en Punta del Este. Pero en Montevideo tuve problemas porque viste que yo pasé con el Mercedes, y ahí mismo, en el puerto, se me rompe el alternador. Como no tenía un peso lo dejo estacionado y me voy. ¿Qué iba a hacer? Termina la temporada y a los dos meses me voy con un mecánico de Mercedes porque digo: “Aprovecho ahora que tengo una plata y lo arreglo y ya me quedo tranquilo”. La cuestión es que el auto no estaba. Le

pregunto a un tipo de la Prefectura y el tipo me lleva a un galpón lleno de autos y motos y *jets ski*. Hasta que lo veo en el fondo, hecho mierda».

Marcaccio hizo rodar con la punta de los dedos las servilletas de papel abolladas que habían quedado en la mesa: «Me dijeron que lo confundieron con un coche bomba. ¡Un coche bomba! ¡En Uruguay! ¡Dejame de hinchar las pelotas! Le pusieron trotyl en las cerraduras y lo hicieron saltar por el aire. No le quedó un vidrio sano. La chapa tenía unos boquetes así. Tremendos. Le digo al mecánico: “Traeme una grúa”. Pero no lo pude llevar porque debía una fortuna de estacionamiento, como si te dijese tres mil dólares, más el acarreo, la multa por utilizar el depósito fiscal y la puta madre que los reparó a los uruguayos».

Felipe regresó a la mesa. «¿Qué pasó?». Pujol hizo un resumen como para ir saliendo del tema: «No, que al Gordo le rompieron el Mercedes en Uruguay y lo dejó allá». Pero Felipe no escuchó; se puso su campera de cuero y subió el cierre que la cruzaba en diagonal hasta las orillas de un aplique de gamuza con las palabras Harley Davidson: «Bueno, ¿vamos?». Nos despedimos en la puerta, pero Marcaccio me alcanzó cuando estaba subiendo al auto: «Chinito, escuchame una cosa. Disculpame que no te lo dije adentro, pero no daba. Ya sé que andás con mucho lío por lo del cine pero necesito que me des una mano». La voz del Gordo era más débil de lo que había sido siempre, incluso de lo que había sido un minuto antes. Ya no se trataba de un cambio de ánimo, como ocurre con el eufórico cuando se deprime, sino de un cambio de sujeto, una transformación que se manifestaba en la voz pero subía como un fuego desde las causas, desconocidas para mí, que la habían modificado.

Apoyó una mano en el techo del auto mientras yo sacaba la llave del tambor de contacto y dejaba una pierna afuera en señal de atención. «¿Leíste lo de la quiebra? Salió en La Verdad. ¿No lo leíste? Mejor. Estamos fundidos. El edificio de Sáenz Peña sale a remate el 22 y tenemos embargos por todos lados, o sea que lo vamos a perder completo. Papá se está muriendo, yo creo que no pasa diciembre. Imaginate lo que es mi casa. Mi vieja está destruida. Para lo único que abre la boca es para decir: “¿Por qué tuvimos tanto?”. Yo vendí lo que tenía para ir viviendo, y encima me pasó esto del auto que, ponele que lo venda allá, ¿cuánto me pueden dar? Por eso te quería preguntar, vos Chino me decís si sí o no y está todo bien igual, si me prestás la pileta algunas semanas del verano para dar clases. No te quiero joder con el alojamiento porque vos tenés tu familia. Yo voy, me instalo en lo de algún amigo y, ponele, lunes, miércoles y viernes a la

mañana temprano me voy para tu casa. A la pileta te la mantengo yo. Yo me hago cargo del cloro y de los motores si se rompen y te doy una parte de lo que entre. Hice unos contactos en Uruguay con unos mexicanos, y si me junto una plata me voy a Cozumel».

2002

El plan de Marcaccio necesitaba un poco de plata y el salto geográfico que lo alejara —geográficamente— de la destrucción personal, triste pero en apariencia bien llevada. A varias cuadras de El Rey de la *Pizza* seguía escuchando su voz y contestándole en silencio. Guardé el auto en una cochera y volví a cruzar la Plaza Marcilla después de más de veinte años. Varias torres iluminaban el monumento, iluminado también desde los zócalos del pedestal. De las figuras humanas moldeadas en bronce no se desprendía una sola sombra, como en un mediodía ecuatoriano. El resplandor clareaba también los árboles inmensos de la infancia, en ese momento reducidos a réplicas pequeñas. Pero como aquella grandeza pertenecía a una realidad imaginada, como todas, pero irrefutable por obedecer a una primera impresión que no podía ser modificada por la percepción racional de las dimensiones, seguí conservándola aun contra la evidencia que la estaba desmintiendo (el viaje en el recuerdo es un viaje a escala, a la escala en la que se necesita o se soporta recordar).

Di vueltas alrededor del monumento. La figura principal era la de Eusebio Marcilla, «El Caballero del Camino», un piloto de Turismo Carretera que fue el héroe deportivo de la ciudad, vestido con un mameluco de operario o técnico, en todo caso un ejemplar ordinario de la revolución industrial, maniobrando en la quietud metálica que lo había congelado con gesto rústico, pliegues tensos y una fuerza viril incorruptible. En sus brazos arremangados, cuya fuerza moral era capaz de sostener el peso del mundo (unos brazos obedientes a la iconografía soviética, desdeñosa del abrigo aun en la estepa), agonizaba un mártir de la ruta a quien Marcilla había auxiliado en una carrera que en la instantánea del monumento despreciaba en favor de un gesto espectacular de santidad.

El muerto o herido de muerte estaba desnudo, en una posición de entrega sexual tan intensa que llenaba la plaza de asociaciones suspicaces, mientras el Marcilla metálico, lo que en el pueblo había quedado de Marcilla además de su hagiografía y un comercio de repuestos de autos

gerenciado por sus herederos, miraba el cielo, sustituido en la noche municipal por el tremendo equipo de reflectores. Una placa situaba la escena en la Vuelta Buenos Aires-Caracas de 1948 que, como todo lo que se vivía, había desaparecido, aunque quedara la memoria material donde el recuerdo dormía el confortable sueño de las referencias.

1948

Más de cien autos en la grilla de largada. Casi todos Ford o Chevrolet reforzados con jaula antivuelco. La ruta salía de Lima y seguía un hilo de cemento que se internaba en las montañas y en las llanuras secas y atravesaba calores infernales y zonas de nevada. El tiempo pasó rápido y las máquinas prácticamente volaban a la altura de Trujillo, un pueblo del Perú que dejaron atrás envuelto en un manto de ruidos y de polvo. Fangio y su copiloto Urrutia encabezaban la serie después de algunos inconvenientes en la largada de Puente de Piedra (una insurrección de campesinos) hasta que entraron a una escena de otra historia. Marcilla la vio. La vio lenta, atontado por el reflejo mental que la negaba: el auto de Fangio hizo un zigzag y salió del camino barranca abajo dando tumbos verticales como un robot entablillado. El polvo ocultó la máquina en una imagen infernal y desapareció de golpe, desplazado por el viento de los cerros. Dentro del auto yacían los pilotos, aplastados por los golpes que llenaron de curvas las líneas rectas de la carrocería y cortados por las herramientas y las latas que se habían agitado en la cabina como una lluvia de pequeños misiles, atravesaron los vidrios y se incrustaron en los paneles de las puertas.

Marcilla se paró con los dos pies sobre el freno del Chevrolet, salió del auto, se tiró por la ladera y llegó tajeado por las espinas al auto dado vuelta donde escuchó un concierto de gemidos, vocales pronunciadas a los gritos como palabras completas de sufrimiento y un sonido de metales hervidos en aceite que se contraían en golpecitos espasmódicos y variados como un fondo de *free jazz*. Sacó a Fangio, tiró de las piernas quebradas de Urrutia y lo cargó al hombro como un estibador carga una bolsa en el puerto, lo subió al Chevrolet y lo llevó al Hospital Obrero de Chicope, donde entró muerto (lo recibieron en Urgencias porque tenía los ojos abiertos).

2002

Marcaccio compró un Renault 4 viejo, le montó en el techo un tubo de oxígeno y con una tipografía fosforescente pintó «Buceo Cozumel. Clases» más una dirección de contacto. El asiento del conductor tenía la base quebrada, y le faltaba un pedazo, como si lo hubiera mordido una bestia jurásica. En su lugar, Marcaccio puso una silla de jardín, de plástico, a la que le cortó las patas para que se adecuara a la altura de la cabina. Nunca pensó en el repuesto adecuado. Todo lo contrario: había decidido marcar el arreglo, personalizarlo con un pensamiento propio y una mano de obra irrepetible que atestiguara el esfuerzo mental y físico que impedía que el Renault y su dueño se derrumbaran por dentro.

En el baúl llevaba ropa, patas de rana, snorkeles, antiparras, dos trajes de neoprene, tubos de acero inoxidable, un manómetro digital y cinturones de plomo. Lo vi entrar al parque de casa con su cara borrada por la sombra de los árboles sobre el parabrisas, lo que le daba al cascajo un aspecto de auto fantasma antiquísimo y, a la vez, ultramoderno. Tomamos mate y luego lo perdí de vista. Sin embargo reaparecía, moviéndose a lo lejos. Revisó las bombas, limpió las paredes de la pileta y comenzó a llenarla; cortó el césped, instaló unas pizarras con las tarifas escritas con tizas de colores y armó una pequeña carpa iglú que utilizó como depósito.

Al día siguiente llegó con dos alumnos. Los llevó a la zona baja de la pileta y, con el agua a la cintura, charló con cada uno de ellos de manera individual. Supongo que estaría contándoles sus aventuras en las profundidades marinas que sabía utilizar muy bien para impresionar, agregándole a la mención de sus proezas algunos nombres en un orden de respeto ascendente: Puerto Madryn, Cozumel, Mar Rojo. Me contó que les describía las técnicas rudimentarias de acceso a la geografía invisible de los mares en versiones para niños, y les advertía de los peligros de la claustrofobia que podía traicionarlos allí abajo si el agua no era clara, y los asustaba un poco, para curtirlos, recomendándoles no escuchar —o no tenerlas en cuenta si las escuchaban— sus respiraciones amplificadas por la

inmersión, un espejo monstruoso de sonido propio que aterrorizaba a todo el mundo, fuese por el terror de sentir lo propio como ajeno o, lo peor de lo peor, lo propio como propio.

2002

Se mudó a Cozumel. Alquiló una cabaña donde colgó una dentadura de tiburón blanco en situación de amenaza o, mejor dicho, de final de amenaza. Desde allí, mientras lo veía, imaginaba el paisaje de la costa como un conjunto de piezas encastradas, o de colores montados en bloques plenos y siempre inflamados por el calor del cielo. Mediante la percepción realista del mundo como un dibujo, Marcaccio era una persona que ya no vivía en el espacio. Ni siquiera vivía en el espacio retrospectivo del recuerdo; no vivía en los restos evocados de Junín sino en el interior de algo más cerrado. En realidad, vivía del recuerdo de un pequeño territorio perdido hecho de las madrugadas interminables en los boliches de Buenos Aires, especialmente en Trumps, donde los mozos lo llamaban Andrés y le daban un crédito excepcional como contraprestación de la fortuna que dejaba en propinas.

Desde esas alturas se fue derrumbando el imperio Marcaccio, que dominó el comercio, los bienes raíces y el remate de hacienda de Junín durante treinta años. Apenas lo advirtió, el Gordo se sumergió en el fondo del mar. No fue una metáfora de descenso. Fue un descenso físico verdadero que implicó un cambio de carácter y le dio un giro inesperado a su vida. De pronto desapareció de los bares y reapareció como buzo matriculado del Diving Center de San Isidro, habilitado para bajar hasta la barrera desesperante de los dieciocho metros, tumba de hipertensos y sedentarios. Portaba, como si fuese su único documento personal, el carné del *Open Water* de PADI, el curso que hizo en una pileta cuyo fondo era la réplica de un rincón de corales de Arraial do Cabo, a la que unos peces de plástico y la iluminación subacuática basada en azules profundos aportaban dinamismo y dramaticidad terrestres.

* * *

El Gordo subió al Jeep Willys estacionado en panorámica frente al mar y lo sacó de allí (quedó la panorámica sola, sin el Willys). Fue a dar su clase

mixta de los miércoles en Aquaworld. Antes se detuvo unos minutos en San Gervasio donde le dio dos mil dólares a un gestor de migraciones, famoso por falsificar pasaportes pero intocable. En el puerto de Aquaworld se hamacaba suavemente un catamarán, mecido por el paño apenas arrugado del mar, que no se balanceaba en olas sino como una enorme placa inclinada con un punto de apoyo en el centro. Saludó a los alumnos y se detuvo en una mujer que le despertó el deseo de pajearse delante de ella por el solo hecho de tenerla toda (cogérsela hubiera sido una experiencia incompleta).

El sol bajaba del cielo en cortinas de fuego transparentes. Los aprendices se reunían bajo las sombrillas de juncos, o más bien bajo los conos de sombras que comenzaban a desplazarse en óvalos cada vez más angostos hacia el este. Marcaccio reprodujo el discurso para hispanohablantes que le obligaban a recitar sus empleadores, al que por aburrimiento le había introducido algunos chistes personales: «Bueno. Largamos. Bienvenidos a Cozumel que, como todos saben, quiere decir “tierra de golondrinas”. Estamos en una isla de setecientos sesenta y ocho kilómetros cuadrados. Pueden medirla si quieren, y van a ver que no miento. Cerca de acá, en San Gervasio, de donde casualmente vengo de tramitar un pasaporte falso por dos mil dólares, se levanta el templo de Ixchel, que es nuestra diosa de la fertilidad y el amor. Aquí tenemos la barrera de arrecifes más grande del mundo después de la gran barrera australiana. La llamamos la Gran Barrera Maya. Podemos encontrar arrecifes vivos y petrificados. Ya sé, señora, usted a los petrificados los tiene en casa, ¿no? ¿Cómo le va señor? Se ríe el señor. Y sí, encima que está petrificado no se va a poner a llorar... Bien. Quiero transmitirles unas reglas. La primera: no se ahoguen, ¿sí? Si no se ahogan se van a llevar una foto subacuática como recuerdo de su paso por Aquaworld. Bien. Ahora miremos el mar. Por favor. Perfecto. Este mar que estamos viendo tiene una temperatura de veinticuatro grados centígrados. El señor mira hacia el otro lado. ¡Qué cosa! Y bueno: está petrificado. No se preocupe señora que ahora lo dejamos abajo... Bien. En este mar que estamos viendo hay una fauna de quinientas especies. Hay tortugas, delfines, tiburones, rayas... Cuando regresen del mar la tierra les va a parecer muy pobre. A los que buceamos en la barrera nos gusta decir que la naturaleza de la superficie es en blanco y negro. Ya van a ver. Pero ahora presten atención porque viene lo único importante que les voy a decir. Esto que tengo acá es un conjunto de elementos que llamamos equipo compensador. ¿Para qué sirve el equipo compensador? El equipo

compensador sirva para... ¿para?... compensaaaar. Muy bien. Un poquito duro el alumnado pero bien. Entonces, una vez que sabemos que este conjunto de cosas están para compensar nuestra permanencia debajo del agua, porque que yo sepa peces no somos, tenemos que conocer el nombre de las piezas. Atenti. Este es un traje de neoprene. ¿Los que están atrás lo ven? Perfecto. Sí, el traje de Batman no es, ¿no? Tiene dos milímetros de espesor en las extremidades y tres en el pecho, y también, ¿ven acá?, tiene un refuerzo en las rodillas. La máscara es de vidrio templado y silicona; en este caso se trata de una máscara Cressi Focus, que está de moda ahora. Este es el chaleco con lastre integrado que, como vemos aquí, viene con una purga en el hombro derecho que les va a servir para regular la profundidad. Bueno, y esto, no señor, no es para el asma, el señor se cree que se viene el Ventolín, es un snorkel al que se le puede cambiar la boquilla, ¿están viendo acá?, ¿los que están atrás pueden ver?, que es de silicona como la máscara. Y si deciden algún día hundirse bien profundo, cosa que no va a suceder hoy, tienen este aparatito que se llama Suunto vyper y sirve para regular la descompresión. Suunto vyper. Viene con cronómetro y profundímetro, pero nosotros no lo vamos a usar ahora porque es un instrumento que no necesitamos si no somos profesionales. Nosotros somos profesionales de mentira, ¿sí? Y esto que ven aquí es el tanque de aire, y estas son las mangueras; y aquí están las aletas, o patas de rana, como las llamamos en la Argentina. Así que ahora vamos a probar el aspirador de aire, nos vamos a colocar el equipo compensador y vamos a entrar al agua. Una vez que estamos en el agua vamos a descender de metro en metro hasta un tope de tres, ¿estamos?, ¿me siguen? Presten atención. Recuerden que entramos a otra dimensión, a un mundo que no es el nuestro, y que es muy bonito pero también muy agresivo. Uy, se me desmayó la señora. Entonces, bajamos un metro, soplamos con la nariz tapada para sacarnos de encima la presión de los oídos, bajamos otro metro y volvemos a soplar. Cuando llegamos a los tres metros ustedes me rodean y me hacen esta seña si es que está todo bien; o esta, si quieren subir».

Marcaccio le dio unas instrucciones a su ayudante y se zambulló solo hacia el talud continental. Bajó hasta donde se forma el resplandor en el que la luz y la oscuridad son una materia única, y en el camino descendente fue pasando revista a la fauna que en tierra era una lista de nombres pensados para quienes no la vieran (eran nombres que no aludían a las cosas que designaban sino a las que se les parecían). Distribuidos como tesoros en el lecho marino fueron apareciendo las familias de corales ya

instaladas en la memoria de Marcaccio: el coral montaña, el cerebro, el suave, el dedo, el hojas de lechuga, el cuerno de alce, mezclándose con una abundancia nubosa de gusanos y cardúmenes fosforescentes que el resplandor de la tierra presentaba de un modo tan definido que terminaba dándole apariencia de artificio. El Gordo siguió bajando hasta donde no había llegado nunca, y entonces vio la belleza incomprensible de la pared girando hacia el interior del abismo en un azul de explosiones estelares. No podía creer, pero lo estaba viendo, que en ese prodigio se escondía, igual que en el espacio sideral, la profundidad del universo, algo que podía ser una paradoja de la geografía, una trampa o el confín poético en el que la Tierra se despedía de los hombres.

Se desplazó suavemente debajo de la isla pero no lo sintió como un hecho sino como una fantasía. La posibilidad de lo que estaba ocurriendo había sido para Marcaccio tan remota durante tanto tiempo que solo podía ocurrir mientras se pensaba en ella: nunca mientras sucedía. Un golpe de presión lo desmayó. Su cuerpo giró y quedó boca arriba. De la base de la máscara comenzaron a surgir unos hilos de sangre que en contacto con el agua flotaron como una red de excrementos marinos. Fue una escena muy bella y duró un minuto, hasta que Marcaccio y su equipo compensador quedaron trabados entre dos rocas, apenas movidos por las corrientes que se formaban a la entrada de una cueva.

1970

El arquitecto Rosselli prendió un habano y se sentó al tablero en un escenario de penumbras, apenas iluminado por el cono de una lámpara flexible que daba sobre un block de hojas blancas y un tarro con lápices mecánicos. Las bocanadas se encadenaron en estrictos eslabones. En ese punto de la casa, Rosselli representaba, para quienes pasaran frente al ventanal, un teatro de la arquitectura en todos sus detalles de drama laboral moderno, mitad trabajo y mitad escena conceptual, en los que cabían las primeras notas de una obra viajando hacia su futuro material.

A la medianoche dejó entrar los perros: cinco labradores claros esperando el alimento balanceado que Rosselli compraba a granel para alimentar también a los gatos y a los peces y, según sus detractores, a él mismo. Eran perros a los que la tibieza del hogar, el verdadero opio de las bestias, les hacía olvidar lo que sus cuerpos recordaban: que eran cuadrúpedos con un pasado salvaje de manada, pero que ya no sabrían cómo cazar a sus presas ni cómo escapar de sus predadores.

Rosselli los entendía porque era algo que también les sucede a los humanos. Conocía la desolación de ser solo un arquitecto, un soldado más en la historia de la construcción, de algún modo un grano de arena, que nunca dejaba de sentir la energía prehistórica que lo gobernaba. No era un salvaje, pero fantaseaba con una vida que pudiera remontarlo a los albores de una humanidad básica y convertirlo en la primera inteligencia del mundo, capaz de proyectar mentalmente ciudades antediluvianas, utensilios rudimentarios, comidas sazonadas, orgías monumentales y la invención de la rueda, la mesa, la cama y la silla.

Los perros entraron en fila. Detrás de la ventana podía verse a Rosselli moviéndose con un repertorio limitado de movimientos y posiciones fijas, como si posara para algún pintor; incluso la pausa en la que preparó café en la cocina dejando el estudio vacío (es un decir: los perros le daban al ambiente un aspecto de vidriera de veterinaria) estaba ordenada con el mismo ritmo con que se repetían las cosas cada noche. La situación tenía la

velocidad congelada de los actos nocturnos y una intimidad que Rosselli ofrecía al exterior como un *show* de rutinas, capaz de consumir el extenso desierto del insomnio que lo rodeaba cada noche e introducir por fin el cansancio que lo durmiera sentado.

Mi padre estaba allí dentro (estuvo antes o estuvo después, pero mezcló las cosas por una cuestión de economía narrativa), sosteniendo una idea de vivienda que se ajustara al crédito que le había dado el Banco Nación. Rosselli podía resolver el asunto en un minuto. Tenía todos los detalles para ejecutar el presupuesto, y podría haber aplicado en este caso el modelo de casos anteriores en los que se le solicitó la misma construcción sencilla de dos dormitorios, *living* comedor, cocina y baño. En eso, nuestro proyecto no era un desafío por el que Rosselli hubiera podido alcanzar la vanguardia de la vivienda unifamiliar. Sin embargo, se demoraba y se demoraba y se demoraba (y creo que porque, ya entonces, se acostaba con mamá).

1975

Mi padre sacó al estilo chino, retorciendo el cuerpo y cargándolo de una presión que salió en chorros de ansiedad a través de la mirada doblemente aguzada de su ojo único. Devolvió Martín Anchorena, devolvió mi padre. Estaban empatados en 17. Anchorena quiso definir y la pelota tocó el borde de la mesa. La prueba visual que le faltó al roce la compensó el ruido de la pelota golpeando la madera, que se escuchó nítido. Mi padre ignoró el hecho y volvió a sacar, pero con la variante de girar la muñeca hacia abajo para darle más efecto al golpe e impresionar al rival con un teatro de la perfección que consistía en darle varias vueltas a la pelota en el interior de la mano, al modo chino, y buscar la marca como punto de impacto: «¡18 a 17!».

Anchorena devolvió sobre un ángulo y le contestó (fueron dos devoluciones en una): «17 a 18. Fue buena». Mi padre lo ignoró: «Fue mala: 18 a 17. Saco de vuelta. ¡Va!». Anchorena dejó picar la pelota en su territorio, la tomó con la mano y se acomodó para sacar: «¡Let! Tocó la red. Saco yo». «¿Qué?! Let un carajo. ¡Si no se oyó nada! Dámela que saco». Anchorena hizo picar la pelota varias veces en la mesa y sacó de golpe. Mi padre apoyó la paleta en un ángulo y fue a buscarlo. «Reconocelo, fue let. Preguntale a Dicky, que la vio. No podés ponerte así por un juego». Dicky Bianciotto iba detrás de mi padre para detenerlo y, al no alcanzarlo, daba media vuelta alrededor de la mesa y lo interceptaba de frente, frenándolo en parte y enardeciéndolo aún más al ver que Anchorena se alejaba. «¿No me puedo ponerme así por un juego? Sí que puedo, mirá cómo puedo. Te voy a meter una zapatería en el ojete, chacarero hijo de puta. ¿O te pensás que porque sos millonario me vas a pasar por arriba? Ustedes siempre quieren tener razón, ¿no? Vos, Martínez de Hoz, Alzaga Unzué, Blaquier y la concha de su madre. Se robaron el país y ahora me querés robar a mí. Te voy a matar, hijo de puta». Anchorena se fue y mi padre se sentó en un banco. Cuando se calmó, Dicky le dijo que tenía razón Anchorena y que, aunque no la tuviera, no

era un motivo para una pelea entre amigos. Mi padre lo miró fijo: «Está bien, Dicky. Seguí chupándole el culo que así te va a ir».

1978

Algo pasó con el planeador de Martín Anchorena, así que saltó al vacío. Sus amigos festejaron en tierra que hubiera podido escapar mientras la máquina se despedazaba en el aire. Pero las correas del paracaídas fallaron y cayó sobre el campo sin que, a lo lejos, pudiera oírse el ruido del impacto (igual podía imaginarse). Mi padre estaba entre quienes celebraban la salvación, y después de una pausa en la que el horror y el silencio formaron una unidad indivisible llena de movimientos interiores, salieron a rescatarlo en varios autos.

Los empujaban las fuerzas enredadas de la angustia y la perversión. Si en ese momento no veían el cadáver destrozado de un paracaidista, no lo harían nunca, aunque no había que perder las esperanzas de verlo algún día por televisión. Se pasaban entre ellos, mordían la banquina en los caminos de polvo y derrapaban en la carrera por la primicia. Tenían el mismo plan: llegar primeros y contar antes que nadie el estado de Anchorena, reducido a una pila de escombros humanos posiblemente humeantes (corría el mes de julio).

El velorio fue notable por la frialdad de sus amigos, al mismo tiempo excitados por los detalles de la catástrofe. Hombres atentos a las tragedias y a las proezas de la aviación, hechos que consideraban gemelos, desplegaron un millón de especulaciones alrededor del caso. Se habló — por momentos a los gritos— de la aceleración en caída libre, de la fuerza del choque en kilográmetros y de lo que hubiera pasado si en vez de caer en el maizal donde cayó lo hubiera hecho sobre la Laguna de Gómez (coincidían: no hubiera habido diferencia).

Al problema del duelo mi padre debía agregarle el remordimiento de haberlo odiado con toda su alma. ¿Cómo iba a hacer ahora para que los otros olvidaran su rencor? Era cierto que Anchorena no podía recordarlo (lo velaban a cajón cerrado, en un ataúd cuyo perímetro antropomórfico engañaba a quienes no habían visto sus restos clavados en la tierra, una montaña de treinta centímetros regada de choclos), pero los vivos sí.

La situación de crisis entre esas dos morales enemigas —el odio hacia las representaciones del nombre Anchorena, con sus efectos reales e imaginarios de atropello social y latifundios; y la piedad frente al martirio — degeneraron en el llanto de mi padre, desatado en el velorio pero inspirado sentimentalmente en desgracias anteriores ante las que no se le había caído una lágrima (en los velorios se llora por todo).

1983

Junín se anunciaba en un arco de luz que entraba en la atmósfera nocturna tiñéndola de un blanco impuro. Mis compañeros de colegio dormían en posiciones heterodoxas para el descanso, como quedan los cuerpos después de una matanza. Volvíamos del viaje de egresados. Las ventanillas estaban abiertas, y el aire quieto del campo entraba en ráfagas al ómnibus y movía las cortinas que levitaban, pesadas, como alfombras mágicas.

Recordé, como en una escena de teatro negro, la pesca de truchas en el lago Mascardi. La boya fosforescente se balanceaba en mi memoria. Las burbujas que surgían de la vida acuática se inflaban y explotaban aquí y allá, los juncos se inclinaban con el viento; y en la profundidad moderada del lago las truchas estudiaban la carnada y nosotros a ellas. Peces y pescadores reunidos allí empleábamos, al mismo tiempo, la misma metafísica de supervivencia, atentos al mismo suspenso. Lo que ocurriera, aunque con un sentido diferente para cada uno, ocurriría para todos.

* * *

La noche de los pueblos obedece a un único movimiento retráctil, y Junín era un escenario vacío en el que quedaban la vitalidad automática de los semáforos y los taxis estacionados con las radios encendidas, velando el sueño de sus choferes. Los camiones municipales barrían el asfalto y le daban a la madrugada un rumor fabril que la vida diurna del pueblo no tenía. Llegué a casa caminando, saludé a mi padre y comencé a describirle la luz cegadora de la nieve, la dureza como de cemento de los arrayanes, pero ¿y esas velas encendidas? Las había en platos de café y en vasos puestos boca abajo sobre la heladera, el televisor, las mesas y el piso; y en un alarde de abastecimiento también había paquetes sin abrir, y varias cajas de pilas al lado de la radio portátil de la que salía, saturado de vibraciones plásticas, un tango instrumental que modernizaba un poco el ambiente.

Eran veinte o treinta velas que le daban al interior de la casa el aspecto de un santuario, o de un fogón avivado por la brisa, porque cuando las

llamas, inmóviles y rectas, recibían el aire de nuestros cuerpos al desplazarnos, las sombras se alteraban y mi padre y yo ya no éramos una forma proyectada en las paredes blancas sino varias. «¿Pero vos podés creer que estos hijos de mil putas me cortaron la luz y se llevaron el medidor? Son unos hijos de mil putas. No tienen vergüenza. Mirá si con Perón te ibas a quedar sin luz. Pero ¡por favor! Yo no sé, este país, así como está, se va a pique. Si vos vieras los negros que vinieron. Que se lo metan en el ojete al medidor. ¡Negros de mierda! ¿Cuánto hace que se inventó la luz eléctrica? ¿Cien años? ¿Ciento cincuenta? Ponele doscientos. Son millones de años en la oscuridad. ¿Cuál es el problema? Decime cuál es el problema porque yo no lo veo. Vos fijate que el cuerpo humano está acostumbrado a la oscuridad. ¿Por qué? ¿A ver si lo sabés? ¡Porque nació con la oscuridad! En África, hoy, ahora mismo, viven prácticamente a oscuras. El televisor, la radio, el teléfono, la heladera: todas boludeces. ¿Sabés para qué sirven? Para que haya una sociedad de consumo: los idiotas útiles. Y después te esclavizan. ¿O te pensás que es para solucionarte los problemas? ¡Confort! Decime, a ver: ¿qué es el confort? Todo verso. Son cosas que impone el capitalismo. En la Unión Soviética estas cosas no existen; y ojo, eh, que todo el mundo tiene su casa, su heladera y su churrasco. Pero qué vamos a comparar la Unión Soviética con esta republiqueta de mierda. ¿Te hago un arroz?».

El rostro de mi padre, satanizado en la escenografía ritual por la que circulaba en ciclos horizontales el perfume humeante de la cera, se oscurecía por el efecto de las sombras proyectadas en las paredes y le daba una dinámica de oráculo consumiéndose en los rojos del infierno. Era el marco adecuado para verlo ejercer su legendaria ira de revolucionario que cree que la revolución se dará sola, sin necesidad de hacerla, mientras los puntos de fuego dispuestos en círculos formaban el aura del guerrillero arengando en el monte.

Nos fuimos cada cual a su habitación con una vela. El diámetro de claridad era cerrado, apenas si llegaba a las paredes con una luz ensombrecida por su propia debilidad, esa especie de oscuridad implícita que hay en la luz de las llamas; porque a diferencia de la luz eléctrica, cuyo caudal parece infinito por la gracia de la continuidad, la vela expresaba un modo de consumirse acorde al destino fatal de la energía y a la intermitencia que lo va anunciando (todos los fuegos son, en el fondo, relojes descartables de luz).

Me mojé los dedos y apagué mi vela para no verla agonizar. Pero querer dormir no fue dormir. Apareció el insomnio y el terror de no poder salir de la nube negra en la que estaba, y en la que no pasaba nada, salvo que el tiempo se iba, cayendo pesadamente al mismo abismo del que había salido (esa noche me volví cronofóbico y, tal vez, nació este libro). Era la angustia típica que produce el tiempo cuando se lo ve pasar en vano, surgida de lo que todavía no llega, y de lo que aún no se va, y que provoca un stress vago y específico, el de estar aquí, ahora, en la nada del presente: una nada vivida.

Como cada vez que siento que me voy a deprimir, me agarré la pija y me trasladé de la realidad de la penumbra hacia paisajes inexistentes (viajaba en el tren bala de la imaginación), para llegar a una playa argentina con montañas nevadas (Mar del Plata con Bariloche de fondo), un sitio encantado donde me rodeaban compañeras de colegio, una prima hermana, amigas de mamá y estrellas del cine y la televisión. Yo y ellas. Me gustaban todas. Todas juntas: en simultaneidad y en sucesión. Mientras pasaban las iba nombrando en un susurro y mi cerebro, asándose en sus propios jugos, las vestía mediante golpes de moda y estaciones con bikinis, minifaldas, lencería sadomasoquista, vestidos de noche, con medias o sin medias, descalzas o con tacos. A una le tocaba las piernas, a otra le chupaba las tetas, a una tercera le pedía que me mostrara la lengua, y a todas les ordenaba posiciones precisas para que me dieran de sí mismas una imagen inolvidable que, por el principio de evocación que me identifica, evitara la exposición franca de la concha para que la paja antidepressiva se extendiera en la felicidad de la confusión.

Cada tanto, único patrón fijo de esa construcción, las reunía a todas bajo el resplandor de la playa que se recortaba por delante de las altas cumbres, y ellas bailaban del modo en que lo hacen las modelos en las publicidades de aperitivos, participando sin ninguna conciencia, y por lo tanto sin ningún pudor, de una comunidad de estúpidos que marcan tendencia mientras giran alrededor de una piletta con forma de riñón a la que, tarde o temprano, caerán vestidos hacia el hervidero del sexo grupal.

Una línea de amanecer entró a mi cuarto y las cosas volvieron a su sitio. La realidad es una experiencia lumínica. Me duché con agua fría (tampoco había gas), y encontré a mi padre con el oído pegado a la radio —se reía a carcajadas de un chiste que ya conocía: «¿Sabés qué es un esqueleto dentro de un placar? Un gallego jugando a las escondidas»— mientras desayunaba, como de costumbre, medio kilo de pan con un litro de leche

pura, sin dudas la rémora de un pasado de lactante que no podía abandonar. Me clavó la mirada como si estuviera alucinando: «¿Qué te pasa? ¿Qué hay? Es leche. Ni que fuera vino. Es lo más sano que hay. Yo salgo a hacer una diligencia y te soluciono el problema de la luz. Si es por mí te imaginás que me importa tres carajos, pero aunque sea la conecto para que veas televisión». Regresó una hora más tarde con una bolsa. Había comprado cables, grampas para amurarlos, enchufes, tomacorrientes y cinta aisladora. Armó una extensión, fue hasta la casa de su padre y, como si fuese una cuerda de remolque, la conectó a un tomacorriente de la galería del fondo. Volvió a entrar y, a la pasada, sin mirarme, con un aire inaceptable de triunfo, comprobó que hubiera energía y me dijo: «Ahí tenés. Antes de que me digas algo».

2003

Entré a la casa de mi padre después de diez años. Saqué fotos y me senté a verlas en un bar. Había dos clases: las altas y las bajas. Las altas mostraban los ángulos de los techos, la boca de la que colgaba —de un cable desgarrado— la araña del *living*, las manchas de humedad, la grieta que abría las paredes en bloques, el marco de una puerta, fotos de mujeres desnudas, el taparrollos de una ventana (de allí surgía un jazmín del país), un llavero con forma de llave gigante, el revestimiento de madera enmohecido (era la tierra, que con su vanguardia de humedad volvía a ocupar el lugar que le había quitado la casa), y una biblioteca con varios libros que ya habían comenzado a mezclar sus formas y sus contenidos en una pasta informe: el libro regresando al árbol.

Las fotos bajas tomaban imágenes del piso: capas de papel higiénico, manchas de líquidos (gaseosa, combustible, cera), bolsas, latas de cerveza, trapos, botellas, bobinas de transformadores, carcasas de plástico, pilas de un voltio y medio cubiertas de un sudor de sulfatos, cajas de cartón llenas o vacías —estaban todas cerradas—, una alfombra de varios colores, camisas deshilachadas, boletas electorales del Partido Justicialista, un sol de noche desarmado, tacos de velas, saquitos de té, envases de yogurt, bandejas térmicas de delivery, revistas sin tapas, frascos, sobres, rodajas de pan, blísters de aspirinas vacíos, vasos de cotillón, una media de lana, cables, una bolsa con cal, lámparas quemadas, astillas de madera, pañuelos, cortinas, una pequeña montaña de yerba mate y, sobre una mesa, una pila enorme de diarios y recortes de revistas, la autoridad escrita en las que mi padre apoyaba sus ideas fijas. Diarios, diarios, diarios, pero nunca el del día, lo que le daba un sabor histórico a los recortes, casi todos relacionados con la eterna crisis de Medio Oriente —su especialidad—, y lo situaba siempre cerca de asuntos remotos y cada vez más alejados de la intimidad familiar, de la que no tenía la menor idea.

1996

Mamá se convirtió en la estrella televisiva de Junín. Nunca supe cómo lo hizo. Desde el primer programa, que se llamó *Puntos cardinales*, desplegó variedades inconexas. En las primeras semanas, y de lo que puedo recordar, pasaron las profecías negras de un ingeniero atómico acerca de la parodia del desarme nuclear, payadores gemelos cantándole a una supuesta invasión extranjera y varios personajes quebradizos, doblados por el fracaso pero todavía más por el dolor que les producía el recuerdo de algún éxito olvidado. Así le fue dando un tono de interés general a sus emisiones autobiográficas que comenzaban con una caminata por el muelle de la Laguna de Gómez, a contraluz de una masa de reflejos dorados sobre la que se recortaba su silueta negra, de bombero delante de un incendio, produciendo el efecto de un ácido lisérgico en el instante de máxima penetración.

Desde el fondo de la pantalla los títulos avanzaban y retrocedían escoltando el nombre de mamá. Pero el *show* de esos inicios era menos el del suceso televisivo que el de sus preparativos, los aprontes tecnológicos invadiendo el espacio familiar con cables que se cruzaban, parrillas de luces, micrófonos de ambiente, cámaras fijas y móviles, y operadores fumando como presidiarios detrás de las consolas. Visitarla a mamá en esos días significaba verla multiplicada en las pantallas que florecían en todas las habitaciones, mientras ella iba comprendiendo el fenómeno que la expandía mediante la arquitectura de la simultaneidad y le daba la materialidad inconsistente pero intensa de un ángel.

Los cinco televisores de la casa se encendían a todo volumen durante la emisión del programa, incluyendo las repeticiones de la madrugada. Cualquier recorrido, casual o calculado, que se hiciera por las habitaciones implicaba cruzarse desde distintos ángulos con la imagen fantasmal de mamá, mucho más real que la imagen de su cuerpo patrullando los monitores con el propósito explícito de supervisar un estándar aceptable de imagen y sonido y el propósito oculto de verse. Todo el tiempo que

había perdido en la elaboración del programa (la suma de las pausas, las tomas repetidas, las demoras por la impuntualidad de un invitado y las fallas en la mesa de control), comprimiéndolo en una versión más breve pero también más nítida de la vida (la versión editada), se equilibraba con la transmisiones en las que mamá sentía regresar al cuerpo del que habían salido.

El programa se sostuvo mediante los intercambios del canje, por los que cada una de las partes —el Mercado y la Televisión— creía imponer una ventaja respecto de la otra. Las operaciones consistían en ceder bienes —pollos al spiedo, pastas, masas finas, bebidas blancas, ropa— a cambio de imágenes televisivas por medio de acuerdos elásticos e inciertos porque ¿cuántas porciones de spaguetis con estofado de peceto valía un primer plano de su fabricante gesticulando por delante de una tarantela en *off*?

Mamá borró su lenguaje cotidiano, olvidó sus viejas lecciones de maestra normal y comenzó a hablar en un idioma técnico. Solo sus operadores, de quienes lo había aprendido, la entendían. Y arrastrada por el vendaval de innovaciones, la alteración de la cultura hogareña y el reconocimiento del público, comenzó a registrar cada día de su vida con una cámara. La vida era su obra (y su obra era un producto exclusivamente autobiográfico). Filmaba las conversaciones íntimas, los viajes y los cumpleaños de mis hijos. El archivo creció exponencialmente, como solo pudieron hacerlo las burocracias en la era del papel, y sobre las paredes del estudio que no fueran las de los decorados —pagoda china, jardín pampeano, parque japonés— se acumuló, en cientos de videos VHS, una extensa biografía de mamá en tiempo real que ya tendría su espectador en algún momento del futuro.

1980

Mónica Giordano y yo nos revolcábamos en la inmensidad de la cama matrimonial. Hacía un año que su padre había muerto allí mismo de un infarto masivo por el que podrían haber muerto varias personas, y los resortes hundidos del lado en que dormía mantenían vivo su fantasma. La casa era un claustro liberado y silencioso. Las marcas familiares desaparecían bajo nuestros franeleos y nos daban, junto a las nuevas experiencias de la carne, la sabiduría secundaria por la que entendíamos que ocupar un espacio de intimidad suprimía la realidad de cualquier entorno. ¿Para qué queríamos un afuera de nosotros? ¿Qué importancia tenían las circunstancias, si es que las había? Las cosas recién volvían a existir cuando nos levantábamos de la cama, nos acomodábamos como podíamos el vestuario que había sido nuestra hoja de parra (nos acostábamos en malla) y nos sentábamos en la cocina a tomar algo fresco sin hablar demasiado y entonces, sí, reaparecía la presencia material de la heladera, la lata de galletitas, los muebles y Mandril, perro de mierda, deshaciéndose en contorsiones como un pez colgado de un anzuelo.

Cada día me encontraba con algo nuevo de Mónica: la forma de sus piernas cónicas extendidas en la cama, el pliegue que se formaba entre los muslos y el culo, la curva de las costillas, el delgado rollo de carne del tamaño de un cigarrillo que se estacionaba como una frontera entre las axilas y las tetas cuando me echaba encima de ella, y las terminaciones saladas de la oreja que yo chupaba porque me habían dicho que era el camino más corto para atontarla de calentura y chau: adentro.

Sonó el timbre y nos desprendimos. Estábamos empapados, mirando nuestros brillos y amando la suciedad que nos hacía sentir adultos. Me escondí detrás de la puerta. Era Juan Carlos Giordano, Bebo, el primo hermano que siempre se la quiso coger. Escuché que ya se iba. Entonces ¿para qué entraba? Se sentó a la mesa de la cocina y tomó algo, y mientras

hacía girar los cubos de hielo en el vaso (podía oírlo desde el dormitorio y llevar la cuenta de los giros), charlaron sobre la situación de unos parientes que liquidaron una chacra en la zona de General Pinto. Por momentos se hacía un silencio de varios minutos, un agujero en la conversación que Bebo intentaba llenar volviendo sobre esos parientes con las mismas palabras, pero en versiones cada vez más cortas, que terminaban en: «Y bueh...». Tremendo opa de campo. De pronto —el tema se había reducido a la palabra «regalado»— se levantó y se fue, Mónica cerró la puerta y volvió a la cama como si no se hubiera ido, ni hubiera habido pausa ni visita ni conversación ni despedida y sí, en cambio, una continuidad en el orden de las cosas reales, las cosas nuestras, por lo que la sola idea de que hubiera algo más, otro mundo, otras personas al margen de nuestros enredos, era una falsa alarma detectada por las antenas circunstancialmente mal orientadas de la percepción.

La fricción de las *lycras* me iba dejando redes de pequeños derrames en la punta de la pija. «Ya vuelvo». Mónica salió de la habitación y yo quedé con el bulto prensado por la malla, dando golpes de cadera hacia el techo, una secuencia de pijazos al aire que se fueron espaciando hasta detenerse como los latidos de un moribundo. Escuché que encendía el tocadiscos del garaje (una especie de placar horizontal con cuatro patas metálicas, anacrónico incluso en la era de su auge), y también sus pasos de regreso. «Ya vine». Volvía para hacer lo que nunca había hecho abiertamente: tocarme la verga con la mano abierta. La apoyó sobre el bulto y lo acarició como lo hacía con el lomo de su caniche en un sorprendente préstamo de conocimientos manuales que unía, con naturalidad, dos campos a simple vista antagónicos. La garganta limada de Umberto Tozzi, el cantante italiano recién lanzado hacia las proliferaciones de la fama y la traducción, comenzó a rebotar en las paredes del garaje, y a buscar los huecos de la casa para difundirse como una peste de gritos y dulzura:

*Glo-ria, faltas en el ai-ré
Falta tu presen-ciá, cálida inocen-ciá
Faltas en mi boca, que sin querer te nom-brá
Y escribiré mi histo-ri-á, con la palabra Glo-ri-á*

*Porque aquí a tu lado, la mañana se ilumina
La verdad y la mentira, se llaman Glo-ri-aaa...*

*Glo-ria, faltas en el aire
Faltas en el cielo
Quémame tu fuego
Fúndeme la nieve, que congela mi pe-cho, oh, oh, oh
Te espero, Glo-ri-á*

*Glo-ria, campo de sonri-sas
Agua en el desier-tó
Corazón abier-tó
Aventura de mi mente, de mi mesa y de mi lecho
Del jardín de mi presente
Te espero, Glo-ri-á*

*Ahahá, ahahá, Glo-ria
Por quién espera el dí-á
Y mientras todos duer-mén
Con la memoria inven-tá
Aroma entre los ár-bo-lés, en una tierra má-gi-cá
Por quien respira nié-blá, por quien respira rá-biá
Por mí que sin tus besos
Te desnudas provocando
Y hago sombras en el techo, pensando en Glo-ri-á...*

Mónica había dejado la palanca gancho del tocadiscos en la posición que programaba repeticiones hasta que se quemaran las bobinas de los transformadores o se cortara la correa que hacía girar el plato. La máquina actuaba sin una economía de la necesidad, sin cálculo ni inteligencia; actuaba como lo que era, un dispositivo idiota que solo se detendría si una mano (la mano que justamente me estaba agarrando la pija) regresaba la palanca a su posición original. «¿Te gusta?». Los ojos de Mónica se achinaron presionados por la sonrisa, y su boca enorme se abrió con una mueca de felicidad que siempre podía ser captada en las fotos, pero yo no pude decirle lo que estaba pensando porque nunca nadie dice lo que piensa y que, más o menos, era esto: «¿Si me gusta qué? Hermosa, divina, que me volvés loco... ¿Si me gusta la canción del descerebrado de Tozzi o la pajota excelentísima que me estás haciendo? ¿Eso me preguntás? ¿Me preguntás si me gustan las dos cosas juntas de las que sin dudas saldrá uno de los recuerdos más lindos de mi vida?, ¿o si me gusta que estemos en la cama en la que tu papá se cogió a tu mamá durante veinte años hasta que reventó

como un sapo? ¿Me estás preguntando eso, bombón? ¿Me preguntás si me gusta que la casa esté vacía y que estemos toda la tarde solos, como dos personas grandes, revolcándonos uno encima del otro? ¿O la pregunta se refiere a si solamente me gusta tu bikini turquesa con vos adentro, incluyendo ese culo divino que movés cuando te levantás de la cama para ir a buscar dos vasos de Coca-Cola helada, llenos de burbujas, uno para mí y otro para vos? Sí, sí, sí, claro, of course, me gusta todo, todo: que te revuelques conmigo, y que yo sea importante para vos, y faltar a la escuela sin que nadie sepa que vengo a verte, y llamar al trabajo de tu mamá y preguntar por ella y cortar antes de que conteste y saber que tenemos tiempo, mucho tiempo, todo el tiempo del mundo, para repetir mil millones de veces lo que empezamos todas las tardes en la cama, en el sillón del garaje, en las sillas de la cocina, en el piso, contra las paredes, en la ducha. ¿Cómo no me va a gustar? Es lo que más me gusta en la vida. ¿O me viste cara de pelotudo? Y te voy a decir por qué me gusta. Me gusta porque desde las dos y cinco, y hasta las seis, las cosas duran mucho. Acá no pasa el tiempo. Por eso vengo. Me gusta ver el reloj y que sean las dos y cuarto, y que después de acabar por primera vez sean las dos y veinticinco, y que los discos se repitan y las cosas giren y vuelvan a empezar siempre, siempre, siempre y nunca, nunca se terminen. Como ahora. Y me gustó verte la primera vez que te vi, parada en la puerta de tu casa con un pantalón de gimnasia que te partías con ese orto precioso que te mira todo el mundo: los amigos de tu papá, tus tíos, tus profesores, los padres de tus amigas, los camioneros que se asoman por la ventanilla y te gritan cosas sin que sepan que este culito es mío. Fue así: estabas parada sobre un colchón de hojas secas en la vereda donde daba el sol del mediodía, y vos y las hojas parecían salir de un fuego dibujado. Fue verte y dar ochocientos millones de vueltas a la manzana para verte una vez, y otra vez, y otra vez más, y vos me saludaras con la mano apenas levantada mientras yo pisaba tus hojas secas. Eso me encantó. Pero más me gustó que después, de golpe, ya no estuvieras más y, en cambio, estuviera la puerta cerrada y vos adentro, invisible, pero mucho más linda que antes».

«Sí que me gusta», dije, sin que se filtrara ninguna emoción. Me vestí y me fui. Esperé en la esquina a que llegara la madre de Mónica y a los cinco minutos toqué timbre. «¿Está Mónica?». Mandril, ese cascajo resentido que no había abierto la boca durante toda la tarde, me ladraba desfigurado por un odio antropoide del que chorreaban flecos de baba tóxica. «Hola hermoso. ¿Así que van al cine? ¡Callate Mandril! ¿Cómo anda tu mami?»

Mandale saludos». Mónica salió de un segundo plano de sombras y nos fuimos. El *foyer* kilométrico del cine San Carlos era un desierto encerado. La boletería, recortada en la penumbra, se veía como una pequeña pantalla sin sucesos. Con suerte podía especularse con la historia del boletero inmóvil esperando el momento de la acción: un asalto, el cierre de caja después de la última función, el despido o la muerte; cualquier cosa que lo sacara de la celda transparente en la que vegetaba como un protagonista sin historia.

La inmensidad de la sala era más impresionante que de costumbre porque no había casi nadie; solo pequeñas islas de parejas aquí y allá, separadas por distancias enormes, confesando asuntos imprecisos que se activaban por fobia al silencio. «No te puedo creer que es en blanco y negro. Si sabía no venía». La desilusión de Mónica no duró mucho porque la película avanzó como un tanque, y cuando quiso acordarse ya estaba dentro del cuento que contaba, de un modo exhaustivo pero superficial (cronológico), la campaña de un boxeador que triunfó en Nueva York y terminó como payaso barato de un club nocturno. En realidad, era una película sobre los celos; sobre los modos de desear y los desarreglos que produce hacerlo sin reservas. El deseo era el mal, la enfermedad, el agente número uno de la destrucción personal y el descontrol; mientras que no desear, algo que ningún personaje podía hacer pero aun así era una presencia evocada con pena, equivalía a la paz de no invertir, de no gastar, de no perder.

Aquel deseo y sus ecos envenenados atormentan al boxeador, que para colmo es italiano y, por lo tanto, aplica sobre ellos, como un sello de fábrica, un sentido arcaico de la propiedad. Siente que la mujer que desea y cela, pero que nunca termina de tener, es un bien más de su poder patrimonial basado en el dinero y la jefatura familiar con la que lo ungió la rigurosa tradición de su cultura. ¿Sufre? A su manera disfruta la vitalidad del sufrimiento. La golpea —no la mata porque el amor inhibe el poder mortal de sus puños—, y amenaza con estrangular a los competidores de su reino sexual, donde su mujer es una fuente irresistible de atracción en la que él mismo cayó al verla, blanquísima, indiferente y abundante al borde de una pileta pública del Bronx.

Antes de la defensa del título mundial, la mujer se pasea en bata por la habitación a la que el boxeador se ha retirado a pensar en el adversario que quiere arrancarle la cabeza para quitarle todo lo que tiene (quiere su lugar, su nombre, su dinero y su gloria: todos los elementos de los que está hecha

su imagen actual). La bata es de seda, por lo que pueden notarse las líneas de la bombacha y los pezones como dos dedos índices que apuntan a los ojos un poco bizcos del campeón mundial. No tiene un cuerpo normal. Es una máquina de producir pasiones intratables en todos los hombres que la miran y, de inmediato, quieren poseerla, someterla, taladrarla, abulónarla, verla reducida a la calma o a la satisfacción, incluso a la muerte; y el boxeador es quien menos puede lograr estos cometidos imposibles, sean juntos o por separado, porque le ha tocado la desgracia de enfrentarse a la realidad de esa mujer que para sus adversarios es solo un sueño.

El campeón se mira en el espejo del baño. Se lo ve tenso, despeinado, oliendo el ambiente con su nariz aplastada, vestido con una musculosa, un calzoncillo bóxer, medias tres cuartos y zapatos de traje. El espejo también le devuelve una imagen de su sistema nervioso, que se revuelve por dentro y se anuda en el ceño. Quiere coger a toda costa. Dicho en argentino: quiere ponerla. Pero no debe porque mañana defiende el título y todo lo que ese título le da: la educación y el alimento de sus hijos, los lujos, la mesa reservada en los restaurantes llenos, la admiración que despierta en el mundo del deporte y, aunque él mismo no lo crea, el amor de su mujer, quien llega por detrás de la imagen pésima que el campeón ve de sí mismo en el espejo, le enchastra el cuello con la lengua y le tira encima toda la carne que hierve bajo la seda. La conciencia del boxeador se descompone en fragmentos de duda: ¿y si abandona el prestigio y el éxito y, con ellos, el sacrificio de mantenerlos, y se entrega a la bestia tentadora que lo está cebando? Mejor no.

Mónica apoyó los pies en la butaca de adelante; el vestido de verano cayó en volados hacia la cintura y dejó las piernas al descubierto. Empujado por los escarceos de la pantalla apoyé una mano del lado de adentro, a la altura del tobillo, la subí por la rampa suave del muslo, corrí la bombacha y por primera vez metí un dedo en una concha.

2006

Soñé con Mandril. Aparecía de costado, tieso, como posando para un retratista (o un taxidermista). De pronto me miró con su memorable mirada exoftálmica. ¿O eran los ojos de Mónica que vivían en los de su mascota? La claridad de la imagen no me impidió ver la señal secundaria que escondía: si esa bazofia bipolar no me ladraba no era él, era Mónica disfrazada de perro, emblema de la fidelidad y la esclavitud moral que se agitaban en el horizonte del recuerdo.

Mónica Giordano. La había olvidado completamente, pero el sueño me dijo —como hablan los sueños: de un modo incompleto pero terminante — que yo había sido muy feliz cerca de su nombre. Llamé a Paula, su prima de Buenos Aires, y me presenté ante su memoria. «Ay, Juan, ¿sos pelotudo? ¿Cómo no me voy a acordar de vos? A tu mamá la veo por la tele cuando voy a Junín. Tuviste otro hijo. Contame un poco». Le pregunté si ella creía que Mónica podía aceptar que nos viéramos después de tanto tiempo: «En el McDonald's del Obelisco». «¡En el McDonald's del Obelisco!». El grito de Paula se equilibró con un silencio de pudor y un pensamiento en voz alta: «Ay, no puedo creer lo que me decís. ¿En el McDonald's del Obelisco? ¿Cómo se te ocurrió pensar en esa porquería? Además, ella vive en Junín, ¿o no sabías? ¿Qué le dice al marido? ¿Cómo hace con las nenas? Sinceramente, no lo veo, no lo veo...». Traté de no dejarla salir del tema: «Decile que estás deprimida, que te separaste. O que te enamoraste». «Ya me separé dos veces, Juan: dos veces; y no me enamoro nunca más. Ojalá pudiera, pero no va a ser tan fácil. Dejame pensar... Sos tremendo. Únicamente que le diga que venga a visitarme sola, que tengo ganas de verla como cuando éramos chicas. No me vendría mal. Pero ¿me podés decir qué le ves al McDonald's del Obelisco? Es el lugar más feo del mundo».

La pregunta de Paula, escondida en el recuerdo, volvió mientras esperaba a Mónica. ¿Qué le veía al lugar más feo del mundo? Nada, salvo la velocidad con la que los comensales ordenaban, obtenían y devoraban el

menú para luego salir con la misma seriedad con la que habían entrado, un arma usada para hacerle frente a las sonrisas que se activaban detrás del mostrador como un decorado de obsecuencia y cinismo. ¿Comían o no comían? Comían como si comieran piedras de alimento balanceado, pero esa desgracia iba acompañada de una experiencia de saciedad inmediata que solo se daba allí, frente a las babas de humo que salían de las freterías, las empleadas *geishas* y el orden policial que organizaba el proceso de producción y venta, incluyendo la participación de un director de asuntos internos que, usurpando la mirada del cliente, en su representación, y sobrevolando al personal con la amenaza de la suspensión o el despido, marcaba el paso de esa factoría de grasas saturadas.

Los reflectores del Obelisco se encendieron y las paredes blancas le dieron un baño de claridad a la rotonda en la que los autos giraban y se perdían remontando el viento sudeste en dirección al río. Reconocí a Mónica por el modo de caminar mirando el piso, y por su paso firme que en la infancia me recordaba el modo en que avanzan los caballos —y las yeguas. Tenía un vestido negro sin mangas y unas sandalias con tacos. Entró por la puerta principal, giró la cabeza en varias direcciones, salió a la calle y le hizo una pregunta a un hombre gigante que repartía volantes en la esquina. ¿Mónica y el gigante? ¿Por qué no? Le sacaba más de dos cabezas y la triplicaba en peso. ¿Acaso no era suficiente esa desproporción para imaginar que el sexo podía compensarla, que la belleza de Mónica podía reducir a la suavidad o a la inoperancia la fuerza descomunal de ese ogro que la miró de arriba abajo y le dijo algo para luego hacerle un comentario al tullido que lo secundaba? ¿De qué se reían estos dos enfermos? ¿Hablaban de cogérsela entre los dos en alguno de esos hoteles familiares del centro, superpoblados de pasajeros ilegales y allanamientos? ¿En los hoteles del centro o en los de Constitución, menos confiables todavía? ¿Qué harían? ¿La sentarían entre los dos en un taxi y en el viaje le levantarían el vestido negro y le meterían el dedo en la concha como yo se la toqué hace veinticinco años en el cine San Carlos de Junín por primera y última vez?

Volvió a entrar. Me vio pero su cuerpo no confesó ninguna reacción, simplemente avanzó hacia mí y tomó una silla del respaldo, pero la silla fija de McDonald's apenas giró para darle lugar a que se sentara de costado, deslizando las piernas y el culo de la manera en que lo hubiera hecho sobre el banco barnizado de una iglesia. «Preciosa». «Hermosa». «Estás igual que siempre». «Que el gigante te reviente la concha de un pijazo: yo miro». No

dije esas palabras. Más bien las vi como carteles que un lenguaje interior publicaba en el aire para disolverse luego en una realidad de silencios. Mónica Giordano. Otra vez el nombre completo titilaba en la oscuridad de la memoria. ¿Por dónde empezaba a tirar el hilo del recuerdo? Sonó su teléfono: «Hola, sí amor. ¿Ya me estás llamando? Pero no, no seas tonto. Pero te digo que no, te estoy cargando. ¿Y Sarita? ¿Mummy también? ¿Qué van a cenar? En el freezer hay de todo. Si no, pedí unas empanadas a La Costa. ¿Yo? Yo bien, bárbaro. Estoy esperando a Paula para ir a cenar. No, no, en el médico. No, nada, que yo sepa, control nada más. Bueno. Estás gastando mucho. Pero no, no seas tonto, es para que no gastes. Besitos, amor; que me llamen las chicas si extrañan. Sí. ¡Te digo que sí! Yo también». Me clavó los ojos: «Mi familia».

El pasado cayó sobre nosotros como un techo que se desploma y de inmediato surgió la dificultad del recuerdo colegiado, muchas veces reducido a una guerra de percepciones o de la mitología de esas percepciones; un ejercicio que despreciaba la verdad pero con la ilusión de hacerlo en su nombre. ¿Hasta dónde había que llegar? ¿Debía estacionarme en el *hall* del cine San Carlos, que cruzábamos varias veces por semana para ver la misma película? ¿O en las tardes inolvidables que pasamos en su casa y que no estaba seguro de poder describir, como si el recuerdo, además de todo lo que no es, fuese en el fondo una experiencia informe de angustia o, como en este caso, de excitación, la misma excitación que rodeaba aquellos hechos pero sin ellos? Mónica se detuvo primero: «¿Para qué me querías ver? Me vas a explicar por qué me dejaste. ¿Me lo vas a decir ahora? Te tomaste tu tiempo, parece. Porque yo no entendí nada. Tampoco te voy a mentir, no te voy a decir que no pude vivir sin vos porque ya ves que no es así. Por suerte estoy muy bien. Enseguida estuve bien. Te diría que al mes. Pero salir corriendo así, como si no nos conociéramos. Y encima dos veces». Hizo una pausa para cambiar de vía: «El mes pasado fui a tu cine con las chicas. Está muy lindo. Y a la noche soñé que entrábamos al San Carlos. La película ya había empezado, y nosotros caminábamos por el pasillo del medio, como si fuéramos a meternos en la pantalla. Pero no te hagas ilusiones, que no soñé con vos. Soñé con el cine y conmigo. Vos estabas de adorno».

Esperé un instante para que supiera que la estaba escuchando y que la prueba de mi atención era que me preocupaba por separar lo que había oído de lo que iba a decirle (el modo en que nos turnábamos tenía el esquema de un debate electoral televisado, como si habláramos para una

multitud o un árbitro): «Mirá. Te traje algo». Del fondo negro de mi computadora se abrió un escenario, y del fondo del escenario surgió Umberto Tozzi de *smoking* y moño y con un peinado batido hacia arriba y hacia los costados. Se sacudía con unos golpes de cuello que los protocolos de la traumatología cervical no se animarían a calificar. Al borde del daño físico, pero también de la felicidad que dan algunos movimientos por los que se pierde la energía mala del cuerpo, los cabezazos de Tozzi formaban la coreografía marciana que acompañaba el *playback* de «Gloria», su gran éxito, filmado en los estudios de la RAI.

Para darle sensación de compañía, dado que se lo veía abandonado en el centro desértico del set en el que se multiplicaban escalones mortales y reflejos de luces apenas filtradas por el blanco y negro de la toma, y por el que un Tozzi electrificado iba y venía corriendo de un lado al otro, tal vez con el propósito plástico de llenar el vacío, se había logrado un efecto que ningún despliegue hubiera podido alcanzar. Era el efecto óptico de los espejos enfrentados, en el que el astro y cada una de sus células se perdían en la multiplicación de su propia figura hacia un infinito imaginario en el que también se multiplicaban el moño, el cuello palomita del *smoking*, el micrófono, el brillo de los zapatos y las ondas flameantes de su peinado leonino. Se multiplicaban o se deshacían porque multiplicar una imagen ¿no es, de algún modo, dividirla?

Mónica cantaba la canción para sí, en un tono suave que por momentos se interrumpía por distracción o falta de memoria. «¡Umberto Tozzi! ¿De dónde lo sacaste?». «Del garaje de tu casa». «¿Umberto Tozzi? ¿En el garaje de casa? ¿Estás seguro? Si nosotros escuchábamos a Kraftwerk». ¿Kraftwerk? ¿Esos hombres-robots disfrazados de nazis suaves que se paraban delante de sus sintetizadores como sacerdotes en un púlpito? No podía ser, pero no dije nada para no emplear el tiempo que teníamos en discusiones; y cuando apareció el primer silencio grande entre nosotros, que no fue un silencio de intercambio sino de presagios negativos que anunciaban el hundimiento de nuestra cita, le conté la historia del asalto: «Un día entré a tu casa por el lote de Beltrán. Primero me metí en el cuarto de las chicas y después fui al tuyo. ¡Déjame terminar! Esperá, esperá: dejame terminar. Por favor. Después hablás. Abrí el placar para ver tu ropa. Quería verla, nada más. Te revisé los cajones. Quería saber si guardabas la carta que te mandé cuando te fuiste a Mar del Plata».

Mónica estaba como sin aire, no podía hablar, miraba a la calle y luego al techo y al piso, pero el pudor le impedía rozarme siquiera con la mirada.

«¿Cuándo fue?». «No sé, debe haber sido en el '98». «En el '98. Mirá vos. Qué bien... ¿Y no te dio vergüenza? ¿No te dio vergüenza meterte así en mi casa, tocar los juguetes de mis hijas, revisarme las cosas? ¿Qué derecho tenías? ¿Qué te importa si tiro o guardo algo tuyo? Es un asunto mío. ¡Mí-o! Es mi casa, mi familia, son mis cosas; y con mis cosas hago lo que quiero. Si quiero, las hago desaparecer; y si no, las guardo. Punto. ¿Quién me va a decir algo? ¿Vos? ¿Después de veinticinco años? ¿Por qué no me llamaste por teléfono si querías saber si guardaba algo tuyo? No: vos preferís entrar como un delincuente. ¿Qué más revisaste? ¿Me revisaste los discos? Porque hay algunos que me faltan. Por ahí fuiste vos. A ver, ¿qué más hiciste? ¿Me revolviste el cajón de la ropa interior?».

Su carácter reapareció tal como lo había conocido, arrasado por la pasión y un viento de odio que la empujaba hacia mí; tenía los codos apoyados en la mesa y las manos cruzadas sobre los antebrazos, apretándole las tetas que parecían explotar dentro del escote, pero no miré porque no era aconsejable hacerlo en medio de una discusión moral de la que solo debían participar las conciencias, y no las actuales sino aquellas conciencias rudimentarias e intolerantes de la juventud. Entonces, ¿por qué me preguntaba si le había revuelto el cajón de la ropa interior? ¿Era una infracción haber vuelto sobre la carta y el pasado y, en cambio, no lo era manosearle y olerle las bombachas como prueba de un interés sexual que los años no apagaban? Mónica no quería recuerdos, quería deseo, y cuanto más sucio, mejor; lo vi en el sabor que le produjo la palabra «delincuente» cuando intentó situarla de mi lado sin poder desprenderse de ella del todo. Si la conversación iba a ser profunda, ya habíamos llegado al fondo. Delincuencia, fetichismo, teorías sobre el derecho que tenía o no tenía sobre ella (y sobre el que ella tenía sobre sí misma), repudio al imaginarme tocando los juguetes de sus hijas como manchas impresas en la blancura del santuario familiar y una pregunta que se recortaba por delante de la ira como un reclamo retrospectivo de contacto personal: «¿Por qué nunca me llamaste por teléfono?».

Tuve que decirle que lo que le había contado no era cierto (si fue o no fue cierto, lectores, ustedes nunca lo sabrán), que jamás había entrado a su casa y que solo quería averiguar de manera indirecta si todavía conservaba la carta. Una sonrisa de tristeza se pegó a ella como una careta y entonces intenté mantenerla en el pedestal en el que la había puesto mi interés enloquecido de asaltante: «¿Vos pensás que si yo entro a tu casa no voy a olerle la ropa? Si yo entro a tu casa te la huelo y te la chupo». Y le conté

que una tarde había visto a una de sus hijas, idéntica a ella cuando la conocí, abrazada a su novio en la puerta de su casa. Pero en el fondo el tema era uno solo: el tiempo que se había llevado la parte de nosotros que ya no vivía.

La conversación se convirtió en una sucesión de temas libres. Me dijo que no acababa cuando cogía con el marido; que lo amaba pero no podía salir de un estado de desinterés al que entraba cuando comenzaba a desnudarse: «No sé por qué me pasa eso. No sé. No hay caso: no puedo. Es una desgracia. Probé con dos o tres tipos pero tampoco funcionó. Probé... Probé con dos tipos juntos. Les pagué. No sabés la vergüenza que me dio. Es el día de hoy que no sé cómo fue que me animé. Y te juro que no lo hice de puta. Lo hice por él, porque creo que no se merece que le mienta en eso. Yo lo amo. Pero ¿qué voy a hacer?». ».

* * *

Fuimos a un hotel por horas de la Avenida Independencia con una fachada de mármol que le daba un aire de cenotafio o de sede burocrática insensible, o de cualquier cosa que no implicara la presencia de alegría corporal. Un pasillo oscuro iluminado con tulipas rojas atravesaba el edificio (parecíamos navegar en el interior de una vena) y terminaba en una ventanilla espejada. Nos dieron una ficha octogonal con el nombre de la habitación, El Cairo Room, en cuyo centro había un altillo con una cama de agua, al que se subía por una escalera helicoidal con paredes de acrílico. Desde el peligro de esas alturas podía verse la planta baja y sus muebles: una barra con dos taburetes empotrados en el piso, un televisor que transmitía una orgía de americanos doblada al español y el hueco del hidromasaje burbujeante y rumoroso.

Mónica se echó desnuda boca abajo. La cama se movió unos segundos hasta que las aguas interiores se calmaron. ¡Qué bestia hermosa! Luego se dio vuelta, apoyó la espalda en un grupo de almohadones y se quedó mirando la pantalla. ¿Qué más querían todas esas personas nerviosas, enredadas en el desnivel de una pista de baile sobre la que llovía espuma de máquina, si parecía que no les faltaba nada? Querían otra cosa, querían más, querían lo que no estaba ni allí ni en ningún otro lado. Había una extraña organización en el desorden que establecía uniones de afinidad animal que a nadie se le hubiera ocurrido cuestionar. Hablaba la naturaleza. Dos hombres, como si tomaran una olla gigante de sus asas, retiraron de los brazos a un negro que montaba a una mujer rubia desde atrás.

Directamente la desclavaron. «Se divierten», dijo Mónica. Salimos del hotel en mi auto y a lo lejos vimos acercarse, en dirección contraria, por el carril lento, una caravana de autos deportivos con las luces encendidas.

2006

Los contamos: eran casi cien Porsches que tomaron por 9 de Julio hacia el río y giraron a la izquierda. El semáforo se cerró en mitad de la caravana, pero un policía detuvo el tránsito para que la fila no se cortara. Entendió que la continuidad era lo que le daba sentido al espectáculo y prestó su colaboración sin pensarlo, como si se tratara de una emergencia. Los automovilistas comunes de la avenida lo insultaron a coro pero él se desentendió del tema. Para su protocolo personal de control el deber consistía en dejar fluir lo extraordinario, como si el orden marciano que imponían esas máquinas inútiles fuese un derecho nuevo: el derecho a la extravagancia, que la policía también estaba obligada a proteger (y no estaba mal orientada: era una derivación natural de la defensa de la propiedad).

Los Porsches subieron a los camiones estacionados en una cabecera de Aeroparque. Los camioneros escucharon las recomendaciones de los dueños, en las que se mezclaban la angustia de delegar la custodia de sus joyas ambulantes con comentarios resentidos sobre la Ferrari Enzo, el Lamborghini Gallardo y el Rolls Royce Phantom, competidores directos de sus juguetitos. La preocupación de los millonarios, que era la de una persona en el momento de internar a un hermano, se hacía más visible cuando las conversaciones se interrumpían con los silbidos de las turbinas y quedaban con la mirada perdida en la panza de los aviones que decolaban lentamente, mientras se comían las uñas y experimentaban la orfandad de la que, en alguna medida, disfrutaban por lo novedosa.

Los autos fueron a Mendoza por tierra y los millonarios, en avión. Se alojaron en el Viejo Hotel Plaza y pasaron la noche esperando noticias de la ruta. Iban de la conserjería al *lobby*, del *lobby* a las terrazas, de las terrazas a las habitaciones y de las habitaciones al *spa* —el hotel se había convertido en una convención de nómades que vagaban en círculos—, en el que varios de ellos conversaban sobre el paradero imaginario de los autos para después entrar en detalles y competir entre sí, como maniáticos,

sobre las fichas técnicas de sus máquinas que se sabían de memoria, en el caso de los más viejos una memoria agujereada por los bombardeos de la amnesia.

Un enviado de la revista *RPM Sport*, al que los pilotos habían invitado para tener un testimonio de su aventura —ellos vivían una vida de sueños cumplidos, pero no sabían contarla—, entró al *spa* y oyó las conversaciones, un tráfico caótico de monólogos sobre divagaciones porscheológicas y silencios repentinos que cada tanto dejaban las charlas al borde de la interrupción. Solo al borde. No había posibilidades materiales para obtener el silencio total que, considerado un elemento de inquietud no aconsejable en los momentos de relax, la inteligencia del hotel lo erradicaba con una música horrible pero efectiva.

El periodista comprobó la eficacia de esa maniobra cuando vio salir del sauna al millonario Raúl Constantino con la cara rosácea, como si lo hubieran hervido, por delante de una nube blanca de vapor que lo seguía, lo alcanzaba y luego lo amortajaba buscando desesperadamente el frío. Apenas Constantino traspuso la puerta en cuyo ojo de buey se había anunciado su presencia, primero como una foto de pasaporte y, luego, como un fantasma plastificado con geles transparentes que se deslizaba sin que pudiese ser visto con claridad (las olas de vapor lo borraban cada tanto, con lo que el fantasma cumplía su función de entidad intermitente o entrevista), les pidió a quienes estaban en el hidromasaje que por favor detuvieran un instante los motores para escuchar la música ambiental: «Che, viejo, háganme la gauchada. ¿Me apagan un minuto?».

La razón de ser del Viejo Hotel Plaza —naturalizar el confort poniendo en marcha una maquinaria infernal de diplomacia, obsecuencia y control subrepticio de pasajeros— llegaba a uno de sus extremos formales con la música que Constantino deseaba escuchar para sentir que sus millones enterrados en paraísos fiscales no habían surgido del mundo de los negocios ni de la suerte ni del mérito personal, sino de algo más profundo: de una aristocracia biológica que lo relacionaba de manera natural con el dinero. Que hubiera nacido pobre no significaba nada, o significaba que dentro de ese niño pobre ya latía el millonario que iba a ser. Esos hoteles no eran para él lugares de paso sino el hábitat donde dos naturalezas, la del hotel como oasis y la de él como ciudadano autóctono del privilegio, se encontraban y se daban la mano.

La música que hacía inclinar su cabeza de self made man con satisfacción coreográfica y vagos riesgos vertebrales era un fondo de

melodías de Oriente basadas en secuencias de gongs electrónicos, sobre los que se montaba el canto lejano de unos pájaros que, por la agresividad que el efecto de lejanía no alcanzaba a ocultar, debían ser ejemplares de rapiña, pajarracos de altura o de costa llamando a la masacre de especies inferiores mediante sus insoportables bocinas de combate. «Esto es extraordinario, viejo», dijo Constantino. «Yo te puedo asegurar que estuve en China y no te puedo explicar la tranquilidad que hay ahí. Es una cultura milenaria. Igual que la de la India. Con grandes pensadores, como Confucio: “Una imagen vale más que mil palabras”. Y la paciencia que tienen para todo. Los tipos son señores, viejo. Por algo es un gigante de la economía».

El gerente del Viejo Hotel Plaza les dio la bienvenida a los participantes del *Rally* Porsche de la Cordillera, una farsa de competencia en la que no ganaba ni perdía nadie. Lo hizo en una lengua empujada por el idioma español pero rociada, quizás manchada, por una variedad de acentos extranjeros. Las mozas cruzaban el Salón de los Espejos en líneas rectas como muñecas radiocontroladas, ofreciendo bocados microscópicos. Los millonarios abrían sus bocas de par en par y boqueando se lanzaban hacia el *stand* de agua mineral; y una vez saciados se apoyaban en el mostrador, desplegando una simpatía anacrónica ante las promotoras que, sometidas a una segunda esclavitud —la de ser el público cautivo de esa manga de pelotudos— sonreían por cortesía pero nunca le encontraban la gracia a los chistes, fuese porque no los entendían o porque, pese a todo, estaban demasiado pendientes de la tentación de lujuria que irradiaban.

A la mañana llegaron los camiones y los Porsches se alinearon frente al hotel. Los chicos de la calle que se acercaron a verlos terminaron limpiándolos. Traían baldes que cargaban en las fuentes de la plaza que un siglo antes había sido parte de los jardines del hotel (cuando el hotel fue una mansión) y baldeaban las carrocerías con la seriedad de una misión industrial. ¿Eran niños marginales o una nueva clase obrera encargada de operaciones laborales al voleo? Como si el acto de trabajar hubiera tomado la forma del acto de asaltar, los millonarios no alcanzaron a aceptar el servicio, ni a vetarlo, que los chicos ya los habían rodeado pidiéndoles una propina.

Constantino picó en punta para dejar en claro que tenía la mejor máquina de la caravana (un Carrera 911 último modelo) y que, además, sabía llevarla en la ciudad de un modo frenético, algo que no se recomendaba pero que a él, con más de setenta años, lo hacía acreedor de

una de las pocas propiedades que le faltaba: la potencia física. El espíritu juvenil era en cierto modo una segunda juventud que Constantino sabía llevar bajo el amparo de algunas decisiones sabias, como la de no teñirse las canas y aceptar el último modelo de zapatillas Puma, los *jeans* ligeramente nevados y las remeras de piqué de colores fluo, un set juvenilista que ningún joven de la caravana usaba, salvo los herederos obsesionados con la imitación de sus padres que, a la vez, imitaban a sus hijos mientras rodaba la rueda de las apariencias. Pero había algo que le daba un aire de juventud genuina, tal vez lo único de él que se mantenía joven: su forma de caminar flexible, vital y obediente al patrón del *dandy* que camina sin que se note que camina, como si flotara sobre un colchón de aire, borrando el carácter laboral o indígena de la caminata —en el hombre que camina hay un hombre antiguo que caza o que huye— para dejar en su lugar la idea de un deslizamiento.

Los autos tomaron un camino regional a una velocidad de desfile en la que casi no se oían los ruidos de los motores, excepto el del auto número 23, que trabajaba en siete cilindros. Se reagruparon en una estación de servicio de Uspallata y siguieron hacia el circuito de alta montaña. La ruta seguía una línea paralela al río Mendoza, alimentado por hilos delgados de agua fría —astillas de vidrio casi— que brotaban de los manantiales como si la montaña, inflada de agua, se hubiera pinchado en mil puntos. Las lenguas de espuma se alzaban sobre los cantos rodados y atravesaban los valles. A un lado del camino apareció el Aconcagua como un gigante que se viera de espaldas, encogido, y como apañado por unas nubes frías y pesadas. Surgieron curvas en espiral y los autos se hundieron en el interior de la montaña. Regresaron a la luz y tomaron una subida que daba a una curva cerrada, tan cerrada que vista desde arriba no era una curva sino una rampa que apuntaba hacia el abismo. Una camioneta Mitsubishi verde oliva, que había despertado recelos en la caravana por su modo insolente de infiltrarse entre los Porsches, se acomodó para adelantar a Constantino, quien en ese instante conversaba con el periodista, o más bien imponía sus impresiones sobre la naturaleza que contemplaba: «¡Esto es una belleza! Esto es incomparable. No tiene contra. Decime si no es una postal».

¿Por qué teniendo una verdad física al alcance de la mano necesitaba reducirla a su representación más ordinaria? ¿Por qué pensaba que la Cordillera de los Andes debía entrar, justo en el momento en que se alzaba como realidad, a una versión microscópica y mecánica de su grandeza? Si a algo no se parecía esa cadena de piedras inconcebibles, en la que los pilotos

se internaban sintiendo el vértigo asfixiante de su verticalidad, era a una postal. De hecho, al entreverla de frente desde el cruce de Uspallata ya se había anulado la posibilidad de describirla. Entonces ¿por qué Constantino creía encontrar un beneficio —el beneficio imaginario de la precisión— al emplear una metáfora boba que tanto podía valer para aludir al Aconcagua como a la Torre de Pisa, el Central Park o la Ópera de Sydney? El periodista hizo un comentario mental después de morderse la lengua: «Ay, ¡por favor!, callate la boca, pelotudo. No te aguanto más. ¿Por qué no cerrás el ojete y seguís manejando?»; y en ese momento, en el que Constantino percibió la sonrisa de autocensura de su acompañante como un mensaje de admiración, la camioneta verde asomó su trompa y se lanzó cuesta arriba.

Constantino vio que la máquina fantasma no reaccionaba y bajó la velocidad para que ganara terreno respecto de los dos camiones de carga que iban prácticamente pegados delante del Carrera. La camioneta pasó al primero metro a metro y, al segundo, centímetro a centímetro; pero cuando debió surgir el alivio algo falló, escupió litros de aceite por el caño de escape, se desinfló y quedó a la par de la cabina del segundo camión, en bajada y con un camión de frente cargado con rollos de acero. Pensándolo bien, Constantino no estaba tan equivocado. Aludir a la postal como la única memoria posible de un paisaje —incluso como su única realidad— podía ser, por qué no, de alguna utilidad práctica, sobre todo porque esas montañas enormes ya habían pasado y estaban perdiéndose como postales en los espejos térmicos del Porsche.

El millonario sentía varias emociones juntas, traducidas a un idioma de epigramas: «Todas las imágenes se borran. La imagen que ahora tengo de la Cordillera se va a borrar. Y también la que tienen de mí los que todavía no llegaron a esta curva y ven la cola de mi súper 911. El tiempo es una línea de imágenes que pasan. Mi dinero hace que las imágenes sean muchas y pasen rápido. Y esta bestia se va a matar. ¿Qué hago?». La Mitsubishi, ante el fondo de montañas que la realzaban en una imagen de misión militar, quedó suspendida y entregada al impacto inevitable del camión con acoplado que bajaba festejando la bendición de la inercia. Como único aviso del desastre recibió dos golpes cortantes de luces altas que, en las circunstancias en que tuvieron lugar, parecieron una marca de láser entre los ojos de una presa que va a ser ejecutada. Según los cálculos de Constantino, que siempre se anticipaba a los hechos, el impacto sería a la salida de la contracurva que él miraba desde el piso superior de la montaña,

donde se escondían los peligros de la distracción por los que se desbarrancaban dos o tres camiones por semana.

La víspera de la tragedia envolvía a los ocupantes del Carrera en un cono de electricidad nerviosa. La camioneta cruzó hacia la banquina contraria —una franja de cinco metros de ripio deslizante entre el camión y el abismo—, aceleró, pisó una piedra que la dejó apoyada en dos ruedas y luego de un instante, que para el piloto fue el equivalente a una semana ininterrumpida de sufrimiento e insomnio, se acomodó otra vez sobre el plano peraltado del asfalto y salió adelante, ileso, apurando el motor hacia su destrucción por derretimiento y dejando atrás una nube negra.

Cruzaron a Chile comentando la suerte de ese anónimo que ya habían perdido de vista, y del que recordaban su rostro en la ventanilla, lleno de frialdad y de recursos ocultos para evitar el accidente. Las montañas ocupaban la totalidad del espacio y parecían, también, ocupar el porvenir (lo ocuparían, sin dudas). De pronto, a pocos metros de la frontera, en el estacionamiento reservado del Hotel Portillo, los pilotos vieron la figura de un Porsche insuperable, el futuro aún no formulado de la marca, muy superior en tecnología y precio a cualquiera de los de ellos, incluyendo el de Constantino, propietario del más caro, lo que no evitó que empalidciera al advertir a lo lejos, como un derrumbe personal que sucedía en otro mundo desde el que le llegaban noticias irreversibles, el brillo del sol sobre el capot de aquello —acaso lo único—, que él no tenía.

El periodista disfrutó en silencio la derrota colectiva de los millonarios a los que les cargaba sus gastos, y el modo en que esa máquina exhibida como un tótem los proletarizó de golpe (miraban el interior formando una cámara de oscuridad con las manos, con una avidez solo comparable a la que produce el hambre). Media hora más tarde los vio desarmados frente a los manjares del comedor con vista al lago que, para ellos, ya no era motivo de recogimiento ante la gracia de la naturaleza sino una situación extraña en la que veían el espejo pero ya no a Narciso.

El periodista miró a Constantino y luego al auto estrella, un Porsche Panamera de prueba, doble turbo, doble embrague —todo doble—, con transmisión PDK y caja de siete velocidades (había dos en todo el mundo: el otro lo tenía el príncipe Alberto de Mónaco). Anotó los datos técnicos en su libreta con la intención de martirizar a Constantino recordándoselos más tarde, y movió la cabeza varias veces hacia los costados antes de dejar hablar otra vez a su otro yo, el verdadero yo que en esas circunstancias no podía abrir la boca: «Cagaste, Constantino. Tu autito es una poronga a

cuerda». El periodista no era del todo justo. Constantino era un buen anfitrión de su vehículo, una buena compañía de viaje que podía sostener conversaciones vivaces, incluso revivir aquellas que estaban al borde de la muerte. No tenía nada personal que reprocharle a ese hombre, excepto que todo el daño que era capaz de hacer —un daño planificado, según él— tenía lugar en el orden casi abstracto del sistema en el que se movía. Podía colaborar con fundaciones benéficas, hospitales públicos, escuelas de frontera, clubes de barrio, Missing Children, el Rotary Club y Greenpeace —de hecho lo hacía—, o darles cien pesos a los chicos que limpiaban el parabrisas de su auto de lujo en el semáforo del Golf de Pilar, pero para el periodista era exclusivamente el hombre que había influido en las últimas catástrofes de la economía argentina, al cabo de las cuales terminaba siendo un poco más rico.

Llegaron al Sheraton de Viña del Mar. El periodista se alojó en una habitación con vista al Pacífico y corrió la cortinas para ver el horizonte iluminado en la bahía de Valparaíso y los barcos que iban perdiendo sus formas en la oscuridad. Sin embargo no desaparecían completamente porque, aun invisibles, quedaban en el recuerdo con una intensidad mucho mayor a la de la realidad que los había mostrado. Así se durmió, mirando el paisaje, mitad geográfico y mitad mental. El golpe de las olas en los cimientos formaba un sonido espeso que funcionaba como el silencio en el que se hundían, hasta desaparecer, los ruidos menores. Se despertó con la luz del alba y ajustó la mirada sobre la terraza del restaurante Caleta Portales, donde van a hacer ocho años —ya ocho años: no se puede creer — almorcé con Bárbara Rodríguez.

* * *

Si me hubiera tocado estar allí en lugar del periodista habría salido a caminar y a sepultar esos lugares en los que estuvimos desorientados y unidos en el fin de nuestro amor. La vereda del Casino, las calles del centro, el restaurante El Turri de Valparaíso y el ascensor del cerro Concepción, el bar Cinzano, la feria del puerto, el Pasaje Atkinson, el McDonald's de la costa, el Hotel O'Higgins, las victorias, el reloj de flores, los puentes sobre el agua estancada, y la Quinta Vergara, y la explanada de la Universidad Santamarina, y la esquina de 4 Poniente con la Avenida San Martín: muchos escenarios para una sola escena en la que ya no hay nadie. Cómo me gustaría olvidar todo eso. Si fuese por mí haría desaparecer esos lugares envenenados; y también el pisco sour Capel y sus publicidades

callejeras, las monedas chilenas de cien pesos, las micros, los carabineros y las empanadas de vieiras, de cholgas y de locos; y haría desaparecer Reñaca, Horcón, la isla de Cachagua, Zapallar y, por supuesto, más que otra cosa, Papudo, ese pueblo de mierda donde el hundimiento fue total; y todos esos condominios colgados de las barrancas del Pacífico y apropiados por una manga de pinochetistas asesinos culos rotos y la reputísima madre que los recontramil parió (me parece que no me hace bien recordar).

* * *

El periodista leyó su libreta de anotaciones:

«Hotel Portillo. Los millonarios se enferman cuando ven el Porsche que ninguno de ellos tiene. Están desactualizados respecto de su propio mundo (el del consumo, único mundo en el que “viven”). Y lo que no tienen los “proletariza” y los humilla según su modo de ver las cosas. Miran el interior de la máquina como si fuesen “pobres” (en este momento lo son). El tarado de Constantino pregunta de quién es. Parece un policía a punto de labrar un acta de infracción. Le dicen que es de un chileno. Se vuelve loco, pero en silencio. Llama aparte al importador que viaja en la caravana y le encarga uno “para ya”, “para ayer”. El importador le dice que solo hay dos ejemplares de prueba en todo el mundo. El otro lo tiene el príncipe Alberto de Mónaco».

«Estoy actuando para estas personas porque me pagan, pero cuando recuerde este momento, ¿recordaré mi representación de participante “integrado” o mi experiencia íntima de viaje? ¿Y si recuerdo solamente la representación? ¿Cómo recuerdan los actores sus actuaciones?, ¿como vida o como obra?».

«Me duermo frente a la bahía de Valparaíso. Estoy tan adentro de su realidad que no creo en ella».

Después fue al Casino, donde se entretuvo con un jugador pobre que conservó unas pocas fichas durante toda la noche y, cuando las perdió,

adornó con salvedades su mala suerte. Durante horas las fichas se cargaron de una inminencia de apuesta que nunca llegaba. La ruleta comenzaba a girar y en el momento en que los empleados marcaban la división entre el adentro y el afuera del juego con el «¡no va más!» cantado con la sorna típica de la banca, el jugador pobre codeaba al periodista anticipándole en qué hueco del plato se estacionaría la bola.

La escena se repitió muchas veces a lo largo de la noche. El croupier cruzaba su rastrillo por delante del jugador y lo obligaba a replegarse. Pero lo que el jugador pobre deseaba no era tanto ganar como ahorrarse la apuesta, controlarse, desertar del vicio que lo encendía por dentro. En cuanto a la opinión de sí mismo, se consideraba un ganador prohibido, un afortunado que debido a los poderes que tenía para la anticipación era arrojado al exilio de la apuesta nula. «¿Cachay, huevón? Me quiere garcar. Fijate que cuando me acerco me cierra la apuesta». Hablaba en un argentino infiltrado de acentos chilenos. De golpe apostó dos veces seguidas al ocho, pero salieron los dos números contiguos del plato. Entonces apartó al periodista con el brazo con el que lo había codeado durante horas, se abrió camino entre el grupo de apostadores que se encimaban entre sí y le pegó una trompada seca a la cara sobradora del croupier. Las fichas volaron hacia las luces blancas que las iluminaban y se unieron en una erupción de plásticos que cayó sobre la mesa y borró las apuestas. Desmayado, el croupier caía lentamente. El gel mantenía erizada las puntas triangulares del peinado, insensible a la agresión; y el rostro, aún en el desmayo, mantenía la vitalidad bronceada que le había dado la cama solar bajo la que comenzaba a asomar la palidez de una hipotensión.

Lo sacaron en camilla con un cuello ortopédico y una máscara de oxígeno (un despliegue innecesario que realzaba la prestación de la cobertura médica), y enseguida se alistó en el lugar un reemplazante tan parecido al anterior que por varios minutos no se le dio crédito a la sustitución, sobre todo por parte de aquellos que jugaban en varias mesas y no habían advertido, por la entrega total de su concentración a las decisiones insobornables de la suerte, la escena del golpe ni la llegada de los paramédicos ni nada que no fuera un horizonte de números distribuidos en los paños.

Al día siguiente la caravana visitó una bodega en el Valle de Rapel, y el periodista se aisló en un banco de madera para mirar las vides mientras tomaba el vino que había salido de ellas dos años antes de ese momento. Los millonarios se agolpaban en la sala de embotellamiento, fascinados por

la línea de montaje y los gritos pelados de una sommelier que los instruía sobre «la industria de la paciencia» y les daba detalles sobre las barricas de los astilleros Mercury, en las que dormía su sueño de exportación una uva merlot sometida a una tortura calculada de sequedad con la que la bodega ponía en juego su prestigio y la curva de ganancias.

Los operarios sudaban de punta en blanco para responder a las exigencias del just in time por el que la máquina le pedía al cuerpo atención y fineza en las maniobras manuales, un sacrificio que el periodista observaba de lejos sin perder el hilo de sus reflexiones sobre el proceso que se iniciaba en la raíz de la vid frente a la que se había sentado, o mejor dicho en la profundidad de la tierra hasta la que esa raíz había podido llegar, hurgando entre las rocas de la precordillera. Tomó nota de lo que estaba viendo y escribió: «No usar esto para la nota de los Porsches. Guardarlo para el momento en que me decida a escribir Literatura».

1992

Nos alojamos con Bárbara Rodríguez en el Hotel Lancaster de Avenida Córdoba 401 (creo que ese es el número, aunque hay que dudar cuando se recuerda con tanta precisión). La mirada del botones, adiestrada en la discreción de no mirar allí donde ocurren los hechos, resbaló por la pintura del taxi. Bárbara bajó de un lado y yo del otro y cerramos las puertas al mismo tiempo. Las escenas de simetría se iban haciendo costumbre. Pagué por adelantado para evitar el trámite antes de salir hacia al aeropuerto porque entonces el tiempo iba a correr de otro modo. Los pasillos del hotel estaban revestidos de mármol y los decorados tenían detalles de un lujo envejecido. El edificio tenía cien años o más, y su mobiliario era contemporáneo de una prosperidad que había desaparecido de todos lados, menos de allí. En la entrada de la habitación había un secreter de lapacho (digo lapacho para no detenerme: no sé nada de maderas) y dos asientos forrados en pana verde bosque. La cama era del mismo estilo sobrio y duradero y las ventanas daban a un edificio en construcción.

Nos veíamos a escondidas pero nunca habíamos dormido juntos. El ambiente estaba cargado de una fugacidad mayor que la que nos empujaba hacia esa noche, porque a la experiencia de fugacidad se le sumaba lo único que podía oscurecerla un poco más: un pensamiento de fugacidad. Bárbara tenía una pollera apenas por encima de las rodillas en las que se veía la vitalidad reluciente de sus cuádriceps, y una camisa blanca, lisa y algo transparente. A mí me goteaba la pija. Dejamos el equipaje y bajamos a cenar. Antes nos apretamos contra los pasillos en una lucha sorda de genitales. La vi caminando a mi lado, la olí, la empujé de frente y nos besamos en el silencio hospitalario del hotel.

Cenamos y entramos a la cama, donde estuvimos horas uno encima del otro hasta que el alba asomó por la ventana en forma de una curva rosada de resabios marítimos que se desprendía de la oscuridad del horizonte. En realidad el hecho sucedía un poco más arriba, sobre las terrazas de los edificios en los que comenzaban a abrirse las persianas y a encenderse las

lucos. Mi vuelo a Santiago de Chile salía a las nueve y eran las seis. Bárbara me sentó en un sillón, se arrodilló en la alfombra y me chupó otra vez. Me bañaba la verga con brotes de saliva y se la pasaba por la cara como si se maquillara, mientras me miraba a los ojos con una desesperación que le daba un efecto de esclavitud a su dominio. Unos obreros miraban el espectáculo miniaturizado por la distancia pero agigantado en sus traducciones mentales. La destreza de Bárbara parecía activada por la fuerza de una cinta sinfín, en la que el falso acto de sumisión se reiteraba una y otra vez como un discurso hecho de una sola palabra que no decía la verdad. «No vas a ver ni una gota», me dijo. Le acabé adentro la poca leche que me quedaba, si es que me quedaba algo, y luego me devolvió la verga limpia y envuelta en una humedad mate que se evaporó de inmediato.

La noche se iba y aunque no me importara viajar —era un viaje pensado solamente para pasar esas horas de hotel bajo la presión de un distanciamiento— tenía que ducharme y salir. La farsa debía tener un suplemento de realidad. La noche suelta, sin el viaje, no significaba nada, perdía su drama y su angustia, y yo quería que fuese una luz inolvidable en la oscuridad de nuestra primera despedida. Revisé los pasajes y conté la plata. Me desplazaba hacia Otra Cosa, un terreno al que Bárbara no iba a entrar aunque quisiera. Tomamos el ascensor. El botones iba con las manos enlazadas a la altura de la ingle y la pera adelantada, ese modo ridículo de estar y no estar en la intimidad de los pasajeros. Nos separamos con un beso rasante, de desconocidos, y caminé hacia un taxi, al que Bárbara entró de golpe: «Te acompaño al aeropuerto».

2001

Vi a Valeria Di Santi en la puerta de un Havanna. Paré a saludarla pero me equivoqué —tienen un parecido asombroso— y la llamé Bárbara. Lo dejó pasar. Fuimos de una cosa a otra, de la descripción del bar y sus nuevos alfajores al tremendo sol que caía sobre Buenos Aires y nos hacía arder los antebrazos. Nuestras voces eran cáscaras vacías que se iban inflando. Me habló del desastre del trasbordador espacial (según ella, anunciado en las pruebas fallidas que no se difundieron), de los gastos anuales de vestuario de la mujer del presidente, similares al presupuesto de un pueblo de mil habitantes, y del éxito del implante mamario de su hermana, del que ya habían pasado varios días, un comentario que podía abrirse hacia las relaciones entre la cirugía plástica y el mercado de la belleza, los beneficios del amamantamiento prolongado o la paja cubana.

Hablaba a una velocidad que impedía identificar los temas por unidades, como un diario que se desarma al viento. Cuando la falta de aire la detuvo le dije que me estaba mareando. Fue peor. Desplegó una trama de disculpas arborescentes por cada comentario que había hecho, reduciendo el encuentro al empleo ininterrumpido de su voz y entonces volví a hablar: «Me marea tu belleza».

En qué remoto más allá y por cuánto tiempo había estado confinada esa frase que se soltó de golpe, sorpresiva pero no anónima. Aún en la confusión estaba claro que me pertenecía, aunque haberla expresado sin control la hacía vibrar en un tono afeminado y extranjero, como de puto francés. Valeria hizo silencio mirándome con una cara nueva, desarmada ante la novedad, y la frase, estacionada sobre nosotros como un plato volador al que se podía subir, se volvió un tema del que estábamos obligados a hablar.

Valeria Di Santi, con quien tenía una relación incidental y perdida en el ambiente borroso de lo cotidiano, a quien veía de vez en cuando en algún cruce, como este, escrito por las fuerzas siempre bien organizadas de la casualidad, y de quien tenía una idea vaga de qué tipo de persona era (pero

para qué lo voy a ocultar: siempre imaginé que sería muy buena cogiendo), se convirtió de repente en una mujer para amar toda la vida. Amar todo la vida significaba suspender el amor incipiente que estuviera sintiendo por ella, detenerlo con un cóctel de filtros platónicos y rayos paralizantes, e impedirle el paso en el instante de su aparición. Después de todo, el amor, cualquier amor, el gastado y el todavía sin tocar, ¿no es siempre una experiencia inconclusa?

El episodio siguió su ruta. No era una escena de amor sino algo mejor: una víspera de enamoramiento. En algún futuro me estaría esperando el amor de Valeria Di Santi. Pero en la intrascendencia del mientras tanto, por supuesto, no sucedía nada. Nos mirábamos como estúpidos, nada más. Y sin embargo, aun contra el vacío de los hechos que no se producían, pensar en esa inminencia era algo que ya estaba sucediendo. Habíamos entrado en el tiempo comprimido de los amantes. La calidad de los sucesos no tenía importancia porque todos eran imprescindibles y ninguno, por secundario que pareciera, incluso por secundario que fuese, podía ser reemplazado sin destruir el conjunto. Cada detalle ayudaba a sostener en las alturas el mito del momento. Un auto que pasó a la velocidad de un hombre fue fundamental para la escena. Le agregó realidad (nada hay más real que un auto que pasa) y le quitó lo que la hubiera presentado como una idea acordada por personas que deliran a dúo. El momento mágico se consolidaba en los hechos del entorno, y a esa materialización se redujo su expresión mínima. ¿Así se daban los grandes momentos?, ¿así de sencillos, incluso así de pobres?

Entramos al Havanna y nos sentamos a una mesa. Le dije que cuando nos veíamos, cada dos o tres meses, del modo en que nos acabábamos de cruzar, se producía una situación de intensidad y unión entre nosotros: «Como un choque eléctrico. ¿Es así o no es así?». Valeria pisó la última sílaba de mi pregunta: «Sí, sí, totalmente, tal cual, es así, es así, es como que estamos unidos... naturalmente. Pero ¿y tu familia?».

Mi familia, claro. No lo había tenido en cuenta. La charla pudo haberse enfriado, en cambio se cargó de una atmósfera de explosiones que destellaban aquí y allá con *flashes* de pensamiento trágico. Eran tragedias no desarrolladas del todo, tragedias teóricas o genéricas; no terminaban de encontrar su forma pero ya se presentaban como predicciones negativas sobre un porvenir que mejor valía la pena evitar. Para los parroquianos del Havanna éramos seguramente una pareja, y mientras estuvimos allí lo fuimos. Fuimos, por decir así, la imagen que dábamos. Hasta que habló

Valeria y ese pequeño mundo que ocupábamos en el aire se vino abajo:
«Ay, Juan, mi am... Me gustás. Me hubiera encantado empezar algo con vos. Me hubiera encantado. Te lo juro. Te lo juro por mis sobrinos».

2002

Volví a verla seis meses más tarde en el mismo lugar. Los reflejos que estacionaron nuestros cuerpos en la calle retomaron el estado de nervios al que habían llegado aquella vez al despedirnos. Hubo un montaje sensible, un empalme, del que se encargó el recuerdo. Nos sentamos en la misma mesa que la vez anterior. Al menos el escenario no fallaba. La charla comenzó con una introducción indefinida pero útil para tomar impulso — yo me había preparado en esos meses para no perder la iniciativa y tenía dos o tres frases hechas para mantenerla— pero se rompió por la llegada sorpresiva de mi médico clínico, que pasaba por allí y entró a saludarme. Se llama Marcelo Cardinali. Atiende en los consultorios externos del Hospital Español. Tendrá prestigio pero es un pelotudo. Evítenlo si pueden. Yo ya no lo consulto más.

Amagó a sentarse o mejor dicho a acampar con nosotros (Cardinali es ese de esas personas que no saben irse), pero apoyé mi brazo en el respaldo de la silla libre, como una bestia que mea la zona, y le clavé una mirada de odio inesperada para ambos. Fue como si le hubiera dado un palo por la cabeza. Retrocedió un paso para esquivar la onda expansiva de mi disgusto y apenas alcanzó a despedirse con un chiste bastante bueno que me hubiera hecho gracia si no lo contaba él.

Mientras Cardinali demoraba su salida enganchándose con las patas de las sillas, Valeria miraba el cielorraso, los autos que pasaban y las agujas del reloj de pared en cuyo cuadrante se veía, iluminada en una caligrafía de neón, la marca de un café instantáneo. La miré a los ojos hundiéndome en ella y pronuncié de memoria mi frase hecha: «Estuve pensando que me gustaría sentir tu olor y tu respiración y tu peso más de cerca. ¿Por qué no nos vamos un par de días a Uruguay?».

Había pensado en ella como quien pasa en vela un verano antártico, sin noches, sin ninguna precisión sobre el devenir y el movimiento de las cosas; y las pausas, no solo las del sueño sino también las de las distracciones automáticas de la vida diurna, fueron obstáculos irrisorios que había puesto el mundo para probar mi resistencia. Fui su devoto, y ella mi santa distante. Pero me contestó alterada: «¿De mi peso? Ah, no, yo no lo puedo creer. Esto es increíble, increíble... ¿Perdón? ¿Me estás preguntando cuánto peso? ¿Qué pasa?, ¿me ves gorda?». «No, no, no. Estoy diciendo que me gustaría sentir tu peso. Sentirlo, ¿entendés?». Era inexplicable que, ofendida por mi interés de sentir su peso, hubiera pasado por alto mi interés por su olor (obviamente por su olor a concha). Se levantó de golpe, dejó diez pesos debajo de un pocillo y se fue sin saludarme.

1992

Yo quería que la noche junto a Bárbara Rodríguez en el Hotel Lancaster fuese una aventura que empezara y terminara allí. Quería darme una vez más el gusto de un amor de un día. Pero mi primer recuerdo de ella, el de la hembra alzada y casi desconocida que había compartido conmigo varias horas de enredos y fricciones prácticamente sin hablar (y algo que no se tiene en cuenta cuando se coge con alguien: un espacio de coincidencia moral), estaba siendo mucho más real que ella misma.

Apenas subió al taxi para acompañarme al aeropuerto me abrazó por la cintura con un tackle. Aun así, su presencia no era tan próxima como la de su imagen en mi memoria. La descarga en el hotel nos había vaciado, pero ya estábamos listos para la reincidencia (el deseo es una fuerza giratoria). Nos despedimos inflados por el goce impagable de la separación. Durante todo el vuelo olí los dedos que le había metido en la concha, en el culo y en la boca, y entonces mi plan de tenerla solamente aquella noche y olvidarla con el viaje que debía dejarla atrás comenzó a fallar (el plan en sí mismo era la revelación de la falla).

Sobre el arco del horizonte se presentó a lo lejos, apenas entrevista, como una alucinación convirtiéndose en materia, la Cordillera de Los Andes. En el aeropuerto de Santiago tomé un ómnibus a Viña del Mar y a las once de la noche llegué a un edificio de veinte pisos, llamé al 9.º D y dije al modo de un locutor: «¿Sí? Con el Ingeniero Norman Partarrieu, por favor». La voz maquina sonó junto a un residuo de descarga eléctrica en el parlante reseco del portero eléctrico: «Soy yo, ¿quién habla?». El alivio de encontrar a alguien me llenó de felicidad, y de la tristeza que late en ella como su antepasado o su porvenir: «Soy Juan Guerra, Norman, el amigo argentino de Raquel Barroso». En el noveno piso la voz de Partarrieu avanzó en la oscuridad del pasillo: «¡La Raquelita!».

* * *

A la mañana siguiente, las hijas de Partarrieu me esperaban con el desayuno en el balcón. Conversamos admirando la inmensidad plateada del Pacífico y, con menos entusiasmo, la cúpula del Casino donde se anunciaba un espectáculo al que iríamos a la noche. Partarrieu me prestó un traje rescatado de un tiempo impreciso de encierro. Tenía unas rayas verticales que en las solapas daban ángulos desarreglados para una geometría seria pero no para las convenciones ridículas de la moda, y mucho menos para la moda del pasado. Saqué del bolso una camisa de *jean* y me probé una corbata que no iba con el conjunto pero aportó el detalle distinguido a un vestuario en el que las piezas no se relacionaban entre sí, pero del que resultó una armonía inesperada en la que lo que constituía el concepto era la separación irreconciliable de sus partes.

Como si me hubiera vestido con fragmentos de tiempo, mi aspecto era el de alguien que no llevaba la ropa de una época, ni decía lo que la ropa de una época o de una clase dicen de un individuo, sino que más bien borraba la identidad de cualquier naturaleza a la que pudiera referirse. Para enturbiar más las cosas me peiné con fijador por primera vez en mi vida de adulto. Ni la nueva imagen que daba, ni el entorno ajeno en el que sucedían las cosas, me alejaban del recuerdo de Bárbara Rodríguez. Todo lo contrario. Las contingencias ásperas del extranjero, y las del disfraz, me lanzaban hacia atrás, hacia la ya antigua noche en vela del Hotel Lancaster que flameaba en mi memoria, y en la que Bárbara culminó sus maniobras de maestra chupapijas vistiéndose de espaldas y dándose vuelta para comprobar que yo estuviese allí: «¿O sos un sueño?». ¿Yo un sueño? Podía ser (pero un sueño mío).

La fiesta del Casino desembocó en el concierto de un cantante de Cuba con exilio dorado en Miami, la gran sorpresa financiada por EMI. Se abrió el telón y un círculo de luz blanca fulminó a un hombre sentado a su batería de siete elementos. Llevaba un ritmo mental superior a la realidad de inmovilidad y silencio que lo rodeaba. Sacudió la cabeza en una sucesión de sí y nos y su melena rubia se movió con las ondas de una capa al viento, posiblemente impulsada por ráfagas de aire mecánico. Su pie derecho, enguantado en una zapatilla sin cordón, golpeó primero el piso de madera y luego el pedal del bombo, que comenzó a sonar como un llamado primitivo de la especie y nos asustó un poco a todos porque se presentaba como una cosa suelta. Recién cuando me recuperé del reflejo básico de supervivencia con el que respondí al terror de esas explosiones (el más básico de todos, que consiste en protegerse la cabeza frente a un ruido

inesperado), me sentí atraído por la figura del baterista o, tal vez, por el montaje en cuyo centro había un hombre quemado por la sobreexposición a la luz.

Hubo una escalada de supuesto virtuosismo, ligado por principio plástico a la lógica de los circos. Teníamos todo en uno: un concierto pop al que se ingresaba con una carga irresistible de ritmos totalmente probados —un millón de canciones de éxito comenzaban así— y un número de destreza física, porque las explosiones del bombo, organizadas en secuencias en las que a un golpe profundo le seguían una pausa y dos golpes superficiales, tenían un complemento de platillos sobre los que el baterista batía los palos para luego arrojarlos al aire, con lo cual el sonido de la batería no era más importante que lo que lo rodeaba.

Se oyó una voz que traía reminiscencias de un scat de gospel: «Uooooo, no, no, nouuuuu...»; y luego un piano misterioso (sin pianista). Entonces hizo su aparición el cantante, vestido con un *jean* de corte femenino y elastizado, lo que realzaba el bulto de la entrepierna, y una remera blanca que la luz negra que lo seguía bañaba de violeta, lo mismo que a su dentadura de caballo: «Que tengo que deciiiiirteeeee-aaaiiiiieeeee....., para que no te vaiaaaaassss... Na, na naaaaa... Daaaaaame una razón, otro día máaass sin veerteeee».

2006

«Licenciada Raquel Barroso, Ministro Plenipotenciario de la Embajada de la República Argentina en La Paz, República de Bolivia». Raquel me dio su tarjeta y me dijo: «¿Qué tal?». Había alquilado un piso con vista al Illimani y regresó con Ernesto a despedirse de Buenos Aires. Mientras cenábamos en casa, en una ceremonia que tuvo mucho de recibimiento a un recién llegado (no hay nada más parecido a irse que volver), les pregunté si les había gustado La Paz. Ernesto se frotó los labios con el borde de una servilleta y se acomodó en la silla para darme una respuesta más o menos meditada, pero Raquel se adelantó del modo en que ciertos maratonistas arremeten desde el fondo de la pista y cruzan primero la línea: «¿Qué querés que te diga, Chinito? No se puede vivir. Sinceramente. Lo comprobás en dos minutos. No sé si vamos a aguantar mucho. Cagan y mean en la calle. No te hablo de los indios, ¿eh?: ilos tipos con traje! Con una mano agarran el maletín y con la otra sacan la garcha afuera y si te descuidás te mean a vos. No te miento. El día que llegamos fuimos con Ernie a la Embajada, una manga de inútiles, ¿o no, Ernie? Con decirte que el pelotudo del cónsul se quiso suicidar y se tomó una caja de antibióticos con un litro de Coca-Cola Zero. Al día siguiente estaba hecho un toro. Cuerpo diplomático. Bueh. Por favor. No saben ni suicidarse, que es la boludez más grande del mundo. Me presentaron al agregado militar y cuando me dijeron cómo se llamaba casi me infarto. Le dije: “¿Entonces vos sos el hijo del Mercado torturador de Campo de Mayo? ¿Sí? A tu papi tendríamos que haberlo cagado a cohetazos”. ¿Vos te pensás que me contestó? Después veo a un chiquito dentro de un aguayo que estaba colgando de una reja. En la calle. Como un mono, te lo juro. ¿Dónde mierda estaba la madre? ¿Me querés decir? Todo es un delirio. Imaginate una ciudad en la que hoy decís “buen día” y te contestan mañana. Así no podés vivir. Te tomás un taxi y le decís al chofer “dejame sobre la mano derecha, dejame sobre la mano derecha, dejame sobre la mano derecha”. Mil veces se lo repetís, iy te dejan sobre la izquierda! “¡Queriiiiidooooo!”,

les digo yo, “¿dónde tenés vos la mano izquierda, querido? Al huevo izquierdo ¿dónde lo tenés?, ¿en la derecha?”. No entienden, no entienden. Son de madera. En los semáforos, ponele ¿no?, hay un policía manejando el tránsito porque nadie le da bola a las señales. Ni a la cana le dan bola. ¿Qué le van a dar bola si no tienen balas? Los corren y los cagan a palos. No sé, es como vivir en... Afganistán. Pero a Ernie le gusta. La ciudad es muy linda, la montaña es hermosa, tiene una geografía espectacular, yo a eso te lo reconozco, ¡pero está llena de bolivianos! Es como la Argentina: Cataratas, Calafate, Tierra del Fuego, Mendoza, Buenos Aires, todo bárbaro, pero está plagada de argentinos: los maestros son argentinos, los curas son argentinos, los policías son argentinos».

«Nosotros todavía somos argentinos, santa», dijo Ernesto. «Sí», dijo Raquel, «pero ¿sabés qué pasa, mi amor?, nosotros tenemos otro ánimo, ¿viste? Ellos son muy quedados. Mirá, te cuento una sola cosa para que veas. Fuimos a El Alto, ¿no?, que es como la peor zona de La Matanza pero mucho más pobre: mugriento, lleno de chozas y gente tirada en las calles. Lleno de contrabandistas. Conseguís lo que querés. ¡Lo que querés! ¿Querés un caza bombardero cero kilómetro, un nebulizador, medias tres cuarto, perros pekineses embalsamados?, porque los hijos de puta los matan de cachorros para embalsamarlos, ¿supositorios de carne, garcha, guasca, porongas voladoras? Lo que vos quieras lo tenés. Entonces, ¿no, Ernie?, vemos un perro echado en un basural de, no sé, dos hectáreas, un basural nuevo, ¿eh?; o sea: alguien tiró un envase de yogur ayer, un milagro, porque se morfan hasta el envase, y hoy tenés dos hectáreas repletas de basura con el perro encima, todo en plena ciudad, no te digo el campo: la-ciu-dad. El perro estaba echado panza abajo con la cuatro patas abiertas, comiendo las sobras de comida del basural. Sobras de comida en Bolivia. Imaginate, ¿no? Cero ojo de bife. El perro parecía... ¿los chicos dónde están?, ¿están arriba? Bueno. Parecía un tipo chupando una concha, te juro; era impresionante verlo en esa posición. Ernie me dice: “Fijate cómo está descoyuntado; parece un perro mutante, con articulaciones nuevas, es una evolución por degradación de lo que conocemos como perro. ¡Esto es Bolivia!”; y se escuchó un grito que venía del otro lado. O sea, nosotros estábamos como si te dijese, de un lado de la ruta o la avenida, y el grito se escuchó de la vereda de enfrente. Bueno, vereda; digo vereda para decir algo, porque eso no era una vereda: era un asco. Nos damos vuelta y escuchamos una frenada terrible y vemos una Grand Cherokee con vidrios oscuros que agarra al medio a una chola. ¿Te dije

cómo cruzan la calle las cholitas? ¿Sabés cómo cruzan? Te morís. No miran: así cruzan. Y te digo más, ¿sabés cuándo cruzan? Cuando viene un auto. ¡Miran si viene un auto y, si lo ven venir, ahí cruzan las rutas, las avenidas, las autopistas! Es de no creer. Cuestión que la cholita voló por el aire, dio un mortal completo, no muy alto, te diría que dos metros, cuanto mucho, por encima del techo de la camioneta, porque son gorditas, ¿viste?, bajitas y gordas, como de plomo, y cayó al medio de la ruta. Dio la vuelta en el aire con esos colores chillones que tienen en los vestidos y, la puta que la parió, ¿vos podés creer que no se le salió el sombrero? No sé con qué se lo agarran pero te juro que no se les sale. Con Poxi-Pol, no sé, con guasca se lo deben pegar. Se lo sueldan a la cabeza. Yo qué sé. Con Ernie nos fuimos corriendo para ver si estaba muerta y vemos a un tipo que baja de la camioneta y sale corriendo hacia el lugar adonde estaba tirada la chola, tirada y viva, porque son de goma las guachas, y en vez de ayudarla a levantarse ¡la rajó a puteadas! Por supuesto que en el idioma de ellos, pero no en aymara; en el tono que tienen ellos, llenos de eses: “Chola del asssco, tu eres una negra de lossssss indiossss, vuélvete con eiossss, puta chupa vergasssss, vuélvete con tussss indiossssss pequeñosssss a tu cloaca de Potosssssí...”. ¿Vos pensás que alguien la defendió? Nadie. Yo sola. Son unos cagones. Les gusta que los basureen los blancos. Le digo a Ernie: “¡Esto es Bolivia!”. Acá un blanco se hace el vivo con cualquier negro y se come una cagada a palos que lo tienen que juntar con cucharita. Lo cagan a palos y después se lo cogen. El negro argentino tiene sentido del honor. Pero allá no. ¿Y qué querés? Siglos de esclavitud. Yo no sé para qué carajo fue a la sierra el pelotudo del Che Guevara. Está bien: quería sangre. Y bueno, hubiera ido a un lugar menos lento. O sea: la revolución es rápida y los bolivianos son lentos. ¿Para qué se metió ahí? Además, ¿vos leíste el *Diario de Bolivia*? ¿Cómo que no lo leíste, querido?, ¿qué leías cuando ibas a la universidad, querido, el *Billiken*? ¿Y vos sos escritor? El *Diario de Bolivia*, por favor. Una manga de mugrientos rascándose las bolas en la montaña, sin armas, con la camioneta que no les arrancaba. Veían pasar de largo a los soldados bolivianos, que eran más boludos que ellos y Guevara anotaba arriba de un árbol, como un mono: “Pasaron los soldados”. Y claro, si estaba totalmente al pedo; al diario lo llevó de lo al pedo que estaba. Parece un reality de vagos en la naturaleza como los que hace el National Geographic. *Hippies*, digamos. ¿Por qué no fue a El Bolsón? Yo creo que el pajero del Che se creía Darwin. No sé quien se creía que era. Pero el asunto es que él, kamikaze y todo, era valiente,

mientras que el que lo mató es un cagón hijo de puta. Solamente en Bolivia puede ser héroe un maricón así. No, azúcar no, querida. Y vos sabés que con Ernie vamos a desayunar a un bar de Calacoto, que es como el Palermo de ellos, y el Embajador me dice: “Te vas a cruzar con el milico que mató a Guevara. Va siempre”. Y un día lo veo al muy maricón. Preguntale a Ernie. Lo encaré, le saqué el diario que estaba leyendo, se lo tiré al piso y le dije: “Cómo no te da vergüenza, cagón de mierda, haber matado así a alguien. No me importa Guevara, podría haber sido cualquier otro. Lo mataste en el piso, desarmado, porque seguro que se te frunció el ojete cuando lo viste. ¿O no? Decime que no te cagaste encima. Maricón. ¿Y vos sos héroe? En Disneylandia serás héroe vos, payaso arrastrado hijo de puta, Mickey Mouse, te voy a volar esa peluca de viejo puto que tenés. Cagón. Lo único que hiciste en tu vida fue matar a un tipo por la espalda y te hacés el veterano de guerra. Te veo de vuelta acá y te prendo fuego”».

1972

La primera luz ambiental de la mañana, todavía sin el sol, se reflejó en las vías formando un tejido de espejos finísimos, como pequeños arroyos de silencio, que trasladaron los brillos hacia el horizonte. El tren se movió. Mi hermana miraba el efecto de velocidad del paisaje inmediato sobre el perfil del vagón. El mundo pasaba hacia atrás. Desayunamos en el coche comedor y, en un tiempo que nadie hubiera podido medir, un tiempo que sobrevivió durante muchos años sin consumirse del todo, y que todavía sobrevive indiferente a todo lo que le siguió, llegamos a Retiro.

El tren se arqueó a lo ancho y entró con la fuerza residual de su peso muerto, flanqueado de un lado por una montaña de containers que se apilaban en el puerto y, del otro, por una hilera de edificios a los que el tren parecía pasarles revista como un general a sus soldados. Bajamos a una plataforma de cemento recién regado. Cruzamos la avenida y nos sentamos en los jardines de la Plaza Británica, que desde hace muchos años citan el desierto o la destrucción. Mi madre, bellísima, tenía un traje claro y el pelo recogido. Al fondo —esto sucedió al revelar las fotos; en el momento no lo advertimos— una grúa alzaba unas enormes letras de acero sobre el frente del Hotel Sheraton, en ese instante Hotel Sher. Cruzamos la Plaza San Martín y entramos a Florida, y de repente oímos que mi padre le gritó a un hombre que parecía haber engordado con el traje puesto: «¡Olivier!». Se abrazaron por delante de la corriente humana que caminaba en diferentes direcciones y le daban a la calle movimientos simultáneos de concentración general y fugas individuales. Primera evidencia de la gran ciudad: lo general y lo particular son fenómenos que van juntos. Olivier habló con acento cordobés: «Carlitos queerido. ¡La puta que te paaarió! ¿Dónde te meeetiste? No llamaste más. Sos un hijo deee puta. Discúlpeme señora, pero este siempre iiigual... Yo soy Olivier. ¿Y estos chicos tan lindos? Ah, ieste es igual a vos!, ies Carlitos en miniaaatura! Pará que lo filmo».

A mi padre lo violentó la envidia: «¿No me digas que es una Paillard? ¿A quién se la afanaste?». Olivier abrió la funda, sacó la cámara y encastró una manivela articulada, miró de frente el objetivo y aspiró la lente con una pequeña pipeta de goma adaptada al diámetro de la lente. «¿Qué tal? A este aparaaatejo lo inventé yo. ¿Ves? Entonces vos aspiirás y absoorbés...». Nos encuadró y comenzó a girar la manija; del interior salió un ruido quebradizo y aparentemente fiel al movimiento que lo producía. Guiñó el ojo que podíamos ver, dándole profundidad a su pata de gallo. El gesto insinuaba esfuerzo corporal pero era un tic calculado para representar una imagen de sabiduría técnica acorde al prestigio de la cámara. Me pidió que caminara desde un teléfono público hasta un cantero situado a diez metros, y que a partir de allí avanzara hacia su punto de vista (no dijo «hasta mí» sino «hasta mi punto de vista»), pasara de largo y saliera del cuadro. ¿Para representar qué? Imaginé que me pedía actuar conforme a las reglas vitalistas del Método. El simulacro, del que entonces yo no tenía idea pero ahora sí, consistía en obtener, con los recursos de la mimesis, la representación de lo que no se era. El modelo más conocido era el del actor delgado que engordaba para componer, de un día para el otro, a un personaje obeso, del que más tarde saldría adelgazando, aunque no había que descartar que algún actor quedara atrapado en el personaje durante el resto de su vida. Pero yo era un niño representando el drama de sí mismo, y no le veía la gracia a ser el de siempre. Mi hermana y mi madre quisieron entrar en la imagen y Olivier las detuvo. «¡No, no! Él solo. Después las filmo aaa ustedes». Tras la orden, impartida con la arrogancia de un genio del arte, Olivier debió sentir que participaba, humildemente, de una tradición de directores sofisticados que podían enfermarse por defender un principio formal —o un prejuicio— y encontrar en su obra la satisfacción personal más buscada que es la de ser incomprendido.

Entonces representé, para el espectador que esperaba en la primera fila de mi fuero interno, a un niño solitario que deambulaba sin rumbo por las calles de la gran ciudad. Pero no podía componer a ese niño que no era con solo caminar. Debía tener un mundo interior atormentado que me obligara a pensar. ¿En qué? En lo que a ese niño imaginario le faltaba: una familia, una cama con sábanas limpias, un plato de comida caliente, amigos niños con los cuales sostener pactos de hermandad y practicar bajezas, juegos de ingenio, maestras incestuosas, mascotas antropomórficas, paseos, golosinas, vacaciones, escuelas con campus. Todos los elementos que constituían el sueño cumplido de la infancia burguesa. De repente había

cruzado la frontera de la composición y había dejado atrás, en el país del pasado, al niño que había bajado en la estación Retiro una hora antes (el niño que hasta entonces había sido mi primer yo) para ser un niño solitario y pobre, neorrealista, creciendo bajo los golpes incesantes de la miseria.

* * *

Levanto la cabeza de este párrafo. Hoy es 22 de enero de 2009. Acabo de llegar de la playa Hemingway de Valeria del Mar, donde pasamos unas vacaciones en familia sobre las que no deseo escribir porque la felicidad no es un tema de la literatura, excepto para decir que el logotipo del balneario es el perfil vulgarizado de un elefante, con lo que se asume desconocer al Hemingway escritor para aludir al Hemingway cazador (que nunca cazó elefantes).

Estoy en el bar Bliss de City Bell, en medio de un murmullo de voces desconocidas, leyendo esta novela —cuando me aburro, leo cosas inservibles en Internet para que me confundan con un gerente de algo: el programa Word de Microsoft no está bien visto en los bares—, y veo entrar a Martín Carrera, un periodista del diario *La Nación*. Su estado me impresiona tanto que bajo la vista de golpe, buscando el círculo negro de café sobre el que flota una isla esponjosa de crema. Debe pesar treinta kilos menos desde la última vez que lo vi, cuando todavía conservaba gracia y una elegancia revuelta del modo en que la saben llevar los detectives intelectuales del cine negro. Tiene poco menos de setenta años y toda su biografía, en la que abundan los logros profesionales, se reduce a una sola frase: perdió dos hijos. En los años de esas muertes, su figura recia, que increíblemente pudo conservar, pasó por indolente, lo que despertó comentarios de admiración y desprecio. Admiración por resistir el dolor; desprecio por resistirlo sin comunicarlo y, también, por pasear su figura saludable como si nada le hubiera ocurrido. ¿Qué clase de padre era que la muerte de sus hijos no lo llevaba de inmediato a la locura y el suicidio? Me digo: «Que no me vea». Pero me ve. Por primera vez desde que nos conocemos me saluda con los brazos en alto (dos palos de escoba articulados que se agitan en el interior de una camisa blanca) y se acerca a mi mesa. Es un cuerpo sin carne, desteñido; su estructura forma ángulos extraños, como de mueble desvencijado o de potrillo que se para por primera vez. Pero nunca lo vi tan animado. Tiene una mirada profunda y luminosa. Toda su identidad se concentra en una experiencia de padecimiento físico y, después de tanto tiempo, su dolor puede verse. Es

un dolor pleno de felicidad que lo lleva hacia sus hijos muertos. Pero ¿qué derecho tengo yo a escribir esto? ¿Quién me creo que soy?

* * *

«¡Peeerfecto! Ya tenemos la película del Carlitos chico». El grito de Olivier produjo un eco montañés en la entrada de una galería comercial. Miró a mi madre: «Ahora tienen que ir a visiitarme. Se quedan un par de días en casa, y ven la película de la nueva estrella de la faaamilia. ¡Uy!, la hora que es. ¿Me llamás? Pero llaamame, ¿eh?».

2001

Entramos a la provincia de Córdoba por la ruta 8 (subidas y bajadas y curvas en la que desaparecíamos de la vista de los otros, y los otros de la nuestra) y comenzaron a verse las sierras como sombras o un frente de nubes inmóviles en el horizonte. Era un momento que anunciamos durante muchos años, sin dejar que su posibilidad muriera pero haciendo muy poco para darle un lugar en la realidad; y una mañana, sin ningún plan, pasé por la casa de mi padre, conversamos dos o tres minutos y al recordar a Olivier a cuenta de un nombre cuya sonido lo rozaba (Polo Vieri, un viejo socio del Club de Planeadores), le pregunté por qué no íbamos a visitarlo.

«Me cambio y vamos». Las palabras de mi padre formaron una burbuja de satisfacción en la que se alejó rodando hacia el interior arruinado de la casa. Volvió vestido de una manera informal pero elegante, afeitado y con un cuidado final en su aspecto que me dejó helado por sus terminaciones detallistas. ¿Cómo lo hizo? Por lo que yo sabía, hacía años que en la casa no había agua corriente; y el baño, junto con toda la planta baja, estaba no solo clausurado sino también tapiado con placas de madera clavadas a las paredes.

La mañana se abrió sobre una resistencia muy débil de niebla en las banquinas y encendió una luz de felicidad que duró todo el viaje. El campo era quietud y transparencia, y hasta los movimientos lentos de las máquinas de arado y de los camiones de carga que pasábamos en las subidas parecían contribuir a esa inmovilidad. Era la misma lentitud del placer con que mirábamos el paisaje mientras avanzábamos hacia Ischilín, el pueblito de Olivier; una lentitud nuestra, y de nadie más, que actuaba contra la urgencia y el recelo que siempre habían tenido nuestros encuentros, en los que uno trataba de sacarse de encima el asedio impalpable del otro y reducir el encuentro menos a un intercambio de afectos, que siempre estaba presente sin notarse, que a un chequeo de caracteres para asegurarnos que detrás de ellos seguía latiendo, sin

alteraciones, la misma guerra de ideas y el mismo desacuerdo que no se hizo presente esa mañana en la que mi padre se lanzó a hablar sin parar de su juventud, dando saltos hacia atrás pero guardando ciertas formas lógicas, porque aun cuando el recuerdo le trajera una suma de episodios sueltos, todos respondían a experiencias de soledad en las que aparecía rodeado de un espacio abierto: nubes en el cielo, grandes extensiones de campo, máquinas en la ruta y en el aire; y en medio de la inmensidad, él, cumpliendo su sueño de hombre alejado de otros hombres.

Recordó para él y para mí sus primeros vuelos en planeador, que habían inspirado a su amigo Charly Hossinger, el primer astronauta argentino; y el ascenso en círculos y el placer de alejarse de las cosas de la Tierra, empequeñecidas e insignificantes allá abajo; y las pruebas en el Chevrolet Turismo Carretera que le prestaba Gastón Perkins —al salir de Junín pasamos por su estancia—, un piloto millonario con extraños rasgos de pobreza atávica en el rostro, por quien mi padre sentía una debilidad incomprensible: «Yo me subía al auto y Gastón me tomaba el tiempo ahí, ¿ves la tranquera blanca?, bueno: ahí. Justo. Serían, ponele, mil metros de camino de polvo, y cuando llegaba a la tranquera él me anotaba el tiempo. Pobre Gastón. Todo esto, desde acá hasta el monte, es de él. Son casi siete mil hectáreas. Tendría que venir a verlo algún día. Pobre... Un tipo extraordinario. ¿Viste esas personas que no te hacen sentir la diferencia?».

Mi padre hizo una de esas pausas que solo son posibles en la ruta y duran un pensamiento completo, y cambió de tema: «Vos no seas como yo». Así se daban las conversaciones profundas, sin la necesidad de hablar demasiado una vez que se encontraba el tema, al que había que buscar en una dimensión diferente de lo que figuraba en la superficie de la charla, como en este caso, en el que mi padre regresaba de una excursión retrospectiva por algunas ideas personales para entregarme una advertencia que también podía verse como una revelación autobiográfica sin detalles.

La radio del auto estaba encendida a un volumen muy bajo, pero aun así escuchamos la voz de un locutor que se metió en una zamba de Los Chalchalers para decir que un avión comercial se había incrustado en una de las Torres Gemelas de Nueva York. Entramos a Ischilín por un camino de cumbres y cornisas y preguntamos por la casa de Olivier en una verdulería donde charlamos con los dueños, un matrimonio de ancianos que miraban el horizonte y hablaban a medias —lo que uno no decía lo completaba el otro— sin superponerse jamás, en una demostración, humillante para nosotros que hablábamos a los gritos, de parlamento

sincronizado y construcción compartida del sentido. Estaban programados para ejecutar operaciones de continuidad un poco diabólicas, dignas de un teatro de vanguardia que quisiera explotar las consecuencias desastrosas de la ósmosis matrimonial o señalar, simplemente, la atrocidad de la identificación entre humanos. Pero también eran las dos mitades de algo que funcionaba bien, porque al respondernos nos dijeron, sin ninguna duda que surgiera entre ellos, que podíamos encontrar la casa si seguíamos tres cuadras hacia abajo y dos hacia la derecha y nos deteníamos sobre la última esquina, frente a un puesto de atención sanitaria en el que era mejor no atendernos.

No era cierto que no tuvieran un lenguaje propio: lo tenían, pero era de los dos, como un bien ganancial; y lo administraban con una economía basada en la equidad, y hasta en la especialidad (el hombre se encargó de situarnos la casa de Olivier en la geografía del pueblo; y la mujer nos describió el entorno y cierto déficit de la gestión municipal: todo en una sola frase).

Olivier había muerto. Su mujer nos hizo pasar luego de conversar con sus hijos. Nos dio una jarra de refresco en la que flotaban hojas de cedrón y apoyó en la mesa dos cajas de zapatos con los rollos de película que Olivier había guardado en unas bolsas de nylon con cierre relámpago, posiblemente hechas por él, y clasificados con rótulos blancos en los que se leían nombres y números escritos con marcadores de color. La película nuestra estaba catalogada como «Calle Florida-Familia Carlitos». El hijo menor de Olivier nos llevó a una habitación donde había varias computadoras encendidas y monitores de televisión conectados a reproductores de cintas y discos; tomó de un anaquel una carpeta gruesa y fue pasando los folios con golpes del dedo mayor. Avanzaba y retrocedía a una velocidad inadecuada para la lectura, lo que le impedía ver los rótulos de clasificación con claridad, pero finalmente encontró el disco que buscaba —aunque empleó el triple de tiempo que hubiera necesitado si lo hacía sin apuro—, se puso un guante de látex, tomó el rollo, lo miró del lado de la impresión, lo sopló dos veces y lo proyectó: «Ya vuelvo».

Lo primero que vimos en la pantalla fue el niño que yo era, y que a veces creo ser, en una situación preparatoria, sin conciencia de la toma; el brazo de mi padre, cuyo cuerpo está en gran parte afuera de la imagen, me rodea el cuello, y después se repliega pero acariciándome la cabeza al pasar. La cámara apunta al suelo y luego al hermoso cielo celeste de Buenos Aires. La película dura dos o tres minutos y no hay casi nada de mi

actuación como niño de la calle; en cambio, hay varias imágenes en las que mi padre, mamá, mi hermana y yo parecemos posar para una fotografía (en este caso para el documental de una fotografía). De pronto, mamá aparece mirando la vidriera de Harrods mientras se abraza a mi padre, quien le señala algo que el vidrio espejado por la claridad del día impide ver. Es una escena de confianza amorosa, como si mis padres, aún dentro de la imagen, salieran de esa realidad para regresar al principio del amor que los unió, y del que han percibido, fuera de casa, en el espacio inmenso de la intemperie, que se mantenía vivo en ellos, si no el amor mismo, al menos el deseo de encontrarlo entero cada tanto, para lo cual estaban obligados a recordar una vida sin mi hermana y sin mí, es decir a matar un poco aquello en lo que se habían convertido por llevar ese amor demasiado lejos.

Estimulado por la película de Olivier recordé a mamá en bombacha, con el cuerpo de aquellos años, abrochándose el corpiño delante del espejo. Sus manos se juntaban en la espalda, intentando conectar los broches, mientras el cuerpo cambiaba, mutaba hacia formas que no eran las de una madre (al menos no las de una madre mía). El cuerpo se elevó un poco al acercarse al espejo, y con ese golpe también se alzó el culo duro y enorme estirando la bombacha; y se abrieron las piernas para que el cuerpo se afirmara mejor sobre el piso (el culo se abrió un poco a su vez, imagino que haciendo un óvalo del círculo), y el hueco de la cintura se arqueó un poco más, y los músculos de las piernas se endurecieron para equilibrar las cargas que se habían descompensado.

Lo que no podía ver desde atrás en el recuerdo —que comenzaba a descomponerse: el recuerdo empieza como realidad y sigue como sueño— lo veía de frente en el espejo, desde el que mamá me sonreía con la sonrisa de Bárbara Rodríguez, como si Bárbara hubiera salido del interior de mi madre. A los costados de la bombacha se veían los hilos del cuerpo, oscuros y delgados, enredándose en los bordes, y una hendidura muy discreta, similar a la de un pozo que, en vano, se ha vuelto a tapar.

En el viaje de regreso mi padre me contó la historia de mi nacimiento: «Tu mami estaba muy dolorida, y encima era feriado, y por esas cosas que pasan yo no tenía plata porque el hijo de mil putas de Cholito Larini no me había pagado unos trabajos. Mirá: no sé si no andaba de vacaciones por acá. Así que fui a verlo a Rossi. Cuando llego a casa, mami no estaba. Estaba tu hermana con la abuela. Así que fui al sanatorio de esos ladrones, pagué lo que había que pagar y subí. Ladrones y asesinos. ¿Te conté que el Turco

Berro tenía hepatitis y lo operaron del hígado? Ah, pensé que no te lo había contado».

«Por esas cosas que pasan». El comentario fue una declaración de principios, entre los cuales nunca figuraba intervenir sobre las cadenas causales de la realidad, que siempre se armaban fuera de su alcance, movidas por una energía superior a la que él podía emplear para modificarlas, sobre todo porque la energía de la que él disponía era destinada exclusivamente a la contemplación.

Una camioneta negra se nos adelantó en una curva, mordió la banquina, salió de la ruta y dio varios vuelcos. En uno de ellos pasó de punta por el interior de un cartel publicitario en el que había una foto enorme de Dolores Barreiro, impresa sobre una tela plástica que el auto arrancó a la pasada para seguir dando tumbos laterales, envuelto en la tela como si fuera un gato al que se le gasta la broma de taparlo con una sábana para que rueda a ciegas por la habitación, forzándolo a una huida sin referencias que lo lleva a reventarse contra las paredes.

«¡Ay, no!, ¡la puta madre que me parió! ¡Un bebé! ¡Algo salió por la ventana! ¡Dioos, barbudo hijo de remil putaaaaas!». Mi padre gritaba tapándose los ojos. Llamé al 911. La mujer que me atendió me presionó para que le dijera las cosas dos o tres veces impidiéndome ser claro, humillándome con su poder de burócrata, y me dijo que no sabía cuánto podía tardar la ambulancia («según», me dijo), preguntándome si había visto bien lo que le contaba y aclarándome ante mis quejas desesperadas que yo no era el ombligo del mundo. Le dije: «Escuchame, pedazo de conchuda. Te grabé. Hay un bebé que está mal, o muerto, y los hermanos y los padres también. Si en dos segundos vos no me mandás una ambulancia, averiguo dónde estás y te mato. ¿Me escuchaste, trola del orto? Dos segundos». Mi padre bajó las manos de la cara: «¿Cómo? ¿El misógino no era yo?».

2004

A Pele, la hermana de mi padre, le implantaron un marcapasos Medtronic, «el Nike de los marcapasos». En la antesala del quirófano la obligaron a bañarse y su peinado se precipitó instantáneamente, arrastrando la parte clave del teatro personal que mantenía su imagen. Desde la sala de espera se oyeron sus gritos haciendo eco en el vacío del quirófano. Las enfermeras, frívolas e insensibles, creyeron que Pele gritaba porque la habían despeinado pero lo hacía, con los ojos inyectados en la humedad turbia del odio, porque la habían desfigurado, borrando las líneas sagradas de su apariencia.

La calaron unos centímetros, le dieron forma a un pequeño bolsillo de carne por detrás de una red de músculos inutilizados por el sedentarismo, le instalaron el aparato y controlaron el rendimiento de la implantación con una notebook que tomaba las ondas de radiofrecuencia transmitidas desde el cuerpo como desde una estación satelital. La onda entró a un programa de reconocimiento como por un tubo invisible (era un tubo invisible, uno de esos extraños fenómenos que, como un arco iris, solo pueden tener lugar en la inconsistencia del aire), estimulando una escritura de cuadros, barras y porcentajes que los técnicos fueron ajustando.

2007

Otra vez Pele. Ahora con un derrame en la corteza cerebral. Comenzó a hablar con vocales sueltas, como una máquina alimentada por una sola fase de energía. Se sentó en la cama, intentó ponerse las medias y cayó al piso suavemente. Era menos un cuerpo, es decir un continente, que un contenido denso que se derramaba sobre el dormitorio. La ingresaron a la sala de urgencias, le volaron nuevamente el peinado, esta vez con un corte al ras, le abrieron la cabeza y se la cerraron tres horas más tarde.

El cirujano que dirigió la operación se llama Julián Perrier. Salió con el barbijo colgando y la chaqueta con unas gotas de sangre por las que se pasaba una mano por descuido o perversión. Dijo que le había sacado un coagulo «del tamaño de una empanada». ¿Una empanada? ¿Una empanada de copetín o una empanada gallega? ¿La empanada era un tamaño o una forma? La metáfora no era lo que hacía fuerte a Perrier; lo hacían fuerte sus silencios y su sonrisa, agradable pero siempre activada fuera de lugar.

Pele subía y bajaba la cama con el control remoto: «Usted sabe Doctor, ay qué joven es usted Doctor, podría ser mi hijo, pero yo no tengo hijos porque me casé grande y Simón nunca quiso adoptar. Le cuento: yo me caí en el sanatorio. El 14 de marzo, cuando le hicieron la conoloscopía, no, la clonos..., pucha, co-lo-nos-co-pía a Simón. Yo, de metida, le quise decir al médico, el Doctor Montagna, que por qué no le daba un analgésico y entonces lo dejé a Simón y me fui al consultorio que está sobre calle Almafuerte, ¡Almafuerte!, “Procede como Dios que nunca reza/o como el roble dal cuya grandeza/necesita del agua y no la implora”, ¡qué maravilla!, el consultorio que está frente al Hotel del Sol, que es de mi cuñada Tina, divina pobre, que ayer me dio el té, y no va que cuando quiero bajar las escaleras, acostumbrada a bajar y a subir por ahí durante tanto tiempo, imagínese que yo fui a la inauguración de ese sanatorio cuando vivía el Doctor Quattordio, así que fíjese cuánto hace; a cualquier hora que lo llamara venía en su Falcon blanco, hermoso, un Farlaine, no un Falcon, un Farlaine blanco con techo negro, atendió a todos mis sobrinos, él estaba

casado con Margot Chidichimo, fuimos juntas al Normal, bueh, ella, en fin, no sé si se lo merecía a Quattordio, y entonces como no había escalera, ni un cartel, nada, que dijera que la habían sacado, me fui por la pendiente, una rampa para discapacitados pusieron, fíjese qué ironía, ¡qué ironía!, y me fui de boca y me rompí la cabeza, con decirle que me dieron tres puntos en la encía, tenía los ojos morados, gracias a Dios no me quebré nada, yo creo que en ese golpe me dio el derrame, ¿no?, porque me empecé a sentir lenta y la semana pasada tenía un dolor de cabeza tremendo, tremendo, pero como el Doctor Melconian, fíjese que hace treinta y cinco años que me atiende, mire si lo conoceré, me dijo que no me hiciera ninguna tomografía, me quedé tranquila... Así que me sacó una empanada, es increíble lo que puede lograr la medicina. Yo siempre digo que la medicina son los médicos: nada más. Bueno, no todos, los médicos no justamente, sino los médicos buenos, porque usted sabe que acá en Junín los médicos son unos comerciantes, cuidado que no todos, pero la mayoría; las enfermeras son otra cosa, las chicas de acá me atienden de maravillas, ayer comí, no, ayer no, hoy, hoy almorcé pollo con gelatina y ellas me daban en la boca, como yo tengo que apoyarme sobre la derecha...».

Julián Perrier tomó con sus dos manos una mano de Pele y la rescató del pozo más profundo, el del monólogo interior, estacionó su sonrisa sideral en una milésima de segundo en la que también la reguló para que se viera nítida, la miró a los ojos y le dijo, lentamente, como si estuviera aprendiendo a hablar: «Querida. Hoy operé nueve horas. ¿Me quiere decir algo? Porque si no vuelvo mañana». Desairada por la autoridad y la diplomacia —y el sadismo— de Perrier, Pele giró la cabeza de golpe y me apuntó con la mirada, erguida sobre el cuello delgado mientras la punta de la red que le envolvía la cabeza vibraba como la cresta de un pájaro que no está disfrutando del bosque.

2007

Llevé a Pele al cine y le proyecté un documental sobre Verbicaro por el que la oficina de turismo de Calabria promovía visitas a la región, la reelección indefinida del alcalde y el consumo de un vino rosado sobre el que los agentes diplomáticos de Italia en Buenos Aires que me habían dado la copia preferían no opinar (solo uno abrió los ojos como si le hubiera nombrado un veneno).

Estaba hecha por alguien que llevaba una cámara en mano y, a la vez, narraba ante el micrófono de ambiente lo que iba viendo, lo que separaba la realidad geográfica de Verbicaro de la realidad íntima de quien la estaba percibiendo. Realidad y percepción: como siempre, una por un lado y otra por el otro. La idea general, si la había, era la de un cuerpo presente en el lugar de los hechos, explicando y recorriendo los secretos del pueblo con recursos robados al turismo aventura. En posición de espectador, el camarógrafo-narrador-comentarista (y quizás productor) subía a las montañas de Verbicaro y mostraba unas imágenes panorámicas mientras recordaba que el pueblo había sufrido varias epidemias a lo largo de los siglos, sin ahondar en ninguna de ellas.

Podían verse casas antiguas empotradas en los cerros, arcadas y túneles en los que el pueblo se cortaba de golpe para continuar del otro lado de la montaña (eran los únicos momentos donde estaba presente una idea de salida, aunque fuera una salida hacia lo mismo), autos sobre las veredas y bancos sobre los que los ancianos se dormían al sol. No parecía ser un pueblo actual ni del pasado sino más bien un decorado en el que no podían hallarse ni el día de hoy ni la historia de Italia ni la de su naturaleza regional. Cada tanto, la inserción de una foto antigua en blanco y negro se fundía sobre la actualidad colorida de la imagen en movimiento para demostrar que la fachada de esta casa o el perfil de aquel puente no se habían modificado desde su creación.

La sensación de tiempo suspendido que producía la película hizo efecto en Pele: «Y pensar que mamá podría estar ahí». La veía en Verbicaro, pero

no como la niña que mi abuela había sido allí antes de subirse al barco con el que cruzó el Océano el mismo día que se hundió el Titanic (un hecho al que mi abuela se refería como una sobreviviente) sino como la protagonista de un cuadro de eternidad.

2002

Mi padre ocupó el depósito del cine, cambió la cerradura, se hizo llamar Intendente y pasó a custodiar el *stock* del kiosco, los afiches de promoción, los repuestos de la cabina y las salas, y un baúl de herramientas. Pasaron seis meses eternos de operaciones misteriosas, movimientos en las sombras y desinformación. Un día abrí la puerta del depósito y encontré un basural. Ojalá pudiera describirlo (en realidad, podría describir cada unidad de basura pero no la riqueza de sus relaciones). Era un desastre, pero un desastre elaborado como una obra maestra. Los empleados habían visto a mi padre apropiarse de los espacios comunes, copar las áreas restringidas, monopolizar las llaves, situar la actividad del depósito por fuera de las necesidades y el funcionamiento del cine e imponer una velocidad exasperante de trabajo por la que el trámite de obtener un destornillador para ajustar el pie de una butaca podía llevar, con suerte, dos o tres semanas. Pero un día, hartos del sometimiento, perdieron el miedo y comenzaron a darme detalles de la situación como si se hubiera liberado un gueto.

El modo de ser de mi padre estaba en los papeles pegados al piso, en la capa de polvo que cubría las cosas, en los afiches revirados por la humedad y en las golosinas vencidas. Era la vida hecha hábitat (el ser reducido al estar). Vivía en esas catacumbas, hundiéndose en las profundidades a las que nadie podía llegar sin inclinarse más y más a cada paso ante el cielorraso en forma de escalera invertida; y allí comía, se cambiaba, escuchaba música, pensaba (lo que para él era reforzar en soledad sus ideas de siempre) y se dormía sentado.

Le recordé que la escasa higiene del depósito no le hacía honor a su responsabilidad de «Intendente», y me prometió una limpieza a fondo, urgente, «para ayer», ejecutada y supervisada por él mismo, pero pasaron varios días y él siguió en su estiba habitual de dilaciones. Un día llegué después de la función del trasnoche, entré al depósito y empecé a tirar la basura al *hall* tal como la tomaba, sin clasificarla, como si esas parvas de

cosas corrompidas por la humedad selvática del encierro pertenecieran a una misma materia inservible: lo arruinado, lo podrido. De pronto sentí la presión ambiental de una presencia, me di vuelta y lo vi. Le grité: «¿Qué mirás? ¡¿Qué carajo mirás?!». Quiso comenzar la limpieza a fondo que había prometido, pero también quiso retrasarla, iniciarla al día siguiente, sin vigilancia ni plazos. Fui al baño. Cuando volví estaba barriendo el polvo con el ventilador encendido, en el ojo de una nube de tierra a la que era tanto o más indiferente que un beduino en una tormenta de arena.

Las discusiones se prolongaron durante horas en el estilo del desacuerdo total: yo decía a, y él decía b; yo decía negro, y él decía blanco; y cuando el cansancio insinuaba por medio del silencio un falso acercamiento, la distracción de mi padre terminaba agregando más leña al fuego de la violencia contenida, como si hiciera falta. Enemistado con la idea de asumir cualquier responsabilidad, y como si la realidad material en la que nos enfrentábamos fuese una alucinación que pudiera dejarse atrás con solo dar unas pasos hacia delante, entraba al depósito olvidando la forma de escalera invertida del cielorraso y se partía la cabeza contra los bordes de hormigón. Desde afuera se oían los golpes que sacudían levemente los cimientos y, luego, lo que en la familia se conocía como su «rosario»: «¡Me recontracago en la reputísima Virgen de Luján y todos los santos putos! ¡Barbudo hijo de mil trillones de putas y la madre chancro sifilítica que te cagó! ¡Y me cago en Dios y en la leche puta que me hizo nacer!».

2003

El abogado que llevaba los asuntos del cine, Franklin Mc Coubbrey, me dijo a último momento que no podía ir a la cena de fin de año de la Cámara Argentina de Exhibidores Cinematográficos porque su mujer quería acompañarlo y él se negaba, y lo invité a mi padre, que aceptó aunque sé muy bien que no le gustan las fiestas. Se hizo en el restaurante Global de la zona de bancos, donde cada día se desataba el after hours de los oficinistas más prósperos de Buenos Aires, un corral de bestias sedientas que se abría hacia un arroyo de alcohol (la cuadra de los *pubs* irlandeses). Era un típico restaurante argentino de la época, de moda por un plato que hizo furor al enfrentar a los accionistas del restaurante con la Arquidiócesis de Buenos Aires: el chip de ostias, hojas frescas de rúcula, menta, sésamo, tomates secos, jengibre y chiles, llamado Sermón Sex.

Luego fuimos a Paramnesia, un silo portuario restaurado con una combinación inviable de motivos asiáticos y caribeños. La arquitectura y el diseño de interiores se habían estado inclinando juntos hacia la hibridez o la dualidad, la conexión violenta de elementos antagónicos y la superposición de escuelas y Paramnesia era una evidencia más. Pero el hecho fue que a pesar del sueño de sus mentores de trasladarnos a Varadero y a Saigón al mismo tiempo, y no a sus afinidades socialistas del pasado sino a sus geografías disonantes, quienes entramos allí aquella noche lo hicimos en medio de la confusión referencial. ¿Dónde estábamos? La política del lugar era, sin dudas, la de engañarnos para que, al perder la noción de realidad espacial, también perdiéramos la de nuestro yo. De ese modo, además de preguntarnos ¿dónde estamos?, nos preguntaríamos: ¿quiénes somos?

Estábamos en ningún lugar, envueltos por una sensación de libertad salvaje a las que contribuían como podían unos tótems de cartón pintado, redes de lianas que caían del cielorraso y unos cocoteros a cuyos pies se cerraba una formación de timbales; pero sobre todo estábamos frente a una amenaza invisible de monos agazapados en las sombras, dispuestos a

matarnos o a sumarnos por la fuerza a una comunidad a la que ya no podríamos impartirle órdenes humanas. Lo que nos amenazaba era el fin de las jerarquías que imaginábamos encabezar, así como la muerte de las reglas conocidas y la ilusión de control, sin las cuales retrocederíamos un millón de años.

Los sonidos graves hacían temblar el piso y vibrar los cuerpos, como si batieran los órganos por medio de un poder remoto. No había un sector definido para el baile; se bailaba en el sitio en que se estaba, al costado de la barra y en los baños, solo y acompañado; y tal vez no debiera llamarse baile a ese movimiento que brotaba de la profundidad de los cuerpos. La reproducción de la música en las cabinas, que se alzaban en unos miradores rodeados de una guarnición de juncos, era el resultado de una vanguardia tecnológica que tendía a suprimir los contactos materiales entre las cosas (haces luminosos rozando piezas invisibles); pero el baile era tribal y orgánico, y en él se veían efectos claros pero incomprensibles de un exorcismo de masas.

Una «nena» de no más de veinte años bailaba sobre un sillón como si un espíritu ajeno o una droga se hubiera apoderado de ella hasta aflojar, incluso disolver, todos sus frenos. La miramos desde abajo. Tenía zapatos negros con tacos, medias tres cuartos de tipo escolar —lo cuento y se me para la pija—, una musculosa blanca de algodón ajustada al cuerpo y una pollera negra con el ruedo a mitad de camino entre la rodilla y la entrepierna, de una tela pesada y a la vez volátil que se sacudía con los golpes de cadera como lo hace una campana cuando recibe los golpes de su badajo.

Inclinaba la cabeza hacia delante y echaba hacia atrás el tremendo culo que se movía con ondulaciones inadecuadas para una cópula pero muy efectivas para su evocación. Mi padre —jamás hubiera imaginado de un misógino la naturalidad con que lo hizo— le metió un billete doblado entre la piel y el elástico de la pollera y le dijo alguna barbaridad al oído. Un vigilador vio la escena y retiró el billete, se lo devolvió doblado en dos cerrándole la palma de la mano como si le diera una limosna, y le aclaró —no escuchamos nada pero su mensaje era preciso para todos— que eso no era una danza del vientre sino la utilización libre del derecho que Paramnesia le otorgaba a las expresiones corporales de las jóvenes, por más putas que fuesen.

2004

Franklin Mc Coubrey se fue de vacaciones con su esposa y su secretaria. Me llamó para decirme que había alquilado una carpa en el mismo balneario donde estábamos con mi familia, y que podíamos juntarnos a cenar esa noche o alguna otra. Lo busqué (para evitarlo; quedé un poco resentido desde que no fue a la fiesta), lo encontré y lo espí desde la carpa que daba a los fondos de la suya. La estructura lineal de Franklin, como de alambre, no encajaba con el tamaño bestial de su mujer varada en el interior de la carpa. En traje de baño se los veía aún más antagónicos. Se daban la espalda, un modo de negarse uno al otro como hecho físico y, de paso, olvidar la inmediatez del matrimonio que formaban y en el que habían malgastado sus mejores años en una mansión de Barrio Parque.

La secretaria leía el diario en una reposera de PVC —cuando se levantó se le marcaron los flejes como si saliera de un servicio de sadomasoquismo—, cerrando el triángulo del que hablaba todo el mundo sin que nadie lo hubiera visto jamás tan definido, aunque era cierto que en la playa las relaciones de los cuerpos se volvía turbia. De lejos, Franklin y su secretaria formaban una imagen de siameses. Después de todo estaban unidos por la misma desgracia, la esposa de Franklin, a la que este le respondía en las charlas con intervenciones atentas pero automáticas, dejando que ella se abriera paso con las descargas incontenibles de su vozarrón, tras las cuales nadie se animaba a hablar por unos minutos, respetando como en un duelo el paisaje de devastación que producía.

La cordialidad de Franklin la aislaba en un pabellón de soledad. ¿Qué tipo de crueldad lo impulsaba a no abandonarla del todo? Cuanto más hablaba su mujer, más silencio se acumulaba como un tesoro entre él y su secretaria. El silencio los enlazaba en el interior de un universo perfecto. Ese idioma primitivo los hermanaba, y les permitía amarse sin manifestaciones, anulando la proximidad de esa enemiga entregada todo el tiempo a combatirlos con el derecho adquirido del contrato matrimonial y los recuerdos del deber.

Franklin fue al mar con su secretaria, mientras su esposa dormía en la sombra de la carpa, envuelta en la música irregular de la apnea que le daba dos tamaños a su cuerpo, los dos enormes. Detrás de las huellas de Franklin, moldeadas en la arena como una hilera de relojes que dieran todo el tiempo las diez y diez, la secretaria apuró el paso (daba la impresión de que siempre estaba alcanzándole algo) y se encontraron mar adentro donde las olas ya no rompían. Un salvavidas rosca flotaba a pocos metros de sus cabezas enfrentadas. Ahora podían hablar, protegidos por la intimidad del rumor marino en el que todo lo que se dijeran desaparecería de inmediato, como si escribieran en el agua.

2004

«¡Pará de mirarlo a Mc Coubrey que se va a dar cuenta de que estás acá! Y haceme un poquito». Silvia Dondena, mi mujer de entonces, me alcanzó la crema, se ató el pelo con una banda elástica y se sentó frente al mar.

* * *

Silvia también es mi mujer de ahora, 5 de diciembre de 2014, cuando (eso espero) leo este libro por última vez. Sigo leyendo:

* * *

«¡Dale! Es un minuto nada más. Después te hago yo». Le apoyé los pulgares en la espalda y la miré desde arriba. Los músculos de las piernas, aún en reposo, mantenían las líneas atléticas de su carne, definidas y al mismo tiempo discretas, una marca de fortaleza que muchas mujeres desarrollan mediante cócteles de anabólicos, deberes corporales de convicto y dietas de hambre.

Esa fuerza se expresaba mejor cuando caminaba desnuda, dándole un aspecto bellissimo de animal silvestre. Le amasé los nervios atados en la espalda, crujientes y firmes. El pelo recogido dejaba al descubierto el cuello delgado combinándose con las tetas gordas y pesadas pero igualmente suspendidas en lo alto por el milagro de la densidad. Era un cuerpo común con zonas prodigiosas (joyas sobre un paño). ¿Qué la espalda era muy ancha? No para esas tetas tremendas de dos kilos cada una —y todavía más cuando amamantaban.

Pasaron diez minutos en los que, mientras la masajeaba copiando las técnicas milenarias que vulgarizan los programas televisivos de servicios llamados infomerciales —en los que por primera vez las pantallas reconocían que el comercio es la base de la información—, miraba romper las olas (Franklin y su secretaria ya no flotaban allí) sobre las piedras planas y agujereadas como panales de diseño. Le hablé al oído, para que no

oyeran los chicos: «¿Qué te parece si te abro bien la concha, te meto la lengua hasta el fondo y después te cojo bien cogida? ¿Te parece bien o te parece mal?». «¡Shhh! ¡Callate, pelotudo, que se oye todo!». Se levantó, caminó sobre un fondo de espuma y entró al mar, dejando en la memoria de ese día todo el sol de enero iluminando su culo.

* * *

A este capítulo debería dejarlo como está, pero acabo de leerlo luego de una fiesta en el balneario Honu Beach, de Mar del Plata, ocurrida ayer, 22 de febrero de 2009, en la que bailé toda la noche, excepto cuando bajé unos minutos a la oscuridad de la playa. El faro giraba y el mar daba miedo. No por su tamaño, ni por su más que probado poder de destrucción, ni por las plagas que se mueven en sus profundidades, ni por sus promesas de catástrofes navales, sino por su arrogancia de estar siempre ahí: inmóvil.

1982

A Marcos Rosselli lo abandonó la mujer. No lo aguantó más y, según se dijo en el barrio, «le echó flit» (extraña inversión de los hechos porque fue ella la que dejó la casa). Él siguió con sus costumbres sin registrar la ruptura que esperaba desde hacía años, amparado en la realidad paralela del silencio nocturno que, en su estudio, había formado un abismo personal que podía habitarse sin problemas.

Su intención era que los vecinos vieran su vida de genio aislado en una campana de concentración, efecto que lograba al examinar cada noche los instrumentos de dibujo distribuidos en el tablero al modo del francotirador que abre un estuche de violín y ensambla las partes de un arma sobre una tela. Luego se recostaba en su silla Aluminum, de Hermann Miller, para representar un suspenso ideas y de actos, y cambiaba una y otra vez las posiciones de un muñeco de madera inspirado en el *Hombre de Vitruvio* de Da Vinci.

Mi padre fue hasta allí creyendo que nada le impediría ver, a través de los enormes ventanales, una prueba de la relación que —se decía— Rosselli había iniciado con mamá. Caminó por la vereda de enfrente varias veces, como si la subrayara, manteniendo la mirada sobre la casa-estudio-teatro; pero Rosselli no aparecía. Había un por qué. Se estaba cogiendo a mamá por el culo contra la mesada de la cocina, una placa de mármol africano de diez centímetros de espesor con dos bachas de acero inoxidable, una de ellas con triturador eléctrico de residuos. Se supo porque el propio Rosselli lo divulgó unos días más tarde en una mesa de Yellow.

Entretanto, como para confirmar que lo suyo era darle la espalda a los hechos, mi padre esperó una hora más y confirmó que el chisme que lo había llevado hasta allí era infundado. Para creer había que ver; y él no veía a nadie. No intuyó un interior de los hechos, ni una cara oculta, ni un segundo plano. Una conducta llamativa para un compositor de la realidad que percibía los acontecimientos como el efecto directo de orquestaciones planificadas en las sombras.

1990

Mi padre fue a San Luis a pasar unos días en la casa de mi hermana. Como de costumbre, simuló vivir en los intersticios de la actividad familiar: almorzaba y cenaba aparte un menú propio, se duchaba a la madrugada y esquivaba las zonas comunes. La situación, como si se estuviera formando una tormenta de silencio bajo la que se movían pensamientos horribles pero todavía sin lenguaje, cargó de inestabilidad emocional el ambiente.

Al tercer día de llegar e infiltrarse en una habitación que automáticamente convirtió en una cueva inaccesible, salió por primera vez al *living* y deslizó unos aforismos acerca de los buenos hábitos familiares. Le apuntaba a la conducta de sus nietos y, por elevación, a la educación que les había dado mi hermana. Siempre tenía algo que decir sobre la actuación de los demás. Sus lecciones iban desde cómo había que barrer, hasta cómo deshacerse del trabajo, un invento del capitalismo para explotar obreros del que había que abstenerse para vencer en la revolución personal de vivir sin trabajar y en la que, sin dudas, él estaba triunfando: «Vos, hija, estás muy nerviosa. Tenés que tranquilizarte. El trabajo te aliena. Te estás sacrificando al pedo. ¿Para qué? Acá hay que entender que no necesitamos la mayoría de las cosas que nos rodean. ¿Lavarropas automático?, ¿horno a microondas?, ¿televisión por cable?, ¿teléfonos?, ¿helados? ¿Para qué querés toda esa basura? Los chicos pueden vivir con mucho menos, lo que pasa es que vos sos la que los acostumbra a comprar pelotudeces. Attendeme: al consumo lo inventaron los judíos y la sinarquía internacional. Hitler será un hijo de puta pero fue el único que les puso freno. Mirá lo que pasa ahora en Palestina. Cuando se lo digo a tu hermano me cambia de tema, no quiere enfrentar la realidad. Attendeme: si Hitler dice que dos más dos son cuatro, ¿qué me van a decir?, ¿que está mal porque lo dijo Hitler? Dos más dos son cuatro, lo diga quien lo diga. Punto. ¡No me rompan las pelotas! Lo que pasa es que a mí no me dejan hablar, me pasan por encima. Enseguida saltan: “¡Eh, Hitler era un nazi!”».

Mi hermana le contestó de espaldas para no darle el gusto de verla llorar: «Papá, papá, papá... Escuchame una vez en la vida, por favor. Una vez aunque sea. No me des lecciones. Por favor te lo pido. Yo sé muy bien lo que necesitan mis hijos. ¿Qué son las pelotudeces de las que hablás? ¿Un juguete?, ¿un par de zapatillas?, ¿una entrada al cine?, ¿ropa?, ¿vacaciones? Si vos querés vivir sin televisor, sin gas, sin luz, sin bañarte, es asunto tuyo. Pero bien que acá guardás la leche en la heladera, y la calentás en el microondas, y mirás veinte horas de televisión por día, y ya te descubrí que comprás películas a la noche. Cuando no estamos, claro. Me gustaría que mañana no miraras televisión. No vas a poder. Acordate lo que te digo. Para lo único que venís a casa es para ver televisión y dar lecciones de cómo hay que vivir. Se te viene la casa abajo desde hace veinte años pero das lecciones de mantenimiento. No te das cuenta lo arrogante que sos. Qué te vas a dar cuenta si sos perfecto. Y encima nos querés hacer creer que no necesitás lo que te damos. ¿Sabés cómo se llama eso? Eso se llama desprecio. ¿Vos pensás que mi marido y los chicos no se dan cuenta? Nos visitás para evitarnos. Nunca vi una cosa igual. No sé para qué venís. Se lo cuento a mis amigas y no lo pueden creer. Comés solo, cocinás para vos, te encerrás en la pieza. Pero es mentira que no tomás lo que te damos. Lo tomás pero hacés como que no lo tomás, como si te lloviera, porque para vos siempre es mejor que a las cosas no te las de nadie, ¿no?, así no estás obligado a agradecer. ¿Cómo era? “Ah no, no, yo no quiero compromisos”. El gas que usás para bañarte y para cocinar, la electricidad que usás para mirar televisión, la comida que sacás de la heladera, te lo damos nosotros. Te-lo-da-mos. Aunque vos creas que viene del aire. Sos como un chico. Y me tenés harta con Hitler: Hitler, Hitler, Hitler... Cortala con Hitler. ¡Qué mierda me importa Hitler! Y mi hermano lo que no quiere es que lo molestes siempre con lo mismo. ¿Sabés quién me da una mano cuando la necesito? Mi hermano. ¿Y vos? Ah, no, vos estás ocupado con Palestina. ¿O sea que vos sí enfrentás la realidad? ¿Por qué no te hacés hombre bomba, entonces? Yo te digo por qué no: porque a vos lo único que te importa es mirar. Mirar y juzgar, y nada más. Y te pido, por favor, pero por favor te lo pido, que no hagas más migas. Estoy harta de barrer. Me hacés reventar. Parece que lo hicieras a propósito. ¿Quién sos? ¿Pulgarcito?».

* * *

Mientras ellos discutían en San Luis entré a la casa de mi padre en Junín. Quería saber si el ruido de la lluvia cayendo en los sombreros metálicos de las tomas de aire conservaban la música que había escuchado en la infancia, pero al cabo de unos minutos me pareció más verdadero el sonido del recuerdo. La misma lluvia, cayendo sobre la misma chapa, oída por el mismo cuerpo instalado en la misma posición, formaban un fenómeno distinto. Pero no era una evolución de aquellos sonidos, era otra cosa: un ruido ajeno y nuevo que había que aprender a descifrar, aunque sonara como en el pasado. Fui a la terraza a ver los sombreros metálicos. Nada que ver con mi recuerdo. El cielo sí era el de las tormentas de entonces: una capa gris, suspendida a una altura aplastante pero fija. Pude ver en detalle el efecto de la lluvia, sus choques internos y la forma en que se abría cada gota en flores transparentes para volver a abrirse nuevamente en flores más pequeñas que, en el colmo de la liviandad, el viento las barría sin que tocaran el piso.

2005

Leí en una peluquería una entrevista a una bióloga española que manipuló la genética de unos ratones, les quitó una enzima llamada telomerasa y luego se las devolvió en una sobredosis. En el primer caso vio que envejecían rápidamente, mientras que en el segundo proliferaban los tumores pero vivían más. Robé la revista y subrayé un párrafo: «Los organismos de la naturaleza rara vez envejecen, ya que la vida se interrumpe antes por predadores, infecciones, accidentes. La evolución nos ha diseñado para ser perfectos durante lo que era nuestra vida media antes de los últimos avances médicos y tecnológicos. No ha habido presión evolutiva para seleccionar que vivamos más tiempo. Nuestro organismo es una máquina perfecta hasta los treinta o cuarenta años. Después empieza a degenerar y a acumular errores de funcionamiento».

El consuelo pasajero de esa certidumbre negra —el cuerpo como máquina que falla— eran las fotos de la bióloga. Fuertísima. Ella no era justamente una máquina; era un cuerpo hermoso cuyo envoltorio de trabajo, un pantalón de gabardina verde militar con pinzas y un buzo canguro, no alcanzaba a borrar la firmeza esferoidal de la tetas, la abundancia sin recarga de las caderas y una cara sin tensiones que podría indicar buena vida.

En el interior de un laboratorio con boxes de vidrio esmerilado —la postulación escenográfica de que el conocimiento es opaco y transparente al mismo tiempo— pronunciaba varias veces la palabra inmortalidad sin una ficción que la tradujera. Todo lo contrario, porque la telomerasa, reproducida en la entrevista como un estuario de celestes y violetas tomado por un microscopio atómico, había sido ampliada en una imagen incomprensible.

Pensé en un futuro en el que mis hijos tuvieran al menos ciento cincuenta o doscientos años para cargar de realidad imaginaria las cuestiones teóricas de la eternidad reducida a su irrisoria posibilidad terrestre (la longevidad). Pero de golpe aparecieron en una nave del horror

todos los mensajes de la finitud en uno solo: ¿mis hijos viviendo ciento cincuenta años? ¿Nada más? Yo quiero que vivan mil, o un millón. ¿Qué sentido trascendente tiene, entonces, la descendencia?

Cuando llegué a casa mi hija estaba durmiendo con el velador encendido: un cilindro de acetato con dibujos que giraba en un movimiento continuo alrededor del calor de la lámpara. No tenía medias, pero las encontré entre las sábanas. Las estiré para ponérselas y le miré los pies. Me pareció que crecían. No porque pudiera atestiguar el tránsito infinitesimal del proceso —sus pies estaban creciendo: de eso no había dudas— sino porque recibí, mediante una experiencia que era al mismo tiempo íntima y conceptual como calmar la sed con agua y saber que es un fenómeno general y particular al mismo tiempo, la idea de que las cosas se terminan y que esa calamidad tiene su versión más simple y más cruenta en el hecho de que los chicos crecen.

1992

«Pero por supuesto que me acuerdo de la casa que le hice a tu madre. Perfectamente. Perdón. Quise decir la planta, no la casa. Vos sabes que para nosotros una casa es una planta porque a la casa-casa la hacen los albañiles». La voz de Rosselli encendió una luz en la oscuridad de los años y recreó la relación ideal, como en el aire, que los arquitectos tienen con sus construcciones, que nunca son construcciones en un sentido estricto sino diseños mentales traducidos al plano en el que encuentran la perfección (son escritores fantásticos de cosas). Para ellos el plano es más que una obra, aunque para la realidad sea menos. Es un deseo de obra en el que las convenciones de la representación material no se enfrentan, todavía, a la pobreza de los hechos.

Rosselli acercó la punta de la lapicera al claro de un diario. «Te la dibujo. Esta no anda. A ver. Ahora sí. Te la dibujo. Entonces vos entrás por acá, por un pasillo que nunca hicimos pero que está en el plano, y llegás hasta el terreno del fondo. Tenemos la casa de adelante, ¿no?, que es tipo chorizo pero con la galería lateral cerrada, ¿verdad? Esto da al pasillo. ¿Te ubicás? Y acá, esto es el terreno de atrás, yo hice una planta más o menos de cien metros cuadrados distribuidos... Esto es así: las tres habitaciones, el *living* comedor, esta línea gruesa es la estufa hogar, el baño, el antebañito y, acá atrás, la parrilla y el lavadero. Ahí la tenés. Y acá, contra la casa de los Oldrani, Oldrina, eso sí que no me acuerdo pero seguro que ahí había un loco que gritaba, eso seguro, debe seguir estando el gomero, ¿sí? ¿Sigue el gomero ahí? Debe estar gigante. Aparte lo que pesa, ¿no?».

¿Tres habitaciones? ¿Estufa hogar? Mi padre todavía abría la puerta a quien la golpeará, así que fui a verlo y le pedí los planos. Cuando entró a su habitación a buscarlos miré la mesa del *living* sobre la que se acumulaban parvas de diarios, algunos muy antiguos pero revitalizados en su exhibición (la atención anacrónica de mi padre los volvía inmortales), mientras un televisor sin carcasa le daba al ambiente un aire de gabinete nocturno

iluminado por rachas de colores ácidos que anunciaban un escenario profético: todo el mundo, en algún momento, iba a vivir en esas condiciones, las condiciones dadas por el colapso de la tecnología y la voluntad individual. Entonces mi padre sería, retrospectivamente, el precursor de una cultura cuya base metafísica era la de no intervenir nunca sobre las destrucciones masivas causadas por el tiempo. ¿Para qué?

Volvió con un sobre. Estaba feliz como siempre que delegaba sus asuntos en los demás. Deshacerse de los planos le daba la ilusión de que la casa desaparecería simultáneamente en todos sus niveles: como idea, como dibujo y como cosa. Abrí el sobre en un bar. La superficie total del lote, donde ya estaba construida la casa de mis abuelos, era de casi trescientos metros cuadrados, en cuya mitad posterior Rosselli diseñó nuestra casa. ¡Cincuenta metros cubiertos! No podía ser. Eran las dimensiones de una casa de muñecas. Vi la fecha de la aprobación de los planos (del día en que cumplí seis años) y retrocedí hacia una zona de recuerdos que se retorcían sin que pudiera formarse uno solo. Después de todo, ¿por qué recordar tenía que ser más preciso que vivir si los hechos de la vida son en sí mismos confusos? ¿Qué son los recuerdos sino maniobras de retención cada vez menos eficaces? ¿Y si los recuerdos ocurrían, igual que los hechos, una sola vez, mientras seguimos llamando recuerdo de los hechos a esas ruinas que se alejan cada vez más de ellos, es decir a los recuerdos del recuerdo?

Comparé el plano con el dibujo que había hecho Rosselli. Eran el agua y el aceite. Sin embargo, yo había visto la naturalidad del dibujo sobre el diario, hecha con una despreocupación mesiánica por la duda sin la cual nadie podría recordar nada, lo que parecía venir de alguna zona prestigiosa de la razón (los conocimientos técnicos de Rosselli ocupando el lugar de su memoria) pero que, en realidad, no podía silenciar las evidencias de un fraude común: el de afirmar algo ya no por la claridad del recuerdo, que solo existe en la imaginación, sino por el deseo desesperado de recordar.

2005

Pasé por la casa de mi padre después de dos meses sin ir a Junín (el cine no andaba bien y yo tomaba distancia del fracaso para que el negocio se hundiera sin mí) y vi que faltaba la casa de al lado. Detrás de una empalizada de chapas no había nada y, además, para dejar más atrás en el recuerdo algo que ni siquiera había podido conservar sus vestigios, el borde superior de la empalizada subía la línea del horizonte y forzaba la mirada a contemplar el vacío del cielo. No había un solo ladrillo ni un solo árbol sobre el terreno, que retrocedía hacia la geografía llana y algo enfermiza que debió tener un millón de años atrás.

Varias generaciones de la familia Oldrani habían vivido allí, entregándose por igual al catolicismo acérrimo y a la superstición, y ocultándose durante cincuenta años en los jardines desde donde nos espiaban por los huecos de un gomero al que alguno de ellos, casi siempre Carlitos Oldrani, la fuerza bruta de la familia, podaba a machetazos dejando gajos mutilados y leche gomosa derramándose lentamente sobre el tronco.

Carlitos murió joven y saludable de una muerte súbita y posiblemente inducida. Lo medicaban contra la excitación general de su carácter, lo que anulaba su vozarrón por dos o tres días en los que se sentía, de un modo estremecedor, el silencio del patio. De lo contrario, no era posible detener su escalada de explosiones que comenzaba en forma de un diálogo con fantasmas, desoyendo los susurros de la madre cuando lo llamaba al imposible de la calma (era peor: gritaba más), para de inmediato cantar durante horas el mismo estribillo de una canción de amor.

Su garganta y sus ideas iban engranando en el interior de un sistema de calor que no podía estar destinado a otra cosa que al recalentamiento. A las canciones de amor, cantadas con la fuerza erótica de un violador que decide cantar en el momento de violar, le sucedían largas cadenas de insultos glosados contra su familia en los que, a pesar de la desconexión interna de sus partes (eran insultos sueltos, sin objeto ni sujeto, como

alistados en un diccionario) tenían la angustia de un discurso de supervivencia.

Pasé revista a la cuadra. Familia Blanco: todos vivos pero con achaques en el patriarca (silla de ruedas, segundo marcapasos); familia Amaya: divorcio, diáspora, venta de la casa a la joven familia Giulio, nueva construcción de dos plantas, vehículo doble tracción, niños; familia Oldrani: todos muertos, lote baldío, como al principio; mi padre (sin comentarios); familia Entesano: mudanza al campo, casa ofrecida en alquiler; familia Francani: reformas en el frente, local de comidas para llevar; familia Pozo: divorcio, hijos en Europa. En la vereda de enfrente, esquina vacía (bienes en sucesión); familia Salas: carpintería cerrada tras la muerte del padre, reclusión de la mujer (problemas de osteoporosis); familia Penazzi: muerte reciente de Juan, amigo de mi padre, de un infarto frente al televisor; familia Viñes: venta de la mansión de la cuadra por deuda hipotecaria, compra sobrevaluada por parte de un estanciero; familia Faroppa: viven todos, pero no se hacen ver; esquina noroeste: serie de dúplex a medio construir (ya están a la venta en créditos a tasa fija financiados por el ex Banco de Boston, ahora Standard Bank).

2005

Un hervidero de especies silvestres brotaron en primavera sobre el lote de Oldrani alisado por las palas industriales y florecieron en ramos tupidos y brillantes —unas mariposas pequeñas volaban en cursos cambiantes—, formando una delicada fronda de lavandas, achicorias, cardos y margaritas entrelazándose en la vastedad. No podía llamarse jardín a esa efusión descontrolada de naturaleza; y sin embargo, las especies eran sobrevivientes de un jardín anterior que regresaba ya sin condiciones a reconquistar la tierra a sus anchas, como si recordaran —o quisiera olvidar— la calamidad de haber convivido con la casa desaparecida.

1993

Yo, mi yo de 1993, estaba perdidamente enamorado de Bárbara Rodríguez. Había cruzado la duda que surge con el enamoramiento —una línea en la que se presentan juntas las posibilidades de avanzar o retroceder frente al amor— para entrar al mundo donde parecen realizarse las ilusiones de perfección, reciprocidad, infinitud y, también, la de superioridad porque, por encima de todas esas ilusiones, con Bárbara nos unía la certeza de que éramos superiores a las personas que no se enamoraban pero también a aquellas que se enamoraban en apariencia, aspirando en secreto a un amor como el nuestro.

Deseaba tenerla todo el tiempo conmigo, en el instante y en la eternidad. Pero al verla me sentía obligado al autocontrol, como si estuviera jugando con fuego. Mis reservas de amor eran enormes, pero se agotaban en su teatralización (estar enamorado consistía tanto en representar la fuerza del amor como en esconderla). En esas circunstancias de abundancia y desgaste personal me encontré con Silvia Dondena en el interior de un boliche. La miré fijo, del modo prehistórico en que se han formulado las primeras preguntas sexuales, vi que les hizo un comentario a las amigas que la acompañaban, tan hermosas como ella, y me saludó con la mano en alto.

Después se hizo un hueco en la multitud y la vi de cuerpo entero. Hablaba, pero lo que decía desaparecía en la música del ambiente, no solo para mí sino también para sus confidentes, que acercaban los oídos a su boca (una de ellas levantó un hombro de golpe porque las vibraciones de la voz le dieron cosquillas: un episodio muy bonito de diálogo entre amigas) y luego se apartaban para gritarle a la cara y reírse todas juntas de la escena de incomunicación.

Silvia tenía un vestido blanco; la falda se cortaba por encima de las rodillas, y arriba terminaba en una línea recta estacionada debajo de las tetas, enormes y sólidas. Los breteles gruesos ayudaban a darle una idea de vastedad y poder físico al cuerpo, del que alcanzaban a verse las curvas

largas de los músculos y, descubierta a medias, la suavidad de su piel bronceada; y ya debajo del vestido se notaba la isla blanca de la bombacha, rodeada del cuerpo que se traslucía como un asedio marítimo, oscuro y regular, machacando sobre la isla.

Esquivé personas atontadas por el alcohol y aparté con las manos las nubes celestes de nicotina y los vapores que se desprendían de toda esa gente como de una olla que estuviera hirviendo carne. Me paré al lado de Silvia. Las personas que pasaban nos obligaban a reacomodarnos, nos acercaban y nos distanciaban en una víspera de intimidad siempre diferida. La postergación era la materia vital del momento, y hasta podría haberse dicho que esa intimidad solo podía vivir en el suspenso (todo el mundo sabía que la intimidad moría en los hechos de la intimidad).

Los borrachos se abrían paso con los codos frente a los pasantes de la Escuela Argentina de Barmans, que bailaban haciendo girar en el aire las botellas de vodka y de ron y regalaban tragos. La distancia entre mi cuerpo y el de Silvia por fin desapareció. Nos chocamos de costado varias veces — yo sentía la densidad de su carne como cuando se coge— y, al darse vuelta hacia la barra, me apoyó el culo.

* * *

Es el día de hoy, 11 de noviembre de 2014, que le leo a Silvia este párrafo y le pregunto, por vez número mil, si recuerda cómo y por qué me apoyó el culo aquella noche, y me dice que eso nunca sucedió, que estoy loco, que invento, y que escriba lo que quiera que a ella no le importa.

* * *

De repente dos grupos de personas se atacaron a trompadas, y los curiosos dieron unos pasos hacia atrás para que los golpes no los alcanzaran, pero también para ver mejor, y entonces recibí otro empujón suave de la fuerza colectiva que se trasladaba en fases de dos segundos, una fuerza de ola, lenta pero irreversible, y la apoyé de frente afirmándola contra la barra. Quedamos mirándonos, pegados por la presión de las personas que nos rodeaban (había llegado personal de seguridad al lugar del incidente y los espacios volvieron a achicarse). Recién me di cuenta de que se había interrumpido la música cuando se encendieron las luces. Es bastante común reconocer una cosa cuando sucede otra, y no era extraño que se dieran fallas de percepción en medio de un desorden de las cadenas causales cuya evidencia más inesperada, pero también más lógica, fue la

paliza casi mortal que le dieron a un militante pacifista que intentó separar a los peleadores.

Divididos por una barrera de soldados halterofílicos con pantalones negros y remeras blancas de algodón pegadas al cuerpo como tatuajes, los energúmenos reemplazaron la violencia por un discurso de violencia. Pero estaban más cebados que antes; les faltaba la descarga del odio antihumano que habían acumulado entre el instante en que comenzó la batalla y el momento en que decidieron intervenir, interrumpido por la llegada del ejército neonazi que todo bar argentino parece obligado tener. Daban pasos hacia delante y hacia atrás, mientras sacudían los brazos en un ejercicio combinado de guardia baja y temblores como de Parkinson que los transformaba en muñecos de guerra, torpes pero decididos al intercambio de agresiones.

Para todos ellos ser golpeados era muy útil, tanto o más que golpear, porque contribuía a formar una épica de la resistencia situada en el intersticio que divide, apenas por una película de aire, el valor guerrero del suicidio. Más boludos no podían ser. Se insultaban, como siempre que los litigios no están claros, con alusiones generales que compensaban la falta de información: nadie sabía con quién se peleaba, ni a qué se dedicaba su adversario, ni cómo se llamaba (en otras circunstancias hubieran sido amigos, o novios, ya que los hombres que pelean son bastante putos); tampoco sabían muy bien por qué se habían enfrentado. Se acusaban entre sí, genéricamente, de giles, de ortibas, de gatos, de ser amigos de la gorra, y adoptaban para insultarse un acento importado de los barrios marginales que la calidad de sus ropas y sus biotipos negaban (no hay que atender al lenguaje: el argentino rico es más alto que el argentino pobre).

El incidente se cubrió de calma, como si se hubiese humedecido el fuego que lo encendía. Ocurrió que el aburrimiento hizo pasar a los jóvenes de una cosa a otra y los regresó a su necesidad más radical, que era la de mantenerse en el presente. La disputa se acabó, pero me mantuve un poco más encima de Silvia (que aguantó sin quejarse) para que le quedara claro, en ese momento y en su recuerdo, que no había sido solo por la presión del ambiente que la apoyaba.

1981

Volvíamos de Brasil en el Valiant IV. Los camiones que cruzábamos frenaban el auto con una choque de vientos del que resurgíamos como atravesando un túnel. El agua caía a baldes. Las escobillas del limpiaparabrisas quedaron clavadas en línea vertical y la lluvia enturbió el horizonte. Con el desperfecto, la responsabilidad de mi padre aumentó y, con ella, el horror de no considerarse un piloto a la altura de la tormenta que lo desafiaba. En el espejo retrovisor vi el rostro oscurecido por la inminencia de una determinación. Su mirada comenzó a balancearse buscando desesperadamente una salida y una idea acerca de los peligros que enfrentaba y que, al no manifestarse claros, se multiplicaban por ocultamiento, como si tanteáramos a ciegas un campo de minas.

Hicimos silencio para entregarnos a su autoridad. Pero esa delegación de confianza que lo situaba por encima de nosotros lo enardeció. Prefería compartir esa responsabilidad con alguien, licuarla hasta hacerla desaparecer, o directamente rechazarla, invirtiendo la jerarquía de la organización familiar para quitarse de encima el peso de la decisión y deslindar su compromiso de protector de personas que observaban su conducta en la crisis.

Entró en pánico. De su materia más íntima brotó una reacción inútil y llena de energía que, en los hechos, fue una prueba más de sus errores de cálculo. Su expresión salvaje podía adecuarse a cualquier situación menos a la que vivíamos. Estábamos a la deriva, conducidos por un loco. La cabina se cargó de tensión. Golpeó el volante (el descontrol le desviaba el puño hacia la bocina, ahogada por la humedad del día; mamá, mi hermana y yo: mudos) y luego dio varias trompadas contra el techo que se iba inflando bajo un ritmo de tambores.

El momento, vagamente artístico, nos dejó el mensaje de siempre: sobre cualquier manifestación de realidad común —aun la peor: la del peligro—, prevalecería siempre el teatro unipersonal de mi padre, un teatro sin texto que concentraba toda su eficacia en la representación física de la

impotencia: un teatro del no puedo. Era una de sus intervenciones más espectaculares. La otra, reservada a la intimidad del hogar, consistía en brindarnos escenas de autoflagelación: una trompada a la heladera, un cabezazo de refilón a la pared, un solo de nudillos golpeando contra la frente en un remedo de la queja ontológica que le dio fama a los simios, y a veces media jornada de ayuno compensada al día siguiente con una comilona. En cada uno de esos números se resaltaba un hecho: el hecho de que se estaba haciendo daño por nosotros.

Redujo la velocidad y abrió la ventanilla. El exceso de energía quebró la manija de antimonio (el exceso o la falta de energía era lo que siempre enturbiaba la limpieza de sus actos). Sacó la cabeza, que regresaba a la cabina solo para tomar aire y volver a sacarla. La lluvia oscureció de golpe la camisa, le caían hilos gruesos de agua por el cuello. El viento lo peinaba dándole al revoltijo de cabellos un perfil aerodinámico. Su cuerpo se apoyó en los talones y en la espalda como una tabla encastrada en plano inclinado. La voz tronaba en las tonalidades de una desesperación verbal que absorbía como un agujero negro toda la felicidad de las vacaciones que estaban terminando y todos sus buenos recuerdos.

Los autos que venían por la mano contraria salpicaban a mi padre con un caldo de agua sucia estacionada en las depresiones del asfalto y le daban un aspecto de guerrero camuflado: «¡Hijo de recontra mil putas y la reputísima madre que te recontra mil parió! ¡Pedo de la yegua chancro sifilítica que te cagó! ¡Hijo de un vagón de putas! ¡Negro camionero de mierda y la puta madre negra que te dio leche! ¡Me cago en Dios, barbudo hijo de mil putas y la Virgen puta de Luján!». Cada tanto, tomaba la escobilla de su lado con la mano izquierda y la movía hacia los costados imitando el vaivén automático del motor descompuesto, pero la frecuencia no respondía a las necesidades de apartar la lluvia y el vidrio volvía a empañarse y a dar prueba del fracaso de la voluntad y de la inteligencia desordenada que la impulsaba hacia su destrucción. De golpe cesó la lluvia, y al cabo de unos minutos regresó con una suavidad que, al volcarse sobre el parabrisas, funcionó como una transparencia delante de otra que no le quitó al paisaje nada de lo que podría haberse visto en una tarde seca.

2004

Eché a mi padre del cine. Le propuse un arreglo que ojalá algún día me ofrezcan a mí: cobrar sin trabajar. No quise discutir con él. Fue lo que me recomendó Mc Coubrey. Debí echarlo mucho antes, pero la ilusión de que cambiara no terminaba de agotarse. Inexplicablemente le tenía fe, esa idea estúpida que nos hace creer en cosas que no existen (las ideas no son cosas). Creí —me hizo creer— que sus errores estaban inducidos, cuando no directamente provocados, por los otros, por la mala suerte, por las catástrofes que se descargaban desde las alturas sobre su buena voluntad de cambio; y que sus fracasos, tal como él mismo los veía, eran efectos directos de problemas nacionales e internacionales.

Entre los empleados circulaba la versión de que, encerrado bajo llave en el office, comía con modales de animal y dejaba a la vista los residuos de sus cuatro comidas, despachadas a un estricto horario de penitenciaría. Mientras tanto, escuchaba a todo volumen los discursos de Perón y Eva Duarte que salían de su reproductor de discos convirtiéndose en la música ambiental que, como una *performance* de fantasmas (fantasmas peronistas), los espectadores estaban obligados a oír frente a la boletería.

Un día le pedí que se hiciera cargo del kiosco por unas horas. Cuando volví estaba con una gorra de béisbol, una camisa descosida en las axilas y una barba de varios días (hacía una semana que no iba al hotel donde se bañaba), leyendo el diario del día anterior, con los zapatos apoyados en el exhibidor de golosinas. Una mujer a punto de entrar a una función le preguntó dos veces —la primera no fue suficiente para que bajara el diario— si podía venderle un cono de pochoclo y mi padre le contestó, atontado por la lectura y la arrogancia que acompaña los grandes momentos de su vida, los momentos en los que se encuentra en posición de negarle algo a alguien: «Pochoclo mañana, señora. Hoy no». Cuando la mujer abandonó el mostrador mi padre me vio parado en un segundo plano del *hall*. Me llenó de excusas. Que la máquina, que el gas, que el quemador, que el recipiente de cobre, que la cuchara, el maíz, el azúcar, el aceite: todos

problemas que llevaban la situación por una pendiente vertical hacia el drama de la imposibilidad.

Encendí la máquina y la cargué durante una hora y media. Hice ciento veinte conos medianos. Como una leche hervida que cayera en fragmentos secos a los costados de su recipiente, la lluvia de maíz cubrió el piso. Y le dije: «No vengas más». Era un asunto de supervivencia: o él o yo. Pero al sentirse marginado volvió a recuperar su identidad ideal de perseguido y su poder de reacción. De pronto vi, al ver cómo se endurecía su rostro en una nueva situación de adversidad, la estrategia del psicópata: quería arrastrarme a la misericordia, como si no se le hubiera tenido; y para resumir el pacto que me proponía, un pacto que consistía, por supuesto, en continuar con sus abusos adquiridos, me dijo con la entonación de un dios que no quiere perder sus prerrogativas edípicas: «No sabés lo que hacés. ¡Soy tu padre!». Lo miré: «¿Ah, sí? ¿Mirá vos? Igual andate a la puta que te parió».

1981

El Valiant se fundió. La grúa lo dejó en la puerta de un galpón que daba a la ruta 7 donde entramos empujándolo entre varios por un camino de pedregullo que crujió bajo las gomas desinfladas. Allí quedó hasta que lo tiraron a un baldío donde se acumulaban tractores destruidos, fragmentos de carrocerías, rollos de alambre y perfiles de hierro retorcidos o carcomidos por la línea de los días.

La maleza comenzó a envolverlo y en el verano desapareció totalmente bajo un manto de vegetación, para volver a verse otra vez con las heladas del invierno. Un día retiraron la chatarra y el Valiant quedó sin compañía, a mitad de camino entre un artefacto de rezago y una pieza única que se había desprendido, como un ángel caído, de los eslabones de cualquier cadena a la que hubiera pertenecido (la serie de la factoría Chrysler, o la de los autos en movimiento).

Esa misma noche bajé trastabillando hacia donde yacía. Los goznes de las puertas delanteras estaban soldados a la carrocería por el óxido. Pegué el tirón y abrí. Por la línea de aire que separaba la puerta del guardabarros se habían filtrado unos tallos gruesos que no pude cortar con las manos. Un tejido de fronda ocupaba el interior del auto; penetraba en la rejilla de los parlantes traseros, entre los bordes de la guantera, en los caños de la calefacción y en los paneles de las puertas como una lentísima tormenta de tiempo. Luché con las ramas cruzadas hasta que pude entrar y encender la radio. Sintonicé una estación local, pero el resto de tensión que quedaba en la batería se esfumó de golpe llevándose la música y la luz de fondo del dial.

Lo desmalecé en dos días. Ahora podía distinguirse a simple vista, desde lo alto de la ruta, enclavado en el centro de un círculo de pasto seco como el que deja una nave extraterrestre al retirarse de su excursión. Conecté una manguera a una canilla externa del taller y lo lavé: las débiles oleadas barrieron el polvo y se abrieron paso, como rozando las costas de un delta que acaba de crearse, entre las cáscaras de macilla plástica

cuarteadas por las estaciones. Los detalles cromados resplandecieron bajo el baño solar.

Más tarde volví con Fernanda Mazzini para clavarla contra el tapizado. El auto inmóvil fue mi hogar durante algunos días. Hasta que una mañana lo llevé a tiro a la ciudad y lo dejé en la casa de mi padre. Fingió no verlo, o lo vio como una transparencia que no le impedía saludar al vecino de enfrente, a que nunca saludaba porque odiaba su prosperidad (siempre vio corrupción en el progreso).

1983

Después de un año de ruegos, Fernanda Mazzini aceptó su bautismo anal. Mis argumentos iban y venían desde ciertas técnicas orientales para lograr la inserción sin dolor (aunque cada sodomía es un mundo aparte), hasta los informes publicados en revistas femeninas con recomendaciones sobre la preparación de lo que llamaban la zona o el área, modos degenerados de referirse al agujero del culo.

El tiro de gracia se lo dio la Doctora Paisa en su programa de televisión del canal Utilísima. A las nueve de la mañana, flanqueada por un panel de asesoras que reafirmaban con la cabeza sus comentarios, dijo que no había que temerle a ese tipo de innovaciones y recomendó dos reglas doradas: lubricar bien, tener paciencia. No tenía por qué haber deshonra, ni riesgo físico, en darle a la carne un placer nuevo.

Mi padre dormía en su habitación (aunque desde que mamá se había ido era más preciso llamarla «depósito»). Entramos al patio anterior luego de hacer tiempo en un bar de Junín donde le expliqué a Fernanda, paso por paso, la terapéutica de cómo íbamos a conectarnos y subimos a la planta alta por la escalera exterior. Gran expectativa genital. La claridad de la noche le daba fosforescencia a las flores de lis soldadas sobre la baranda de hierro. Abrí el sofá cama, estiré una sábana sobre el cuero y apoyé dos almohadones en la cabecera. Nos desnudamos rápidamente, como si fuéramos a entrar a la ducha. Su cuerpo blanco se acomodó cabeza abajo. Tardamos media hora en preparar el orificio, con las marchas y contramarchas que hubiera requerido la perforación de un pozo de petróleo. Fernanda tuvo esa noche una gran vocación de servicio. Le dimos elasticidad al agujero y lo probamos varias veces. El trabajo estuvo hecho cuando entraron tres dedos sin problemas. Faltaba suavizar la piel para que la verga se deslizara como un pez en la pecera. «Ahora sí. Dale. Pero despacito, ¿eh?». Necesité un tiempo para estacionarme con delicadeza y mandarle señales mediante pequeñas vibraciones proféticas, que no cruzaban todavía la línea de ingreso pero la merodeaban. Entraba bien.

Muy bien. Igualmente se quejó con un gemido artístico, una falsa prueba de cerrazón que el agujero, abierto de par en par, ponía en duda.

Empujé un poco más, y otro poco. Así se la fui poniendo hasta los huevos. Fernanda recibía la carga sin lamentarse, incluso subrayando el éxito de la prueba con unos golpes milimétricos de la cadera. «¿Te duele?». Me contestó después de pensar unos segundos: «Más o menos». «Más o menos, no. ¿Te duele o no te duele?». «No, no me duele. Me arde». Comencé a moverme en otra frecuencia, encima de ella, como si la estuviera cazando, mirándole la espalda desde arriba y controlando la información que salía del cuerpo para evitarle sufrimientos cuando surgieran; sin embargo, cuando el sufrimiento surgió, empujé más. ¿Acaso no era eso, romper, el único deber del sodomita? Pero Fernanda (más tarde me dijeron en el barrio que todas las Mazzini eran igualmente elásticas) era una campeona de la dilatación.

De pronto, aterrados, oímos cerrarse la puerta de la planta baja, y los pasos de mi padre subiendo las escaleras. «¡Acabame! ¡Acabame que viene tu papá!». Fernanda no podía calcular el tiempo que llevaba subir los diecinueve escalones —al que había que sumarle el descanso del primer tramo—, pero yo sí. Le dije que no hablara. Pegados como estábamos bajamos del sofá en ocho patas y nos acomodamos, abotonados, en el rincón más oscuro.

1983

En el patio de casa mi padre se balancea en una mecedora. Mecerse: una actitud inquietante, de calma llevada al extremo de la insania, expresada en el falso equilibrio del ir y venir. La mirada perdida en la transparencia de las alturas es la del descanso mental que sucede al cansancio físico, una especie de lobotomía por agotamiento. En su mano tiene un serrucho engrasado con el que acaba de cortar a lo ancho los travesaños de la cama matrimonial, en la que desde hace un año duerme solo (mamá ya vive con el arquitecto Rosselli). Todo está a la vista como en una pieza de teatro de una sola escena, es decir: como en un cuadro en el que la escena explica todo (todo lo que ha quedado de una escena anterior, que no se ve). Del colchón abierto en canal se derrama una masa de lana como una nube de cotillón que flotara al ras del suelo. Sobre una pared está apoyado el elástico de flejes metálicos. Mi padre no quiere destruir el emblema matrimonial sin darnos un espectáculo de destrucción, para que veamos cómo se deshacen las cosas en público y, sobre todo, cómo se expone una idea dándole una forma que pueda entenderse sin explicaciones. La cama, que tras los cortes vuelve a oler al árbol del que ha venido, nos dice que lo que ha fracasado es la experiencia universal del matrimonio mucho más que su relación con mamá (de lo contrario, hubiera cortado la cama a lo largo). ¿Dónde duerme esa noche? ¿Es este el comienzo de una vida vertical? Nadie lo sabe. Solo él puede entrar a su cuarto. Le ha sacado el picaporte a la puerta y en su lugar hace girar una tijera plateada a modo de llave. En un momento entra al cuarto y sale empuñándola como un acero samurái, cierra la puerta, carga los restos de la cama, los lleva a la parrilla, los agrupa bajo la toma de aire, vuelca un bidón de nafta sobre las maderas y enciende el fuego, que lo ilumina.

Mi padre me pidió que leyera sus reflexiones sobre el amor, escritas a máquina sin interlineado y con las letras incrustadas en el papel por una fuerza que yo conocía muy bien (la fuerza sin frenos de su pensamiento):

¿Estoy enamorado? ¿Qué es estar enamorado? ¿Quién puede explicar concretamente qué es estar enamorado? Para mí, el amor es un agradable estado de idiotez. Ahora bien. Cuando el amor se complementa con la pasión, o bien, se convierte en pasión, ya no solamente es estar en un estado de idiotez; simplemente se pierden valores y principios tan valiosos como la ética, la moral, el respeto, la autoestima, y pasás a formar exclusivamente parte de esa persona que es motivo del amor apasionado que despierta. Generalmente, el receptor de tanta pasión no devuelve lo suficiente de lo recibido a quien le demuestra todos sus sentimientos. En los amores apasionados sobresale siempre una de las partes más fuertes y trata por todos los medios a su alcance (digamos, atracción en todas sus formas, incluida el dinero) para elevar al otro al nivel de pasión (y si no la tiene, despertarla) y de esa forma ser retribuido como lo desea. No siempre se logra ese cometido, ni el apasionado se conforma en bajar su intensidad de pasión hasta el nivel del otro. Siempre exige más. Siempre espera más por el solo hecho de que el apasionado entra en un profundo estado de inconsciencia e idiotez. Difícilmente se logre un equilibrio emocional en ese estado. Considero que en el amor no solamente se necesita el natural llamado del corazón; el cerebro también forma parte del cuerpo, por lo tanto, se conseguiría un equilibrio con ambas partes. Consideremos ante todo que el llamado del corazón es una forma de decir a lo relacionado a los afectos, que por supuesto está almacenado en el cerebro. Entonces sería oportuno diferenciar con claridad que el instinto sin el control pensante caería inevitablemente en el terreno de la pasión, lugar en el cual se pierden casi por completo las franjas de límites según su intensidad.

Como dije anteriormente, en una pareja (casada o no) es muy difícil descubrir la misma intensidad entre ambos. Más. Me arriesgaría a decir que no existe. No nos engañemos. ¿Cuántas mujeres o cuantos hombres no han podido conseguir el amor de la persona que aman profundamente? ¿Quién no recuerda el amor imposible de su vida? ¿Quién lo reconoce? Si un hombre enamorado forma pareja (casado o no) con el amor de su vida, casi con seguridad la mujer viene de un desencanto amoroso o una desilusión con un hombre que ella no ha podido conquistar o que no la ha amado. Por lo tanto recurre, en términos futbolísticos, «al banco». Pero, lo triste o dramático es que la mujer lo oculta y trata de demostrar la misma intensidad de amor que su enamorado, cosa que no es cierta. Visto de afuera parecería ser una pareja ideal, pero no es así. En este caso, mientras el secreto no se descubra, la mujer cumplirá la «sagrada» misión de hacer feliz a un hombre, cosa que durará lo que un pedo en una canasta.

Si se llegara a descubrir esta falacia amorosa, seguramente en esta situación la mujer se lo espetaría a su esposo o pareja que lo dejó de amar. Mejor dicho, nunca lo amó. Pero no nos pongamos nerviosos. Esta circunstancia la giramos 180.º y sería lo mismo. ¿Cómo se solucionaría una problemática tan humana como la del amor, para que dos seres humanos

sean felices y se amen con la misma intensidad? El principio sería no mentir. Difícil ¿no? Por lo visto el amor nunca fue, no es, ni será equitativo ni equilibrado con respecto a ambas partes.

La mujer que se casa no estando enamorada (¡cuidado!: puede sentir cariño, respeto, amistad por su marido) decidirá tarde o temprano separarse, o bien, rondará por su cabeza el deseo de hacerlo.

No se sabe a ciencia cierta por qué las mujeres son las que más insisten en la unión matrimonial, siendo que después quienes más exigen la separación son ellas. Supongo, insisto, supongo que la mujer tiene en un rinconcito de su intelecto una novela, o sea se huele un recóndito tufillo a masoquismo. Supongo también, que la mujer sin alguna lagrimita o un dolorcito sentimental, no podría vivir. Dije que lo supongo. Volviendo al amor no correspondido; es el más valioso precisamente por eso. Siempre se desea lo que no se posee.

No estoy muy lejos en el tiempo de cuando le dije a un amigo que si pretendía ser amado por una mujer tendría que, en primer término, comprobar que la mujer lo ame y medir el pico de intensidad de esa entrega y luego renunciar a todo. Sí, no verla más. A partir de ese momento pasaría a ser un hombre que no lo posee la mujer, por lo tanto al no poseerlo es deseado y ese amor o deseo no desaparecería de por vida. Solamente se perdería el contacto físico, que a la larga desaparecería igualmente estando juntos, llegando al aburrimiento y las asperezas. Ojo: supongo.

Ahora seamos inquisitivos. ¿Cuándo una mujer va a conseguir un hombre que sexualmente le sea satisfactorio y paralelamente sea considerada como mujer y tratada con gentileza de parte del hombre? Generalmente la mujer acepta con un elevado grado de estoicismo a hombres que la satisfacen por ese solo hecho de que el hombre que por un lado funciona sexualmente en un 100 % es generalmente un empedernido polígamo y no muy gentil para con las mujeres. Diría nada gentil. Ahora bien, cuando el hombre es gentil con la mujer y la trata con cortesía y delicadeza, no se sabe por qué misterio de la vida no funciona tan bien en el aspecto sexual. Es doloroso para la mujer pensar que la cortesía y el sexo es difícil encontrarlos juntos en un total equilibrio.

El hombre polígamo ardiente y sexualmente activo puede en contadas ocasiones ser gentil, pero solo para el momento sexual y nada más. Después de lograrlo se torna antipático y agresivo para luego huir del terreno de los hechos. Muy triste es cuando estos hombres que solamente hacen uso del sexo sin complementar la relación caen en la decadencia, y se les declina ostensiblemente su poder sexual porque pasan a ser más inservibles que una heladera en la Antártida, trasladándose violentamente de la gloria al fracaso sin espacios de transición.

La mujer se encuentra en una disyuntiva sobre todo en esta época tan complicada donde un hombre, sea como sea pero con dinero, domina el espectro femenino porque como dicen las suegras, «hay que comer, querida». Este es otro tema importante en la convivencia entre el hombre y la mujer: el dinero. ¿El matrimonio prostituye? ¿El compromiso civil y religioso es usado para disimular la prostitución matrimonial? ¿Quién tiene el suficiente coraje de decir que se casó por dinero? ¿Y quién tiene el coraje de decir que no se separa por dinero? Lamentablemente son preguntas jamás respondidas.

No es novedad que la mujer es más simple y positiva en la cosas relacionadas con el amor. No hay dudas. Tampoco hay dudas en que el hombre en su afán de no competir frontalmente con la mujer en lo que se refiere al amor huye hacia otros terrenos no relacionados con lo afectivo, y paso a explicar.

El hombre, y me refiero al varón en general, ha inventado el avión, los barcos, las computadoras, la televisión, el automóvil, el submarino, la bomba atómica, todo, absolutamente todo fue inventado por el hombre (varón), como también juegos y deportes. Observemos muy bien. El hombre ha creado un mundo de actividades, todas alejadas de lo afectivo, con un detalle extremadamente útil. Ha conseguido hacer entrar en esta variante a la mujer en una forma irreversible. Esta no se ha dado cuenta de que ha sido obligada a

introducirse en una sociedad creada e impuesta por el hombre. Ya no hay salida para la mujer por más que recurra al feminismo más despiadado. No le sirve para nada. El hombre ha conseguido, con lo técnico, distraer a la mujer en su esencia natural y humana tan propia de ella, y de esa forma cubrir con un manto las marcadas falencias (del hombre).

La trampa tendida por el hombre ha dado sus resultados, ya que la mujer exige compartir las decisiones del mundo, pero lo hace dentro del modelo impuesto por el hombre. La mujer trata de liberarse. ¿De quién? ¿Para ir hacia dónde? La sociedad ya está hecha así. Sugiero que la mujer se adapte a ella o de lo contrario la cambie, cosa que es imposible.

1997

Bárbara Rodríguez y yo nos separamos y ya no fui más su humorista ni su exégeta. Pero algo que persistía en nosotros, un empecinamiento más que una esperanza, o simplemente la dificultad de aceptar que nos habíamos caído por la ruta descendente y resbaladiza del tiempo (¿acaso el tiempo no era una fuerza de gravedad?), nos llevó a pasar juntos una última noche. Unas hilachas doradas colgaban del gran amor que se iba, eran señales que latían moribundas en el espacio preparado para fingir que seguirían viviendo eternamente en nosotros, ese monstruo de dos cabezas que ya no era lo que había sido; pero como estaba hecho de las costumbres naturalizadas por los años, usamos su memoria desviándolo como un curso de agua para que esa noche, la última que Bárbara durmió en mi cama, se pareciera, aunque solo fuese en la imagen engañosa que daba, a alguno de nuestros grandes encuentros.

Alquilamos una película que contaba la historia de un hombre idiotizado por el problema del amor que gira en falso cuando se acaba, como un eje sin máquina. Cocinamos a cuatro manos, forzando la posibilidad de compartir algo otra vez, pero la realidad de la separación empezaba a colarse por todos lados como una inundación lenta y silenciosa (yo sentía que estaba dentro de un agujero enorme que se iba abriendo). La conversación que tuvimos fue muy triste. La recuerdo como una charla destinada a evitarnos. Después entró un silencio. Vi el final de la película en la cama, mientras Bárbara se dormía. Acostada de canto, apenas vestida con una bombacha de algodón, fue cayendo lentamente en el sueño que le aflojó el cuerpo y le dio a su respiración un ritmo de ciclos cada vez más amplios, tan amplios que una vez dormida no podía saberse si respiraba.

Levanté las sábanas para verle la nuca, el cuello, la espalda, la bombacha hundida en el culo, la areola que asomaba en semicírculos de aspereza más allá del doble horizonte de la tela, las piernas recogidas y los pies, uno apoyado sobre el otro como los de un bebé en su incubadora. Nunca había pensado en una última imagen de Bárbara y sin embargo ya estaba

contemplándola. Era una imagen que se adelantaba ligeramente a los sucesos, estableciendo falsas distinciones de un mismo fenómeno —el final del amor y la asunción de ese final— que, no obstante, iban unidas del modo en que el sonido y la imagen aparecen encadenados en una explosión, correspondiéndose aun en el desacuerdo.

Durante varias horas miré las paredes de la habitación en las que se proyectaban las luces de la calle. Todo lo que mi conciencia transmitía como una situación —un cuadro en el que el movimiento se había congelado en la plenitud de su intensidad— era un estado de experiencia mental que excluía el recuerdo pero también ese presente acérrimo concentrado en el cuerpo de Bárbara, vegetando en su carrera irreversible hacia el pasado.

Permanecí junto a ella, velándola y mirando los corcoveos de insatisfacción de mi verga. No era un acontecimiento positivo del cuerpo sino el homenaje silencioso que la verga, dura como una piedra, le hacía a la carne de Bárbara Rodríguez, manifestándose con el goteo de un suero transparente que se desprendía como lágrimas. Sin tocarme —la abstinencia me hacía fuerte— vi la entrada lenta del amanecer en la habitación. Luego el sol entró pleno. La luz aceleraba el tiempo. Donde hay luz es porque el tiempo ya llegó. Levanté otra vez las sábanas y volví a ver a Bárbara tan preciosa y remota que las venas de la verga se hincharon todavía más. Miré la hondura del culo y sentí correr la leche por dentro hasta el exterior inmóvil que la extraía.

2003

Charly Hossinger, el astronauta argentino que triunfó en la NASA, volvió a Junín después de muchos años a presentar en el Club de Planeadores su libro de memorias, *Diario del Espacio*. Pasé a buscar a mi padre por Homero, el bar donde me atendía desde que cerró el ingreso a su casa, el cementerio radiactivo en el que solo él podía sobrevivir porque estaba adaptado. «¿Qué querés tomar?». La pregunta tenía el tono de confianza que se oye en las cocinas de los hogares y mantiene vivas las filiaciones, pero como el hecho sucedía en el espacio público le daba el sentido de una comedia de cordialidad llena de frustraciones ocultas.

Lo llevé a la conferencia de Hossinger, cuyos perfiles profesionales y vitales aparecieron esa mañana en dos páginas del diario *La Verdad*. Mi padre lo abrió en un semáforo para mostrarme la foto en la que él y Charly, abrazados, ocupaban el centro de la primera promoción de volovelistas de la provincia de Buenos Aires. De fondo, una bandera nacional y otra de la Federación Argentina de Vuelo a Vela, las dos arrugadas, componían la misma escenografía desprolija que utilizaban las organizaciones guerrilleras cuando comunicaban sus atentados.

El estacionamiento estaba lleno. Entramos por la tranquera auxiliar que da a la Laguna de Gómez. Un colectivo de escultores juninenses había fabricado un Apollo XI de fibra de vidrio desde el que salía, por unas ventanillas-baffles, la banda de sonido de *2001, Odisea del espacio*, creando una zona mixta de sonido e imaginación formada por la realidad campestre del club y el espacio sideral del que Hossinger había regresado invicto (ya entonces cada idea, del orden que fuera, rancia o novedosa, tenía su presentación artística; el arte estaba en todos lados, a cada paso y hecho por cualquiera: vivíamos en un mundo saturado de artistas malos).

La escultura era obediente a un arte de la actualidad retardataria, tal vez fúnebre, que no ataba su suerte a la forma sino a las efemérides y al homenaje. Ese arte, proliferante, informativo y explícito, arrasaba con los museos y el espacio público y estaba hecho con el propósito, que sus

artistas no negaban, de que todo el mundo entendiera todo, como si una obra artística fuese un diario o un programa de televisión. ¿Podía haber algo más frívolo y más inútil que un arte de la actualidad? ¿Cuál era la trascendencia de un arte del hoy?

Llegó Hossinger. Bajó de una camioneta gris con vidrios polarizados, una camioneta espejo, entró corriendo al hangar, subió al escenario y, mordiendo el manto de aplausos que lo recibía, comenzó un discurso que más tarde la oficina de prensa del Club de Planeadores publicó en su boletín de actividades:

Gracias. Buenas tardes. Muchas gracias. Gracias. Gracias. Muchas gracias. De verdad. Quiero decirles. Quiero decirles que para mí es una alegría volver aquí después de tantos años. Muchas gracias. Voy a tratar de hacer un poco de memoria. Yo me inscribí en la Fuerza Aérea en el año 1970. Quiere decir que me fui de Junín en diciembre de 1969, en enero de 1970 hice el curso de nivelación en Córdoba y mi vuelo de bautismo en supersónicos fue en un Mirage en el año 1972. Creo. Las fechas se me cruzan. No es fácil recordar. Pero ahora que estoy aquí y veo allá al fondo al K6 exactamente igual que cuando me subí por primera vez, parece que el tiempo no pasa para algunas cosas. Es increíble pero es así.

Ustedes son muy jóvenes, pero tal vez los viejos socios como Goyo Peiro o mi querido Carlitos Guerra, que veo por ahí atrás, Carlitos querido, les han contado la anécdota de ese vuelo. Yo salí desde la cabecera de la Laguna porque la pista que tienen ustedes ahora entonces no existía, estaba desplazada hacia el norte, tal como la habían diseñado para el Mundial. Me remolcó un Fleet y me desprendí a seiscientos o setecientos metros, subí un poco más y por un reflejo del sol volví la cabeza hacia atrás y vi una comadreja que me miraba. Imagínense la situación. Volví a girar y ya no estaba. Entonces, oyendo los ruidos que el animal hacía yendo y viniendo por el fuselaje, y pensando que en cualquier momento me iba a morder, aterricé en cinco minutos; y ustedes saben que en la tierra las cosas no son como en el aire, así que los muchachos del club la mataron a palos. ¿Doy nombres? Mejor no, ¿no? Ahora ya saben de dónde salió la comadreja embalsamada del buffet (risas).

Quiero contarles, en especial a los más jóvenes, veo alumnos del Colegio Nacional, y para mí es muy emocionante que estén aquí, cómo fue que se me ocurrió ser lo que soy hoy, o más bien lo que he sido, porque, bueno, yo ya no soy lo que era.

En casa había una enciclopedia con un apartado sobre astronomía. No tenía muchas fotos porque era una edición de Salvat del año 1958 o 1959 y entonces la observación satelital era prácticamente nula. Pensemos que el hombre accede a la primera órbita terrestre recién en 1957. Sin embargo, yo había quedado muy impresionado con unas imágenes del Universo, algo que para mí en ese momento abarcaba la totalidad del espacio. Recién hoy sabemos que eso era un recorte muy pequeño, y cada día que pasa más pequeño aun, de lo que puede verse ahora, pero aun así producía, para mí, que entonces era un niño, un efecto de infinito que me encantaba. Me pasaba las noches de verano acostado boca arriba sobre el patio de casa, en la calle Coronel Suárez, Carlitos Guerra se debe acordar porque éramos vecinos, tratando de ver en el mundo físico la realidad de esa foto.

La primera vez lo hice con mi padre, como tantos niños. Y luego, en el Nacional, conocí al profesor Atilio Speroni, ¿lo sintieron nombrar? Me dijeron que hay una calle con su nombre. Ah, ¿no es por él? Este Speroni era doctor en Física, pero había cursado varios años la carrera de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A él le debo mi pasión por la lectura. Él decía que la física era la primera metafísica. La primera y la única. Nos leía párrafos larguísimos de Séneca, no sé si lo conocen, un pensador antiguo a quien admiraba porque decía las cosas sin estilo, con lo cual, según Speroni, uno podía llegar a esas

cosas directamente, sin que Séneca se pusiera en el medio. Algunas frases las repetía como si nos transmitiera una religión, una religión sin dios, claro, en especial aquella que dice que «el hombre es demasiado mortal para el conocimiento de lo inmortal». Él mismo tenía sus propios pensamientos inspirados en Séneca. Nos decía que como el hombre es finito solo sabe de finitud, y que el lugar adecuado para hablar de las cosas humanas eran los velorios; y que para saber algo sobre la inmortalidad deberíamos ser inmortales, y que para saber sobre el tiempo el hombre debería ser eterno, es decir un dios, quien para los que amamos la ciencia y el pensamiento, decía Speroni, es un sujeto imaginario, como Pinocho, que es de madera, y que carece de todas las experiencias. De todas. «Dios no tiene ninguna experiencia», decía, «porque no tiene ninguna relación con la materia: no la tuvo, no la tiene y no la tendrá nunca. Es, básicamente, un inexperto: un inexperto y un diletante». Y decía: «¿Con qué debemos asociar a dios?, ¿con el Todo o con la Nada? Lo más justo sería que lo asociemos con la Nada, ¿no? Con la nada de nada». Su chiste preferido era: «Dios nunca podría decir: “Te lo digo por experiencia”». Entonces este pensador Séneca era un físico y un metafísico. Se preguntaba de dónde habían salido los astros y cuál había sido el estado del Universo antes de que cada cosa se separase en partes. Fíjense que en esas preguntas, que fueron hechas hace dos mil años, ya están las ideas del Big Bang y de la composición atómica de la materia.

Yo diría que aquella enciclopedia Salvat, este querido club, al que entré por primera vez en su sede de Remedios de Escalada por donde ayer pasé y vi que se ha instalado el Rotary, una verdadera pena, y las clases de Speroni, me convirtieron en aviador y astronauta. Aunque es difícil determinar esas cosas. También podría decir, y lo digo muy en serio, que la revista *Lupín* fue importante en mi formación. Era una revista de historietas sobre un aviador de la Segunda Guerra, muy noble, incluso pacifista, lo cual era ridículo, cuyo nombre era un homenaje al looping, la primera acrobacia que hice en mi vida, en el Aeroclub Albatros de Luján, no me olvido más. Bueno, es una revista que no sale más, ¿no? (interviene el público). ¿Sigue saliendo? ¿Cómo que sigue saliendo *Lupín*? Voy a volver a comprarla, entonces (aplausos).

Y también hubo otro hecho crucial en mi vida, un hecho azaroso que me dio fuerzas para volar. Un verano mis padres prometieron llevarme de vacaciones a Mar del Plata pero a último momento cancelaron el viaje porque había habido algún problema con el departamento en el que nos íbamos a alojar. Cosas que pasan. Entonces, un amigo de mi padre que vivía en Pinamar le sugirió ir a lo que llamó «el hotel de Saint Exupéry». Él conocía a los propietarios: la familia Salpeter. En realidad era el Viejo Hotel Ostende, el primer hotel de la zona, diría que la primera construcción de una zona de médanos sin ninguna vegetación, hasta que a principio de siglo sembraron los bosques de pinos que pueden verse hoy. El conserje nos contó que todos los años el edificio quedaba tapado por la arena. Iban máquinas de Buenos Aires a, digamos, «descubrirlo». El paisaje que yo vi en 1963 era el de un desierto que terminaba en un horizonte marítimo, pero el mar quedaba a quinientos metros o más del hotel; por lo tanto, ir del hotel al mar era una aventura. No sé cómo estará ahora ese hotel, pero en aquel momento tenía dos plantas y un altillo que había sido la habitación de Saint Exupéry. Se conservaba tal cual él la había dejado. Tenía una cama de hierro, unas pequeñas ventanas al mar que vibraban con el viento, un piso de madera y un rincón como si dijésemos preparado para montar un banco de herramientas, que era donde caía la luz del exterior; y una valija que había sido de él, de la que colgaba una etiqueta de la aduana. En la mesa de luz, la familia Salpeter había puesto un portarretratos con una frase de Saint Exupéry en francés y en español: «El ámbito de la conciencia es muy reducido».

«El ámbito de la conciencia es muy reducido». Fíjense qué frase, ¿no? Esa misma frase, aunque no lo crean, está colgada a la entrada de todos los simuladores de la NASA. Uno entra a la adaptación con la idea de que se está abandonando el ámbito de la conciencia. Yo diría, también, que el mundo transcurre en el ámbito de la conciencia, por eso es que lo consideramos un pañuelo y a veces nos parece tan pobre. Pero a partir de allí, de esa puerta

que uno atraviesa para entrar al simulador antes que al espacio, es decir a la idea antes que a la experiencia, el mundo comienza a cambiar. ¿Se entiende lo que digo? Yo había llegado a ese momento sabiendo algunas cosas. Recordemos que la carrera espacial había comenzado mucho antes de que yo viajara a Córdoba en 1970. Incluso yo quería ser piloto de aviones caza, no astronauta. ¿Un astronauta argentino? Esas eran cosas que no se me pasaban por la cabeza. Pero en 1973, la Fuerza Aérea envió una delegación al lanzamiento del Apollo XVII en Cabo Kennedy y yo fui. Y unos días antes del despegue estuvimos en un brindis con los astronautas Eugene Cernan, Ronald Evans y el querido Harrison Schmitt, de quien he tenido la fortuna de ser muy amigo todos estos años.

La espera del lanzamiento se hizo eterna porque las misiones nunca salen a la hora señalada, pero de golpe vimos desde las tribunas una bola de fuego casi tan alta como el cohete propulsor, de unos cien metros, y la expansión del humo blanco que dejó en el aire la descarga del oxígeno líquido. Seguramente lo han visto alguna vez por televisión. El Apollo en sí mismo era una pequeña cabina montada como la punta de un lápiz en el vértice del cohete, el Saturn V, ¿V o VI?, creo que era el V... Yo hubiera dado cualquier cosa por estar allí dentro.

Ustedes piensen esto: entre 1969 y 1973 solamente doce personas llegaron a la Luna, aunque para ser justos podríamos agregar a los tripulantes del Apollo X, que no la tocó pero estuvo a unos diez o doce kilómetros de la superficie, o sea: esos tripulantes la rozaron. Yo diría que estuvieron allí. O sea que para mí llegaron. Sin dudas. Pero ya hace treinta años que no hay misiones. Harrison Schmitt, aunque nadie se acuerde, fue una de esas doce personas, y fue muy generoso conmigo. No era solo un consejero. Era un confidente, un amigo. Por él supe que las posibilidades de ser astronauta aumentaban si los aspirantes habían sido pilotos de guerra. Todos saben que el bautismo del astronauta se da en un combate. Luego vienen cientos de exigencias, técnicas y de valor, pero sin el requisito de la guerra no se llega a ningún lado. Entonces me mudé a California y me alisté en la Marina y, por supuesto, fui a alguna guerra y todo aquello que ustedes ya conocen y que creo que no es el tema de hoy (interviene el público).

Es que hay un malentendido con los astronautas. Los astronautas no son personajes encantados que surgen de la ingeniería o de la astronomía o de la magia: somos gente de acción. No somos angelitos flotando en la gravedad cero de una cabina. Armstrong voló un X-15 a seis mil kilómetros por hora hasta un techo de sesenta mil metros antes de ir a la Luna. ¿Entienden lo que digo? Fíjense que antes del Apollo XI, muchos astronautas de los proyectos Mercury y Géminis volaban los T-38. Cada ochenta mil horas se caía uno, y los colegas de los pilotos que se caían, de hecho sus hermanos del aire, eran obligados a escuchar las cintas de las últimas comunicaciones con el control. Así se aprendía entonces, con dolor. John Glenn, que fue el primer astronauta americano en orbitar la Tierra, nos dijo una vez: «Esto no es la carrera del Espacio sino una guerra contra el miedo personal». Y Boris Komarov, que estaba de visita en la NASA, asentía con la cabeza. En esos años yo volé los Phantom F-4, los más rápidos de la Marina, los únicos caza que podían alcanzar a un Mig a más de dos mil kilómetros por hora; y volé los F-8, que son menos veloces pero pueden atacar misiles, es decir que son aviones agresivos que pueden ir hacia ellos y eliminarlos.

Pero quiero decirles... Bueno, me perdí (aplausos). Quiero confesarles, porque para mí este club es mi familia, que yo ya dejé de volar. Puedo volar, por supuesto, como pasajero de aviones comerciales, y de hecho lo hago varias veces por año entre Los Ángeles y Nueva York, o entre Los Ángeles y Miami, y si tengo suerte entre Los Ángeles y Buenos Aires, pero ya no vuelo. Ya no soy un piloto de aviones, ni un astronauta. Y hay una razón. Porque haberme separado de la Tierra me... Yo considero que nací de nuevo después de mi viaje a la estación espacial. Fue un momento inolvidable para mí, lleno de felicidad, una felicidad extrañísima porque estaba muy lejos de lo que amaba: mi mujer, mis hijos, mi cama donde dormí durante veinticinco años en California, las tardes que pasé con muchos de ustedes bajo la sombra que daba este hangar, que ahora mismo sigue dando, cuando el sol se pone en la Laguna. Una felicidad solitaria, porque a pesar de que Charles [Manguella] y Stephen

[Hoffmann] me acompañaban en la misión, y se podía decir que éramos una hermandad, la primera experiencia del espacio es la de la soledad, una experiencia que nos dice que uno no tiene nada y que las cosas no hacen más que alejarse de nosotros.

Imaginen esto. Imaginen que ustedes son lunáticos, ¿no?: nacieron en la Luna, crecieron en la Luna, aprendieron a caminar y hablar en la Luna, y por las noches caminan por las calles de la Luna, por donde corre una preciosa brisa lunar entre los árboles. Y ahora piensen que de un momento a otro los trasladan a la Tierra y eso que le daba sentido a todas las cosas de sus vidas, el sitio donde respiraban y amaban y sufrían, el sitio de, digamos, la sensibilidad, ya no existe más; no en el sentido de la desaparición sino en un sentido mucho peor: sigue estando ahí, pero inalcanzable. Lo que llamamos Espacio nos enfrenta con una experiencia de expulsión. Y los astronautas somos personas corrientes que estábamos en un lugar que llamábamos mundo, que ya de por sí nos parecía muy extraño, y de golpe ya no estamos más allí; estamos flotando en un abismo que no sabemos dónde termina, si es que termina en algún lugar o alguna vez.

Por lo que hay una diferencia muy grande entre volar en el aire y volar en el Espacio. Aunque aquí no es adecuada la palabra volar, porque la sensación de volar implica una sensación de velocidad y de desplazamiento que en el Espacio no se da porque allí, y no importa la velocidad a la que nos desplazamos, uno está sometido a un efecto de inmovilidad. No es un hecho de inmovilidad sino una sensación de inmovilidad. En órbita giramos a una velocidad de treinta kilómetros por segundo, es decir que en ocho segundos podríamos viajar de este club a Buenos Aires. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y estamos en Corrientes y 9 de Julio, por decir así. Parece que no nos movemos, o que nos movemos muy lentamente, pero viajamos muy rápido. Muy rápido. El aire es otra cosa porque uno vuela en el aire cuando abajo hay algo. En cambio, en el Espacio, abajo no hay nada. No hay un abajo, el abajo no existe, no hay cercanía con las cosas; las referencias que tomamos en la Tierra sobre lo que está cerca o lejos no tienen realidad allí, flotan; y fíjense que digo «allí» como si fuese un lugar. Pero les juro que no lo es. Sea lo que fuere el Espacio es lo contrario de un lugar. Es el antilugar. La pregunta que nos hacíamos con Charles y Stephen, sobre todo con Charles, que estaba realmente obsesionado con el tema, era si, efectivamente, estábamos en algún lado. Realmente, estábamos en la nada. Pero como no es posible vivir en la nada, yo diría que estábamos «distantes». Mejor dicho, estábamos viviendo en la distancia. La distancia era el hábitat donde vivíamos, si esto se puede decir así.

Estuvimos cuarenta y ocho días en la estación, durmiendo en sobres, con el cuerpo haciendo contacto con el cielorraso de un pequeño nicho donde nos atábamos con correas para no vagar por la cabina con el riesgo de rompernos la cabeza entre nosotros. Reparábamos algunas cosas, lentamente, mientras flotábamos en el Espacio, y registrábamos en una bitácora las observaciones que hacíamos del entorno, un entorno inaccesible, por supuesto. Lo que más me impresionó de todo eso fueron las tormentas solares que veíamos en la pantalla del telescopio. No se puede concebir que eso suceda. Como digo yo, el Sol es una bola de furia, plagada de reacciones explosivas y crisis descontroladas como las que puede tener un loco sin cura; y esas reacciones se ven en el telescopio como pueden verse los movimientos internos de una bacteria en un microscopio. Y nosotros, sin mucho que hacer, nos pasábamos horas mirando esos fenómenos; o en el pequeño gimnasio portátil que habíamos armado con extensores para brazos y piernas. Porque la gravedad cero es fatal para el cuerpo. Los músculos se atrofian rápidamente. Con decirles que las cuatro o cinco horas diarias de ejercicios que hacíamos no nos sirvieron de mucho cuando regresamos les estoy diciendo todo. Yo, directamente, no podía apoyar los pies en el piso porque tenía la sensación de que los huesos eran de goma. Si no me sostienen los rescatistas, me vengo abajo. Pero eso no es nada comparado con quienes tienen misiones más prolongadas. En esos casos a los astronautas los trasladan en camilla, como le ocurrió a Sergei Krikalev, que en toda su carrera estuvo más de ochocientos días en órbita y hoy es una pasa de uva. Antes era un atleta (interviene el público).

Disculpen el entusiasmo, y el desorden, pero no puedo contar estas cosas sin perderme un poco. Resumiendo: cuando yo miraba las estrellas en el patio de mi casa hace muchos años, las preguntas que me hacía, en realidad la pregunta que me hacía, porque era una sola, no era diferente a la que podría hacerse cualquier persona que cada tanto, por curiosidad, levanta su cabeza hacia el cielo. La pregunta era: ¿cómo se verá la Tierra desde el Espacio? Es una pregunta sobre el punto de vista. Si había un acá y ese acá era la Tierra, yo deseaba estar allá, donde la Tierra fuese un objeto de contemplación. Porque desde la Tierra todo es más o menos imaginario, y así como hay una gran diferencia entre volar y estar en el Espacio, también la hay entre observar los mundos ajenos y el mundo propio como si ya no fuera nuestro. Y yo quería ver el mundo nuestro desde afuera. No quería verlo como vi a Venus en el Volcán de Mulagons y a Marte en el Valle Candor Chasman, o a la Luna en el Mar de Smythi o en la rima Ariadaeus o en el cráter Plum, es decir como paisajes recortados por la tecnología de un observatorio o una toma fotográfica. Yo quería ver la Tierra como un todo. Y cuando la vi..., cuando la vi... Siempre supe que iba a ser imposible contar lo que había visto. Y lo que yo vi... Disculpen... Yo vi el Tiempo... Humildemente, quiero decirles que el tiempo es un espectáculo que se puede ver. No puedo decirlo de otro modo... Les pido disculpas..., yo ya estoy viejo y... (aplausos prolongados).

Gracias, muchas gracias..., muchas gracias, pero los aplausos deberían ser para esos centenares de personas anónimas que trabajan en la agencia y hacen posible que nosotros tengamos, mejor dicho hayamos tenido, porque ya no lo tenemos, el privilegio de poder ver lo que vimos. Muchas gracias. Voy a leerles un pasaje, si puedo, ustedes me hacen emocionar, del libro que he venido a presentarles y pueden comprar cuando terminemos esta charla tan grata para mí. Tan grata. Lo he llamado Diario del Espacio porque eso es lo que es. Todos los días de la misión me tomaba unos minutos, media hora, a veces un poco más, para resumir lo que había visto, y muchas veces lo hacía inmediatamente después de una experiencia de contemplación, y hasta lo he hecho durante el transcurso mismo de esas experiencias, para que no se me escaparan. Yo, sin grandes pretensiones, he querido dejar un testimonio. Nada más. Y, por supuesto, hacer que ese testimonio emocione a alguien en algún futuro, si esto fuese posible. Imagino que un día, cualquier día de aquellos en los que yo ya no esté, dentro de cuarenta o cincuenta años, o de cien, o de mil... vamos a ser pretensiosos (aplausos)..., alguien tomará mi libro que, seguramente, estará arrumbado en alguna librería de usados, si es que entonces siguen existiendo los libros y las librerías, lo abrirá al azar y leerá algún párrafo parado en un pasillo de la librería y se emocionará como yo me emocioné al ver la Tierra desde el Espacio. Si eso sucediera algún día querrá decir que distintas personas pueden sentir la misma emoción en distintos puntos del Tiempo. En fin. Ustedes van a ver que hay comentarios, digamos, técnicos; pero también hay cosas personales, como las ganas de tomar mate en órbita, cosa que solo un argentino puede entender. Les leo un pasaje, si me permiten:

«Estoy flotando en el Espacio, muy lejos de casa. La temperatura en nuestro módulo es de 21,4° Celsius. Tengo un pantalón corto deportivo y una remera blanca y medias de algodón, sin zapatillas. Abajo veo la Tierra, sobre la que estamos girando hace ya cuatro días. Es un globo, tal como dicen. Según en el punto en el que nos encontremos, podemos ver cómo la luz del sol da sobre la superficie terrestre con mucha, poca o ninguna intensidad. En efecto, no tenemos gravedad en la cabina, pero se siente la gravedad del exterior, que nos hace girar siempre a la misma distancia del mismo centro. Sin embargo, tenemos la sensación de que en cualquier momento vamos a desprendernos y seguir una ruta hacia la oscuridad que nos rodea y que es inmensa, tan inmensa que hemos decidido no mirarla.

«Nos hemos puesto de acuerdo en que la oscuridad del Espacio no será nuestra referencia mientras estemos aquí. Para no enloquecernos. Los continentes a veces se recortan claros si el cielo del planeta está libre de tormentas, gases o corrientes de nubes congeladas, que desde aquí parecen rulos de crema. Hoy, particularmente, se ve muy bien. Pero no sabemos nada

de lo que vemos. Un punto de vista, por novedoso que sea, no ayuda a saber. El punto de vista es el equivalente a estar, no a saber. He visto pasar África y en poco tiempo más veremos pasar América, donde están nuestras casas. Las zonas montañosas o áridas se ven de color marrón o gris, y en las más altas se ven hileras de picos nevados en forma de una delgada línea blanca. La llanura y los litorales son verdes con algunos huecos grises, y los ríos son oscuros, o plateados cuando la luz se refleja en determinados ángulos. Los mares son de un azul profundo y parecen moverse mediante una fuerza centrífuga, como si una mano invisible los batiera. Al menos esa es mi impresión desde aquí arriba.

«Hoy, martes 12, estamos escuchando instrucciones radiales de Cabo Kennedy. Por el mismo canal nos llegan noticias de nuestras familias y, también, del mundo. Le digo a Charles que es una ironía que nos envíen noticias de nuestro mundo cuando se supone que lo estamos viendo en su totalidad. Nosotros tendríamos que estar dando las noticias. Charles se ríe y me dice que las cosas nunca se ven bien si se las ve en su totalidad. Allí abajo, en el interior o en la superficie de esos bloques de piedra que son nuestro mundo hay miles, millones de especies y acontecimientos sucesivos y simultáneos. Hay animales predadores y presas, hormigueros gigantes en actividad, colonias de simios organizados desde hace siglos para la alimentación y la defensa, ejércitos nucleares, sociedades urbanas y rurales, circulación de dinero y vehículos, accidentes y milagros. ¿Qué no hay? Mi auto debe estar rodando por las calles de la ciudad en este mismo momento, en el que mi esposa va rumbo a su clase de yoga en Budda body, de Carson Street. Hay miles de millones de personas moviéndose allí abajo, además de millones de casas y edificios y rutas. Y sin embargo, desde aquí no vemos nada. No vemos individuos ni especies ni historias. De manera que podríamos llamar nada a esa vastedad invisible que sabemos que hay allí. Charles me corrige. Dice que debo decir “casi nada”, porque la nada está en esta profundidad que no tiene límites ni puede decirse que tenga un interior. En el vacío no hay un adentro y un afuera, no hay continentes ni contenidos. Pero no ver lo que hay, o verlo reducido a las manifestaciones insignificantes de lo que en la Tierra llamamos vida, me produce desde aquí una sensación muy extraña pero muy precisa, que es la de ver el tiempo. Efectivamente, estoy viendo el tiempo desde el Espacio. Estoy viendo el tiempo humano como algo insignificante. “El tiempo humano es una chispa en la oscuridad”. Es una frase del ingeniero Marvin Austin, de la NASA. Algo que pasará pronto (y si pasará pronto, entonces ya pasó)».

SEGUNDA PARTE

Lo que largamente se consideró como un Todo, antes se llamó Nada. Comenzó como una enorme expectativa que nadie sentía (porque nadie la vivía). Era la víspera de un hecho concentrado en una esfera invisible, pero sobrecargada de materia densa, en la que no ocurría lo bueno ni lo malo. No había claridad ni sombra, ni frío ni calor, ni superficies ni flujos ni vibraciones ni movimientos ni cosas. La condición material de ese Todo, durante su etapa de Nada, era la de lo que no existía: era solamente un Todo posible, o un Todo nulo.

De repente, la esfera invisible comenzó a inflarse de una sustancia extensiva, solo visible por sus efectos, llamada Tiempo, la sustancia de la creación y el deterioro. Entre la Nada y el Todo se oyó la explosión de Algo. Se hicieron, sin testigos, la luz y la oscuridad, primeras dos cosas que hubo; y se hizo también la materia, que viajó en olas de calor y resplandores. En esa tormenta, que duró un infinito espacial y que pasó rápidamente, ocurrieron los múltiples hechos de composición del Todo que antes se llamó Nada.

Luego no hubo novedades durante un lapso de dimensiones eternas — conocido como Instante del Aburrimiento—, excepto la del traslado en la oscuridad de partículas o insignificancias empujadas hacia delante, única dirección tomada por el Tiempo. Entretanto, las partículas se relacionaron, formaron masas y nubes estelares, estallaron y se consumieron en brillos y luego en abismos negros oscuros que tragaban la luz. Los casos se multiplicaron por millones de billones de trillones que se fueron dando como lo que fueron: hechos menores en el interior del Todo.

Una anécdota: transcurridos ocho mil setecientos millones de años del momento en que la Nada se hinchó de Tiempo, se formó una estrella enfermiza de dimensiones irrisorias con los desechos de una estrella mayor que el conjunto del Todo jamás registró. A ese grano imperceptible lo llamaron Sol y, pese a su escaso atractivo, algunas nubes de gases hirvientes se enfriaron y formaron cuerpos de forma aproximada a la esfera y

comenzaron a girar a su alrededor. A una de ellas, infinitesimal, de roca, agua y fuego, la llamaron Tierra. Allí, elementos imperceptibles llamados primero Bacterias y luego Humanos, experimentaron lo que los últimos llamaron Vida (conjunto limitado de actividades desarrolladas en una chispa de Tiempo).

En el año 14 314 211 325 había solamente dos Humanos y trillones de trillones de bacterias, sus antepasados; y en el 14 358 133 432, según cuentas terrestres llevadas en una oficina llamada ONU, para la que el año 14 358 133 432 era el «2002 d. C.», quedaban solo 6 215 873 998 Humanos de los 106 456 980 003 que habían nacido. A los nacidos no presentes (un total de 100 241 106 005 en el «2002 d. C.») se los llamó Muertos, divididos en una mayoría de Muertos Olvidados y una minoría de Muertos Recordados o Fantasmas. Estos últimos vivían en un espacio concreto de la realidad humana llamado Recuerdo, el lugar donde más tiempo permanecían los vivos.

Para que el Recuerdo de los Muertos (o «de lo muerto») pudiera expresarse, los Humanos inventaron el Arte, una herramienta de impresiones personales. Consistía en imprimir signos, colores o luces sobre una superficie vacía, siguiendo la enseñanza del Tiempo de hacer Algo sobre la Nada. Este breve comentario es un homenaje a esos idiomas olvidados, materiales e inmateriales, que consistieron en sacar el Recuerdo del interior del Humano que lo tuviera dentro de sí y «detenerlo» al margen de la expansión del Tiempo. Los Humanos que lo intentaron nunca lo lograron, pero ellos creyeron que sí (Crear era el vicio Humano de dar por hecho lo que no sucedía, también llamado Negación).

Los Humanos se agruparon entre ellos, como se habían agrupado los gases del principio. Se fueron multiplicando por contactos entre polos diferentes. Algunos Humanos (Hembras Humanas) tenían hueco y otros humanos (Machos Humanos) tenían puntas. Estas figuras antagónicas se unían en termofusión, de modo que de dos Humanos surgiera un tercero, y así. También hubo termofusiones Macho-Macho y Hembra-Hembra, pero sin reproducción.

En los albores de la Tierra, y también en su final, los contactos fueron masivos (el motor vital de los humanos se llamaba Desesperación). En algún momento intentaron emular la formación original de la materia en el espacio y a esa emulación la llamaron Orgías. Eran uniones multitudinarias y brevísimas que producían un calor ridículo y luego se deshacían como nubes. La Orgía que quedó en el Recuerdo colectivo que los Humanos

llamaban Historia ocurrió en el año «2084 d. C.» en un punto de agrupamiento llamado Nueva York, en el que 5000 humanos se reunieron en un parque para concebir 2500 niños (el hecho fue considerado una obra de Arte).

El paso irreversible del Tiempo era paliado mediante la experiencia del Amor, la única entre los Humanos que no tenía ninguna realidad (tenía, incluso, menos realidad que el Recuerdo) y que consistía en el trato preferencial que se daban Humanos desconocidos por medio de confusiones y caprichos. Aún enamorados, odiaban que el Tiempo no se detuviera, por lo que quisieron describirlo y controlarlo. Lo hicieron por medios naturales, mecánicos y electrónicos que resumieron, durante todas las eras en las que la humanidad sobrevivió, en la palabra Reloj. Pero también lo midieron y lo vieron pasar como una flecha sin atraparlo nunca, en unidades más amplias a través del Calendario, una medición con muchos errores que colapsó en el año «1572 d. C.» de los Humanos, equivalente al 14 358 133 030 de la Era Total.

Entonces, una agrupación de personas reunidas en un punto llamado Londres vivió fuera del Tiempo, cuya expansión se anuló por medio de lo que la organización humana llamó Administración o Gobierno, el sistema por el que un grupo pequeño de Humanos obligaba a un grupo mayor a realizar actividades contra su voluntad. Durante un lapso del «1572 d. C.», los Humanos allí agrupados no vivieron. Tampoco fueron Muertos Olvidados, ni Muertos Recordados (Fantasmas). Simplemente falló la descripción del Tiempo y, viéndose afectados, tomaron las calles de la agrupación llamada Londres, a la que le habían dado el nombre genérico de Ciudad (las ciudades de la Tierra tenían el único objetivo de que las Muertes de los Humanos hacinados en ellas pasaran desapercibidas) para que se les devolvieran los días no vividos.

Además del Amor y del Arte (algunos pocos ejercieron una combinación marginal de estas experiencias llamada Amor al Arte) los Humanos se inventaron otro paliativo para hacerle frente a la Expansión del Tiempo a través de la Negación: la Ocupación, lo que los hizo vivir en el Tiempo del Trabajo (Alienación). Los inspiraba la actividad de unos insectos anteriores (y posteriores) a su raza llamados Hormigas que los obligaba a agotarse y a dejar de pensar en lo que iban a durar hasta que la expansión del Tiempo se los llevara por medio del mecanismo de la Crueldad, basado en llevarse a algunos mientras dejaba a otros, obligando a

estos a contemplar esas partidas. A esa contemplación se la llamó Sufrimiento.

En el año 21 987 972 003 la estrella insignificante llamada Sol sufrió una pérdida masiva de gases. Se había estado apagando poco a poco desde el 17 098 787 111. Su forma cambió y ya no fue un círculo sino una Mariposa, el insecto que los Humanos admiraron por sus colores hasta que se extinguió en el año «5291 d. C.».

La historia de su final es común a todas las ocurridas en la expansión del Tiempo. Se enfrió, y los gases salieron expulsados en medio de brillos que se vieron desde la Isla de Tíbet, único sitio de la Tierra en el que sobrevivían los últimos tres millones de Humanos, presas que a los monstruos del mar con capacidades anfibias les gustaba cazar y comer vivos. El Sol ya no tuvo el color del fuego: fue blanco, y los días se hicieron oscuros. El combustible de su núcleo se agotó y en la mañana del cuarto día del año 18 987 974 200 de la Era Total, una masa negra de gravedad absorbió lo que quedaba de la estrella y su calor y desapareció llevándose consigo los restos de la Tierra. La poca luz que quedaba del Sol viajó hacia atrás junto al Tiempo. De los sobrevivientes que quedaban en la Tierra, nadie sintió nada, y no se puede decir que hayan muerto Humanos porque ni la Muerte ni la Humanidad, que habían nacido juntas, fueron categorías comprensibles en ese instante de destrucción. De inmediato, en el año 26 828 308 254, el Todo dejó de expandirse y en una microtrillonésima de lo que los Humanos alguna vez habían llamado segundo regresó a la Nada del principio.

ÚLTIMA PARTE

En Londres se anunció que entre el 3 y el 13 de septiembre quedaba suspendido el curso del tiempo. No se viviría, al menos no de un modo cronológico. Una multitud se concentró en los barrios, hubo saqueos, se cortaron los puentes que unían la ciudad dividida en mitades por el río y miles de personas marcharon hacia el Parlamento, armadas con palos y trozos de hierro. No era exactamente una revolución sino una fuerza restauradora que luchaba por la continuidad de lo que se había interrumpido —lo ininterrumpible por definición—, y lo hacía dramáticamente en los términos de una lucha corporal contra la injusticia, o contra lo que no se podía comprender.

¿Cómo fue que se detuvo el tiempo? ¿La Tierra giraba o no giraba? El desorden le quitaba claridad al reclamo, pero en su diversidad se encontraban las razones que sostenían el escándalo. Había obreros que reclamaban por un salario completo —los empleadores les descontarían once días trabajados—, y padres que abandonaron la habitación de parto de sus esposas para preguntarles a las autoridades administrativas y religiosas si sus hijos habían nacido o no. Y los que habían muerto en esos días, ¿seguían vivos?

Las citas amorosas, los vencimientos de pago, los plazos de los contratos, la entrega fechada de vestuarios y bombines en las sastrerías y de armas en las armerías, la programación teatral, el vencimiento de los licores, las reuniones semanales en los clubes de membresía y en los hipódromos, los matrimonios que se habían acordado con años de anticipación, los viajes, las cargas y descargas en los puertos, todos los movimientos y compromisos que debieron haber tenido lugar en esos días se perdieron por un agujero que había perforado el despliegue del tiempo tanto en la superficie del mundo como en el interior de la vida. Se oyó un nombre: Lord Chesterfield, el responsable, el demonio que le sustrajo a cada uno de los ingleses pobres el único oro al que podían aspirar.

Los diarios, temerosos de un desastre, se habían reservado el derecho a no nombrarlo, pero sin reconocer que lo hacían por pedido del propio Chesterfield, quien en los altos del club Londinium le explicó a un cronista amigo su teoría de que si la reforma del calendario no había caldeado los ánimos de los romanos cuando la anunció Gregorio XIII —«Gregorio XIII»: el cronista tomaba nota para favorecerlo luego en su artículo—, no podrían suscitarse problemas callejeros en el peldaño más alto de la civilización europea, vale decir Gran Bretaña, casi dos siglos después.

Los días entre el 10 y el 20 de diciembre de 1583 nunca existieron en Roma. Y nadie se quejó. Era un problema que debía resolverse en el campo de la lógica. ¿Acaso no era natural que coincidieran de una vez por todas el tiempo civil y el tiempo astronómico? «Ten-days-Gre-tolic-human-nomic-trou-Lon-rry-anding?-back-ffe-one-ase». Las palabras salían completas de la boca de Chesterfield, pero el cronista solo escuchaba sílabas sueltas acomodándose sin sentido entre las toses, las carcajadas y las discusiones de los sires y los lores.

Estaba de moda el *brandy* y Chesterfield lo bebía con una paz sobreactuada, distintiva de los nuevos socios del club con quienes él (socio fundador) se sentía curiosamente identificado. Cuando su proyecto de unir el tiempo inglés al del resto de Europa se impuso en el Parlamento, el nombre Chesterfield se catapultó hacia esferas de popularidad desconocidas, pero fue perdiendo la tranquilidad que había tenido en Londinium, por lo que se refugió en lugares cada vez más privados (su casa, la casa de su hijo, el sótano de la casa de su hijo).

1993

No había nubes en el cielo. La inmovilidad de la hierba en las banquinas y el efecto de postración de las vacas pastando traían presagios negativos. Solo las mariposas reventándose contra el parabrisas le daban un poco de vida al viaje. La llegada fue falsa porque estaba recordando, viviendo en un pasado al que todavía no entraba el viaje que se terminaba.

Entré a la clínica y vi a mamá al fondo del pasillo. Por la forma en que temblaba noté cómo estaba sufriendo y la abracé. Nuestra intimidad corporal, rota por los años, regresó por un momento a su origen. La voz de un médico nos separó pero mamá me tomó de la mano para que entrara con ella a la habitación. Marcos Rosselli dormía —moría— conectado a un respirador, y la misma luz que me había acompañado en la ruta entraba como un líquido blanco por las ventanas.

El cuerpo de Rosselli subía y bajaba cubierto por las sábanas, y todas mis ideas acerca de la muerte como un hecho de violencia comenzaron a perder fuerza en medio de esa suavidad ritual. El médico desconectó el respirador. Entonces se oyó un ronquido escapándose de Rosselli, una música desafinada o mejor dicho un sonido de afinación, como de cuerdas ajustándose (me dije: ¡su biografía!) y, luego, la carne volviéndose piedra.

En la mesa de luz había unos papeles escritos por mamá en una vigilia de dos años que por fin terminaba: «Marcuchi de mi alma: el dolor por tu partida no será más grandes que la felicidad del reencuentro. Dios te lleva por compasión. Eso quiero creer. Estos años fueron tan hermosos para mí, y ya no vuelven. Hasta pronto, amorcito. Tu Alicia».

2000

Mamá se casó con Luis Bercino en la iglesia siriano-ortodoxa que está frente a su casa. El sacerdote que les acreditó el sí esperó que se apagarán los roces de las galas para leer un salmo con tantos errores de dicción que le quitó casi todo su sentido (si es que no lo invirtió), bendijo al matrimonio con una sonrisa diabólica, como de militante divorcista, y mandó a los monaguillos, que eran sus hijos, a pescar las donaciones con unas redes atadas a un aro de metal.

Mamá giró hacia la salida, emergiendo del dolor de su pasado como de una materia cenagosa de la que se desembarazaba sin manchas. Era su tercer casamiento y, sin dudas, el verdadero, el del deseo personal y la restauración biográfica. Los anteriores habían sido accidentes de la ansiedad juvenil —con mi padre— y de la tristeza —con Rosselli, en su lecho de muerte—, pero este respondía perfectamente a un teatro nupcial donde mandaba la conciencia.

Subieron a un auto antiguo adornado con un enorme moño blanco que el viento desataba lentamente sobre el techo. Lo seguimos en caravana y estacionamos frente al salón de fiesta con maniobras dudosas y un cuadro de luces altas que se extendieron en varios ángulos hacia la oscuridad de los pinos. Mamá y Bercino hicieron su ingreso triunfal atravesando un arco de música y aplausos de bienvenida. ¿Era un simulacro de primera vez o la primera vez de algo? Se apagaron las luces y se encendieron dos líneas de antorchas en una manifestación inesperada de antigüedad. Los novios pasaron por el interior de ese pasillo ondulante hacia la mesa de la torta nupcial: veinte kilos de budín hamburgués con una capa espesa de fondant sobre el que se apoyaban dos manos de plástico entrelazadas. Los claroscuros subrayaban la oferta escalofriante de esas manos sueltas fabricadas a una temeraria escala natural, como aparecen en las películas de terror (el puño de un saco que bordeaba la mano masculina no alcanzaba a tapar la desconfianza que despertaban).

Un ruido de tambores marcó la entrada de los mozos —de frente solo vimos al primero: el más ancho—, que fueron saliendo de la formación de *ballet* que los presentaba como un ejército de putos: uno hacia la izquierda y otro hacia la derecha y así hasta ocupar el fondo del salón en forma de escuadra marcial. Luego volvieron a avanzar hacia las mesas de apoyo, tomaron las bandejas con los fiambres, los quesos estacionados y un pernil de ternera y giraron nuevamente hacia el fondo, esta vez llevando a cabo un acto útil.

La música ya no encajó en la ceremonia prehistórica del ingreso y, de golpe, se vivió una revolución acústica como la que anuncia un éxtasis de circo bajo el que los espectadores dan testimonio, aunque sin dar demasiado crédito a lo que ven, de cómo los trapeceistas se salvan inexplicablemente de la muerte. La rareza del momento hizo que, por reflejo, miráramos hacia el cielorraso en busca del trapezio o la estela de bacterias iluminadas que podía haber dejado en el aire la parábola de un hombre-bala. No había nada. Sí hubo salvas luminosas que brotaron de los maceteros del jardín y formaron una cortina de brillos que dio inicio a la coreografía. El mozo más hábil se adelantó y cuatro de sus colegas lo ladearon como escuderos en un *show* de fuerza contenida. Ninguno hacía nada, excepto mantener la tensión del cuerpo al borde de una explosión de arterias. El sexto mozo se abrió paso con la bandeja reina que le correspondía a los novios y resbaló con el taco de su mocasín tipo cheyenne, conocido por la aplicación de flecos gruesos sobre la lengüeta.

Sus piernas se alzaron en el aire, el cuerpo levitó una millonésima de segundo y cayó con la plasticidad (y la gravedad) de una bolsa de papas. Fue un golpe plano contra el piso, de tal perfección técnica dentro de la pobreza de su género que, por un momento, se lo confundió con un corolario artístico por el que el mozo volador entraba para siempre en la memoria de los invitados. ¿Y la bandeja? La descubrieron los chicos debajo de una silla, a veinte metros del golpe; se había deslizado por la humedad del piso y conservaba casi todo su contenido en la posición original (eran situaciones muy comunes en los sucesos desgraciados: las personas se dañaban mientras sus efectos personales se mantenían intactos).

Mamá dio un cabezazo de aprobación para empezar la cena y desarticular el caos. El ruido desbordaba cualquier atención. Todas sus partes se reunían en un todo destinado a atacar el silencio, el único tabú de las fiestas. Por cada instante de silencio que se hiciera entraría el pasado, y las fiestas no estaban pensadas para eso sino para que los invitados se

suspendieran como una nube en un presente puro aunque desafortunadamente colectivo, en el que los recuerdos, y por lo tanto la vida anterior de la que surgían, no tuvieran cabida.

El video con los antecedentes de los novios fue estricto con sus obligaciones de resaltar algunos acontecimientos biográficos y esconder otros, negando la vida como un todo —en especial la vida amorosa— y dándole un efecto de totalidad a los saltos cronológicos entre los que se ocultaba la censura. En una larga secuencia de fotos correspondiente a mamá (parecía que se casaba sola), se la vio colgada de una tranquera con la pampa de fondo, con su padre, con su madre, con mi hermana y conmigo, con mis hijos y mis sobrinos. De golpe hizo su aparición la sombra de mi padre. Su imagen, una silueta fantasmal que, lejos de ocultarlo, lo lanzaba al primer plano de la pantalla, acompañaba la imagen sonriente de mamá. Una foto del primer casamiento ilustrando el tercero. «¿Por qué no?», le dijo mamá a Bercino cuando le preguntó por qué había hecho eso.

1998

Lorenzo Costa me llamó para contarme que había ido al cine con Mercedes Duffau y se había cruzado con Laura Vázquez. Mercedes era mucho más joven que él, bonita, delgada, locuaz, inteligente, siempre rodeada de amigas y hermanas con las que viajaba a Nueva York, y de amigos que la amaban con locura pero fingían relaciones de hermandad para tenerla cerca. ¿Qué le vio a Lorenzo? La experiencia, que Mercedes confundió con la acumulación de años, y el restaurante Sémola en el que reinaba como chef, gerente y anfitrión.

Una tarde se encontraron por asuntos de negocios —ella quería instalar una casa de té en City Bell— y se fueron quedando mientras se encendían las luces del bar. Hablaron desde las dos de la tarde hasta las cuatro de la mañana, y después se besaron en el auto de Lorenzo durante diez o quince minutos en los que él vio la extraña manera en que el rostro de Mercedes se desfiguraba por la excitación, como si se pusiera una máscara y la máscara se derritiera.

Sin cortar el beso, Mercedes Duffau cruzó una pierna por encima de la palanca de cambios, y se frotó sin desvestirse contra Lorenzo Costa, que sintió el canal de la concha mordiénole el bulto a través del corderoy. Ninguno dijo nada, pero Lorenzo prestó atención a la voz de Mercedes acabando en seco; una voz nueva, dulce y eléctrica que siguió zumbando en la cabina del auto después de despedirse.

Al día siguiente la invitó a cenar a su casa, ella puso un disco (gran error: era la música del pasado de Lorenzo) y bailó para él y para sí misma con una gracia contagiosa pero inimitable. Lorenzo la abrazó desde atrás, la desvistió y cuando quiso clavarla no pudo. Tenía la poronga fofa, inexpresiva. Tuvo que esperar dos semanas para animarse a reincidir. Entonces repitió la invitación, cambió el menú y sacó del medio los discos que le recordaban a Laura Vázquez —además, compró discos nuevos— y tiró un colchón al piso, cerca de la estufa hogar. Esta vez Mercedes se desnudó sola, le mostró el cuerpo y le pasó por la nariz todo lo que diera

olor: las manos, las axilas, la concha, el culo y los pies. Durante dos horas se asaron a dos metros de las leñas encendidas. Fue un encuentro carnal muy satisfactorio pero fallaba la conexión profunda, por lo que pronto supieron que se trataba de un amor que no iba a ajustarse nunca a la actualidad en la que le había tocado aparecer (el recuerdo de Laura Vázquez pedía el sacrificio de Mercedes Duffau, y Lorenzo aceptaba esa fatalidad con obediencia y con pena).

«¿Cómo que te cruzaste con Laura en el cine? ¿Qué fuiste a ver?». Lorenzo dudó y se mantuvo en silencio unos segundos. Ese no era el tema por el que me había llamado, pero igualmente respondió con una sinopsis. Había ido a ver una película inglesa, inspirada en la novela de un escocés acerca de unos melómanos radicales, fetichistas del vinilo y el *status quo* tecnológico y, de algún modo, artistas o terroristas del mercado que refutaban con su gusto el *ranking* de los discos más vendidos, entre los que nunca figuraban sus preferencias, en general álbumes inhallables de bandas que se presentaban en bares rasposos frente a una elite de fanáticos, dejando en el ambiente babas de distorsión y sordera.

Vendían discos de colección, lo que llevaba el nivel de adoración de sus objetos a una situación paradójica: la de un comercio que no ofrecía sus productos sino que los sustraía del circuito mercantil, los atesoraba, los volvía cada vez más exclusivos, antiguos y deseables, anulando de ese modo las categorías de consumidor y consumo (había situaciones extremas como cuando, directamente, negaban tener el incunable que la fan pedía de rodillas frente al mostrador, dispuesta tanto a asaltar un banco como a ofrecerse al sexo grupal para poder pagarlo).

Funcionaban como una logia o una mafia, por lo tanto no le vendían esas reliquias a quienes solo tuvieran el deseo y el dinero suficiente para comprarlas, sino a aquellos que supieran todo de ellas: ficha técnica del disco, historia de la banda, biografía de los músicos y, ya en el terreno resbaladizo en el que tarde o temprano los fanáticos se desnucaban, fechas de todo tipo: la de los nacimientos y muertes de los integrantes, y las de las madres y los padres de los integrantes; las del debut de la banda en estudio y en vivo, y las de las composiciones, una exigencia que se situaba a la altura de los trabajos de Hércules. Ellos mismos no ignoraban que las estrellas de *rock* podían comenzar a escribir una canción hoy y terminarla el año que viene o nunca, o escribir un disco doble en dos minutos (el tiempo de la inspiración era incalculable).

Lorenzo pasó de un tema al otro en una misma frase. Mercedes Duffau estaba sacando las entradas y él, parado detrás de ella pero de frente al *hall* alfombrado del Cinema City, vio entrar a Laura Vázquez y se le paró el corazón. Laura negó con la cabeza y sonrió de una forma imperceptible para cualquiera menos para él. En una mano llevaba una revista doblada y en la otra dos barras de chocolate. «¿Dos barras de chocolate?», le pregunté. Lorenzo me contestó como si me empujara: «¿Yo qué te dije, Chino? ¿Dije dos barras de chocolate o tres barras de chocolate? ¿Dije tres? Dije dos, ¿no? Entonces eran dos: una y dos. ¿Te cuento o no te cuento?».

La vio venir reuniendo en la imagen que veía de ella los detalles que había ido descubriendo con los años: el calce de los pantalones, el modo en que sus pies deformaban las puntas de las botas, las manos cubiertas hasta la mitad por las mangas del abrigo, el interior cóncavo de las piernas, las olas lacias en las que el cabello oscuro se sacudía al caminar, los ojos claros que se adherían a lo que miraba, su perfume inglés (que en ese momento no tenía pero Lorenzo sintió en el recuerdo). Todo eso se le vino encima cuando se detuvo a un metro de él, frente a la boletería, donde se miraron varios segundos sin decirse una palabra, mientras Mercedes Duffau, divina pero invisible para él, peleaba por un descuento que no le concedían y el novio de Laura, que Lorenzo veía por primera vez, se despedía de una persona con la que se había encontrado y caminaba hacia ella sonriendo y moviendo una mano que parecía decir cosas que Laura entendía sin palabras. La abrazó, ella apoyó su cabeza sobre el pecho y le dijo, a un metro de Lorenzo: «Hola, lindo». «¡Hola lindo!», gritó Lorenzo con un golpe de voz que me dejó sordo, «¡Cómo puede ser tan puta una persona! ¡Hola, lindo! ¡Hola lindo! ¡Lo mismo que me decía a mí!».

Lorenzo Costa y Mercedes Duffau entraron abrazados a la sala casi llena. Laura Vázquez y su novio fueron los últimos en entrar. Lo hicieron en la oscuridad, como dos sombras tomadas de la mano. Pasaron al lado de Lorenzo y se sentaron tres o cuatro filas más atrás, desde donde Laura lo controló con la mirada las dos horas y media que duró la película. Dos horas y media controlando la nuca de Lorenzo que se movía nerviosa, como el cráneo de una marioneta, hacia el balde de pochoclo o hacia la cabeza de Mercedes, a la que a veces chocaba por distracción o error de cálculo.

La película era, además de una épica sobre adoradores del disco, una historia de amor. El protagonista que administraba la compraventa situada

por la novela en un suburbio de Londres, y por su versión cinematográfica en Chicago, tenía una mujer joven y hermosa, una princesa de la paciencia que toleraba sus obsesiones de coleccionista, una actividad improductiva que los arrastraba a vivir en el pasado (el coleccionista no vivía en el presente, un tiempo que solo le servía para coleccionar). En cierto momento discuten, pero él no puede sostener la discusión; algo, quizás un repentino edema de glotis o simplemente la falta de argumentos, le impide hablar. Ella lo abandona y comienza una relación con un vecino del mismo edificio, un hombre que combina las características del semental y el psicópata (y la amenaza velada de esa combinación: podría matarla mientras se la coge, preferentemente en cuatro patas) y refrenda públicamente esos caracteres con una cola de caballo larga y aceitosa atada con una banda elástica.

El melómano se deprime y llama a todas las novias que ha tenido y las va entrevistando con el fin de volver a los años que han pasado. Un obstáculo común desbarata las reuniones: todas están viviendo en el presente, como lo hace la princesa que el psicópata sacude a pijazos todas las noches en el piso de arriba. Pero ella, cansada —ha muerto su padre—, regresa, lo perdona y terminan en una disco viendo el concierto de uno de los socios del melómano que se ha lanzado, por fin, a vociferar en público sus impresentables composiciones de dos tonos.

«Bueno, eso fue antes de ayer», me dijo Lorenzo. «Pero no es el tema. El tema es que hoy me llamó a casa. Me dijo que lo que hicimos en el cine nos coloca a mí y a ella por encima de Mercedes y el pajero de su novio. Según ella, nosotros dos estaríamos en un plano superior. Se la coge el flaco este, ni hablar, pero nosotros estamos en un plano superior. No se puede creer. Vos fijate: “Lo que hicimos”. ¿Yo qué hice? Fui al cine y nada más. Bueno, sí, tuve la mala leche de encontrarla. ¿Qué iba a hacer?, ¿salir corriendo? Pero de ahí a que hayamos hecho algo juntos. Yo creo que no está bien de la cabeza».

«Loro», le dije, «yo sé que ustedes terminaron mal y todo eso. La verdad es que no sé cómo decírtelo. Tomalo con calma porque todavía faltan unos estudios y no sabemos qué puede pasar, pero el tema es que Laura está enferma. Muy». Lorenzo, primero mudo detrás del teléfono, y después engañosamente locuaz y un poco sordo, aturdido por el terror, escarbó en el pequeño montículo de información que le había dado: «¿Cómo que enferma? ¿Qué significa enferma? ¿Se va a morir?».

1998

Lorenzo estacionó en doble fila y entró a una tienda de deportes. En el interior se alineaban muestras de zapatillas sobre bases de acrílico de las que colgaban el precio de lista y, ampliado, el de contado. No vio nada de esas ofertas ni de las consideradas secundarias: aros de básquet, redes de tenis, pelotas de todos los tamaños y materiales, palos de golf, guantes de béisbol envasados al vacío y un tambor enorme con las liquidaciones de los artículos discontinuos (calzados para gigantes, camisetas para enanos).

Mucho antes de llegar al mostrador le dijo a una empleada: «Patines». Pero ella no regresó de sus pensamientos sobre la libertad y el encierro hasta que Lorenzo repitió: «Patines, patines, ¿tenés patines?». La empleada cortó el flujo de esa vaguedad con otra y cantó, como si volviera en sí pero en otro lado, sobre la balada que salía de unos pequeños bafles. Y no le contestó. Recién después de unos segundos de eternidad trajo de la vidriera dos muestras de patines de plástico desteñidos y resecos por el sol. Lorenzo le clavó los ojos: «Patines, querida: pa-ti-nes. Estos son rollers. ¿Ves que tienen ruedas de plástico? No sé si ves. Porque por ahí no ves bien, ¿no es cierto? Yo quiero patines-patines, con ruedas de metal y freno de goma. Metele que estoy apurado».

Un empleado que se había mantenido en una posición de reserva esperando el momento de superar la inepticia o la malicia de su compañera, dijo que había patines en el depósito: «Alguna vez los vi». La ansiedad de Lorenzo trataba de amoldarse a la extensión de la espera que se abría como un desierto de aire. El empleado llamó al subsuelo y describió los patines con las palabras de Lorenzo. No hubo ninguna ironía en esa fidelidad. Simplemente había captado la desesperación de su cliente cuando escuchó «patines-patines» como si fuera la única palabra que podía pronunciar. Lorenzo pisaba el terreno mágico en el que se mezclan el mundo en el que se desean las cosas con aquel otro donde pueden obtenerse. «Ya me avisan». Las palabras del empleado reunieron ambos confines. Entonces pasó de la decepción a la penitencia insoportable que vigila las promesas,

un vacío que difería su alegría al tiempo que le iba dando forma. Para experimentar esa ansiedad era que se prometía o se aceptaba una promesa. A los dos o tres minutos sonó el teléfono del mostrador. Se cortó. Sonó otra vez. Era la llamada del subsuelo. El empleado apretó un botón y por una guía metálica comenzó a bajar un pequeño montacargas de medio metro cúbico. Lorenzo no vio los patines sino por partes, como si los estuviera inventando: chasis corredizo de metal plateado, correas anaranjadas con puntas de velcro, frenos de goma (una rueda de caucho atornillada al frente) y taloneras de cuero. «Estos te duran toda la vida», le dijo el empleado.

1998

«¿Nosotros no estábamos separados?». La voz de Laura Vázquez perforó el ruido de los autos que bordeaban la plaza dejando estelas de bocinazos, frenadas, crujidos de amortiguadores y de carrocerías y una masa residual de zumbidos que solo podía estar formada por el flujo continuo de muchos vehículos silenciosos pero en movimiento (dos o tres autos menos y la masa se hubiera deshecho).

La caja cayó al piso. No fue una torpeza; tenía relación con la forma en que Laura la había recibido y con su capacidad nula para abrirla en calma, controlando su expectativa y el desorden que la materializaba. Adentro brillaban los patines. Fue verlos y llorar. No tuvo tiempo para pensar, ni hubo siquiera una chispa de reflexión que situara el regalo en el universo del juicio. Más que verlos Laura Vázquez sintió esos patines flamantes envueltos con papel de seda. Las lágrimas regaban la plaza. No era buena para iniciar el llanto, ni para darlo por terminado una vez que aparecía, y además era incompetente en la regulación de sus más y de sus menos; pero a pesar del descontrol, las lágrimas funcionaban como la conexión de todas las partes que la constituían. Si no lloraba no podía ser comprendida en su totalidad, y nunca lloraba sin reírse al mismo tiempo, sin que en medio de ese afluyente que caía desde las cumbres del dolor, y que estaba siempre más atrás de la dolencia del momento, se filtrara una medida ínfima de alegría que respondía a la misma cadena causal del llanto, pero iluminada por el optimismo.

Lorenzo Costa sabía que Laura no lloraba por los patines nuevos, y también sabía que no la afligía recordar la infancia que se había ido con los patines viejos y la juventud de su padre, quien la acompañaba a los entrenamientos y la miraba apoyado en la baranda que rodeaba la pista. Si le hubiera preguntado por qué lloraba, hubiera contestado como le contestó siempre: con más llanto. Pero Lorenzo decidió aportar su obsequio al mundo de los hechos, que nunca necesitaron palabras, y sin

decirle nada le sacó los zapatos, la subió a los patines y la acompañó de la mano hacia la playa de cemento.

Estaba muy cansada por la última sesión de quimioterapia: «No voy a poder, no voy a poder». Lorenzo apuró el paso y le soltó la mano. Laura juntó las rodillas y se dejó ir. En un segundo era la mujer del pasado, una niña enfrentando los riesgos de la velocidad, como deslizándose en un sueño. Dio dos vueltas completas mirando hacia delante, y hacia el horizonte retrospectivo de la infancia, saludando al pasar frente el banco donde Lorenzo se había sentado a contemplarla mientras hacía fuerza para que el tiempo no pasara (en cierto modo lo logró). Al completar la tercera vuelta la vio venir levantando un patín sobre otro en un gesto técnico lleno de ortodoxia y memoria carnal, cambiando de pie y frenando a un metro de su cuerpo con un medio giro que la dejó de espaldas y con las piernas abiertas, en una posición en la que se la cogió, según sus cálculos, no menos de mil quinientas veces, acabándole adentro unas mil.

Estaba agitada y tosía siguiendo los espasmos que vagaban en la sequedad. Quiso decir algo. La agitación le impidió hablar pero no le impidió expresarse con los recursos lujosos del silencio: la sonrisa, el color vital que había regresado a su piel después de meses de palidez, la ropa desaliñada por el esfuerzo que la volvía más joven y menos enferma. Subieron al auto de Lorenzo por la puerta del acompañante (la del lado del conductor no abría) y llegaron al departamento.

Lorenzo no entendía cómo le duraban tanto las cosas. Cada objeto revivía, en secreto, una fecha inolvidable. Fue al baño, abrió la cortina que separaba la ducha y vio todo tal como estaba la última vez que se bañó allí. Solo había cambiado la cama. Ahora era de dos plazas, y había dos mesas de luz. Pensó en hacerle una pregunta general sobre su nueva vida sin él, o sea con el otro, pero al ver que Laura lo esperaba en el sillón cambió de idea. Estaba vestida pero descalza, tomando un helado de limón en una cazuela de barro de la que salía un humo a contraluz. Lorenzo se acercó, le levantó un pie y lo besó como si besara la mano de una reina. Se abrazaron unos minutos y se miraron el doble de ese tiempo al separarse, en un instante de goma en el que se detuvo todo: el día que se veía caer por las ventanas y todo el pasado común que sostuvo ese momento.

«Vos eras para mí». La comunión de silencio no se quebró del todo con las palabras de Laura, utilizadas en el mismo tono que Lorenzo empleó para contestarle en el volumen de un rezo: «Vos también eras para mí». Decirse las mismas cosas, pero más aún decirlas de un modo similar, como

si se imitaran, los volvió a unir por un momento. Lorenzo pensó en pedirle que se desnudara, pero el impulso original se perdió en el impulso secundario, y mucho más profundo, de cumplir un deseo que Laura no alcanzó a pedir pero invadía el ambiente con sus evidencias: el de no mostrarle el cuerpo enfermo. Con el sol se iba algo más que la tarde. Se iban otras cosas, incluso todas. Lo que sucedía entre ellos estaba sucediendo por última vez, aunque no lo vivieran como una despedida porque, ante la certidumbre de ya no volver a verse, acordaron el próximo encuentro, que nunca sucedió.

El helado se derretía en la cazuela. Estuvieron mirándose hasta sentir que otra vez había pasado, segundo por segundo, todos los años compartidos. La eternidad que les había tocado cerraba su círculo. Laura tomó con las dos manos una mano de Lorenzo, la apoyó en su boca y la mantuvo allí con los ojos cerrados, mientras él se preguntaba por qué esas cosas no duraban mil años, o al menos cien (si hubiera sido posible los hubiera vivido así). «No quiero que me ames. Mirá si me muero». Lorenzo disimuló el golpe tremendo de la frase, demasiado sencilla para que pudiera entenderla en su totalidad, y le respondió con un gesto de descalificación y una emoción interior —el terror— de la que no dejó escapar nada.

Al intercambio emocionado le siguieron risas, risas trágicas que se burlaban de su propio dolor, un coro de piedad que aplastó, como pudo, la verdad de esa conversación triste y apagada. Lorenzo se detuvo frente al cuadro preferido de Laura, la imagen de un naufragio en medio de un mar agitado por la tormenta, con fragmentos de una embarcación saltando sobre las fuerzas destructivas y dispersas de las olas y algunos náufragos desesperados por mantenerse a flote. «¿Por qué no te gusta?». Lorenzo miró el cuadro menos para entrar en sus detalles que para descansar un poco de ella: «Las maderas me gustan. Lo que no me gusta es el agua». Laura le clavó por última vez el resplandor de su mirada inolvidable: «¿Te llamo?».

2004

Mi hermana me reprochó a los gritos haber despedido a mi padre del cine: «¿No te da lástima? Porque la verdad es que si no te da lástima dejar en la calle a tu padre no sé qué pensar». Hablaba de un modo extraño, poseída por un lenguaje distante que se agitaba con ronquidos de frenesí en su interior y le iba dando forma, por calentamiento, a una versión de los hechos tan fantástica que no podía venir de otro sitio que de la conciencia retorcida de mi padre.

Como la voz de mi hermana, la batería encofrada del teléfono también se calentó y comenzó a irradiar venenos electromagnéticos que se clavaban en mi cerebro achicharrándolo un poco. En dos palabras me decía, glosando a mi padre, que lo habíamos despedido sin causa, y que ese hecho era el resultado de una operación maquiavélica planificada por mí en la oscuridad del directorio y ejecutada al pie de la letra por una vanguardia de empleados-esclavos que ya recogerían los frutos de su conducta vergonzosa en un ajuste del escalafón y en el redondeo hacia arriba del sueldo anual complementario.

Estaba conmovida por la descripción de los hechos que le había detallado, en los que él era lapidado por dos corrientes muy famosas en la historia del exterminio: la insensibilidad capitalista y el parricidio, en este caso disfrazados de acto de justicia laboral. Había sido perseguido otra vez y confinado a un territorio de degradación, lo que reavivaba por enésima vez la lucha de su identidad indescifrable contra todos los que integraban la fuerza de la injusticia colectiva que se cerraba sobre él en un circo de estrangulamiento macabro y, si se lo miraba bien, un poco cómico.

Le dije a mi hermana que era cierto, que fui yo quien había cometido el error de sacarlo del universo abstracto en el que se movía y en el que emprendía planes imposibles para, nada más, hablar de ellos, acercarse a ellos como temas y agotarlos como ideas, haciendo pasar los hechos imaginados por todas sus posibilidades hasta esterilizarlos como si ya los hubiera vivido. ¿Para qué iba a hacer algo si ya había experimentado en su

cabeza todas sus variantes? Y sin embargo no hacer nada era también un esfuerzo: había que saber mantenerse en el apostolado de la suspensión, lo que le ocasionaba el mismo desgaste de una actividad física realizada a destajo.

En su temporada como empleado del cine se abocó a la perversión infantil de decir que no cuando todos decían que sí, y su resistencia mantuvo vivo el desacuerdo y la discusión perpetua por la que se escurría la energía de la empresa. Sus intervenciones desequilibraban las fuerzas en tensión del personal, y los perjuicios podían verse en el funcionamiento diario: proliferaban las conductas imitativas (lo imitaban a él, que no hacía nada excepto hablar). Sin embargo, esas pequeñas catástrofes funcionales que alteraban el servicio ni siquiera rozaban a mi padre. El desequilibrio era su ritmo, con el que a la vez hacía una desagradable ostentación del ocio — era el único que no marcaba tarjeta—, embriagando a sus compañeros con un ansia asesina de revancha socialista, y a su manera triunfando como héroe negativo sin abandonar los beneficios de la vida parasitaria. «¿Si no me da lástima?», le dije a mi hermana: «La verdad que no».

2004

Timbre. Miré el reloj, o mejor dicho las agujas sueltas en la oscuridad del dormitorio. Tres de la mañana en Buenos Aires no eran horas de visitas. Miré entre las tablas de la persiana: nadie visible en un mundo reducido a una línea horizontal. Me arrastré apoyado en los codos pero desde abajo solo podía ver la copa de los árboles y el cielo estrellado a través de la niebla de las cortinas. Sentí que me espiaban. ¿Espiar y tocar timbre? No podían ser partes concurrentes de una inteligencia táctica. Llegué a la puerta del garaje siguiendo la línea lateral del auto, en cuclillas, llenando de polvo callejero un flanco del pijama y asomando apenas la cabeza en los círculos de oscuridad, y de repente vi a mi padre, o más bien la amenaza indescifrable de su cuerpo quieto, una sombra densa por delante de un baño de luz pública que le daba a su presencia el entorno encantado de una aparición.

Había venido desde Junín a despertarme de madrugada pero me aclaró que no era por algo urgente. Irradiaba un frío de horas. Sin embargo tenía un abrigo impermeable encima de dos buzos térmicos de cuello alto, y si movía los brazos surgían del interior unos ruidos de papeles (yo sabía que a veces se envolvía en diarios para dormir) parecidos a los de un mueble descolado sobre el que hubieran apoyado algo, o a los de un robot al que le falta aceite en las articulaciones.

Me dijo que me había llamado varias veces, y después pasó por una cantidad de asuntos que iban y venían por las distintas escalas del orden discrecional que organiza las conversaciones a las que les falta un núcleo. Cuando me preguntó si había visto el partido Argentina-Brasil, del que habían pasado veinte días, sospeché que no iba a entrar de lleno en el asunto principal que él mismo, en los hechos, estaba considerando secundario aunque viniera a imponerlo.

Rompió el silencio: «Me están acorralando en el cine». Se notaba que había elaborado esa frase bomba durante el viaje para, una vez dicha, poder transmitir la imagen concreta de una persona rodeada por muchas, la

geometría clásica del acorralamiento, un medio círculo en cuyo interior él se defendería apoyándose en una pared impenetrable (digamos la Gran Muralla China), sin otro recurso que su valor, de la presión oprobiosa de la cantidad en cuya estructura desapareja se imponía, por definición, la épica del débil.

Una vez más me envolvía en las redes de la retórica. Pero su eficacia cedió en pocos segundos. Sucedió con todos sus *slogans*. ¿Acorralado en el cine? ¿Acorralado en un lugar donde ya no estaba? Sin desarrollar la frase con la que me enfrentó en la madrugada, y como pasando ya no de un acto dramático a otro sino de un drama dicho a otro que estaba sucediendo, sacó de su bolsillo una moneda de un peso. Frase e imagen. La publicidad vindicatoria comenzó a operar. Retrocedí por reflejo y apagué la luz del garaje con la espalda. Fue un momento mágico porque la moneda brillaba bañada por la luz pública. Además giraba con ira en la mano de mi padre pero, paradójicamente, la velocidad del movimiento le daba un efecto lírico de lentitud como si esa lentitud, además de congelar las vueltas de la moneda en la mano, la ampliara en la inmensidad de un primer plano.

La escena deseaba representar ante mí, único espectador, su pobreza autobiográfica y, por añadidura, mi acto de vileza al no enmendarla siendo, como era, o como había sido, su empleador. Se equivocó. Debió representarla con algo que le faltara, no con algo que había traído con fines de ostentación. ¿Qué hubieran pensado de él aquellos que no la tenían? Debió haber dicho: «No tengo una moneda», y hurgar en vano en los bolsillos vacíos de sus pantalones, de sus dos buzos de polar, y de su campera impermeable. Pero la realidad de la moneda que tenía desmentía sus parlamentos desesperados de hombre sin nada. De pronto comenzó a gritarme a diez centímetros de mi cara, echando vapor bacteriano al frío del garaje, sin bajar la moneda de las alturas en las que la había entronizado como un pequeño dios luminiscente: «Con esta moneda chota me compro una docena de facturas oreadas. Facturas de ayer hechas garrote. Harina fósil: eso como con esta monedita de mierda que me das. ¡Acorralado estoy! ¡Y me cago en la puta madre que me hizo nacer!».

La última palabra se prolongó en un eco que se escapó por los huecos del auto estacionado, como si se enterrara viva. No bajó la mano, lo que creó un conjunto dramático muy parecido a un *show* de flamenco. El metal brillando en la oscuridad, la palabra perdiéndose como el lamento de un canto hondo y el rostro de mi padre desfigurado por el odio colmó su

drama de la pobreza y la convirtió en una comedia materialista en la que se aferraba al dinero que tenía para hacerlo rendir como un ecónomo.

El teatro revelaba a mi padre como un gran administrador de sus finanzas. Eso no era una moneda: era una joya. Si con un peso podía comprar doce facturas, ¿qué no podía comprar con diez? La indigencia que fue a denunciar se convirtió de golpe en el boomerang que confesaba su abundancia. No se daba cuenta pero le sobraba el dinero —podía vivir con una moneda por día—, y de tal manera que a la dos de la mañana, sin cena ni almuerzo a la vista, podía comer, si quería, el doble de lo que necesitaba. O ahorrar. Se hizo un silencio. Tomó aire y me pidió que le prestara cien pesos. Se los di, me saludó y se fue como si no hubiera pasado nada.

1998

Bárbara Rodríguez me invitó a pasar Año Nuevo en el restaurante El Turri de Valparaíso. Cenamos frutos del Pacífico por insistencia de la casa, que los vendía como tradición y rareza de Chile, lo que atraía por igual a comensales conservadores y vanguardistas, y conversamos (los temas fueron los festejos y la resaca de la felicidad) durante las dos horas que instalaron, como una pared espesa que siempre se termina atravesando, el final de un año y el inicio de otro.

Bárbara estaba lejos, muy lejos de mí, aislada en el continente de su identidad al que había regresado desde que nos separamos (por mi parte, yo estaba en el mío). Y si la lejanía se notaba más era porque ella intentó salvar las distancias, obligándonos a hablar como podría hablarse de costa a costa a través de un océano, mientras las corrientes heladas del abismo cortaban el hilo de las voces, desesperadas por unirse otra vez aunque fuese en una despedida.

Eran las voces de una melodía común que comenzaba a sonar de un modo extraño. Ya no había mundo para esa melodía. Ella no sentía mi voz y, para qué negarlo, yo ya no sentía la suya (el viaje y la cena, proponerlos y aceptarlos, eran la negación colegiada de esa desgracia terminal). Los fuegos artificiales comenzaron a brotar de una línea de buques que cerraba la bahía como una cadena de volcanes acuáticos. Se abrieron en la noche enormes rosas de colores y redes de humo que la brisa marítima desató rápidamente. Los pelícanos agrupados sobre las boyas de la costa se desbandaron y el rostro de Bárbara Rodríguez, extasiado ante el *show* de fatuidad orquestado por las ramificaciones pacifistas de la industria militar, recibió el resplandor que la convirtió en una joya pasajera.

Cuando se apagó la última chispa, y para llenar otra vez el espacio nocturno que se había vaciado en el aire, me dijo que estaba convencida de que las cosas podían repetirse. «Si nos cuidamos, si vos me cuidás y no me lastimás como antes, a mí me parece que podemos volver a estar juntos. El amor no desaparece así porque sí. Es para toda la vida, ¿no? ¿Es así o no es

así? No sé, también pienso que para volver a empezar habría que borrar lo que vivimos, aunque fue tan lindo, tan lindo... ¡Quiero coger!».

El encuentro en el Hotel Brighthon fue asunto exclusivo de los cuerpos —fue un encuentro al que faltamos nosotros—, un despliegue de todas las maniobras físicas que habíamos utilizado durante muchos años y que fue la afirmación práctica de nuestro entendimiento mental, aplicadas con tal atención que podía pensarse que respondían a la voluntad, idiotizada por su propia confianza, de que el deseo regresara intacto de su viaje demolidor por el tiempo. Era la totalidad de una vida erótica reducida a la exhibición, a esa altura inservible, que la resumía como maqueta del amor que se estaba yendo en la misma tormenta que lo había traído. Del amor en sí quedaba solamente la técnica depurada que nos había enseñado a manifestarlo, una especie de maestría desgastada por el uso que al quedar reducida a la pobreza de su perfección ponía en evidencia todo lo que había desaparecido entre nosotros.

En sintonía con esos modos maquinales, la música del hotel bajaba del cielorraso en suaves notas tecnológicas sobre las que reinaba la voz de un hombre, seguramente negro. El placer comenzó a hacerse presente al tiempo que el amor se iba. Bárbara propuso cambios: «No quiero que sea muy mojado, con mucha saliva y todo eso. ¿Puede ser? Se puede cambiar y que haya cosas que antes te gustaban y ya no te gusten tanto, ¿no? Después de todo estamos empezando algo nuevo. ¿Puede ser? ¿No te molesta si te la mojo nada más que un poquito?». Era seguro que se había acostado con otro hombre y en el nuevo cuerpo había encontrado la gracia de coger sin mojar. Estuvo claro cuando, a punto de acabar, sin los gritos que me reventaron los oídos durante años, abrió los ojos un instante en el que percibió el horror de no estar allí. Nos desprendimos, asqueados uno del otro, y tomamos la cocaína que yo había pasado por los dos aeropuertos en el interior de una media. La habitación estaba a oscuras, pero por el reflejo que llegaba de afuera pudimos ver más tarde el sudor denso que manaba de la droga. Fue un momento tristísimo. Lo fue cuando lo recordé más tarde y también mientras estaba sucediendo (más o menos lo mismo ocurre con la felicidad, que se vive como felicidad y se recuerda como tristeza).

Bajé solo a la terraza del hotel. Fue un alivio sentirme separado en ese momento, aunque no supiera a que era personal pertenecía. Porque ¿cuándo termina de pasar un momento? Me respondí mentalmente, aunque tal vez hablé porque el barman levantó la cabeza de golpe, que mi

rotonda de Viña del Mar y avancé hacia el norte. Bajamos en Reñaca a ver el atardecer. Nadé unos segundos en las aguas congeladas y me sequé de pie mirando el horizonte para no mirarla a ella. Pero inesperadamente me apoyó las tetas y las piernas desnudas y me besó en la nuca, transmitiéndole a mi pija una electricidad conocida mientras oíamos las explosiones de las olas sin decir una palabra.

Seguimos hasta Horcón, donde los pescadores acondicionaban los botes con la poca luz que quedaba de ese día. Había cierta sabiduría Braille en ellos, cosiendo sus redes a ciegas y afilando los cuchillos sobre piedras invisibles. Cayó la noche sobre la montaña. Desde lo alto vimos las luces de Zapallar y sus mansiones enclavadas en los cerros y en la última curva anterior a la bajada brusca sobre el plano de Papudo, se nos salió una rueda.

Pasamos la noche en un hotel pensado más para beneficio del personal que de los pasajeros. El *lobby* era descomunal en relación a su escala, y mucho más confortable que las habitaciones. Bárbara se desnudó y me invitó a ver cómo se duchaba, no sé para qué. Al día siguiente caminamos de la mano por el pueblo sin que se transmitiera nada de un cuerpo a otro, bajamos a la playa y nos acercamos a un puesto donde unas personas sacaban pescados vivos de un tambor y les cortaban la cabeza sin que se interrumpieran las contorsiones de los cuerpos, más bien todo lo contrario: nunca habían estado tan vivos como en el instante entre la decapitación y la muerte.

En un baldío vimos un caballo con una verga de medio metro. El contraste de esa alegría sexual con su parsimonia para pastar el cubo de fardos que le habían servido, producía una imagen donde la escasa adecuación de las partes ponía en peligro la presencia de un sentido, o lo multiplicaba por mil. La abracé a Bárbara y le dije: «No sabes cómo me gustaría que le hagas la paja y te pases la verga por la cara y te tragues toda la leche». Me miró fijo y la impotencia (de querer y ya no poder desear) se fue acomodando en su voz cuarteada por la tristeza: «¿Qué me querés hacer ver, hijo de puta? ¡Enfermo! ¡Sos un enfermo! ¿Querés destruir todo, no? ¿Querés que te odie?, ¿eso querés? Enfermo de mierda».

1945

Perón se casó con Eva Duarte en las oficinas del escribano Ordiales, un casco de estancia enclavado en el centro administrativo de Junín como demostración del poder cultural del campo sobre la ciudad. De un grupo de personas que habían estado pendientes del 17 de octubre llovieron claveles blancos y puñados de arroz partido. Ellos saludaron con el brazo disponible; con el otro forcejearon disimuladamente para mantener la línea y subirse a un Lincoln adornado con banderas argentinas.

Los custodios, voluntarios del sindicato de la carne, empujaron a los curiosos. El chofer encendió el motor y esperó la orden de avanzar por la Avenida Arias en el momento en que mi padre salía de su casa. De lejos, el Lincoln no se manifestaba por su avance sino por el despliegue de personas que se movían a su alrededor. Mi padre esperaba inmóvil, conteniendo el aliento, como si imitara la inmovilidad de los granaderos cuya función era, en la Casa de Gobierno y en la imaginación de todo el mundo, parecer o directamente ser un decorado de piedra. Pero a diferencia de ellos, que con estilo cataléptico miraban solamente el origen de la historia para congelarlo y conservarse como imágenes de una pieza, no hacían nada —no se movían, no hablaban, no miraban, negando los elementos vitales de la sociabilidad pero también los de la guerra—, mi padre estaba preparado para mirar fijo una sola cosa: el presente.

El instante que tanto esperó estaba llegando, lo arrastraba a paso de hombre la caravana de unos pocos autos que para él era el río del tiempo, pero esta vez como un fenómeno que trascendía la idea pesimista que lo representaba (este río llegaba en vez de irse). El Lincoln frenó lentamente mientras el matrimonio saludaba con gestos combinados de aquiescencia e inhibición. Perón giró para que sus admiradores se sintieran saludados en forma individual. En eso estaba cuando vio a mi padre, al niño que mi padre fue, y se concentró en él. Se inclinó hacia la vereda y ladeó un poco la cabeza para indicarle que lo estaba distinguiendo del manto opaco de la multitud. El auto volvió a moverse de modo inesperado y Perón cayó en el

asiento. Se levantó y realizó un movimiento casi invisible con la mirada. Uno de los custodios le gritó al chofer: «¡Bué-nó!», y luego, con el cuello hinchado de indignación, le habló al oído, se apartó unos pasos y regresó para decirle dos o tres palabras más que el chofer oyó sin sacar su mirada del parabrisas mientras se peinaba con los dedos (era su manera discreta, y posible, de contestarle a un superior).

Perón llamó a mi padre con una mano enguantada por el rigor protocolar del Ejército Argentino y de pronto se tendió un puente de necesidad entre ellos. Los grupos de personas que obstruían el paso hacia el Lincoln (había algo de caja china en ese escenario móvil en el que el futuro presidente saludaba desde un auto que se llamaba como otro presidente) se abrieron de inmediato al advertir que Perón, aún complacido por el reconocimiento de su pueblo, estaba impartiendo una orden perentoria. Era una situación que solo entendían los adultos, quienes por otra parte amaban su autoridad basada en la mano de hierro que, bajo el guante de seda, los saludaba con las inclinaciones pesadas de una bendición papal. Mi padre avanzó hacia el auto mientras pensaba que la línea que lo llevara debía ser recta para no defraudar la rectitud del General, puso un pie en el estribo y Perón lo recibió con un beso en la frente: «¡Muy bien! ¿Y vos cómo te llamás, pichón?».

La voz sonó áspera y un poco ahogada bajo los gritos de quienes estaban viendo, en vivo, una de las primeras escenas peronistas que para los detractores era un acto más del teatro de condescendencia que no se basaba en el amor a la comunidad sino en una estrategia sofisticada para dominarla. Sin embargo, las cosas sucedían en otra dimensión, porque ese nuevo contacto del Padre con su Pueblo tenía mucho de experiencia extraterrestre. Podía hablarse sin conocimiento de causa acerca de las visitas marcianas, creer o no creer en ellas, y hasta avistar naves intrigantes en las madrugadas del desierto o las sierras cordobesas, pero establecer un vínculo con esas delegaciones fantasmales era imposible en la práctica excepto que, como le estaba ocurriendo a mi padre, sucediera.

«Me llamo Carlitos». Pronunció su nombre sin el apellido, y sin animarse a mirar la potencia humana que lo interpelaba majestuosamente, dramáticamente, desde las alturas. Para mi padre fue impresionante ver que no se recortaba sobre un fondo de ciudad y ciudadanos sino sobre un fondo abstracto de cielo, un cielo casi artificial pintado por la naturaleza para resaltar su figura como en un fotomontaje. La decisión de no revelar su apellido (el nombre completo de mi padre es José Carlos Guerra) debió

responder al deseo, cumplido en ese instante, de negar a su familia, y también a la inutilidad de pronunciarlo frente a alguien para quien un niño era todos los niños.

«Chau pichón». Perón le batió la cabeza a contrapelo, sonrió a los adulones, dio una indicación levantando un dedo índice como si lo apoyara en un botón invisible y el auto comenzó a moverse mientras la multitud sentía que se movía la calle. «A ver», me dijo mi padre un día que el tema surgió en su recuerdo: «Para que vos me entiendas: me miró a mí. A mí. O sea. No es que tiró un manotazo al aire y justo me crucé en el camino. Me eligió a mí. Me e-li-gió cinco días después del 17 de octubre. No sé si se entiende. Te lo digo porque por ahí pensás que digo boludeces. Porque yo hablo boludeces, ¿no?; y no, te digo que no. ¿Sabés lo que es que un genio como ese se fije en vos? Churchill, Mao, Castro, Perón: a ese nivel te estoy hablando. El tipo me consideró. Un genio. ¡Qué me vienen a decir ahora que era facho! ¡Que era nazi! ¿Era facho? Attendeme. Que vivan los fachos, ¿que querés que te diga? Después le mandé a pedir una pelota y a la semana tenía la pelota con la carta contestada por él, de puño y letra. Para mí. Año 1948. Te voy a dar la carta para que la tengas. Dejame de joder. ¿Era fascista? Ningún problema. Entonces yo también soy fascista».

* * *

Son las 8 y 15 de la mañana del 20 de noviembre de 2014 y busco en mi biblioteca el libro *Franz Kafka-Imágenes de su vida*, de Klaus Wagenbach. Entre las páginas 110 y 111 está la carta que Perón le mandó a mi padre. El sobre tiene un sello que dice: «Presidencia de la Nación-Secretaría», una estampilla de diez centavos con la figura de Manuel Belgrano, el escudo de la Argentina y el nombre «Juan Perón» impresos en agua y un texto mecanografiado distribuido de este modo:

Señor
José Carlos Guerra
Frías 63 - Junín - BUENOS AIRES

La carta es de un papel pesado de 16 × 12 centímetros, manchada por el tiempo con aureolas violetas y marrones, y tiene un membrete con el escudo argentino también moldeado en agua y el nombre Juan Perón impreso. Y dice en letras mecanografiadas: «El General Perón saluda afectuosamente al niño JOSÉ CARLOS GUERRA, y complacido le envía una

pelota de fútbol, con lo que deja satisfecho el pedido formulado. Con tal motivo le hace llegar las seguridades de sus amistosos sentimientos. BUENOS AIRES, 24 de agosto de 1948».

El «Perón» de «El General Perón...» está sin dudas autografiado con una lapicera fuente. La caligrafía y la inclinación ascendente coinciden con todas las firmas de Perón que encontré en Google, y si me parece cien por ciento verdadera no es tanto por estas razones de correspondencia, ya que cualquier calígrafo copista podría haberla falsificado, sino porque no dice «Juan Perón» sino solamente «Perón», lo que introduce un elemento autobiográfico, el cansancio de Perón, firmando cartas a mansalva durante varios años para sus pequeños peronistas, pero a costa de suprimir el «Juan», lo que reducía a la mitad su trabajo sin reducir sus «amistosos sentimientos».

1975

En la casa de mi abuelo había un mueble con una puerta pequeña, un cajón profundo y un espejo oscurecido por los años, en el que uno, mejor dicho el doble de uno, podía verse asomado entre las manchas de óxido. Encima, una radio General Electric a válvulas (encendida y sin la tapa podía pasar por una ciudad microscópica con sus edificios iluminados en la noche) cuya historia la familia contó mil veces, abreviándola cada vez más hasta hacerla desaparecer.

La habían traído unos peones en una caja de madera. Mi padre y sus hermanos esperaban en la verada el artefacto que ya brillaba en su imaginación y se le fueron encima como animales pequeños que atacan a un animal más grande. Hicieron palanca con unas barretas sobre las bandas metálicas de seguridad, sacaron los clavos con tenazas descabezándolos por la impaciencia y dejaron al costado una montaña de astillas que le tocó barrer a mi abuela.

Recordando una vez más esta historia que ondulaba en mi memoria como un espejismo, abrí la puerta del mueble (la radio ya no funcionaba, pero servía de base a otra, más pequeña y más moderna) y vi, marcada con tiza blanca, una cruz esvástica muy definida sobre la oscuridad de la madera. Me gustó. El dibujo no transmitía ninguna información pero sí la emoción vaga de la facilidad con la que se hacía ver. Como cada vez que veía algo por primera vez, al entusiasmo por la facilidad (nada más fácil que ver sin entender) le siguió el dolor de no conocer nada con qué asociarlo. «¿Y esto?». Mi abuelo me dijo: «Ah, bueno; es un símbolo alemán muy conocido. Lo dibujó tu papá cuando era chico».

Me identifiqué con el dibujo como si fuese mi firma y empecé a dibujarlo en todos lados, y en una tarea escolar de plástica —la carátula del 21 de septiembre de 1975— hice un campo de flores silvestres con los pétalos de colores en forma de esvásticas. La citaron a mamá y me reunieron con ella en la dirección de la escuela. Sin pedir detalles, como si para hacerlo hubiera debido internarse en peligros que prefería evitar, la

directora trató de abordar el asunto desde su periferia elogiando primero la técnica del dibujo y cuestionando después, sin ser muy explícita (nunca pronunció la palabra «nazi»), lo que consideró «el contenido de las flores». Luego dijo que ella no era nadie para descalificar las ideas de ninguna familia, pero la institución sí: «Igualmente el trabajo tiene un ocho».

1990

Mi padre me pasó una copia de algo que había escrito a máquina:

¿Cómo acabar con la violencia? ¿Con violencia? Siempre se inicia una situación violenta porque alguien incita a la violencia o la ejecuta a costa de recibir a cambio la violencia que se despierta por la misma violencia. Todo es violencia. Vivimos en un mar de violencia. Quienes son agredidos y repelen la agresión con la misma intensidad, también cometerán los mismos errores que los atacantes de perjudicar inocentes. Por lo general se trata de aniquilar al enemigo propiamente dicho, y si así no fuese, tratar de hacer daño a quienes los acompañan, aunque sean inocentes, para ocasionarles el mayor dolor posible. No es suficiente odiar al enemigo; hay que dañarlo. Quien ejecuta la violencia, no se diferencia absolutamente en nada de quienes la apoyan, la incitan, la desencadenan o la ordenan. Es espantoso lo que ocurre en los enfrentamientos armados donde se justifican las muertes del enemigo, pero, no las propias. Esta situación se compensa o se equilibra porque del otro lado se piensa de la misma forma. Algunos creerán que me estoy apartando del tema principal que es la discriminación en la Argentina, pero no es así. Todo tiene una relación muy profunda. Recuerdo cuando concurría a la Escuela Industrial y teníamos un compañero de curso que cuando llegaba la hora de religión (en aquella época se dictaba) se retiraba de la clase y se lo clasificaba en moral. Creí que era ateo y pensé que tenía la libertad de elegir, pero, no era así sino que era Judío. Cuando me enteré, pensé de la misma forma que la anterior; era su elección. Con el tiempo, falleció su padre, noticia que salió publicada en un diario local y que aclaraba que sería sepultado en el cementerio de La Tablada, lugar del que supuse era oriundo. No fue así, sino que fue sepultado en un cementerio Judío. En nuestra ciudad, en esa época, había dos cementerios a los cuales concurrían los dolientes de las más diversas colectividades afincadas en el medio. No solamente me llamó la atención, sino, que al no recibir ninguna explicación de alguien del hecho, me sentí muy dolorido. Fue la primera vez en mi vida que sentí algo así como una discriminación. Llegué a pensar que una Estrella de David no podía estar al lado de una Cruz de Cristo. Era adolescente, y esa situación me confundía. Pasó mucho tiempo durante el cual no me preocupaba en analizar lo relacionado a la discriminación en profundidad sin olvidar lo ocurrido con mi compañero de escuela. Después sí, recurrí a mi memoria por el hecho de saturarme de mensajes sobre la discriminación que sufren los Judíos en la Argentina. El recuerdo de esa época me demostró que él (mi compañero Judío) disfrutó y compartió todo lo que nosotros mismos disfrutábamos y compartíamos, y a nadie se le ocurrió negárselo. Escuela, deportes, entretenimientos, nuestra compañía, nuestra amistad, todo, absolutamente todo. Entonces ¿por qué no sepultó a su padre junto a nuestros difuntos? ¿Es una costumbre Judía? ¿Hay que respetarla, aunque se sospeche que hay una intención de discriminar? Entonces ¿quién respeta nuestra entrega? ¿Quién respeta nuestra amistad? ¿Quién nos respeta como Cristianos? ¿Quién respeta nuestra posición de no ser Judíos? Es muy incómodo y quizá doloroso, que nos endilguen la categoría de «Gentil», palabra a la cual se le huele un evidente tufillo a discriminación. Todo es muy simple de entender. Cualquier persona que reciba un desprecio o es subestimado, aunque sea tenue o se sospeche, no creo que lo acepte nadie. Personalmente siento, por principios de la religión a la que pertenezco, el mismo

respeto hacia una tumba con una cruz, como a otra con la estrella de David y no aceptaría que existieran cementerios exclusivos para Católicos. He nacido en el País más cosmopolita del mundo que es la Argentina, y desde que nací he convivido con todas las religiones y razas que forman parte de nuestro ámbito territorial, y nunca se me ocurrió pensar que pudieran existir enojos o diferencias peligrosas entre credos o formas de vida. ¿Qué significa esto? Que la discriminación no pasaba por mi mente, porque no había motivos ni estímulos que me la despertara. Por naturaleza, el ser humano se aparta de quien no lo quiere cuando esto se comprueba.

2000

Lorenzo Costa me contó llorando que «por fin» había muerto Laura Vázquez y que la veía en cada cosa. En cada una de las cosas del mundo, y en todas juntas. Y que luego tuvo el reflejo secundario y enloquecedor ya no de sentir que la veía sino que estaba en cada una de esas cosas. Se pasó una tarde resucitándola en fotos, algo que también acostumbraba a hacer cuando estaba viva (evidentemente era su modo más directo de verla); y después de superar el pudor que durante unos días le impidió retomar los aspectos sexuales de la imagen de Laura, sintiendo que había amado a una mujer pero solo podía recordar a una santa, comenzó una etapa de más o menos dos años de pajas auxiliadas por una muda de ropa interior con la que se quedó después de la separación.

En una bolsa encontró folletos, *tickets* y revistas de un viaje que habían hecho a la montaña. Hojeó una de las revistas de un modo que parecía cumplir más con un control de calidad, displicente y a la vez sabio en su automatismo, que con el viaje regresivo en el que se había embarcado su tristeza. De pronto vio pasar algo entre las páginas, algo vivo e improbable como el cameo de un fantasma. Volvió a pasar las páginas con una paciencia nueva, seguramente importada de otro carácter, y vio fotos de celebridades (en realidad excelebridades), publicidades de artículos de lujo y acrósticos, horóscopos, sopas de letras. En un ángulo encontró una mancha negra. Detrás de ella llegó el recuerdo armado con el régimen de escamoteo y totalidad de un tráiler. Laura Vázquez tomaba sol en el deck de un hotel frente a las montañas nevadas mientras leía una revista. Gran escena: el recuerdo extendiéndose a lo ancho como un panorama majestuoso. El aire fresco pega invisible y continuo contra Laura que se rasca una cáscara en la rodilla y da vuelta la página con un dedo ensangrentado, dibujando en una línea ancha una curva roja que se va perdiendo, aunque no del todo, en el interior del papel. «Te lastimaste», le dijo Lorenzo. Laura levantó la revista que le impedía ver las rodillas que

usaba de atril y vio el reguero y, más atrás, las moles de piedra clavando sus puntas heladas en la altura.

Lorenzo Costa odiaba con toda su alma que el mundo evolucionara así, con saltos abismales que iban del hecho al recuerdo sin que hubiese nada en el medio que hiciera un poco más llevadera la aparición del segundo; odiaba esa evolución dramática —o trágica— de tener algo en un instante y luego volver a tenerlo, pero perdido. La única prueba de que Laura Vázquez había vivido, de que no era un invento de él ni de la familia, ni de los amigos ni de la guía telefónica oficial en la que todavía figuraba su nombre, ni de las facturas de gas y luz intimándola a regularizar sus deudas después de muerta, estaba en la pequeña mancha de sangre de la revista que una tarde, en el interior de una bolsa transparente, Lorenzo llevó al laboratorio de análisis bioquímicos de Marcelo Ciafardo para saber si de esa partícula fósil que había quedado del cuerpo de Laura podía salir un hijo (mientras me lo contaba, Ciafardo me preguntó si Lorenzo se había vuelto loco).

El fragmento de Laura Vázquez se evaporaba bajo el calor del tiempo. Y si el recuerdo de Lorenzo, estimulado por esa presencia, servía para reconstruir el camino que iba de la rodilla viva de Laura a la mancha de sangre escondida en los tejidos del papel, no servía, en cambio, para que Laura pudiera vivir en esa mancha. No se remontaba el río de la vida. ¿Por qué? ¿Por qué las cosas nunca iban de lo peor a lo mejor? ¿Por qué no se podía empezar alguna vez por el final y terminar en la gloria de un principio?

Pero había algo más de Laura en este mundo: sus cenizas, bajo la custodia de su viudo, quien para Lorenzo era el sucesor accidental, un usurpador sin derechos salvo el que da la cronología (su único mérito fue haber llegado a la vida de Laura después de él). De pronto tuvo el plan en la cabeza de un modo tan claro que sufría por tener que ejecutarlo, es decir por tener que llevarlo al terreno de la imperfección. Habló con un amigo peronista de múltiples llegada al mundo sindical. Al día siguiente dos matones llamaron a la puerta del viudo de Laura Vázquez y, cuando la abrió, le bajaron los dientes con una manopla, lo arrastraron de los pelos por el piso, lo tiraron en un rincón y se llevaron la urna con las cenizas.

2000

Lorenzo se encerró en su cuarto con un destornillador Phillips, destapó la urna con los restos de Laura Vázquez y volvió a verla, transformada en un kilo y medio de harina humana que contempló como un desierto arrasado por las lenguas de un fuego infernal que aún seguía quemando. Desde su punto de vista, situado allí donde estaba pero también en un espacio amplio de reflexión donde desde hacía un tiempo hacía consideraciones sobre la muerte de Laura, vio la profundidad y la monotonía de esa materia y la idea de totalidad que se reflejaba en ella, además de la revelación de que el mundo entero y todas sus criaturas habían sido construidos con ese polvo que también era el testimonio de su ruina. Toda la experiencia del mundo se agitaba en esa fórmula microscópica de representación.

Durante varios días Lorenzo dio vueltas alrededor de la caja, cerrando la tapa a la hora del sueño, ajustando a mano los tornillos y volviendo por las mañanas a someterse al magnetismo de su atracción divina. Veló por el contenido a lo largo de horas de silencio. Pero el silencio era imaginario: el televisor estaba siempre encendido, como un convidado de piedra a la ceremonia que transcurría en un suspenso sin sucesos. La mano colgaba del brazo apoyado en el respaldo del sillón, y cada tanto se movía por arriba de la urna abierta —una versión macabra del «toco el aire y no te toco»—, esperando, o demorando, el momento de enterrarse.

Uno de esos días de vigilia Lorenzo salió de la ducha y se tiró desnudo en el sillón. El aire que circulaba entre las ventanas lo secó en un minuto. De repente sintió un acercamiento mental tan intenso hacia la caja que terminó arrastrándose hacia ella. Era su antiguo deseo de Laura que, sin reparar en sus transformaciones, volvía hacia él recuperando el interés por su materia mucho más que por la forma ya desaparecida que lo había enamorado.

Hundió una mano en la caja y todo su cuerpo se estremeció al hacer contacto con la suavidad de los desechos. En dirección contraria a la de su imaginación, la experiencia decía que las cenizas humanas no se levantaban

en polvaredas de malón al removerlas, como tantas veces él mismo había comprobado que ocurría con los restos del carbón vegetal al cabo de un asado. La mano desapareció hasta la línea de la muñeca y la hizo girar como un rotor de excavación hasta la base. Se le paró la pija en dos segundos y al llegar al límite de su tamaño sintió el golpe del tope en la punta —una cuerda a punto de cortarse—, desde donde había bajado la piel como el cuello de una polera por el que acaba de pasar una cabeza.

Entró en una dimensión distinta, una dimensión de fe irracional en la materia descompuesta en la que las cenizas no solo representaban el cuerpo: lo eran. Se espolvoreó utilizando las manos como pequeñas palas de jardinería abonando la tierra. El cuerpo de Lorenzo tumbado en el *living* cambió de color y, excepto la verga —su fragmento vivo—, daba la imagen de un Gólem. Un chorro de leche saltó unos centímetros, llevando en la expulsión la tos de las cenizas que se habían alojado en el cuenco del meato. El polvo que lo cubría absorbió las gotas de inmediato como un chaparrón que desaparece en el desierto y le produjo una reacción de vergüenza y remordimiento. Bajó del sillón en posición de puente invertido, en cuatro patas y cabeza arriba, pasó caminando de esa manera circense por debajo de la corriente de aire que formaban las ventanas enfrentadas y llegó al placar del antebañó, de donde sacó la aspiradora.

La columna de polvo que se levantó al trasluz hacia la boca de la manguera le dio a la operación de limpieza un aspecto de intercambio con el más allá. El cansancio tumbó a Lorenzo en la alfombra. Se durmió por la resaca de la masturbación, un peso que ya no podía sostener, y se despertó de noche con los bocinazos de un embotellamiento. Se arrastró con los codos —mantenía una guerra contra la posibilidad de hacerse ver a través de las ventanas—, encendió la lámpara de pie, sacó la bolsa de papel de la aspiradora, volcó las cenizas en la urna junto a las impurezas absorbidas por la máquina (una moneda de cinco centavos, hilos de alfombra, migas de pan) y atornilló la tapa.

Al día siguiente, apenas abrió los ojos, una luz interior se encendió en él como si se despertara por segunda vez. Corrió al antebañó, subió descalzo a una silla y abrió la puerta del altillo. Con el mango de un paraguas enganchó en la oscuridad la correa de un bolso. El bolso cayó de punta. Le faltaba saber si en el interior habría alguna correspondencia con lo que le indicaba la memoria. Lo abrió y sacó una almohadilla de viaje Samsonite inflada desde ¿cuándo?, con el aire de Laura Vázquez. Sin saber, porque no le importaba, si allí había vida encapsulada o aire muerto, apretó

con dos dedos la válvula de plástico y tomó desesperadamente el aire de Laura como si hubiera estado atrapado durante siglos debajo del agua.

1974

Avanzamos por un plano sinuoso entre las sierras florecidas hasta llegar al borde de un río. Piedras bajo el curso del agua, juncos bailantes, conciertos de pájaros de los que caían hilos blancos de mierda líquida desde las ramas, arbustos filosos en lo alto y cabras en situación de estatua; ese era el típico paisaje cordobés con el que habíamos soñado y que ahora, que estábamos allí, no parecía incluirnos. Más bien lo contemplábamos como un mundo exterior que se mantenía a distancia de nosotros como un espejismo. ¿Estábamos o no estábamos allí? Estábamos y no estábamos, porque ese allí era un mundo compuesto de una mitad mítica y otra geográfica (estábamos caminando sobre el puente decepcionante y tembloroso que nos llevaba del sueño a la realización del sueño).

Mamá se sacó el vestido y quedó en traje de baño, pero mi padre tardó unos minutos en hacer lo mismo, fuese por la incomodidad que le producía desvestirse como por su costumbre insobornable de retrasar todos los programas familiares. El sol caía fijo sobre nosotros, por lo que el mundo se atascó esa tarde, o se movió muy lentamente llevado por la brisa de las sierras. La cronología perdió su batalla cotidiana y nuestra vida junto al río se llenó de intensidades.

Hasta ese momento habíamos funcionado a la perfección en medio de la prueba mortal de las vacaciones. Las individualidades se habían borrado bajo un acuerdo no firmado de sacrificio amoroso. Podíamos ser parte de lo mismo mientras se evitaran las fricciones con una destreza que casi nunca teníamos, se anularan las cuestiones personales y olvidáramos que cada uno de nosotros era algo más o menos definido en contra de los demás.

Cuando cayó el sol mamá se acercó al río por última vez, se inclinó hacia delante para tomar agua, la tomó, y se mantuvo en esa posición un tiempo artístico o gratuito. En eso se oyó: «¡Qué ojete, mami! ¿Qué comí?, ¿bulone?». La voz había caído desde un mirador de piedra y se multiplicó en ecos que rebotaron contra las paredes de las sierras para

ahogarse bajo un coro de risas. El chiste y el festejo fueron una sola cosa —incluso el festejo empezó antes de que el chiste terminara— que ocuparon unos segundos sólidos de sorpresa, perforaron nuestra campana de cristal, apoyada sobre el paisaje donde retozábamos como cobayos en un experimento de felicidad, y dejaron una música de rotura en el aire.

Sobre el balcón de piedra donde se asoleaban borrachos, los jóvenes festejaron con menos euforia la segunda etapa de aquellos gritos. De hecho había disidencias en el grupo, y algo de remordimiento por haber asociado la observación sodomita a una madre de familia. Tal vez el ocurrente vio a mamá sola, desprendida de nosotros, como un cuerpo suelto en la naturaleza y, una vez lanzado el grito entre las rocas, no tardó en arrepentirse. Se hizo un silencio, acompañado por el rumor monótono del río. Mi padre caminó hizo volar por el aire la tapa de la heladera portátil, sacó un cuchillo de punta redonda, prácticamente sin filo, con el que habíamos pelado las manzanas, y avanzó hacia el grupo.

Una luz estelar surgía del pequeño plano inoxidable como de un armamento láser. Iba encorvado, descalzo, en traje de baño, con el cabello revuelto después de haberlo secado al sol. La escena se llevó a cabo en el mismo marco de silencio en el que se había iniciado, pero fue interrumpida por unos hombres que detuvieron a mi padre antes de subir la sierra. Una vez retenido, y protegido por la retención, comenzó a gritar: «¡Hijos de mil putas. Los voy a matar. Negros de mierda!». Los jóvenes lo vieron descontrolado y emplearon una estrategia irritante de repliegue lento, interminable, mechado con insultos cada vez más gruesos, pero en un tono cada vez más bajo, que le revolvían la herida. Mi padre giró la cabeza como un loco y le gritó a mamá: «¡Es culpa tuya! ¡Loca, como tu hermana! ¿Para qué mostrás el culo?».

1985

Llamaron a mamá desde Marcos Paz para decirle que Graciela, su hermana loca, había sufrido un desmayo. Intentaron reanimarla, pero no había vuelto en sí. ¿Volver en sí? ¿Una loca? El comentario sádico también era respetuoso de la verdad eufemística de los hospitales. Dejaron pasar una hora y volvieron a llamar para «confirmar» que había muerto al no poder rescatarla del pozo de descompensación en el que había caído de una manera inexplicable incluso para ellos (se referían de un modo indirecto a un desajuste farmacológico).

Mamá fue a Marcos Paz y volvió en el día junto al cadáver de su hermana y un chofer comedido, quien dijo que había visto un hematoma enorme en el cuello de Graciela sin que mamá lo escuchara (para ser más efectivo el chofer no debió revelar abiertamente el hallazgo sino insinuarlo). La despedimos en el Cementerio del Oeste y mis abuelos hablaron de ella durante algunos días y, a partir de allí, nunca más. Mientras los hubo, los recuerdos no fueron agradables, estaban impregnados de la ira de Graciela que había llenado la casa de gritos y de llantos interminables surgidos de la nada o de ninguna cadena causal que pudiera rastrearse (aunque en realidad todos gritamos y lloramos así), enarbolados por una variedad de recursos vocales que iban del registro tenor al contralto cortados en su interior por hipos y carraspeos, lo que le daba al espacio familiar, y muchas veces al vecindario, una música funcional de ópera sin lírica ni relato ni secuencia, una ópera que no tenía nada que decir excepto manifestar una fuerza inconducente que surgía en el momento menos pensado y actuaba como una razón oculta, quintaescencia de lo que señalaron durante siglos los lugares comunes del romanticismo: que la locura era un tipo de lucidez incomprensible, incluso superior, y que los verdaderos locos son los otros, los cuerdos y los adaptados, y que las personas desquiciadas tienen dentro de sí la verdadera verdad que no pueden expresar por humildad, impotencia verbal o pudor metafísico.

Todo lo que yo recordaba de ella era una pesadilla que se repetía. Graciela acostaba a mi hermana en sus rodillas, la tomaba del cuello y los pies y la partía en mitades que luego sacudía en las alturas como patas de pollo, con gestos de comensal embrutecido al que la abundancia no había podido rescatar de una violencia asociada al stress inherente a la caza, o a la costumbre de ciertos cazadores que no cazan para comer sino para matar. El cuerpo de mi hermana, cortado a la altura de la cintura, no sangraba y hasta se mantenía como mitades vivas pero inconscientes por el desmayo, menos vinculado al dolor del corte que al haber visto en qué la había convertido la mutilación.

En mis sueños ella era capaz de quebrar a mi hermana con una facilidad que los ritmos del tiempo onírico aceleraban todavía más, situando los sucesos a la altura del deseo destructivo que los impulsaba. Pero la mayor amenaza, mucho mayor que la mutilación, era su pensamiento. Luego de destruir a mi hermana, ¿con quién iba a seguir? ¡Conmigo! Y sin embargo, pese a ese temor de fondo, yo la quería. Había en sus desbordes una confianza de hermandad amparada por una gracia que si Graciela no hubiera estado loca me habría animado a llamar bondad (no me animaba porque su locura anulaba las categorías morales).

Ella amaba las fotonovelas, las telenovelas y los chismes sexuales que circulaban por el barrio en versiones inverosímiles, y en los que los relatos de amor eran aventuras de amor, tórridas o corteses, pero siempre entretenidas. El amor la divertía, pero sus manifestaciones le parecían falsas o demasiado teatrales para tomarlas en serio. El hecho de no haberse enamorado nunca le quitaba lo que tenía de loca y, por lo tanto, de incompetente para la experiencia amorosa, y le daba un aire de sabiduría inesperado. Ella no iba a perder nunca las cosas que hacía perder el amor mientras en apariencia las ganaba; estaría invicta del desgaste y la venganza que les esperaba a los enamorados; y tal vez por eso, por la inhibición de su locura que también tenía algo de teoría, nunca reclamó para sí el formalismo ordinario de la pareja. Todo lo contrario: solo quería coger. Asediaba a los hombres que entraban a su casa, especialmente a sus cuñados. Les manoteaba la pija y se hubiera acostado con ellos o con algún primo, y no hubiese tenido dificultades en hacerlo también con los vecinos casados, o conmigo.

Después de varios años de encierro en los pabellones de control de Marcos Paz, de los que cada tanto desaparecía un interno que la administración reportaba como prófugo —eso era imposible: bastaba

verlos arrastrar los pies para saber que los tranquilizantes que les daban los dejaban estaqueados en los rincones soleados del patio como estatuas pensantes—, Graciela regresó muerta y, por fin (no hay biografía sin muerte), comenzamos a interesarnos por saber quién habían sido.

1998

Tenía que olvidar a Bárbara Rodríguez pero en la práctica me despertaba y me acostaba pensando en ella, y también la veía en sueños. Intenté cortar con su presencia omnisciente yéndome a Río de Janeiro y tomando un micro a Buzios en la Estación Central. El viaje no se daba en el tiempo; se daba como una serie de saltos atados a un ritmo que iba directamente de un acontecimiento a otro, eliminando las pausas producidas por la espera, como si la vida fuese nada más que una cadena de cosas que pasan y no una cadena de cosas que pasan unidas a otras que nunca suceden.

El paisaje nuevo era un desfiladero de cosas sin nombre. El atardecer entró por el parabrisas del ómnibus, pegando una cinta dorada sobre la frente del chofer que se aferraba al volante nacarado. Las aureolas de sudor impresas en las axilas de su camisa blanca le daban una simetría extraña a su figura, sobre todo si se la comparaba con la posición de su asiento, similar a una cabeza que saliera de un hombro.

Bajé en una plaza y caminé hasta una casa de dos plantas frente al puerto de pesca, crucé un umbral y subí las escaleras. Me asomé a una puerta entreabierta y lo vi a Sandro Alonso, desnudo sobre una cama, con las piernas levantadas y abiertas —las rodillas le tocaban los hombros—; una mujer pelirroja en bikini le pasaba crema con el dedo índice por el anillo del culo: «¡Chino querido! ¡Llegaste! Mariana, mi novia. ¿Podés creer que me salió un grano?».

Bajamos a la playa. El arco iris se extendió nítido sobre un fondo de nubes negras. Unas escuadras de cangrejos ocuparon la playa y avanzaron con una marcha de desembarco. Sandro simuló un contraataque y la primera línea de pequeños blindados, tres o cuatro ejemplares de un carácter pésimo (el mundo animal está lleno de resentimientos), se alzaron sobre sus patas traseras y, como si respondieran a un generalato mesiánico que podía impresionar a otros bichos de mar pero no a un humano totalmente drogado como Sandro, agitaron sus pinzas del modo aparatoso en que mueven sus manos los karatecas y las hicieron sonar con golpes de

tijera mientras se desplazaban en líneas laterales con el propósito de marcar territorio.

A la noche fuimos a Guajira. Detrás de dos o tres hombres con dreadlocks, silenciosos y ocupados en el drama de reconocer entre sí sus peinados como de arreglos florales a través de las luces y las cortinas de humo, surgió la presencia radiante de Jenny, la bartender, inclinándose ante un heladera horizontal en un *show*, solo en apariencia involuntario, que competía directamente con las bailarinas que se enroscaban en los caños niquelados del entrepiso.

Jenny miraba a los clientes para demostrarles que no les temía (igualmente ellos no detectaban sutilezas), pero también para mantener vivo el negocio abrigando promesas en el corazón de aquellos que la perseguían detrás de sus voces alemanas o francesas retorcidas por la calentura.

En una carrera que buscaba llenar en un minuto el vacío de dos años sin vernos, Sandro me describió a Jenny con la morbidez de un entregador: «Te la presento ya, ya. Es una máquina de coger. Estuvo saliendo hasta hace un mes con el Cerebro Lucero. El hijo de puta se la garchaba en la cocina. Entrabas a buscar algo y estaban vestidos, cogiendo en el piso como perros; ella arriba del Cerebro con una carita de que se estaba acabando encima que se me iban los vasos a la mierda. ¿Vos nunca le viste la pija al Cerebro? ¡Ah, no, no! ¡Tremenda matraca! Y vos sabés que estos enfermos se habían acostumbrado tanto a coger así que cuando los veíamos ni se mosqueaban. Una vez la vi a ella sentadita en la tararira, con un hilo de baba de medio metro que le colgaba de la boca. No sabés. Vení que te la presento. Le hablás dos minutos del hijo y la noqueás. Se llama Joao. Acordate».

Me fui con Jenny a un cuarto que alquilé al final de la calle de piedras. Nos sitió una nube de mosquitos. El zumbido de la especie había perdido su carácter ancestral, ese ir y venir del mosquito suelto por el que la humanidad no dejará nunca de desear su extinción, y se había convertido en el ruido grave y regular de una máquina de sangre. Pero la palabra convertir no le hace honor al suceso. No se trataba de una conversión sino de una evolución, de la aparición de una necesidad nueva que había reemplazado el impulso del abastecimiento por el de la destrucción, y que se manifestaba por medio de sutilezas terroríficas como la amenaza y el tormento psicológico solapado, lo que le daba un detalle inesperado de

inteligencia humana a esos insectos asociados en un infierno de cooperación.

Rocié el cuerpo dorado de Jenny con Off, y luego el mío. El perfume no alcanzaba a ocultar el olor del veneno que mantenía la multitud de mosquitos suspendida a un metro de nosotros (mientras el *spray* se iba evaporando la sentíamos cada vez más cerca, como la plancha de una máquina compactadora). La belleza de Jenny multiplicó su perfección cuando se enroscó la minifalda en la cadera, se acomodó cabeza abajo y miró hacia atrás para ver cómo y dónde tenía la verga.

El sol entró al cuarto en olas de calor que se anticiparon a la luz de la mañana. Salimos a la playa, donde alquilamos unos equipos de snorkeles y patas de rana y entramos al mar nadando casi al ras de un lecho de algas y cardúmenes de pequeños ejemplares, inquietos por la posición desfavorable que les tocaba en la cadena alimenticia, una fatalidad que los empujaba a sobreatender con una percepción paranoica cada vibración acuática.

Jenny iba adelante, abriendo sus preciosas piernas. Cada tanto giraba hacia mí con la misma sonrisa que le había visto la noche anterior mientras la clavaba desde atrás. La playa se pobló de golpe. Me eché boca arriba y Jenny se acostó sobre mí, boca abajo, y se durmió respirándome en la oreja. La despertó el ruido de una lancha con un pequeño motor fuera de borda recalentado que llegó de frente a la costa y estacionó de costado. En realidad, ella había sentido en sueños la llegada del piloto, Chicker, un negro encorvado que bajó descalzo y comenzó a caminar entre las personas apenas separadas por delgados flejes de arena.

Traía, colgada del hombro por una correa para sostener guitarras, una heladera portátil. Jenny se levantó, me tomó de la mano y me arrastró detrás de Chicker. De los primeros pasos que dimos surgieron ráfagas de arena sobre los ojos de los bañistas e insultos en portugués. ¿Para qué mirar atrás? La heladera tenía un primer fondo en el que podían verse, tras las pequeñas nubes de hielo seco, los helados más populares; en el segundo, envueltas en papel de aluminio y nylon, drogas. Brasil: el país del doble fondo. Jenny le apuntó con el dedo a una fracción que tenía un rótulo con la letra M; entonces Chicker realizó una maniobra de ilusionismo y se la alcanzó junto a un helado de frutilla al agua que Jenny desenvolvió y se metió entero en la boca, milímetro por milímetro, mirándome a los ojos.

1998

Se sacó el helado de la boca rápidamente, como si lo escupiera, y me pidió que la acompañara al Carnaval de Río. Acepté por la molicie de la marihuana y porque desde el momento en que llegué a Buzios me había estado entregando por pereza, o tal vez por el principio oculto que me obligaba a abandonar el recuerdo hiriente de Bárbara Rodríguez, a todas las experiencias que se sucedieran sin mi iniciativa.

Jenny me besó en la calle durante varios minutos (su lengua era un triángulo larguísimo formado por una base ancha y robusta, de una dureza cambiante, y una punta delgada con la que podía tocarse la nariz) y luego caminamos varias cuadras hacia el punto de encuentro con su contacto, que la esperaba en la calle de los galpones que rodean el Sambódromo. Se movía como un ángel en una catástrofe. Pensé: ¿y si vuelvo a Buenos Aires con mi enamorada del Brasil y comienzo una vida nueva en el equívoco portugués, en un idioma que no tenga nada, pero nada de nada, ni un rastro, de aquel lenguaje arrogante y pretensioso que hablábamos con Bárbara para lucirnos en la destrucción?

El resplandor del Sambódromo se veía como si en el horizonte negro del barrio en el que estábamos se estuviera poniendo la luz blanca de una estrella. Entramos a un depósito donde se apilaban rezagos y piezas sueltas de una scola: corsets, miriñaques, estructuras metálicas hechas para sostener alas o cuernos, grupos electrógenos desarmados o fundidos, tanques de combustible, baterías portátiles, ruedas de vehículos, equipos de sonido, lámparas fluorescentes, rollos de telas (plateadas, doradas), cajas enormes, un vestidor vacío, zapatos, un banco de herramientas, carreteles de soga plástica y cables de acero, marquesinas montadas en paneles y unidas por bisagras, tipografías gigantes, arneses, tambores africanos, plumas de colores y frascos con purpurina.

Unos obreros casi desnudos cruzaban en varios sentidos el vacío que había quedado —podíamos sentir que era un vacío nuevo— en el centro de esa industria de la felicidad. Jenny llamó a uno que se acercó a saludarla

con un traje de baño ajustado y una remera musculosa atravesada por líneas de grasa. Quiso saludarla tocándole la concha, pero ella lo apartó con una sonrisa. Conversaron un minuto. De una cabina de aluminio situada en el fondo salió otro hombre y le alcanzó dos cartones blancos con una cinta magnética en el reverso. ¿Eso eran las entradas para la puerta VIP? ¿Dos tarjetas sin ninguna palabra, incluso sin ninguna letra?

Lo que Jenny llamaba puerta VIP era un acceso clandestino pero sin dudas avalado por los organizadores, quienes debieron necesitar este ingreso (y tal vez muchos otros) para evadir los controles fiscales que le destrozaban el negocio. Que tuviera un molinete capaz de leer tarjetas magnéticas podía ser una ironía de la trampa institucional, o una necesidad técnica para controlar, ellos mismos, el detalle de la evasión que cometían. Jenny introdujo las tarjetas en la ranura, un hombre con una pechera fosforescente las recibió del otro lado de la máquina, las perforó y las ató a unas cuerdas de algodón antes de obligarnos a mantenerlas a la vista de una vigilancia futura.

Nos abrimos paso ante un ejército de matones destinado a la prevención de desórdenes mediante una antipatía que era mejor no cuestionar. El camino giró varias veces y nos dejó en el interior de una tribuna. De golpe estábamos sobre el asfalto hirviente del Sambódromo, mezclados con las carrozas y una multitud de cuerpos disfrazados que bailaban en el descontrol. La opacidad nos volvió invisibles, y nos perdimos en un río de luces. Oímos que se anunciaba la entrada de Beija Flor. La pista quedó despejada por primera vez en la noche, y el sonido vaciló por medio de los saltos que daba la música ambiental. Entraron cientos de bailarines girando en círculos hacia uno y otro lado y dando el efecto, desde la imagen de altura que reproducían las pantallas, de un disco de hipnosis. Detrás de ellos apareció otro grupo ajustado a diseños diferentes. Los círculos eran mucho más pequeños que el anterior, tanto en diámetro como en número de componentes, y giraban en relación de contigüidad pero en sentidos opuestos como montando un sistema de engranajes. ¿Qué era lo que producía esa máquina? Nada. Solamente luz y movimientos falsos, ilusiones, mundos que no estaban ni siquiera allí donde se los podía ver. Era la representación de una vitalidad que no dependía de la naturaleza sino de las gestiones de los hombres, de su inteligencia y de su ingenio; era, en el fondo, más allá del aporte de una ingeniería de la diversión, el milagro visual y el consumo aterrador de las energías de los cuerpos y las máquinas emulándose entre sí, la cultura

haciéndose pasar por naturaleza para encarnar el mandato más antiguo del carnaval, si no el único.

Un colibrí dorado de diez metros de alto plegaba y desplegaba sus alas, sin correspondencia con la velocidad del colibrí pero sí con la de la cámara lenta, lo que lo embellecería —además de hacerlo existir— en los noticieros del día siguiente. La cabeza enorme se mecía en inclinaciones de afirmación o pensamiento y parecía interpelar el gusto de las tribunas con delicados movimientos de lado. En segundo plano se agitaba una cortina de plumas y hojas tropicales gigantes, también falsas y doradas, movidas por personas distribuidas sobre unas gradas que le daban al decorado frondosidad selvática y altura. En el interior del colibrí se veía, mediante el ardid de una transparencia muy bien administrada, un núcleo solar de luces que se concentraban y esparcían en una combinación automática de espejos.

En la proa de la carroza, una mujer mestiza apoyaba las manos en un bastón fijo y bailaba sobre una plataforma giratoria, dando golpes de cadera sobre los acentos de la batucada y saludando a los espectadores — que la enceguecían con sus *flashes*— en los intersticios donde pudiera afirmarse su equilibrio. Estaba cubierta de una película dorada, como una diosa de metal, y de un vestuario de oropeles, strasses y lentejuelas que terminaban en una corona tres veces más alta que su cabeza. Su movimiento más celebrado se producía cuando daba la espalda al frente de la formación y sacudía sus ancas en un alardeo de superdotación sexual que hacía vibrar el culo redondo y espeso y petrificaban las suaves ondulaciones de sus femorales.

Jenny me sacó de allí hacia la acción de los alrededores. Las calles estaban tapadas de basura, había autos estacionados en la vereda (algunos con los vidrios rotos y las alarmas encendidas), y personas tiradas en el piso con la boca abierta, como peces fuera del agua. En las encrucijadas se multiplicaban las corridas grupales, las explosiones de armas, los choques de metales y los insultos a los gritos: «¡Preto filho da puta!». Un policía estaba destrozando a un niño descalzo. Primero lo volteó de un palazo y luego lo pateó en el piso varias veces hasta que ya no se movió. Pero llegaron otros tres niños, se lanzaron como balas humanas contra la espalda del policía, lo tiraron boca abajo y le mordieron las manos y las orejas, como ratas defendiéndose o alimentándose en comunidad. La sorpresa y el terror le impidieron gritar al policía, superado por el número de atacantes que se prendían a la carne pero, sobre todo, incapaz de

comprender lo que ocurría en ese momento en el que se enfrentaba a una humanidad desconocida, fuese por lo regresiva o lo evolucionada (nadie podía saberlo).

El sudor le daba a Jenny un brillo especial, sobre todo en las piernas, apenas cubiertas con su minifalda de *jean* gastada por un baño de piedras que, según el paso que llevara, dejaba ver el vértice de su bombacha blanca. Cuando eso sucedía, tomaba la minifalda con las dos manos y le daba un golpe hacia abajo para cubrirse un poco más y descubrir, al mismo tiempo, la placa lisa del abdomen. Nos apartamos del desorden, lo que era una manera de decir, porque estaba en todos lados: en los sobrios, los borrachos y los drogados; y en los grupos de travestis que patrullaban las cuadras como brigadas morales y golpeaban a cualquier persona en la que vieran atisbos de homofobia o, simplemente, el clasicismo de la heterosexualidad; y también en el interior de las fuerzas policiales, que iban y venían desconectadas de la subordinación y sin saber muy bien a quién matar.

Escapamos hacia el interior de un estacionamiento y nos acostamos entre dos autos. Jenny se movió despacio arriba mío mientras me metía la lengua y la sacaba para que se le viera, larguísima y mojada, y luego se quedó sentada casi un minuto con la pija adentro, quietita, ensartada, y comenzó a babear un chorro transparente y pesado de saliva que cayó a mi boca sin tocarme los labios. Le dije que iba a acabar y me sonrió como una santa.

1998

Sábado 31:

Volví de Brasil. Tenía tres mensajes de Bárbara Rodríguez. Nos vimos. Me preguntó por qué la besaba si ya no éramos novios. Almorzamos en Jimmy's. Me contó que Sara Parente estaba embarazada: «Sos la única persona en el mundo que puede saber lo que sentí cuando me lo dijo. ¿Por qué no me trajiste un regalo?». Fuimos a su casa. Me invitó a pasar después de dos meses. Me preguntó si la quería. Después dijo: «¿Con quién habrás estado?».

Domingo 1.º:

Me invitó a almorzar. Le dije que no. Dijo algo sobre mi voz «de reventado». La llamé a la tarde. Le pedí que nos viéramos. Me dijo que la fuera a buscar. Angustia. Me olió. Cenamos. Le dije que necesitaba una mujer. Me dijo que volviera en unos meses. Me preguntó por qué la hice sufrir y esperar tanto. Me dijo que íbamos a volver a estar juntos. «¿Con quién estuviste en Brasil?». Me dijo que coger con alguien que no se quiere no tiene importancia, y que si ella tenía ganas de coger con otro tipo lo iba a hacer, y que si yo tenía ganas de estar con otra mujer tenía que hacerlo, y que cuando volviéramos a estar juntos no habría que tocar el tema. Me pidió que le leyera algo. Le leí el diario mientras me acariciaba. Dijo: «No perdamos lo que tenemos. Te lo pido por favor».

Lunes 2:

No nos llamamos.

Martes 3:

Llamó. Me dijo que no le estaba prestando atención y colgó enojada. A los cinco minutos volvió a llamar y hablamos una hora. Me dijo que mi hijo y yo somos su familia. «Chau, mi amor». «Chau, mi amor».

Miércoles 4:

No nos llamamos.

Jueves 5:

Llamó a las doce de la noche. Dejó un mensaje: «¿Con quién estás? Decime con quién estás». Lloraba.

Viernes 6:

Me preguntó si podía darle un beso. No se lo di. Fuimos a McDonald's con mi hijo. Se abrazaron. Él le dijo que había soñado con ella. Estaba agresiva conmigo. Le pedí que no me ladrara. Me dijo que no tenía que esperar nada de ella. No le contesté. Dijo: «¿Cómo voy a hacer para tener una familia con vos si no tengo fuerzas?». Le dije que a ella no le interesaba tener una familia. «¿Qué?! ¡Vos no vas a venir a decirme a mí qué es lo que quiero! ¡¿Qué sabés?!». Me recordó el episodio de nuestro tercer aniversario. «¿Te acordás, no? ¿Cómo creés que me sentí?». Yo lo había olvidado completamente. Me pidió pasar la tarde con mi hijo. Le conté que había soñado que iba en un avión que parecía caerse pero finalmente aterrizaba. No le conté que en tierra me esperaba una mujer que no era ella. Me dijo que le había gustado nuestro viaje a Valparaíso. Le pregunté qué quería de mí. «Quiero que cuando te llame me trates bien. Y que cuando quiera verte, me dejes. Ay, te quiero tanto, tanto...».

Sábado 7:

No nos llamamos.

Domingo 8:

No nos llamamos.

Lunes 9:

No nos llamamos.

Martes 10:

No nos llamamos.

Miércoles 11:

Me llamó. Me preguntó si la había estado llamando sin dejarle mensajes. Le dije que no (sí: la había estado llamando). Cortamos.

La llamé más tarde. Me dijo que yo la juzgaba todo el tiempo, y que ayer no había llamado porque no quería hablar angustiada. Hablamos de «Titanic». Te quiero. ¿Vos me querés?. Le dije que sí. Me pidió que se lo dijera despacio, varias veces: «Decímelo como si fueran las dos únicas palabras que conocés». Me contó que no fue a trabajar porque estaba engripada. Me dijo que yo tenía que ir a San Luis, que eso nos iba a venir bien a todos, especialmente a mi hermana. Le dije que me iba a España el 24 de marzo. «Ah, no. ¿No vas a estar para mi cumpleaños?». Le dije que la iba a llamar. «Me da mucha tristeza pensar que no vas a estar, mucha tristeza». Me dijo que nuestras charlas eran insuperables. Le contesté que hablar era «lo que quedaba». Dijo: «¿Sabés qué pienso?: “Ya te voy a agarrar, ya te voy a agarrar”. Eso pienso. Parece una amenaza, ¿no?». Yo le dije que me parecía que me odiaba. Dijo: «No, no, no te odio ni un poquito. Te adoro, pero a veces aparece el resentimiento». Nos despedimos varias veces, sin colgar. Me dijo que no le gustaba que me hiciera «el vivo», y que el viernes, cuando me quiso dar un beso y me fui se sintió muy dolida. Lloró. Se ríe. Cortamos.

Jueves 12:

No nos llamamos.

Viernes 13:

No nos llamamos.

Sábado 14:

No nos llamamos.

Domingo 15:

La madre de Bárbara me llamó para invitarme a cenar. Inventé una historia para no ir. Me llamó Bárbara. Me dijo que había dado por «descontado» que iba a ir: «¿Por qué no permitís que me acerque?». Me pidió por favor que fuera, así nomás, «como estás». Fui. ¡Qué pelotudo! Me recibió en la puerta con un beso. Durante la cena no la miré. Después de la cena me preguntó por qué no la había mirado. «Estaba comiendo. ¿Me invitaste a comer o a que te mirara?», le dije. Me pidió que la llevara a tomar un helado. Le conté que había decidido ir a San Luis. Me pidió que me acercara: «Estás muy lejos». Me abrazó. Me besó la nariz. Me preguntó si tenía novia. Le dije que a veces me llamaba alguna amiga para saludarme. Dijo: «A mí los hombres no me llaman para saludarme. ¿Te puedo llamar antes de que te vayas?». Me pidió el teléfono de mi hermana. En el auto me preguntó si estaba bien. Bajamos en una plaza. Nos abrazamos y nos besamos. Subimos al auto. Me preguntó cómo la había pasado. Llegamos a su casa. Apagué el motor pero dejé las luces encendidas. Me besó. Acercó su cara a la mía y me pasó la nariz por la piel dejándome una electricidad en el cuello. Me volvió a preguntar si estaba bien. No le contesté.

Lunes 16:

No nos llamamos.

Martes 17:

No nos llamamos.

Miércoles 18:

Me dejó dos mensajes. La llamé un minuto antes de irme a San Luis. Me preguntó por qué no le avisé que me iba el miércoles. Dijo que le hubiera gustado vernos a mí y a mi hijo. Me dijo que el domingo había estado bien y,

lo más importante: se «quedó» bien. Me preguntó si la quería. No le contesté. Dijo: «Yo también te quiero».

Jueves 19:

Llamó a San Luis para saludar a mi padre. Era el cumpleaños. Preguntó por mí pero dijo que llamaría más tarde. Volvió a llamar. Me reprochó haberme ido sin verla. Me dijo que habíamos dado unos pasitos de acercamiento pero que yo me escapé. Le dije que yo había comenzado a sentir que estábamos separados, «pero se ve que vos todavía no te enteraste». Me dijo que no me va a preguntar otra vez, como ayer, si la quiero. Le pregunté si me quería: «Te adoro, te adoro, pero te escapaste». Le dije que una parte de mí la seguía queriendo pero la otra ya no. Me contestó gritando que había una parte de ella que le decía que íbamos a volver a estar juntos y otra que le decía que no. Dijo: «¿Y entonces qué vamos a hacer?». Me dijo que le hubiera gustado estar con nosotros en San Luis: «Ahora voy a estar casi un mes sin ver a tu hijo. “Tu” hijo, como te gusta refregármelo. Vos sabías que yo me iba a Catamarca, y lo hiciste a propósito». Lloraba. Le dije que eso no era cierto. No era cierto. Le pedí por favor que no cortáramos peleados: «No. Yo tampoco quiero eso». Le dije que siempre pensaba cosas desagradables de mí. Dijo: «Estás equivocado. Estoy pensando las cosas que tenés a favor».

Viernes 20:

Le dejé un mensaje. Le dije que quería hacer las paces y que, si no hablábamos antes, que le fuera bien en Catamarca. Por dentro pensé: «Andate a la puta que te parió, loca de mierda».

Sábado 21:

No nos llamamos.

Domingo 22:

No nos llamamos.

Lunes 23:

Llamé a Catamarca. «Pensé que no querías que nos llamáramos», me dijo. Le dije que la quería. Me dijo que no podía hablar porque estaba rodeada de gente, pero susurró: «Yo también te quiero, hermoso». Le dije que al final me iba a España en abril, no en marzo. Le pregunté por qué no había contestado mis llamadas. Me dijo que fue porque el jueves quería escucharme pero terminó haciéndome reproches. Dijo: «Los mensajes que me dejaste me aliviaron un poco, pero vos tenés que escuchar las cosas que decís». Me recordó que le dije que estábamos separados. Dijo: «Vos también parecés resentido». Le dije que sí, que podía ser. Me preguntó por mi hijo. Le dije que en el cumpleaños de Juan Amondarain varias personas me preguntaron por ella. Dijo: «Yo creo que tus amigos no preguntan por mí». Le pregunté si tenía algún novio en Catamarca. Primero dijo que no. Después agregó que habíamos quedado en que no nos íbamos a preguntar esas cosas. Silencio. «Y esto te digo: la única foto que me traje es esa en la que estoy con vos y con tu hijo en la nieve». Cortamos.

Volví a llamarla al hotel a las doce y media de la noche. La desperté. Le dije «mi amor», pero al decirlo no sentí nada. Le pregunté si la incomodaba que le dijera eso, y me contestó que no: «Me entristece porque no estamos juntos». Le conté algunas cosas de San Luis. Me recordó la cantidad de veces que me pidió que fuéramos: «Y ahora fuiste sin mí». Le pregunté: «¿En qué andarás vos?». Dijo: «En nada, Juan. En nada». Le dije que me gustó mucho verla el domingo porque parecía feliz. Dijo: «Ojalá, ojalá, pero yo no estoy feliz. Estoy ciclotímica». Le dije: «Estás histérica. Decime qué tenés puesto». Dijo: «Qué te importa, cuchillito que no corta, pico largo y nariz corta». Hizo un silencio y me dijo: «Todos los días pienso en nosotros; pero no sé lo que pasó, no sé lo que está pasando y menos sé lo que va a pasar. Sueño cosas raras. La noche que te llamé a San Luis soñé que me mataban. Lo que sí sé es que te necesito cerca». Le conté que encontré en mi computadora un sueño escrito por ella. «¿Me lo mandás?». Le volví a preguntar qué tenía puesto. Se enfureció: «¿Pero para qué querés saber eso? ¿Qué ganás? No quiero hablar de eso. No estoy contenta con lo que me pasa. Siento como si me agarraras un dedo y me lo hundieras en la herida». Le pregunté de quién era la herida. «Esa herida es tuya. No te preocupes que a la mía la revuelvo yo todos los días». Lloraba. «Por qué me presionás si la charla venía bien. Sos muy destructivo, muy destructivo...». «Tampoco es tan grave mi pregunta, ¿no?». Siguió llorando: «¿Es que no entiendo por qué hablás de lo que no podemos hablar?». Le contesté que si no podemos hablar debe ser porque ese es el tema. Le pregunté qué pasaría si no la quisiera más. «Me muero. Ni me lo digas.

Aunque no me creas, en mi sueño están vos y... tu hijo. Nadie más». «¿Y vos estás?». «Sí, yo estoy, claro que estoy». Hizo un silencio y luego cortó una frase para decirme: «Ay, te quiero. ¿Por qué tardaste tanto para ciertas cosas? Hagamos algo: no nos llamemos hasta el miércoles».

1994

Bárbara se despertó en casa y escribió en mi computadora:

El sueño de anoche:

Al principio yo tenía un bebé en brazos, y le sacaban fotos. El bebé tenía unos diez o doce meses, era gordito y se parecía a mi hermano cuando era chiquito, o a tu hijo; era una mezcla de los dos. Mi hermano tuvo, como tu hijo —como tenía el bebé del sueño—, el pelo cortado con taza, con un flequillo espeso cayéndole sobre la frente. Yo estaba un rato sosteniendo al bebé mientras un fotógrafo y una productora de modas —una mujer flaca y estúpida como la productora de modas que aparece en televisión— le sacaban fotos. Al final me lo llevaba a una casa de deportes a comprarle una camiseta de Argentina para las fotos. Después yo aparecía en una casa grande. Estaba en el piso de arriba, en mi dormitorio (una especie de cuarto de hotel con pisos de madera, puertas enormes y baño privado), preparándome para bañarme y vos entrabas para decirme que, como la mamá de tu hijo había salido, tenías que bañarlo vos, y me pedías que bajara a ayudarte. Al parecer, todos vivíamos en la misma casa. Yo bajaba y encontraba a tu hijo ya metido en la bañera, en el antebañito de un lugar espacioso, en cuya puerta estaba sentada tu abuela Juana, que en este caso era flaca y se había sentado a mirar. Yo empezaba a enjabonarlo, le lavaba la cabeza y jugábamos mientras conversaba con vos, que estabas haciendo algo en la habitación de al lado (¿la cena?). La puerta del antebañito estaba abierta, pero no la que la separaba del baño. Cuando yo casi había terminado, esa puerta se abrió y se asomaba la madre de tu hijo, que había estado escondida ahí todo ese tiempo para escuchar lo que vos y tu hijo y yo hablábamos. Y yo pensaba: «¿Cómo? ¿Estuvo ahí escondida? Es mentira que salió». Y me daba mucha bronca y lo dejaba a él medio envuelto en el toallón y me iba corriendo escaleras arriba a encerrarme en mi cuarto. Yo sabía que vos le ibas a reprochar la mentira y que iban a discutir. Al final (este último episodio fue el más largo de todos) yo volvía de algún lado con vos. Y te decía: «Yo me voy para mi casa. ¿Vos qué hacés?». Y me contestabas que te ibas para la casa de Fulanita. Decías un nombre que no puedo recordar, un nombre cuyas únicas vocales eran la i y la a. Sonaba como Ivana o Marina. Y también me decías que después me llamabas. Entonces yo me tomaba un micro y durante el viaje, no sé por qué, me iba dando cuenta de que me engañabas con esa chica —yo no la conocía, pero sabía que era muy joven—, de que también salías con ella y de que yo había sido muy tonta al no haberme dado cuenta antes. De pronto, la certeza del engaño se me hacía insostenible y me ponía a llorar. Pensé en una palabra en inglés, realize, que quiere decir darse cuenta, comprender algo de repente. Me pasaba eso. Los pasajeros del colectivo se daban vuelta para verme llorar y me daba mucha vergüenza. Y entonces, no sé cómo, tenía un teléfono en la mano y llamaba a tu trabajo, para pedirle a alguien el teléfono de esa chica. Mientras hablaba, la gente no dejaba de mirarme y yo no dejaba de llorar. Me atendía uno de tus compañeros de trabajo, un hombre al que yo no conocía pero que sin embargo sabía quién era yo. Y también sabía quién era la chica con la que estabas. El número de teléfono que me pasaba (y que yo anotaba en un papel cualquiera con una birome que me prestaba el hombre que estaba sentado en el asiento de adelante) empezaba con 3: el número del engaño amoroso; y el de la familia. Cuando yo colgaba, el teléfono desaparecía y el

colectivo se acercaba a la terminal. Vos te veías con esa chica; recién entonces yo me enteraba de algo que aparentemente todos, incluso gente para mí desconocida, sabían. Me sentía humillada y herida, y el dolor era tan fuerte que no podía parar de llorar. Lloraba con gemidos y con hipos, y me molestaba que me mirasen. Decidí bajarme y llamarte desde el locutorio de la Terminal de Retiro. No sabía qué te iba a decir, pero tenía que hablar con vos cuanto antes. La Terminal era mucho más oscura y húmeda que en la realidad. Estaba llena de gente con valijas que esperaba o bajaba y subía de los micros, y a un costado, sobre una especie de playón asfaltado, un predio enorme que parecía un estacionamiento, se había instalado un circo. La carpa estaba cerrada porque a esa hora (serían las tres de la tarde) no había función, y los artistas y los animales cruzaban la terminal mezclándose con los pasajeros. Veía pasar un caballo que arrastraba, atados de la cola, los cuartos traseros de otro caballo. El primero, el caballo completo, trotaba, y el segundo también, aunque estaba muerto. Eran dos patas y una cola trotando como si tuvieran vida propia. Veía pasar a varias mujeres vestidas como gitanas; a un potrillo atado a un camello atado a un caballo montado por una de esas mujeres atado a un león y a un hombre de a pie con un látigo que parecía conducir la caravana; y a un elefante de proporciones humanas, que caminaba en dos patas y tenía dos trompas. Yo cruzaba entre esos seres prodigiosos, asombrada y sin dejar de llorar, y entraba al locutorio. Sacaba un número y me ponía en la cola. Había como veinte personas delante de mí. Yo tenía en la mano el papelito con el teléfono de la casa de esa chica, y pensaba en qué te iba a decir cuando me atendieras. No lo sabía, pero tenía la sensación de que las cosas eran irremediables. Era la catástrofe, no había forma de arreglar nada, vos y yo no nos íbamos a volver a ver. La gente me veía llorar.

Fin

1998

Martes 24:

No nos llamamos.

Miércoles 25:

Llamó. Me preguntó qué me pasaba que le hablaba con ganas. Le dije que tal vez fuera por la conversación del lunes y sobre todo, por su reacción a mi pregunta sobre cómo estaba vestida. «¿Querés que no nos llamemos más?». Le contesté que sería lo mejor. Me dijo: «Ay, te quiero. Te adoro. Si no viste lo bien que estuve el domingo, y lo bien que charlamos el lunes hasta que hiciste esa pregunta, es porque sos miope. A mí me duele mucho hacerte daño y no poder consolarte; y también es un daño que me hago yo». Esperé a que terminara de hablar, y cuando se hizo un silencio le dije que no quería enamorarme de otra mujer. «¿Te estás enamorando de otra mujer?». Empezó a llorar. Le dije: «¿Qué te habré hecho para que estemos así? Me parece que va a ser muy difícil que volvamos a estar juntos. Ya pasamos mucho tiempo separados. No quiero deshacer del todo lo que queda pero no le veo mucha salida al asunto». Dejó de llorar: «Te equivocás. Estas cosas no se deshacen. Quiero mandarte muchos besos y abrazos y que te lleguen. Si me preguntás si vamos a estar juntos otra vez lo único que puedo decir es que ojalá podamos, ojalá. Tengo que cortar. Después seguimos».

La llamé dos horas más tarde y le dije que quería que no nos llamáramos más, y que necesitaba terminar con este sufrimiento y olvidarme de ella. «¿Olvidarte de mí? Bueno..., no sé qué decirte..., olvidate. Yo voy a colaborar para que no nos llamemos. No sé cómo no te das cuenta de que este tipo de conversaciones nos está haciendo mierda. Así nos vamos a quedar sin nada». Me dijo: «Te quiero. Si querés pensar que no llamarnos más me alivia, te lo digo. Pero es mentira. Si pensás que no te necesito, pensalo, pero es mentira porque te necesito». Le dije que era la mujer que más había querido en la vida. Dijo: «Y vos sos el hombre que más quiero en la vida». Le dije que eso que decía estaba desactualizado. Me dijo: «Mirá, está bien, no nos llamemos más, me esperan para cenar».

Volví a llamarla. Le dije que no podíamos cortar como cortamos, que era muy triste terminar así, muy triste. Dijo: «Yo también pienso eso, pero sos vos el que no sabe lo que quiere. No podemos hablar como hace un rato y pelearnos a mil kilómetros de distancia. Está bien: yo te insistí para que me dijeras qué te pasaba, pero es que a veces me siento omnipotente y quiero solucionarte los problemas». La dejé hablar un rato más, solo para escuchar su voz.

Jueves 26:

No nos llamamos.

Viernes 27:

No nos llamamos.

Sábado 28:

No nos llamamos.

Domingo 1.º:

Me llamó tres veces. Al mediodía, a la tarde y a las nueve de la noche. Dejó mensajes en el contestador. Los tres más o menos iguales. «Hola, soy yo. Llamaba para ver cómo estaban. Besitos para los dos. Voy a ver si los llamo más tarde. Voy a ver si los encuentro mañana a la mañana o al mediodía. Un besito».

Lunes 2:

No nos llamamos.

Martes 3:

No nos llamamos.

Miércoles 4:

Llamó a la mañana. Dejó un mensaje. Dijo que no tenía suerte, que llamó un par de veces y no pudo encontrarme, y que tenía ganas de hablar conmigo. Dijo: «Te quiero, te llamo más tarde». Dios mío, qué pesadilla.

Volvió a llamar a la noche. Dijo que seguía sin suerte (parecía triste). «Tenía ganas de tener noticias tuyas y hablar un poco con vos. Si vas a Rosario que te vaya bien. Trae plata. Te amo».

Jueves 5:

La llamé. Estaba trabajando. Me dijo que me llamaba en diez minutos. Llamó. Me contó que no se divertía, y que había días en que estaba bien y otros en los que estaba mal. «¿Escuchaste mis mensajes? Hace varios días que quería que charláramos. Soñé con tu voz. Eras una voz que me hablaba y yo me iba durmiendo, como una nena que escucha un cuento del padre». Le conté algo de mi viaje a Rosario y le dije que iba a cambiar el auto. Le dije que la extrañaba. Dijo: «Y yo te quiero. Pero tomá con pinzas lo que digo porque soy un peligro». Le nombré a mi hijo y se puso a llorar: «Lo extraño. ¿Le hablás de mí?». Le dije que el lunes había tenido una reunión de trabajo con Susana Bullrich, y me preguntó si me iba a poner de novio con ella: «Como siempre dijiste que era una linda mujer... Por ahí se gustan, ¿no?». Le conté que vi un traje que me vendría bien para el nuevo trabajo. Dijo que le gustaría ir a verme cuando asumiera: «Pero no sé si corresponde. Si estás con alguien ¿qué voy a ir a hacer? ¿Y si yo voy y hay otra chica? Igual te quiero acompañar a comprar el traje. Y decime, ¿se pude saber por dónde anduviste todos estos días? ¿Te puedo ver cuando llegue? Yo te llamo. Si no estás, no estás. ¿Te puedo mandar un beso?, ¿y un abrazo? ¿Vos me mandás uno a mí? Mirá que quiero verte cuando llegue...».

Llamé a Marcelo Parente por los papeles del auto. Entre otras cosas, me dijo que Bárbara había llamado ayer a la casa para hablar con Sara y le preguntó si me habían visto o sabían algo de mí.

Viernes 6:

No nos llamamos.

Sábado 7:

Llamó. Estaba en la casa. Me preguntó si podíamos vernos. Dijo que quería una cita para mañana a la noche. Me preguntó cómo estaba. Dijo: «Bien, ¿y vos?». Me dijo que bien, contenta de estar otra vez en el barrio: «Hace mucho que estoy afuera. Bueno, entonces mañana te llamo a las ocho para arreglar la salida. ¿Querés? ¿Tenés ganas de verme?». Le dije: «Un poquito». Dijo: «¿Un poquito? Bueno ¿qué le vamos a hacer?». Le dije que me llamara a esa hora, que iba a estar en casa. «Chau, lindo».

Domingo 8:

Me llamó y me preguntó si nos íbamos a ver. Le dije que sí. Me dijo si podía ir a buscarla a lo de los padres y, de paso, cenaba con ellos. Acepté. Me dijo: «Me parece que hoy no hay mucho entusiasmo, ¿no? Ayer parecías más animado». Le dije que me dejara de romper las pelotas con sus auditorías: «A las nueve y media o diez estoy allá».

Cenamos en casa de sus padres. Cuando se refería a mí hacía un silencio y me miraba para que yo dijese algo, como en una audición de teatro. Por momentos sonreía y por momentos parecía desganada y ausente. Me llevó a ver cómo estaban quedando las refacciones de la casa. Nos abrazamos en un rincón. Dijo: «Hola, no me diste mucha bola hoy cuando te llamé». La abracé. Le dijo a los padres que salíamos a tomar un café y me preguntó si podía llevarle unos bolsos. En el camino nos miramos varias veces. Le pregunté sobre su viaje y solo me contó problemas laborales. Entramos a su casa. Me mostró algunas cosas que compró en Catamarca. Estaba apurada por salir. En el pasillo no había luz. Le

pregunté: «¿Vos sos Mercedes Rodríguez?». «¿Y vos sos Juan Guerra?». Yo dije «sí» y ella dijo «no sé». Subimos al auto. Estiró una mano y me tocó la cara durante varias cuerdas. Yo incliné la cabeza hacia su mano, como si me estuviera dando de comer. «No sé vos, pero yo veo que hay cosas intactas entre nosotros y esas cosas que están intactas son vitales. ¿A dónde vamos? ¿Querés que vayamos a Pizza Banana? Quiero ver a esas mozas que vos ves, así les echo una miradita». Volvió a recordar el episodio de nuestro tercer aniversario: «Me parece mentira que eso haya pasado. Es el día de hoy que no lo puedo creer». La interrumpí. Le dije que yo no volvía más al sufrimiento, ni con ella ni con nadie. Ella dijo que quería una felicidad simple pero no sabía cómo hacer para tenerla. Me besó y me dijo: «No quiero que por el nuevo trabajo fumes más, ni que te conviertas en un burócrata. Te lo digo porque si yo no te digo estas cosas no te las va a decir nadie. Ah, y esto: tendríamos que ir cenar adonde estaba Presto. Me dijeron que está mejor que antes. Podríamos invitar a los Amondarain, que hace mucho que no los veo. ¿Preguntan por mí?». Me besó. «Si no fumaras tanto te daría más besos. ¿No estarás tomando drogas, no?». Hablamos de plata. Me dijo que este era el año del ahorro, pero cuando dije que quería comprarme una casa me dijo que no quería escuchar eso. Dijo: «Igual yo creo que las cosas nos van salir bien, que solo tenemos que tener un poco de paciencia y ordenar nuestras cabezas por separado. No puedo pensar en nada sin pensar en vos». Le pregunté qué quería para su cumpleaños. «Quiero que me regales tu amor». Dijo que hacía un mes que no veía a mi hijo y empezó a llorar. «Estoy pensando en muchas cosas a la vez, cosas más que estaban mal. Tengo unos diálogos internos terribles». Salimos abrazados. Frené en la casa pero no apagué el motor ni las luces. Se abalanzó sobre mí: «Los besos no le hacen mal a nadie». Me dijo que el miércoles me iba a llamar. Nos abrazamos. Por primera vez en meses rocé la piel de su espalda con la mano abierta. Puse primera. Me preguntó si la estaba echando. «¿Vos querés que te eche?». «Sí, quiero que me eches».

Lunes 9:

No nos llamamos.

Martes 10:

No nos llamamos.

Miércoles 11:

Llamó. Me preguntó si quería ir al cine. Dijo que nuestra última salida fue de lo más «simpática». Le contesté que estaba de acuerdo. Dijo que había pedido el día para no trabajar mañana. Me pidió que la llamara a la tarde. Le dije que podíamos ir a la función de las nueve. Me dijo que, si quería, podíamos ir a cenar después. Le dije que sí. Nos despedimos como si estuviéramos juntos.

Jueves 12:

Me dejó un mensaje: que la llamara después de las ocho y media. Llamé. No había llegado. Llamó. Arreglamos para las nueve y media. Tenía un vestido corto. Sentada, se le

veían las piernas. Subió al auto, nos dimos un beso y empezó a contarme cosas sobre su tía Marta, que estaba mal, tenía erupciones, estaba deprimida. Me dijo que si ella se lo pedía se iba una semana a Roma a visitarla. No sentí nada cuando lo dijo: ni rencor, ni envidia, ni celos. Nada. Perdí el hilo de la conversación. Cuando lo recuperé ella se estaba riendo. Bajamos. Elogió mi buzo. Me preguntó quién me lo había regalado. Dije: «Una chica». Entramos a Piano (ex Presto). Nos sentamos. Me dijo que estábamos muy lejos y se cambió de silla. «Vení, mimoso». Me besó. Dijo: «Tenía ganas de ir al cine y pensé: “¿Con quién puedo ir?”». Con mi nenito». Pidió salmón. Le pregunté si le gustaba que saliéramos a cenar. «Claro». Me dijo que sabía que yo me iba a poner el buzo que me puse. Le dije que yo no sabía. «Vos no, pero yo sí». Me contó que estuvo a punto de ponerse la campera de hilo que le regalé en Chile, y que la usó mucho en Catamarca, y que de Catamarca, le parecía, había vuelto un poco más gorda: «¿Te diste cuenta de que hoy me arreglé para salir con vos?». Me contó las ideas de Marina sobre la maternidad y me preguntó por mi hijo. Lo nombró y su cara pareció brillar. Me dijo que hacía unos días había recordado una noche en que nos peleamos en mi casa y ella se fue sin que yo saliera a buscarla. Le dije que eso no podía ser cierto. Sin embargo, me avergoncé cuando lo dijo. Después de cenar fuimos a ver «En busca del destino». Linda, muy linda. En el cine me agarró la mano: «Amo esta mano». La apoyó en sus piernas. Muy suaves. En un momento me incliné sobre el asiento de adelante y sentí sus caricias en la espalda. Me preguntó al oído si estaba bien. Estiró las piernas hacia mi lado y las apoyó sobre las mías. Durante las tres horas que duró la película no dejamos de tocarnos en ningún momento. Fin. Se dio vuelta y me dijo al oído: «Me parece que te estoy perdonando. De a poquito». La miré y le dije al oído: «Muy bien». Nos abrazamos. Lloraba, pero dijo que no lloraba por la película. De golpe comenzó a reírse. Le dije que me encantaba que se riera y que no sabía cuánto me alegraba verla así. Me dijo que el sábado quería ir merendar o a cenar a mi casa, según lo que pasara con el cumpleaños de Claudia Anaya. Le dije que le mandara un beso de mi parte. Dijo: «Hace mucho que no voy a tu casa. Casi no me acuerdo cómo es». Me preguntó si estaba impaciente. Le dije que estaba bien. Nos abrazamos y nos besamos. Me dijo: «Ya no me hacen daño los malos. No me hacen nada».

Viernes 13:

No nos llamamos.

Sábado 14:

Me dejó un mensaje. La llamé. Me dijo: «Estás totalmente invitado al cumpleaños de Claudia. Quiero que vengas con tu hijo». Me contó que estuvo mirando fotos de nuestro primer viaje a Uruguay: «Yo era rechiquita, y más flaca; y vos tenías más pelo, qué te pensabas. Voy para allá». Llegó y se abrazó con mi hijo. Le trajo libros y dos remeras. Entró a mi cuarto. Se sorprendió al ver que saqué sus fotos. «Seguro que me sacaste porque vino alguien, ¿no?». Me tiré en la cama. Ella se acostó encima de mí y me olió el cuello: «Tu olor es más rico desde que dejaste de fumar». Me dijo que le hacía muy bien que yo no le preguntara todo el tiempo cómo estaba: «Me encanta eso». Le pregunté si estaba bien. «Sí, pero todavía falta para la felicidad. Tenemos que desintoxicarnos primero para tratar de volver a estar juntos, si se puede. No hay que cebarse. Yo voy a tratar de llamarte menos esta semana. Además, todavía no somos novios. Igual, me parece que te estoy perdonando: de a poquito. Yo tengo ganas de verte siempre, pero me parece que en estos días nos estuvimos viendo mucho. ¿Por qué no me decís algo que me tranquilice?». Dijo: «Te digo, tenés que ser más simple y dejar de medir todo: esto es aquello, aquello es esto otro. Sos muy complicada».

«Vos me hiciste complicada. Yo no era así. La culpa es tuya. ¿Vas a venir el sábado al cumpleaños de papá? ¿Te parece que estoy loca?». Dijo que había que ir «despacito» porque ya habíamos sufrido mucho. Se tiró encima de mí otra vez: «Yo no estoy segura de lo que me pasa, por eso tengo miedo. ¿Te hace mal salir así, de amigos? A mí me hace muy bien, pero ¿te jodo mucho a vos? No. No te jodo mucho».

La llamé: «¿Estás lista? Mirá que nosotros ya salimos». Llegamos a Pizza Banana y nos sentamos uno frente al otro. Después de unos minutos en los que la vi dudar, me agarró la mano y me acarició el brazo. Les contó a las chicas que la saqué del portarretratos y puse la foto del perro. Me dijo al oído: «Sos malo». Un poco más tarde me dijo: «¿Estás con alguien? Si es cierto, quiero que la echés». En casa acosté a mi hijo y ella lo besó en la frente. En la mesa del comedor estaba la carta que me había mandado Sandro Alonso. Le dije que nos invitaba a Buzios. Me miró: «Bueno, por ahí podemos ir en el verano, ¿no?». Le dije que se sentara en mis piernas. Apenas se sentó me dijo: «¿Me pedís un auto? Me gustó esta noche. Necesitaba una reunión. Te voy a llamar el fin de semana para ir al cumpleaños de papá. Pero te prometo que en la semana no te llamo». Antes de irse le dejó una carta a mi hijo: «Después de que te dormiste, tu papá fumó cinco cigarrillos. Te quiero. B.».

Domingo 15:

La llamé. Le pregunté si en su casa estaban mi pantalón azul y mi camisa celeste. «Llamame mañana a la mañana y los pasás a buscar. Tratá de que no sea a las ocho». «Chau, lindo». «Chau, linda».

Lunes 16:

Me dijo que fuera a buscar mi ropa al placar. Le pregunté si quería que la llevara al centro. Tímidamente, dijo que no. Le volví a preguntar: «A mí me mirás cuando te pregunto algo». Se dio vuelta, me miró y me dijo: «¡Nooooo...!». Nos fuimos. Me dijo que el viernes o el sábado iba a ir a lo del padre, y que me iba a avisar para que fuéramos juntos. Me dio un beso, se bajó del auto y me pidió que bajara la ventanilla. Metió la cabeza en el auto y me dijo al oído: «Te quiero, mi amor».

La llamé al trabajo. Le dije: «No te hubiera llamado si no fuera que acabo de estrenar oficina y trabajo». Dijo: «Ay..., nooo...», y empezó a llorar. Le hice burla y le dije que la quería. Me dijo: «Yo también, un poquito: lo mínimo e indispensable». Me dijo que el fin de semana íbamos a ir a festejarlo. De repente cambió el tono: «¿A la noche va a haber alguna cena? ¿María Bertero ya estuvo en la oficina? ¿Vas a tener secretarías?». No le contesté. Me dijo: «¿Sabías que Marcela Banfi va a tener un hijo? No se puede creer. Cómo andan rondando, ¿no?». Le dije: «Habrás que cuidarse». Dijo: «¡A mí me lo vas a decir!».

Martes 17:

La llamé al trabajo. No le gustó. Le conté que en un sorteo había ganado una estadía de una semana en Pinamar, con todo pago, salvo unos gastos mínimos que había que pagar con tarjeta. Dijo: «No me llegó la renovación y es con tarjeta sí o sí. ¿Me prestás la tuya?». Me dijo que sí, que iba a pedir permiso en el trabajo para salir un rato: «¿Con quién vas a ir?».

¿qué me vas a dar por el favor? Si es más adelante yo los podría acompañar». Antes de cortar dijo: «Chau, mi amor. Te quiero».

Miércoles 18:

La llamé y le dije que me perdonara pero que no iba a pasar a buscarla porque había tenido un día infernal. El trabajo nuevo. Me reprochó que no la hubiera llamado antes. Le pedí disculpas. Dijo: «No, no. Vos tendrías que haber considerado que yo estaba trabajando, y que pedí salir para hacerte un favor. ¿Sabés qué? No hice nada en toda la tarde, con lo cual quedé como una ventajera». Le dije que no creía que nadie pensara eso de ella. «Perdoname, pero si soy o parezco una ventajera en mi trabajo es asunto mío. Lo que veo es que querés seguir usando mi tiempo como si fuera tuyo, ¿no? No te importa nada. Total... A ver, ¿qué te pasó?, si se puede saber». Le dije que había tenido la primera reunión importante con Susana Bullrich y que no había podido salir ni avisarle, de lo contrario lo hubiera hecho, y que me estaba instalando en la oficina y viendo a quién llevaba de secretaria: «Creo que al final voy a llamar a Teresa Garro. Me parece que Tere es cconfiable y...». «¡¿Quién?! ¿Perdón? ¡¿Teresa Garro?! ¿Me estás cargando? ¿Desde cuándo es “Tere”? No te entiendo. ¿Vas a llevar a Teresa Garro, esa puta que te deja mensajes en el teléfono como si no supiera que estás conmigo? ¿Te olvidaste que lo hizo sufrir como un perro a Mariano?». Le dije que fue él quien me lo pidió. Dijo: «Yo pensaba que ibas a llevar a tu gente. No lo puedo creer. Bueno, sí que lo creo. De vos creo cualquier cosa. ¿Qué pasa? ¿Te querés llevar una puta al trabajo? ¿Te gusta, no? ¿Te la querés coger? ¿Por eso la llevás? Pensé que habías cambiado». No me dejaba hablar. Traté de decirle que habíamos estado muy bien últimamente como para que reaccionara de esa forma. Dijo: «Sí, muy bien hasta ahora que estamos muy mal. La verdad es que no sé para qué me meto si no me importa». Le dije que no parecía que no le importara. «Y a mí me parece que vos sos un hijo de remil putas». Y colgó.

Volví a llamarla. Seguía violenta: «¿Pero quién es esa mina?, ¿de dónde salió? Yo no quiero sufrir; y la verdad es que lo lamento porque todo estaba saliendo bastante bien. Vos debés pensar que ya me olvidé de los mensajes que te dejó en tu casa, con esa voz de puta relajada: “Hola Juaniiii..., estuve viendo fotos tuyas y me acordé tanto de vooooos... Tenés que venir a visitarme, yo te cocino lo que quieras...”. No me olvidé de nada: me pareció que lo había olvidado. Nunca me lo aclaraste del todo. Y ahora la llevás porque me conocés mejor que nadie y sabés lastimarme. Cada vez que te toca defenderme, no lo hacés. Nunca lo hacés. ¿La querés llevar?, ¿eso querés? Si eso es lo que querés, la mato. ¿O acaso no tengo derecho a protestar?». Le dije que si estaba celosa lo reconociera. Dijo: «Sí, lo reconozco, pero también tengo todos los argumentos para explicarte por qué no la tenés que llevar. Ahora: llevála, si querés: nunca te voy a llamar ahí, y nunca te voy a ir a visitar».

Jueves 19:

No nos llamamos

Viernes 20:

Fui al cumpleaños del padre. Estaba agresiva pero tenía buen humor. «Qué fácil que sería para todos nosotros si vos fueras menos malo». Estuvimos menos de una hora.

Saludamos y nos fuimos. Me dijo que el encuentro no habrá estado a la altura de los últimos, pero que no estuvo mal. Dijo: «¿Te gustó que hayamos hecho un poco de familia? Claro, sí que te gustó. ¿Por qué vas por acá? No me gusta este camino. Es peligroso. ¿Cuándo nos vamos a ver? ¿Me vas a llamar esta semana para pedirme algo? El sábado es mi cumpleaños, ¿te vas a acordar? ¿Me vas a llamar? Me muero si no me llamás». Frené en la puerta de su casa. Me preguntó si iba a salir: «Sí». Dijo: «Bueno, salí pero no fumes. ¿Estás bien?». Me tocó la pierna varias veces y se me echó encima. Dijo: «Estás suave». La besé. Se resistió un poco. La miré y encendí el motor. Se acercó y comenzó a besarme; abría suavemente la boca y sacaba la lengua muy despacio. Le dije: «Bajate». Se rio, bajó del auto y me saludó con la mano desde la puerta.

Sábado 21:

No nos llamamos.

Domingo 22:

No nos llamamos.

Lunes 23:

La vi pasar a la mañana por el bar Los Naranjos. Yo estaba desayunando con mi hijo. La llamé y se sentó con nosotros. Mi hijo la invitó a jugar al aborcado en una servilleta de papel. Me preguntó qué había hecho el fin de semana y le conté que estuve a punto de invitarla a una fiesta de disfraces en una quinta a la que había ido con unos amigos nuevos. Le conté que fue un desastre y que todo el mundo había terminado en la pileta y que duró hasta las nueve de la mañana. No le gustó. Nos separamos en la calle.

La llamé al mediodía para invitarla a almorzar. Estaba enojada. Dijo algo sobre la forma en que le conté lo de la fiesta. Me dijo que entre nosotros estaba en juego «todo», y que tal vez yo no me daba cuenta de eso. Siguió enojada, pero después dijo que no le hiciera caso, que había estado un poco deprimida: «Debe ser por mi cumpleaños. Además hoy a la mañana me llamaste en la calle pero después parecías arrepentido. Yo no estoy bien. Estoy mal, porque quiero estar con vos y no puedo. El fin de semana me dieron ganas de llamarte, pero no te llamé porque no me pareció justo». Le dije que siempre detrás de ella había una defensa del equilibrio, de las proporciones, de la justicia. Dijo: «Te extraño. Estuve muy mal cuando discutimos por Teresa, esa puta tarada que te quiere coger. Porque vos sabés que te quiere recoger, ¿no? Yo fui la que escuchó el mensaje en el contestador. Parecía que se estaba pajeando. “Tere”: putita de mierda. Si no te llamo es porque pienso que vas a pedirme cosas que no te puedo dar, cosas... del cuerpo». Antes de colgar dijo: «Chau mi amor». Y yo dije para mí: «La tengo que dejar, la tengo que dejar, la tengo que dejar...».

La llamé al trabajo porque Gonzalo necesitaba mandarme unos papeles desde Constitución y ella estaba cerca. Me dijo que me los traía pero que no sabía a qué hora iba a volver. Dijo que iba a ir al cine. Le dije que me gustaría ir con ella: «A mí también, pero hoy no». Le pregunté si estaba viéndose con alguien: «No digas pavadas. ¿Estoy saliendo con alguien porque voy al cine? Estuve todo el fin de semana encerrada. Otro día vamos. Si estás apurado podés ir con “Tere”».

Más tarde me dejó un mensaje: «Te espero mañana a la mañana con el Nesquik listo, hermoso. Besitos. Dale, así nos hacemos amigos».

Martes 24:

Pasé a las ocho y media de la mañana. Me preparó el desayuno y nos fuimos al sillón. Me contó una historia sobre un arquitecto francés. La había leído en el diario. El cuento era bueno. Vi que mientras hablaba pronunciaba, cada tanto la pregunta «¿sí?». Era algo nuevo. En realidad, desde que nos separamos comenzó a hablar de otra manera. Había palabras que ya no pronunciaba y otras, nuevas, que usaba con frecuencia. Hacía mucho tiempo que no la escuchaba contarme algo con entusiasmo. Me gustó oírla. Estaba con la cabeza apoyada en mis piernas y yo le tocaba el cuello y la cara, y luego la espalda. Yo ya no soportaba la eterna convalecencia del final del amor que nos convertía en pacientes y médicos al mismo tiempo, atendiéndonos mutuamente a cuatro manos. Me preguntó por mamá y le conté lo de la llamada de la noche anterior. Dijo: «Cuando yo ocupe otra vez mi lugar le voy a decir algunas cositas». De golpe cambió de tema: «Si todo nos sale bien, podemos llevar al mar a tu sobrino. A tu hijo le vendría bárbaro, y a nosotros también». Quedamos en que al día siguiente iríamos los tres a Calabria a festejar su cumpleaños. Le pedí que me mostrara las fotos de Valparaíso. Las miramos. Dijo: «¿Quieres llevarte algunas?». Le dije que no. Nos abrazamos. Me preguntó cuándo iba a llamarla. Le dije: «A la brevedad». Me fui, pero la puerta del pasillo estaba cerrada. Vino a abrirme. Me dijo que no me hiciera el misterioso. Nos dimos otro beso. Me reí. Dijo: «¿Te reís de mí? ¿Qué, tengo monos en la cara?». Me fui. Y me dije: «Esto se acaba acá».

2002

Silvia Dondena subió a la camilla y le ataron las muñecas y los tobillos, lo que le daba a la situación el mismo cuadro que podía encontrarse en una cámara de control psiquiátrico (soplaba el aire previo a esos tormentos). Los gritos, las órdenes de los asistentes, el ruido de los instrumentos brillantes y helados y siempre insinuando en la extrañeza de su quietud un horizonte de incisiones veloces, eran acompañados por una impresión general muy desagradable que podía borrarse, aunque solo a medias, si se pensaba que el despliegue era solamente un protocolo de seguridad hospitalaria.

Una enfermera perforó la tensión del momento con su comedia maternalista: «A ver, mami... Así, muy bien. ¡Qué bien la mami! ¡No! Así no, mamá. Vamos de vuelta. Portate bien, mamá. Má, escuchame. Hacé fuerza y largá, así, ino!, a ver, ¡largalo al aire, mamita!». Era una pseudoconversación entablada por la pedagogía retardataria que la enfermera había bebido de la fuente de la experiencia, y por las respuestas de Silvia en forma de gestos recién inaugurados: cabeceos imperceptibles, miradas profundas al vacío, lo poco que pudiera ser dicho por un cuerpo atado al que el miedo y el dolor no dejaban hablar.

El médico se paró de frente y miró la concha de Silvia que se abría y cerraba bajo el oleaje de un sufrimiento tan puro e incommunicable que por momentos parecía fingido. Las luces daban un baño de claridad irreal que el momento necesitaba para que lo que fuera a suceder pareciera un milagro comprendido sin el auxilio del razonamiento. Se estaba por dar el fenómeno de la aparición, en el que el personal de la clínica —la máquina profesional y la máquina burocrática que lo movían—, las tradiciones de las culturas ginecológica y obstétrica subrepticamente enfrentadas, los efectos químicos de la Peridural y hasta el mito del nacimiento, eran elementos insignificantes ante los que se abría paso, volteándolos como muñecos con su fuerza descomunal, que sin embargo parecía pequeña frente al poder oscuro que enfrentaba, la respuesta directa, desesperada e

insuficiente que la vida le daba a la muerte, hecha en el único idioma en que podía formularlo: el de la reacción.

Entre las piernas de Silvia vi la cara de mi hijita encabezando una cascada de líquidos que cayeron al piso y dejaron un charco de colores. El pequeño cuerpo seguía conectado al interior de su madre por el cable en el que se inspiraban todas las conexiones del mundo, una manguera retorcida formada por una materia gris que nada tenía que ver con los grises de la realidad. La sangre resbalaba por las piernas de Silvia, lo que daba al parto el consabido cuadro de carnicería. El filo de una tijera, pero también el ruido, cortaron el cordón del que comenzó a cinchar el médico mientras conversaba con un colaborador sobre el fraude a la obra social de los ejecutivos, un caso que no sabía explicar, como le ocurre a cualquiera que se disponga a hablar de cualquier cosa, pero que dilató la charla causando algunos beneficios, en especial el de la distracción.

Mientras hablaba, tomaba el cordón con sus manos enguantadas y tiraba delicadamente. Cada tanto, soltaba una mano y presionaba el vientre de Silvia para desinflarlo. Último tirón. En el extremo se vio una masa envuelta en una película —la acompañó un inesperado vómito de líquidos oscuros— que cayó al piso produciendo un ruido gordo, como si hubieran picado una pelota desinflada. El médico la levantó, la apoyó en la palma de una mano y le hundió dos o tres dedos aquí y allá: «¡Placenta completa! Mirá, mamá. Todo lo que el bebé necesita lo tiene acá. ¿Querés tocar? Si se la quieren llevar, se la llevan y la ponen en el freezer».

Desde el centro de la placenta salía el cordón envuelto en la misma película transparente que le daba una estructura de envase sellado. A través del velo se veía un interior de venas entrelazadas y delgadísimas, moradas, violetas y azules que, extrañamente, formaban una oscuridad de reflejos luminosos. La impresión general que producía si no se entraba en detalles era la de una sociedad de circuitos integrados por una lógica atómica que, a la pequeña escala en que se manifestaba, remitía directamente a la composición del Universo. ¿Cómo se habían formado por primera vez? Misterio. En cinco minutos mi hija volvió vestida de la nursery, donde la habían lavado y perfumado para que se fuera haciendo a la idea de que ya no estaba sola. Las convulsiones del pequeño cuerpo parecían delicadas o insignificantes, pero juzgadas en relación a su tamaño eran enormes; cada vibración la conmovía, y cada señal del afuera, sin excluir la que ya podía registrar como servicio de abastecimiento, y que la madre llamaba amor (era solamente leche), la hacía reaccionar contra la separación que había

experimentado en medio de los temblores de una desdicha en la que iba a inspirarse el sufrimiento del futuro.

La mañana de verano se fue asomando detrás de la catedral, implantada como cápsula del tiempo en medio de jardines boscosos ligeramente ordenados por jardineros que no se decidían entre licenciar a la naturaleza para que se manifestara sin restricciones, o en mantenerla a raya mediante la disciplina de la línea recta. Por su parte la catedral intentaba rescatar, de un pasado que no había vivido, el momento en que había sido imaginada (el edificio tenía un siglo de antigüedad, pero su estilo tenía cinco). La enfermera regresó con un formulario. «Decime tu nombre, mami, y el de la bebé. Ahora vas a subir a la habitación y mañana te vas a casita, ¿sí, mamá? ¿Viste que cuesta, no? Tener la bebé no es tan fácil como hacerla, ¿no, mami? Pero bien que te gustó hacerla. ¿O no, mami? ¿Eh?».

2001

53”

Silvia me espera sentada en el piso, apoyando un brazo sobre la cama y la cabeza sobre el brazo. Entro en la imagen y me siento a su lado. Nos miramos de frente. Estoy desnudo de la cintura hacia arriba. Ella tiene un corpiño blanco del que se le está por salir una teta. El pelo le cae a los lados de la cara. Cabecea dos veces para sacárselo de encima. Acercamos las bocas. Cerramos los ojos, abrimos los ojos. Las bocas se rozan en movimientos horizontales. Se ve la lengua de ella, cubierta de una película de saliva blanca, ir tres veces desde mi pera hasta mis labios. Hago lo mismo que ella. Luego nos lamemos al mismo tiempo: seis veces. Mientras nos pasamos la lengua nos miramos (cinco segundos). Ella se echa hacia atrás y sonrío. Pasa la lengua por el labio inferior y luego por los dientes. Se le sale la teta del corpiño. Se ve la punta parada. Sonrío, se la miró, la miro a los ojos. Guarda la teta. Se seca la boca con el revés de la mano. Se levanta y se va de la imagen. En su lugar queda una pared blanca de fondo. Alzo los ojos y miro más allá de la imagen. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete segundos. Vuelve. Se sienta nuevamente en el piso y acerca su boca a la mía. Me desplazo hacia un costado para hacerle lugar. En primer plano se ve su pierna recogida (la pantorrilla se pega al muslo y ambos se deforman). Nos besamos otra vez dándonos una lamida lenta, dos rápidas, una lenta. Me chupa la lengua tres veces. La lengua de ella no se ve. Se oyen las respiraciones. De las bocas caen babas. Ella se va del cuadro y yo la sigo con la mirada. Después salgo. En nuestro lugar queda la pared blanca de fondo.

4' 6”

Está acostada en su cama boca arriba. Se ve la ventana de hierro por donde entra la luz diurna. Las cortinas de varillas de madera están

enrolladas en su máxima altura, aseguradas por un piolín blanco atado a un tornillo con ojal (que brilla). A través de los vidrios rectangulares se asoman las ramas de un sauce que se mece por el viento. Mi dedo entra desde un costado del cuadro y se apoya entre sus labios. Abre la boca, le meto medio dedo y lo saco. Vuelvo a meterle tres cuartos de dedo seco y lo saco mojado. Lo meto y lo saco, lo meto y lo saco. Luego meto dos dedos y los dejo en la boca: uno, dos, tres, cuatro segundos. Cuando los saco se produce un sonido. Los vuelvo a apoyar en sus labios y los dejo allí uno, dos, tres segundos más. Los besa mientras me mira (yo estoy detrás de la cámara).

—Hacete la paja.

—¿Sí?

—...

—¿Me das permiso?

Se ven su boca, una parte del cuello, las clavículas, las tetas que bailan dentro del corpiño blanco ante cada movimiento, las ondulaciones del abdomen sin músculos marcados, el agujero oscuro del ombligo. Sus manos bajan por allí, paralelas. Mientras bajan, los brazos juntan y engordan las tetas. Los diez dedos en punta entran en la bombacha blanca y se cruzan bajo la tela. La cámara recorre su perfil acostado. Por la imagen pasan el hombro derecho, el codo, el antebrazo cruzado en diagonal hasta la entrepierna, la carne de las nalgas aplastadas contra la cama, la pierna, la rodilla apenas girada hacia fuera, la pantorrilla y el pie levantado a noventa grados en relación al plano de la cama. Corte. Ahora se ve de frente: los dedos se mueven. Se oye un ruido a agua que surge de esos movimientos. El frente de la bombacha se alza por efecto de las manos. Mientras se toca, su cara se sonroja. Al mismo tiempo, el labio inferior cae hacia abajo. Se ven dos dedos a cada lado de la tela calzada en la entrepierna (los restantes no se ven).

—Mostrame la concha.

—¿Así?

—Sí.

Cruza la mano izquierda hacia la derecha por debajo de la bombacha, engancha la tela, la levanta y la corre hacia un costado. Se asoma la concha mojada. Con la mano izquierda sostiene la tela para que yo pueda verla, y con el dedo índice de la derecha baja desde el pubis hasta la parte alta de la concha. Corre hacia los costados las paredes de carne ondulada y amasa el botón de carne. Respira fuerte. El dedo sube y baja tres veces, y tres veces

gira sobre el perímetro del botón que aumenta, mojado, su tamaño. El dedo mayor, recogido, baja poco a poco y acompaña la tarea del índice. Gira dos veces y dos veces baja y sube. Luego, las puntas de los dedos suben y bajan cuatro veces en forma de una pinza cerrada y, al pasar por las tangentes del botón se cierran y lo aprietan (el botoncito desaparece).

—Ay... ay...

—...

—Mmh... mmhh... aia... mmmhh...

—...

—Mmmhhhh, shhhh... iaia!

Con dos dedos de una mano se abre la concha y mete, despacio, punteando la carne, un dedo de la otra que saca, más despacio todavía, mojado de una baba blanca. El dedo gotea sobre su Monte de Venus, y las gotas se pierden entre las raíces de los pelos. Tiene la concha roja en el fondo y rosa oscuro en la entrada. Está perdiendo líquido. Brilla. Sigue metiéndose el dedo después de hacerlo girar en ochos, o infinitos, entre el agujero de la concha y el culo. Su cara se deforma. La bombacha blanca, apartada por una de las manos y trabada por dos dedos para que no tape lo que se ve, se ha mojado en un borde.

—¿Por qué no me ayudás?

—...

—Dale.

—¿Te ayudo?

—Dale.

—...

—¿Podés?

—¿Y qué hago con la cámara?

—Tenela con una sola mano.

—...

—Dale, ayudame...

Mi mano izquierda entra en escena. Tengo un reloj pulsera con malla de cuero que da las dos y media de la tarde. Mi mano va directo a la concha apuntándola con el dedo índice y se apoya en el grano de carne que ella mantiene abierto. La punta del dedo estaciona sobre el grano (el grano desaparece bajo el dedo), luego le doy una rosca lenta hacia la izquierda y levanto el dedo apenas.

—Ay, sí... seguí...

Vuelvo a apoyar el dedo y lo giro hacia la derecha tres veces. Se lo meto en la concha hasta el fondo y lo empujo, con la palma hacia arriba, siete veces: las primeras cinco, lo hago lentamente; y lo hago con rapidez las últimas dos. Se ve la hebilla plateada del reloj, y las perforaciones de ajuste. Saco el dedo y se lo clavo un poco en el culo, deslizándolo por el charco de jugo que cae de la concha. Lo saco muy lentamente y lo paso, también lentamente, por los dos agujeros abiertos. Durante quince segundos se estaciona una nube negra sobre el cielo del patio y, de golpe, llueve contra los vidrios de la ventana. En diez segundos más se oscurece la habitación. Los cuerpos se ven borrosos. Se oyen ladridos.

—Se largó, ¿vos podés creer? No se puede creer, con lo lindo que está esto...

—Y el pelotudo de Pituco quedó afuera.

Ella gira y queda boca abajo. Tiene la cabeza apoyada de costado sobre la almohada y con su cuerpo aplasta las manos a la altura de la concha.

—Ay, tengo ropa colgada.

Levanta el culo. La lluvia se detiene y una luz va cayendo sobre su cuerpo, aclarándolo.

—Paró, me parece.

—Esta se paró.

Varios dedos de las dos manos tocan la concha a lo alto, pero el dedo mayor de la mano izquierda va más arriba que el resto y detiene la yema en el agujero del culo. En segundo plano se asoma su rostro buscando la cámara.

—A verla... mostrámela...

—...

—Hhummmm... Se te va a reventar el pantalón, ¿o te pusiste algo adentro?

El dedo gira cuatro veces alrededor del culo y entra húmedo tras su paso por la concha. Allí queda clavado, mientras los otros dedos continúan sus movimientos verticales en la entrada de la argolla, en la que se mete el otro dedo mayor bien adentro (se ven ocho dedos y medio, pero hay uno dentro de la concha y medio clavado en el culo).

—Subilo.

—...

—...

—...

—Levantá el culo que así no se ve nada.

Ella mira otra vez hacia atrás, despega la cara de la almohada y levanta un poco más la concha. Queda en posición de mesa, apoyando los codos y las rodillas en la cama. Tiene las piernas abiertas. Con una mano sostiene la carne de una pierna para estar más abierta, y sube y baja un solo dedo, el mayor de la mano izquierda, toca toda la línea que va desde más arriba del agujero del culo hasta más abajo de la concha. El dedo baja hasta la zona de pelos y llega al ombligo; y desde allí sube, pasando por el agujero del culo, hasta que se aplana el hueco que divide las nalgas.

—¡Qué hija de puta! Siento el olor desde acá.

—¿Olor a qué?

—A concha.

Ella sube el dedo, lo baja, lo mete en la concha; lo saca, lo sube, lo baja, lo mete en el culo, lo saca. Repite el movimiento cinco veces: tres veces más lo mete en la concha; y dos, en el culo. Retira las manos de donde las tiene, gira hacia su posición inicial, se tapa los agujeros con la bombacha. Se apoya las manos por arriba de la tela y se aprieta la zona con fuerza. Las venas de las manos están hinchadas. Las tetas suben todavía más, elevadas por la presión de los brazos. Tiene los ojos entornados y de un costado de la boca le cae un hilo transparente de saliva.

—Estoy recaliente...

1' 50"

Estoy sentado en una silla situada al lado de la cama. Con una mano me toco la verga por arriba del *slip* blanco de algodón. La tengo dura, acostada, con la cabeza apuntando hacia mi izquierda. Sobre el algodón hay una aureola de humedad. Me paso la mano por toda la poronga: desde los huevos, colocados por el manoseo uno arriba de otro, hasta la punta. Luego llevo los cinco dedos de la mano hacia abajo y los subo peinando la zona hasta la línea del ombligo. Me la agarro con la mano, siempre por encima de la tela, y la empuño con fuerza, y la levanto de su reposo horizontal para dejarla parada. Miro hacia el bulto y veo la carpa blanca hecha con mi pistola y el calzoncillo. La miro dos segundos y le sonrío. Ella está fuera de la imagen.

—La quiero ver.

Metó la mano por dentro del *slip* y saco la verga.

—Hmm... Sacá la mano. Quiero ver pija, no mano.

—Chupamelá.

—Hmmmmmmm... Qué apurado.

—Dale, chupamelá, ¿qué te cuesta?

—Tocate.

Me pajeo. Subo y bajo la mano, la subo y la bajo, la subo y la bajo, la subo y la bajo y la dejo abajo: aprieto la verga, la miro dos o tres segundos: engorda. Las venas se inflan de la mano hacia arriba y cambia de color. Ahora es más morada, y más cabezona. Me mojo la otra mano con la lengua y la paso por toda la pija, con varios movimientos que van de arriba hacia abajo, donde hago un plano inclinado con la mano para que caiga la baba. La baba cae hacia los huevos: los huevos se mueven, la cabeza brilla.

—Dale, chupala. ¿Qué te cuesta?, ¿tanto te cuesta?

—Jmhhhh... Qué linda que la tenés...

—Chupamelá, dale...

—Shhhh...

—Dale...

Con una mano me agarro los dos huevos, los junto con suavidad y, con la otra mano, empuñó la verga. Me pajeo once veces. Las primeras ocho a una misma velocidad de sube y baja rápido y las últimas tres apretando más fuerte que antes y realizando el recorrido un poco más lento. Detengo el anillo que hago con el índice y el pulgar de la mano pajera y lo dejo allí unos segundos (cinco), calzados entre la base de la cabeza y el aro enrojecido del prepucio.

—¡Jmmhhhh...! ¿Cómo podés ser tan pajero?

—¿Por qué no me la chupás?

—¡Qué pesado!: «¿Por qué no me la chupás?, ¿por qué no me la chupás?». Cortala, denso.

Su mano derecha entra en el cuadro por la base de la imagen (la cámara vibra un poco, se inclina hacia un costado y se estabiliza). Toca primero mi rodilla y se desliza camino a la poronga. Va con todos sus dedos hacia delante, sube por los huevos y resbala por la pija mojada, de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo: tres veces. Después la empuña, la sacude nueve veces, baja otra vez hasta los huevos y desaparece de la imagen. Me sigo pajeando con dos sacudidas cortas y, en medio de la tercera, se corta la imagen.

4' 11"

Mantengo la verga, que ocupa todo el cuadro. Por el costado derecho aparece su rostro sonriente. Durante la aparición (dos segundos) hago un *zoom out* para darle lugar a su cabeza acomodándose en el cuadro junto a la punta de la pija que empuña con su mano derecha. Ella baja la cabeza y la inclina hacia la derecha, y con su mano izquierda retira hacia la nuca el pelo que le cae delante de los ojos. En esa posición, manteniendo la verga vertical dentro de su mano, retira de la punta unas pelusas de algodón con la mano libre. Con el dedo mayor corre hacia un costado la pelusa blanca estacionada en un pliegue del prepucio. Da un golpe de cabeza hacia la derecha para que el cabello no se le venga encima.

—¿Ves bien así?

Me está mirando a los ojos a través de la cámara.

—Qué linda que te queda.

—¿Me queda linda?, ¿qué es, un adorno?

Apoya un instante los labios cerrados sobre la cabeza de la pija.

—Sí, un adorno para putas es. ¿Por qué no te hacés un colgante... que te caiga entre las tetas?

Los mantiene así uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos, en los que se advierte un movimiento interno a través de las mejillas. Sin dejar de mirarme abre la boca y deja caer un baño de saliva que baja sobre las paredes de la verga. Luego retira la boca a pocos centímetros de donde la tenía apoyada, cierra los ojos (se advierten otra vez los movimientos internos en la boca), abre los ojos, deja caer otra vez la saliva —esta vez más espumosa— y abre la boca, sin cerrar los ojos.

—Pero entonces te la tendría que cortar...

Los labios separados bajan apenas un instante después de que la saliva cae hasta la base de la verga. Con la boca llena y los labios mojados por su propia saliva, la abre un poco y la cierra otra vez y allí la mantiene inmóvil mientras me mira cuatro segundos. Luego de un pestañeo se saca la verga de la boca milímetro por milímetro, a una velocidad de un milímetro por segundo (dieciocho segundos y medio), hasta dejar la cabeza afuera, chorreante y parada.

—¿Te gusta?

Con la mano derecha me sacude la pija, lentamente, siete veces, hasta que la verga se seca. Recoge la mano, deja caer un hilo prolongado de baba hacia la palma que forma un cuenco y la acerca hasta la punta, sobre la que la vuelca, acompañando la caída del líquido con cinco pajeadas de arriba hacia abajo. La poronga vuelve a brillar. Sobre la sábana blanca caen

algunas gotas que oscurecen la tela. Deja sus manos libres y me agarra la verga con la boca. Primero pasa los labios cerrados de costado a lo largo de toda la pija y luego me mete la nariz entre los huevos. Allí resopla dos veces y saca la lengua. La sube desde los huevos hasta la base de la cabeza. Son lamidas con la palma de la lengua que no dejan nunca de apoyarse en la piel antes de terminar su recorrido. Son diez lamidas; once, si se cuenta la última que es de arriba hacia abajo, tocando solo con la punta. Me mira. Tiene la cara cerca de la pija, los huevos, el bello mojado por su saliva. Hace un aro con los labios, me lo apoya en la punta de la verga y me pajea con la mano derecha, y luego con un segundo aro que forma con los dedos índice y pulgar. El aro de la boca se mantiene inmóvil, pero el secundario, el de la mano, sube y baja en un trayecto de no más de dos centímetros que recorre la parte superior del tronco. Los dos dedos golpean contra el borde de la cabeza de la verga y bajan esos dos centímetros en forma repetida: cincuenta y cuatro veces. En cada golpe se ve la cabeza bordeada por los labios fijos, unos centímetros de cabeza de poronga y los dedos que la ajustan hacia arriba. La imagen de la cámara se acerca y en el primer plano de la pantalla quedan bien visibles los tres tipos de carne.

3' 22"

Ella está desnuda, tendida a lo largo de la cama, boca arriba, apoyada sobre los codos, con la cabeza echada hacia atrás y la rodilla derecha levantada. El pelo le cae recto. Mira más allá de la imagen, que incluye su cuerpo, la cama con las sábanas revueltas, una pared lateral de la habitación y la ventana por donde entra la luz de la tarde, las vibraciones del sauce plantado en el centro del patio, la hiedra pegada sobre la medianera pintada a la cal y, sobre un margen, un ejemplar de jazmín florecido de no más de un metro de altura. La cabeza gira siguiendo los movimientos más allá de la imagen. Entro en escena desde su lado derecho, apoyo una rodilla sobre el colchón y la beso. Ella acerca su boca a la mía estirando el cuello. Acomodo mi cuerpo entre sus piernas abiertas. De mi boca cuelga un hilo de saliva. Ella, ahora apoyada sobre un solo codo acomoda unos almohadones detrás de su cabeza con la mano que le queda libre. Apoya la cabeza (se hunde en los almohadones).

—¿Me vas a coger?

—Un poquito.

Nos vemos de perfil. Está abierta de piernas, y dentro de sus piernas estoy yo, subiendo de a poco. Mientras nos besamos voy entrando. Entro: se sobresalta una décima de segundo. Me muevo sobre ella, apretando el costado visible de su cadera con mi mano derecha. Mis dedos se clavan en su carne, se aflojan, acarician la cadera y se clavan otra vez (las puntas de mis dedos clavados hacen pozos en su cuerpo). Me muevo sobre ella, entrando y saliendo. Entro a lo largo de tres o cuatro segundos y salgo, entro y salgo.

—Ay.

—Humm.

Entro y salgo.

—Ay.

—Humm.

Ella tiene las manos suspendidas sobre mi espalda, sin tocarme: las acerca y las aleja; luego estira los brazos a los costados de su cabeza y los mantiene un momento en esa posición. Estoy entrando y saliendo en tandas de entre cinco y ocho segundos por cada secuencia de pijazos. Los golpes de la carne hacen un ruido.

—¿La querés fuerte o despacio?

—Fuerte y despacio.

Me detengo. Me detengo cuando entro, y luego me detengo cuando salgo. Cuando se suspende la acción, ella baja los brazos, apoya sus manos en mi cadera y me empuja hacia adentro, y cuando vuelvo a entrar, me suelta para que empuje solo. Ahora la tengo envuelta con mis brazos. Los tengo cruzados por detrás de su cintura. Puede verse su carne desbordando las zonas en las que la aprieto mientras entro y salgo a una velocidad mayor que la de recién. La tengo apretada, pero la suelto, me incorporo un poco de la cintura hacia arriba, aunque sigo entrando, ahora lentamente. La tengo enganchada en la parte de abajo (ella reacciona con un gemido cada vez que me meto), apoyo las palmas de las manos que se hunden en el colchón hasta las muñecas, a cada lado de su cuerpo. Separo mi boca de la suya unos veinte o treinta centímetros, la miro, me mira, me sonrío: la escupo en la cara. La transparencia impacta en perdigones sobre la nariz, un costado de la boca, una oreja, la frente. Gira la cabeza apenas hacia un costado y las islas de transparencias son ahora brillos. Sonríe.

—Putá, conchuda hija de puta.

Con el dorso de una mano, suavemente, corre la saliva hacia uno y otro lado (el dorso de la mano brilla). Me mira sonriendo.

—Más.

Abre la boca, desaparece la sonrisa, saca la lengua en toda su longitud, hasta la punta de la pera, abre los ojos. La escupo otra vez —cierra los ojos — y la saliva entra de lleno en la boca. Ella traga la saliva, abre los ojos; vuelvo a inclinarme sobre ella, nos besamos. Las lenguas desaparecen en las bocas. Cerramos los ojos. Entro y salgo, entro y salgo, con ritmos cambiantes: de un segundo para entrar y salir, de seis o siete para entrar solamente.

—Ay, ay.

—Ay.

—Humm.

—Humm.

—Ay.

—Humm.

—Aaay...

—Humm.

—¡Aia! ¡La puta que te parió!

En treinta segundos entro y salgo una sola vez (diez para entrar y veinte para salir). Salgo completamente. Quedo arrodillado delante de ella, con la poronga apuntándole a la cara. Brilla a medio metro de sus ojos. Ella sonrío, se acerca un poco apoyada en sus codos y me escupe la punta dos veces, y se traga la saliva que le queda colgando de los labios.

4' 12"

En línea paralela a la cama, llevo la pija en la mano hasta su concha. Está en posición de perra, con las piernas abiertas en un radio de medio metro. Suelto la pija, que cabecea, dos veces, y apoyo esa mano en el interior de su pierna derecha para abrirla un poco más. Ahora hay ochenta o noventa centímetros entre los puntos de la cama donde apoya las rodillas. Me agarro otra vez la pija con la mano. La acerco a la concha mojada y apoyo un segundo la cabeza en la entrada. El agujerito del culo se cierra y vuelve a abrirse.

—Dale, guardámela...

Con el dedo índice presionando hacia abajo mantengo la verga en la misma línea y le meto la cabeza. Me quedo quieto tres segundos.

—Un poquito, no. Toda guardámela.

No me muevo. Ella se tira hacia atrás y la pija desaparece en la concha. Se mueve hacia los costados sin que se vea un centímetro de pija, se echa hacia delante —se ve toda la verga, menos la cabeza— y otra vez hacia atrás. Lo hace, ida y vuelta, diez veces y en la onceava vez, la verga se sale y queda apuntando al techo.

—No, no, no me la saques; metémela otra vez.

—Yo no te la saqué. Se salió sola.

La imagen se cierra sobre la concha mojada y la cabeza del choto, también mojada, situada un poco más abajo. Va mostrando, de a poco, las montañas carnosas que rodean el culo, la cintura, la espalda, el cuello y el rostro, que mira a la cámara.

—Metemelá, putito.

Se ve solo su cuerpo, desde la cintura hasta la cabeza. Da vuelta el rostro hacia la cámara y cierra los ojos. Le cae una baba de la boca.

—Ay, sí; así la quiero. Gorda la quiero. ¿Ya me la metiste toda? ¡Qué poquito!

Solo se ve su rostro, y la cabeza que lo lleva hacia atrás y hacia delante unas veinte o veinticinco veces. El cabello se mueve a ese ritmo, pero no le tapa la cara (le cae hacia a la derecha en una sola onda). Gira la cabeza hacia abajo, y vuelve a girarla hacia la cámara. Sonríe.

—¿Para qué me filmás?, ¿para que vean lo que me estás haciendo?

—¿Y qué te estoy haciendo?

—Me estás cogiendo.

—No te escucho.

—¡Me estás cogiendo!

—¿Qué te estoy cogiendo?

—La conchita.

—¿Y con qué te la cojo?

—Con la verga.

—¿Con la verga de quién?

—Con la tuya..., ¡basta pelotudo!, que me hacés acabar.

La cámara baja con un movimiento de tres segundos hasta la zona de la cadera y allí se cierra sobre un punto. La verga entra y sale chorreando un líquido viscoso. Se ven más o menos treinta entradas y salidas una vez que la cámara se detiene allí. Cada vez que la pija se retira no sale completa sino hasta la base de la cabeza, y desde esa línea vuelve a entrar abriendo la concha y cerrando el agujero del culo en cada entrada.

—Meteme el dedo gordo en el culo.

—¿Dónde?

—¿En el culo?

—En el culo no, ¿dónde?

—En el orto.

—¿Y cómo es tu orto?

—Gordo.

—Decilo.

—Mi orto es gordo. Dale hijo de puta, metémelo.

—No. Tenés que decir: mi orto es gordo y yo soy puta.

—Mi orto es gordo y soy puta; ¡dale tarado!

—¡¿Cómo?! Ojito, ¿eh?, que te la saco y no te la meto más.

—No seas hijo de puta, metémelo.

—Primero decime: soy una puta, y quiero que me claves el dedo en el ojete muy gordo y tragarme la leche con la concha.

—...

—Decilo.

—Quiero tragarme la leche y que me metas el dedo gordo en el culo...

—¿Por qué?

—Porque soy una puta.

—¿Y de quién es tu concha?

—Mía.

—¿De quién?

—Tuya, tuya, qué sé yo, metémelo.

Mi dedo pulgar de la mano izquierda entra por la línea inferior de la imagen, y sube hasta la cintura. Lo bajo de punta desde la espalda hasta el agujero del culo, pero no llego a tocarlo. Cambio de mano (la cámara queda dos o tres segundos apuntando a las sábanas y a mi rodilla izquierda clavada en la cama) y apoyo directamente el pulgar derecho en el agujero. El agujero desaparece. Hundo despacio el dedo y ahora desaparecen la primera falange y la segunda, mientras reaparece el borde redondo del culo. Se lo meto y se lo saco varias veces. Le meto el dedo mientras le saco la pija y le meto la pija cuando retiro el dedo (unas diez veces, multiplicadas por dos). Le saco todo; la pija y el dedo.

—¡¿Qué hacés?! ¡Te voy a matar!

Se ven los guiños de los agujeros y, adentro, se observa una oscuridad. Le voy metiendo despacio la pija por la concha y el dedo por el culo, al mismo tiempo, milímetro a milímetro. Hasta que le meto todo bien a fondo pasan quince segundos. La imagen se cierra un poco más sobre los

agujeros. Se ven claramente las dos incrustaciones. Quedamos así, inmóviles ocho, nueve segundos, y luego la empujo con la verga levemente (ella recupera su posición empujando levemente hacia atrás con la concha).

—No sabes, no sabés...

—¿Qué no sé, enferma de la pija?

—No, no sabés, no sabés; quedate así, no te muevas..., la siento acá, en las tetas.

—¿Te gustaría otra verga, ahora, no?

—Sí, claro.

—¿Grande o chica?

—Grande.

—¿Como la mía?

—No, más grande que la tuya.

Le saco un poco la pija y se la vuelvo a meter despacio, y luego le doy unos veinte pijazos rápidos.

—¿Tenés leche?

—Sí, pero no te la voy a dar.

Se la saco, le saco el dedo del culo. La cámara sube hacia su cara. Está apoyada de costado en la almohada, enrojecida, mojada, el pelo se le pega al cuello. Abre los ojos y mira a la cámara.

—Ay, te quiero, mi amor. ¿Vos me querés?

—Claro que te quiero.

3' 11"

Le meto la lengua en la concha.

—Me la estás comiendo.

—Hgggmmm...

—¿Me la estás comiendo o no me la estás comiendo?

—Hmngmg...

—¿Sí o no?

Salgo de allí diez segundos.

—¡Sí, te la estoy comiendo! ¿Querés que hable o que te chupe la concha?

—Que me chupes.

—Entonces callate la boca. Te parecés a tu vieja.

—Cómo se enoja el putito; me encanta que te calientes: te cogería por el culo.

Mi lengua se mete otra vez, de punta; muevo la cabeza para que entre dura.

—Ay, sí: comémela.

La saco y, con las manos sobre el culo la llevo un poco más hacia mí. Le abro más las piernas y trato de pasar la cabeza hacia el otro lado de su cuerpo: se me traba. Vuelvo a intentarlo. Ella me ayuda levantándose un poco, paso mi cabeza, ella se inclina bajando su torso hacia un costado de la cama y apoya las manos en el piso. Quedo de perfil sobre la concha y el culo. Le meto dos dedos en la concha y los muevo en círculos y hacia delante y atrás, mientras le paso la lengua por el culo que se le abre. Salgo de la imagen. Ella queda tirada en diagonal sobre la cama (ya no se le ven la cabeza ni los brazos) y presiona cuatro veces su cuerpo contra el colchón con las piernas abiertas. La cuarta vez sostiene la presión varios segundos sin aflojar el cuerpo.

3' 43"

Estoy otra vez en la cama, de frente a la cámara, agarrándome la pija (se ve rosada) con las dos manos. Ella entra por el lado contrario al respaldo, se acerca a mí avanzando de rodillas sobre el colchón, pasa por encima de mi pija, se acomoda, la agarra con la mano derecha situada detrás de su cuerpo, la mantiene recta y baja su cuerpo de golpe hasta hacerla desaparecer. Se ven su nuca, su espalda, su cadera y el culo. En esa posición se mueve hacia delante (se me ven los huevos recortados sobre los cachetes de su culo) y hacia atrás (los huevos se aplastan y luego desaparecen bajo el movimiento de su carne). Va y viene varias veces. Se detiene: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis segundos. Vuelve a moverse, pero esta vez de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo. Cuando sube se ve mi pija con la excepción de la cabeza, que queda adentro; cuando baja, vuelve a desaparecer. La carne de la verga está húmeda: se nota en el brillo que da. Ella sube y la pija sale de su cuerpo. Con la palma de la mano derecha la acaricia desde la cabeza hasta los huevos, incluso lleva los dedos de punta hasta mi culo. Me lo rasca. Pero no me mete los dedos. Deja caer su cuerpo hacia delante. Levanta un poco la cadera. Empuja la pija con su mano hacia la línea que va de la concha al culo. Allí la apoya y se mueve como si la tuviera adentro (pero la tiene afuera). Se pajea así veinticuatro veces. A la vez número veinticinco se le mete otra vez y la deja adentro unos segundos sin moverse.

—Movete vos.

Se la meto otra vez en la concha y le doy seis pijazos rápidos hasta el fondo. Cuando le quiero dar el séptimo, sube de golpe, se corre y le golpeo la pierna con la verga. La carne de la pierna vibra una décima de segundo luego del golpe.

—¿Qué hacés? Casi me la quiebro.

—Me doy vuelta para que me la veas.

Ella gira hacia el lado de la cámara, dándome la espalda. Se acomoda. Apoya las rodillas al lado de las mías, endereza la pija acostada sobre mi panza, con la otra mano se lleva la mano a la boca, deja caer saliva en la palma y me la moja. Baja lentamente y se la mete toda. Está de frente. Se le ven las tetas. Tiene las puntas paradas. Salta sobre mí y las tetas se mueven. En cada salto, primero rebota el cuerpo y luego las tetas. Toma mis rodillas con sus manos para darse impulso. Sube y baja unas diez veces. Luego se inclina hacia delante. Su cara ocupa casi toda la pantalla.

—¿Me la ves ahora?

—¿Qué te veo?

—La concha, ¿me la ves?, ¿no me la querías ver?

La cara retrocede unos veinte centímetros pero sigue ocupando casi toda la superficie de la pantalla. Cierra los ojos. Los abre. Los cierra. Los deja abiertos, mirando el objetivo.

—Decime qué ves.

—Te veo la concha.

—¿Y cómo es?

—Es una concha mojada y abierta que se está comiendo una poronga.

—¿Te gusta verla?

—Abrítela.

Ella apoya la cabeza sobre la cama. Se ve su coronilla ocupando todo el cuadro. Su concha no se ve.

—¿Así te gusta?

—Sí.

—¿Sí?

—Dejame moverte.

—Sí, cogémela toda.

Levanta la cabeza hacia la posición anterior. Apoya las manos en la cama. Su cuerpo avanza y retrocede. Su cara vuelve a verse en primer plano. Los ojos pasan de estar cerrados a estar abiertos del todo, y luego quedan entreabiertos, pestañeando. El cabello que cae a cada lado de su rostro

acompaña el movimiento. Algunos mechones se le pegan en la piel húmeda de la mejilla izquierda. Con su mano derecha corre el pelo hacia atrás y su cara vuelve a verse descubierta. Ahora se cubre la cara con las dos manos, las mantiene allí dos segundos y avanzando con los dedos tocándose las puntas, formando una línea horizontal a lo largo de la frente, se pasa las manos por el pelo y lo aplana hacia atrás. Las manos pasan a la nuca. Una mano baja por detrás de su oreja derecha y se pierde de vista debajo del cuadro. Su cabeza gira hacia un costado y hacia abajo. Los ojos buscan la superficie de la cama. La mano vuelve a subir por la misma zona hacia la nuca. Rodeando los dedos índice y mayor, abiertos en V, lleva una pequeña banda elástica forrada en tela de color blanco. Mueve las manos por detrás de la cabeza (se ven algunos dedos apareciendo y desapareciendo en segundo plano). Arriba de su cabeza se ve una mano empuñando los cabellos y, de adentro de ella, surge el mechón que los reúne cayendo en una curva hacia atrás. Abre la mano, el cabello desaparece. Su cara está totalmente descubierta. Tiene el pelo estirado hacia la nuca. Las venas del cuello se le hinchan. Se le ven las tetas. Mis dedos hacen pinzas sobre las puntas.

—Mirame y sacá la lengua.

—No.

—Dale, sacala que me la ponés como un fierro.

—¿Aha ha?

—Más larga.

—¿Ahí a eréz?

—Sí, así.

Por un instante ella vuelve a mirar hacia delante y se ve su cara con los ojos cerrados y la lengua afuera, cuya punta llega casi a la pera.

—Basta, salí, salí, que te acabo.

Ella sale de golpe hacia delante. Ahora se ve media cara ampliada y sonriente, y una mano que va hacia el objetivo.

2000

1' 29"

Un pasillo. El piso es de un mosaico con granos de mármol. Las paredes son blancas. Al fondo, mi sobrino Agustín, con el chupete puesto —blanco, con una cadena de plástico atada al cuello— mira a un niño de su edad. Están frente a frente. Mi sobrino tiene en una mano un palo de golf de juguete. Se miran varios segundos (el otro niño también tiene un chupete) y mi sobrino le pega con el juguete en la cabeza, una, dos, tres veces, pero esta última no da de lleno en la cabeza del niño, como las dos anteriores, sino en una oreja. Mientras le pega, se oye en cada golpe el ruido hueco del plástico por delante de voces adultas, música de fondo y gritos infantiles. El niño golpeado recibe la paliza en silencio, sin apartarse un milímetro de su lugar. Se hace una pausa de tres segundos y comienza a llorar, acompañando el llanto con un grito.

—¡Aaaaaaaaahhhhhh!

El alarido va creciendo en volumen en los cuatro o cinco segundos que dura y se detiene en un ahogo.

—¡Gggggghhhhh!

Los murmullos y la música ya no se oyen. Hace una pausa de dos segundos y vuelve a gritar del mismo modo. Mi hermana entra en escena.

—¡Agustín! ¿Qué le hiciste a Facu?

Mi sobrino vuelve a mirar al niño y lo golpea nuevamente, esta vez de costado, sobre una mejilla.

—¡Agustín! ¿Qué te pasa?, ¿estás loco?

Mi hermana lo sacude de un brazo y lo arrastra para apartarlo de Facu. Pero mi sobrino se zafa de mi hermana —que se queda con la campera de lana de Agustín en la mano— e intenta golpearlo nuevamente. Mi cuñado alza a mi sobrino y se lo lleva, mientras mi hermana hace lo mismo con Facu, cuyo rostro mojado por el llanto pasa delante de la cámara. El pasillo queda vacío y se oyen de fondo las voces que se alejan.

2' 12"

Alrededor de una mesa hay catorce niños sentados en bancos de madera. Sobre la mesa hay platos playos de plástico blanco con los bordes estriados. Tienen papas fritas, chizitos, palitos salados y panchos de copetín. Hay botellas de Coca-Cola y Fanta de un litro y medio, vasos de plástico con dibujos de Walt Disney y pomos de mayonesa y mostaza. Los niños comen sin mucho entusiasmo, excepto uno que, en una de las cabeceras, se lleva la mano a la boca ya cargada de chizitos. Los toma de a tres o cuatro y, cuando lo hace, algunos caen fuera del plato. En treinta segundos el plato queda vacío. En el fondo hay una imagen igual a la de los vasos. Los niños gritan. Agustín vuelca un vaso con Coca-Cola, el líquido atraviesa la mesa a lo ancho y cae sobre una niña que está sentada del otro lado. Se echa hacia atrás y llora con los ojos cerrados durante diez segundos. Lo hace sin gritar mientras su rostro vira al color violeta. Otro niño cae hacia atrás con su silla y se levanta con una sonrisa. Luego imita lo que le acaba de ocurrir. Hace muecas. Varios niños lo miran. Unos se ríen, otro no. Una mujer joven, vestida con uniforme de doméstica le sirve gaseosa a los niños. Se va con los platos vacíos y los trae llenos. Sale sola del cuadro, pero cuando regresa lo hace con mi cuñado, que lleva una torta con tres velitas sin encender. Sobre el plano de la torta hay un escudo del Club Atlético Boca Juniors. Deja la torta en un blanco de la mesa. La mujer tiene un encendedor en la mano. Lo acerca a las velitas. Mi hermana la detiene.

—No, Juli, esperá un poquito que despeje un poco este desastre.
¡Mamá!

Pasan cuatro segundos. Se oyen los gritos y las risas de los niños.

—¡Mamá!

De lejos se oye la voz de mi madre.

—¿Qué pasa?

Mi hermana mira hacia un costado.

—¿Sos sorda? Te estoy llamando.

Aparece mi madre, pasa entre la pared y yo, y cuando lo hace, me toma la cintura desde atrás. Mi hermana la mira.

—Ayúdame con esto, así soplamos las velitas.

Mi madre vuelca los restos de dos o tres platos en uno, y apila los platos vacíos. Son doce platos y ocho quedan vacíos. Luego los lleva. Juli se acerca a mi hermana y le dice algo (no se oye). Luego se sienta en un banco, lo alza a Agustín, lo sienta encima de sus piernas y le da besos en la

nuca y en las mejillas. Agustín se ríe, y da un pataleo que le sube un costado de la pollera hasta la mitad del muslo. Con una mano lo sostiene y con la otra se acomoda la pollera. Ella hace ruido cuando lo besa.

—¿Te hago cosquillas? ¿Sí?

Mi hermana regresa con mi cuñado, mi madre, mi tía Silvia, mi primo Pablo y sus hijos Juan y Lucía, las hermanas de mi cuñado y su madre. Están rodeando la cabecera donde está la torta. Agustín pasa un brazo por detrás de mi hermana y echa la cabeza hacia atrás. Ella le da un beso. Agustín se ríe. Mi hermana le pide el encendedor a Juli. Está de frente a la cámara.

—Ahora vamos a soplar las velitas, que tienen un fueguito de colores, y si se portan bien le decimos a Agus que rompa la piñata. ¡No, mamá! ¡Eso ahora no! ¿Podés esperar un poco? Si estás apurada, andate... pero se tienen que portar bien porque si no no hay piñata, y los títeres no van a querer venir a...

2001

3' 9"

Estoy de perfil frente al espejo de la habitación. Me veo doble. Ella entra por la izquierda y se para de frente a mí (el doble mío desaparece tapado por su cuerpo, aunque por encima de su cabeza asoma la mía).

—Vos sabés que me parece que la adelanté un poco. No pasa nada, ¿no? ¿O querés que nos fijemos? ¿Había algo grabado abajo? Me parece que estaba lo de Agustín. ¿Me fijo?

—Pero no, no pasa nada... ¿La lucecita de Rec está prendida?

—Sí.

—Entonces creo que no pasa nada. Me parece que se va a caer. ¿Estás segura que no se va a caer?

—No, segura no estoy. A ver si se cae y me echás la culpa a mí.

Salgo de la imagen. Mi cuerpo se acerca a la cámara de frente y la imagen, en la que estaba ella, se oscurece. Mis manos toman el objetivo y el punto de vista de la cámara se reacomoda. Me doy vuelta, y la oscuridad se va aclarando de a poco. Primero se ve mi espalda caminando hacia el fondo de la imagen, y luego nos vemos los dos en la posición anterior al momento de reacomodar la cámara. Nos tocamos con las puntas de las lenguas. Ella deja la lengua fuera de la boca, fija y horizontal, y yo le paso mi lengua por la suya. Las lenguas se desconectan; ahora es la mía la que queda dura fuera de la boca y ella me la chupa; la hace desaparecer en su boca y luego echa su cabeza hacia atrás (yo quedo con la lengua de punta fuera de la boca). Ella gira la cabeza y besa su imagen que se reproduce en el espejo. Doy un paso hacia atrás y la miro mientras mantengo mi cuerpo a medias dentro de la imagen (ya no me veo en el espejo). A un costado del espejo aparece, colgada sobre la pared blanca, una imagen de dos mujeres sentadas en un banco de plaza. Una es una matrona rubia rodeada de cuatro bebés y un carrito con un muñeco en su interior; la otra es una mujer delgada, vestida con un tailleur, abrazada a una cartera y mirando de reojo a su acompañante ocasional. El espejo es un cuadrado de

aproximadamente un metro de lado, empotrado en un marco de madera gruesa y rústica, sin pulir. En la base tiene un anaquel del mismo material sobre el que hay un frasco de perfume de Hugo Boss casi vacío, y otro de Calvin Klein, lleno. También hay dos fotografías: una de ella con un fondo de playa, sonriendo, despeinada y mirando hacia el piso, y otra de ella abrazada con sus hermanos; un pequeño cuadro con la imagen de una mujer desnuda antes o luego de tomar un baño, dentro de un marco plateado mate; un reloj despertador de cuadrante hexagonal; una lapicera, un frasco de mermelada con bolitas de vidrio en su interior y una pequeña tortuga de piedra de color terracota. Su lengua y la lengua que se reproduce en el espejo se conectan por sus puntas, y el espejo se moja: cae saliva dejando una estela en la superficie que atraviesa hacia abajo en línea recta. Salgo del cuadro. Ella se da vuelta y me mira.

32”

Se ve, desde arriba, mi verga, los huevos, parte de mi panza y parte de mis piernas. Casi pegada a mi verga, separada apenas por algunos centímetros, se ve su concha, parte de sus piernas abiertas y su abdomen hasta la línea del ombligo. Estamos enfrentados. La imagen sube hacia ella lentamente, pasa por sus tetas (lentamente mi cuerpo deja de verse) y llega hacia su rostro, que sonrío. Está con las manos apoyadas en la cama por detrás de su espalda.

—¿Qué pasa?

—...

—¿Qué te pasa?, ¿qué mirás?

—Yo no miro...

La imagen baja invirtiendo su recorrido y se estaciona sobre el enfrentamiento de los genitales. De su lado aparece su mano derecha, que agarra mi pija, la acaricia y luego comienza a sacudirla suavemente, una y otra vez. Desde arriba se ve el aro de la mano cerrada sobre la verga y la cabeza con su orificio que pasa de ser una línea a ser un pequeñísimo círculo cuando la mano sube. Me sacude veintisiete veces en total conservando un ritmo sostenido. Mientras lo hace, su mano izquierda entra en el cuadro, se agarra la concha abierta y luego, sin dejar de apoyarse, retira los dedos menos el mayor que aprieta su yema sobre la cabecita de la concha y comienza a rascarlas con suavidad. Se ve una mano pajeándome sin cesar y otra tocándole la concha en círculos de un radio

que va, aproximadamente, de uno a dos centímetros. Luego hace una horqueta con los dedos índice y mayor y deja la concha al descubierto, con la mano que me pajea baja mi pija y se rasca la cabecita con la punta, realizando el mismo movimiento que empleaba con su mano pero ahora con un radio móvil de entre tres y cinco centímetros. El cuerpo de ella se acomoda, avanza unos centímetros hacia mi verga y ahora pasa la punta de arriba hacia abajo, y de abajo hacia arriba, por la línea de la concha, hasta llegar al culo que alcanza a verse en parte porque cuando la cabeza de la verga llega resbalando a la base de la concha ella levanta un poco las piernas y el agujero del culo queda más o menos a la vista.

—Esto sí que es paja.

—¿Ah, sí?

—Sí... Paja no: pajota, pajona, pajotota.

—¿Por qué no te tocás con el dedo?

—Porque no vas a comparar.

Mientras sube y baja la pija, con la que se rasca la concha sin parar, se oye un ruido de succión.

—Fefetlcllfffflllsss.

De golpe acomoda la pija bien recta en dirección a sus piernas abiertas, y se la clava con un movimiento de cadera. La mano abierta con que la sostenía, cambia de posición con el ingreso, y solo quedan dos dedos de una mano formando un anillo sobre la base de la pija, mientras que la otra mano, con la cual se pajeaba, desaparece del cuadro. Retira la cadera, dejando la cabeza de la verga apoyada en la puerta de la concha. Luego hace girar la concha varias veces alrededor de la pija y se la vuelve a clavar diez veces, y luego una vez más pero sin metérsela del todo. La imagen se cierra solamente sobre la concha —ampliada— ejerciendo un movimiento circular, y luego un movimiento recto en el que la concha va y viene de frente a la cámara. Ahora sus dos manos se apoyan en los bordes de la concha y la abren. La concha boquea cuatro veces. Sus manos abandonan el sitio donde estaban y avanzan en dirección al objetivo. Se ven los dedos pulgares apoyarse en los bodes verticales del cuadro que sube, y en el que ahora se ve su rostro (es solo un segundo).

—¡El dedo en la lente no! ¿Sos boluda o te hacés?, ¿no sabés que agarra hongos? Nos faltan como veinte cuotas y ya la estás haciendo mierda...

—Buenooooo... Tranquiiiilooooo... ¿Qué te pasa?: ¿estás nervioso?

El objetivo gira de manera brusca, y a su paso se ve la pared blanca, la ventana, el sauce a través de la ventana, el jazmín florecido sobre un rincón

del patio, mi cara, la repisa y el espejo; y luego gira en sentido contrario hasta obtener solo la imagen de mi rostro en la que se detiene.

—Dale. Hacetelá que yo te filmo la cara.

Mi cara se va deformando con el transcurso de los segundos. Primero miro el objetivo, y luego cierro los ojos, mientras mi cabeza recibe vibraciones cada vez más tensas. La cámara va bajando lentamente, pasa por mi cuello, mi pecho y se detiene en mi pija. Me pajeo muchas veces. Más de cien. Ahora el objetivo se repliega y entra en la imagen su concha junto a mi pija, cuya punta está situada a diez centímetros de su cuerpo. Una pequeña gota casi transparente cae de mi pija a la cama.

—Ehhh... ¿Qué pasa?, ¿estamos perdiendo lechita?

—La tengo en la punta...

—Ah, lo lamento mucho. Se te escapa y te mato.

3' 51"

Tengo sus piernas apoyadas en mi pecho. Sus pies están uno a cada lado de mi cabeza. Yo me muevo y conmigo se mueven los pies. La paso la lengua por el cuádriceps de la pierna derecha. Le queda una película de humedad alrededor de la rótula. Luego hago lo mismo con la otra pierna. La cámara baja. Se ven sus muslos recibiendo los golpes de mi cadera y produciendo un ruido.

—Plac, plac, plac, plap, plac, plac, plac, plac, plac, plac, plaf, plas...

Cada «plac» dura un segundo.

No alcanza a verse mi pija ni su concha, pero sí mi abdomen chocando contra los cachetes de su culo y su vientre. Con los golpes, las rodillas se van flexionando y las piernas quedan dobladas en un ángulo de casi noventa grados. Sus pantorrillas se apoyan en mis hombros. Mis manos toman sus piernas apenas más arriba de las rodillas para inmovilizarlas, no obstante lo cual producen un movimiento de palanca, presionando sobre las palmas de mis manos.

—Ay, sí, cogeme, cogeme... Tomá la cámara vos... Lo único que quiero es verga, leche...

Mientras me muevo, cierro los ojos y sacudo la cabeza hacia los costados.

—Plac, plac, plac, plac, plac, plac...

—No, no, apagala, tirala... Apretá el *off*...

Mi rostro se va de la imagen. Ahora se ve pasar, rápidamente, la pared blanca, un fragmento de ventana, el cielorraso también blanco, una lámpara de techo —un globo de papel blanco—, otra vez la pared, un zócalo de madera cruda; y mis zapatos —uno apoyado; el otro, boca abajo—, sus zapatillas —de color camel, marca NB—, el ángulo de un diario del que se alcanza a ver un dibujo de un sol y una nube, un almohadón cuadrado de color blanco, una botella de Coca-Cola de un litro y medio con la mitad de su contenido, un vaso azul de plástico, su bombacha blanca con el elástico retorcido, un bretel de su corpiño —el resto del corpiño queda fuera de la imagen—, las tiras de un enterito de *jean*, mi billetera abierta.

El movimiento de la cámara se detiene cuando se apoya en el piso. Ahora se ve solamente la superficie de la alfombra gris, sus hilos trenzados y las pelusas adheridas, y un fondo de pared blanca.

—Dale cogeme, cogeme bien cogida que no te podía abrazar...

—...

—... así te abrazo y me la metés más adentro...

—¿Querés que te apoye los huevos?

—Ay, sí, aplastámelos, cogeme toda la concha, meteme los huevos, el culo meteme adentro, metete todo...

5' 29"

La cama está vacía, con las sábanas revueltas y una colcha con ilustraciones de margaritas plegada a los pies. Sobre el fondo se ve la ventana, las cortinas recogidas y, más atrás, el sauce en medio del patio, meciéndose una y otra vez por delante de una pared de ladrillos a la vista.

—No, no, no... Cerrá más que así no nos vamos a ver.

—¿No nos vamos a ver? ¿Con el culo que tenés? Si se te ve desde una cuadra.

—Achicalo hasta que entre la cama y nada más... Con el otro botón.

—...

—Ahí, ahí está; torcela un poco para la izquierda... ahí, dejala ahí.

—...

—¡No! ¡Te pasaste!, volvé... ahí está, ¡dejala ahí!

Ella entra en el cuadro por la derecha. Apoya una rodilla en la cama, luego la otra, y se desplaza dos pasos con las rodilla hasta quedar en el centro, de frente a la pared de la izquierda y de perfil a la cámara, y baja su cuerpo apoyando la parte posterior de las piernas sobre la carne de las

pantorrillas. Gira la cabeza y me mira. Pasan tres segundos. Sonríe. Apoya una mano sobre la cama por delante de su cuerpo. La deja allí dos segundos y luego golpea cuatro veces seguidas la cama con la palma de la mano derecha. Con la izquierda, entretanto, se suelta el cabello que tenía atado sobre la coronilla y lo acomoda detrás de la oreja. Sigue mirándome. Lleva su mirada hacia el margen izquierdo de la imagen, desde donde entro. Hago lo mismo que ella (pero al revés): apoyo una rodilla, luego otra, y me detengo en el centro de la cama, donde dejo caer mi cuerpo sobre mis pantorrillas. Quedamos enfrentados cinco segundos, durante los cuales nos miramos. Abre las piernas, levanta su cuerpo y se sienta sobre mí; mientras tanto, estiro mis piernas por debajo de sus piernas abiertas. Entre su abdomen y el mío, casi pegados, aparece mi pija, horizontal, aplastada por los cuerpos. Ella se levanta un poco más y avanza sobre mí (su pierna izquierda tapa mi verga) y baja despacio, mientras acompaño su movimiento apoyando mi mano suavemente sobre su pierna y, luego, sobre su culo. Comienza a empujarme con su cuerpo en movimientos horizontales. Una vez, dos veces, tres veces, cuatro veces, cinco, seis, hasta llegar a veintinueve. Allí se detiene. Queda abrazándome, moviéndose dos o tres veces más, lentamente. Yo la tomo de la cintura y acompaño ese ritmo. Su rostro de perfil tapa el mío. Tiene los ojos cerrados.

—Vos quedate quieta que yo te cojo de abajo. Pero no te muevas, ¿eh?

—Y ¿cómo hago? No, no, no...

—Dale, un ratito nomás.

La cojo de abajo. Le doy varios pijazos ascendentes. Ella me abraza, inclina su cabeza hacia abajo (su boca toca mi hombro) y mantiene los ojos cerrados. Me besa el hombro. Retira su boca unos centímetros y me pasa la lengua; primero por el hombro, luego por la oreja y después por el cuello. Cuando realiza esto último, ya no se ve su rostro de perfil sino su nuca. Con cada pijazo, su cuerpo se mueve hacia arriba y hacia delante. Eso sucede veintiséis veces más. De golpe se echa hacia atrás, sentada sobre mí, y apoya las manos a los lados de mis pies. Los toma con las manos. Yo apoyo mis manos sobre la cama al lado de sus pies. Sigo con los pijazos (ocho veces más). Mientras tanto, sus tetas saltan con los golpes.

—En cualquier momento te acabo.

—¡No!, que es un día peligroso. Ni se te ocurra...

—Es que me está subiendo la leche.

—Pero hoy no podemos... No, no, ponete un forro.

—Ni loco.

—No seas tarado que es peligroso...

—Yo te acabo igual.

—Ay, no, no podemos...

Me abraza. Los movimientos son cada vez más profundos y, cuando hace tope con mi cuerpo, se eleva sobre mí unos centímetros y baja de golpe. Luego descansa dos segundos y retoma el proceso. Nos besamos con las lenguas, de las que cae una baba elástica que sube y baja con los pijazos. Luego me chupa el cuello unos segundos e inclina su cabeza sobre mí.

—Cómo me gusta tu pija...

—A mí me gusta tu concha... está que se parte.

—¿Sí? ¿Está blandita? ¿Te gusta así?

—Sí. En cualquier momento te mando la leche.

—¿Tenés mucha?

—Un litro.

—No me hables, no me hables...

—Diez litros de leche gorda como te gusta a vos.

—¡No me vas a acabar! ¡Avisame que salgo!

—¡Pará! ¡No salgas! Te voy meter toda la leche... un bebito te voy meter.

—Ay, no, no me acabes así que me vas a hacer llorar...

—Me estás bañando con la concha.

—¿En serio me querés meter el bebito?

—Un bebote te voy a meter.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿No te vas a arrepentir, no? ¿Me vas a querer igual?

—Sí, sí, quedate así, quietita. Metétela hasta el fondo y quedate así...

—Dale, meteme el bebé. Dame toda la leche completa... Dame mi nenito...

—Callate hija de puta que me la hacés saltar.

—Damelá, damelá, damelá toda; dale, dame un bebé gordito que se ría.

—Tomala, tomala toda, tragala, bañate hija de puta...

—¡Ah!, ¡ayyaaa!, ay, sí, largala. Dame el bebito, ay, sí mi amor...

Ella avanza tres veces hacía mí con movimientos largos y nos quedamos abrazados. Se ve mi rostro de perfil tapando el suyo. Diez segundos más tarde se inclina hacia atrás, apoya la espalda en la cama y

queda allí, con los brazos extendidos a lo largo de su cuerpo. Luego se levanta y queda apoyada sobre los codos hundidos en el colchón.

—Levantame.

La tomo de las manos y la tiro hacia mí. Sonríe. Se inclina, sentada sobre la cama, y me da un beso en la punta de la pija.

Baja de la cama. Lo último que se ve es su cuerpo de frente que se va achicando hasta que solo queda la imagen de su ombligo acercándose de golpe al objetivo y, luego, la oscuridad.

1963

Mi padre festejó su cumpleaños 26 durante el Mundial de Vuelo a Vela de Junín. Hubo un asado en un claro del campamento donde se alzaban cientos de carpas y casas rodantes. Un grupo de polacos y alemanes (los ingleses miraban con un gesto que no significaba ironía, ni asombro, ni condena; quizás sí un aire de superioridad) le cantaron el happy birthday alrededor de las lenguas rojas del fogón que ondulaban bajo la oscuridad de los eucaliptos.

Fueron las horas más felices en la vida de mi padre, y se manifestaron de un modo ascendente, como si la felicidad fuese una experiencia de andinismo. Comenzaron cuando Pata Ziegler encendió el fuego con una bolsa de piñas de las que surgió una sinfonía de chisporroteos, y siguió con la cena, los brindis reiterados —el brindis polaco, el brindis belga, el brindis francés y el inevitable fondo blanco argentino—, y terminó a la madrugada con un polvo con el que mamá y mi padre hicieron a mi hermana en la carpa desde la que, durante toda la noche, escucharon canciones extranjeras apenas filtradas por las lonas.

A las tres de la tarde un Fleet remolcó al Zefir A2 de Edward Makula. Lo había diseñado su amigo Bogumil Szuba para la Szybowcowy Zaklad Doswiadczalny —Makula vio los planos en su estudio de Varsovia cuando el planeador no era nada— y tenía varias ventajas sobre las otras máquinas: los flaps tipo Fowler, el sándwich de madera y plástico de la superficie, un paracaídas de freno y aproximación y una estructura de madera y fibra de vidrio, pero sobre todo la posición reclinada del piloto que reducía la sección frontal y le daba mayor autonomía de vuelo, además de un perfil estilizado que fue la novedad de la época y favoreció cien por ciento la fotogenia de su catálogo.

Makula había entrado a la cabina con una obsesión secreta: batir el récord de altura en la prueba de distancia. Sus colaboradores ignoraban el plan y lo asistían con los protocolos que pudieran mantenerlo en el aire para unir los vértices del triángulo Junín-Carlos Casares-Pazos Kanki. El

optimismo por colaborar con un as del vuelo sin motor les decía que la máquina cumpliría con las exigencias de la hoja de ruta, muy lejos de la suerte de Alejo Williamson, sobre el que los demás pilotos y asistentes, aficionados a la crueldad de las estadísticas, aunque también a la cortesía de la reserva, intercambiaban bromas en voz baja luego de conocer su marca de distancia, a la que llamaron en sorna «marca de proximidad»: apenas veintiocho kilómetros que separaban la pista del club de la estación ferroviaria de Fortín Tiburcio, en cuyos campos recién sembrados un peón de la familia Pauls vio clavarse de punta al planeador de Williamson luego de corcovear sobre los surcos.

Pero Makula no estaba para bromas. Desde que Harald Tandefelt había batido el récord de altura hacía varios días, no podía dormir. Llevaba dos noches en vela, reflexionando sobre la cifra maldita. ¿Siete mil quinientos metros? ¿Con un Vasama finlandés? ¿Tandefelt?, ¿ese piloto opaco que nunca pasó la mitad del *ranking*? Estaba convencido de que era un récord adulterado por el instrumental, un fraude de la asociación internacional urdido por la mafia aeronáutica de Helsinki y la expansión de la factoría Lehtovaara, sobre la que se corría la voz de que violaban los precintos de los altímetros.

Pero una vez que se desprendió del remolque y quedó por un instante flotando bajo la claridad del cielo, viendo cómo el bimotor que lo había empujado se fugaba hacia el horizonte de la pampa, Makula olvidó a su verdugo y subió por los bordes de una térmica que le hizo pensar y sentir que naturaleza y milagro eran fenómenos tan hermanados como solo podían serlo naturaleza y fatalidad. Giraba en círculos cerrados y sentía el peso de su cuerpo contra las cuerdas más gruesas del paracaídas y por unos instantes, los instantes que los pilotos más deseaban, veía solo cielo y nubes y el vacío del espacio. La Tierra era un recuerdo sobre el que no quería volver, lo contrario de la experiencia de soltura y libertad en la que se dejaba de lado la materia para que se hiciera presente la nada del aire, un absoluto al que había que desafiar y dominar con maniobras de acercamiento y profundidad, todas inútiles porque ¿dónde estaba el interior de la nada?

Las olas de calor moviéndose en la atmósfera absorbieron la máquina y la elevaron cada vez más, hasta que Makula tuvo la sensación de estar tocando un techo invisible con la cabeza y el Zefir se estabilizó. Entonces miró la brújula y apuntó al noroeste, y durante diez horas voló sobre la pampa y vio caer la tarde sobre su inmensidad. Vio su desarrollo en forma

completa, como si estuviera viendo la construcción de una obra mal llamada ocaso porque, en verdad, era una obra de transición hacia el inicio de la noche estelar, bastante ordinaria por otro lado, por lo que nadie se tomaba el tiempo de contemplarla. Todo lo que vio desde el cielo fue el plano sin accidentes de la llanura (las ondulaciones que aparecían no eran accidentes sino suaves decorados de relieve que estaban allí para resaltar el dominio de lo liso), las sombras extendidas de los bosques, el resplandor del sol iluminando la superficie inferior de las alas —sobre la superficie superior caían hermosos paños de oscuridad—, mientras las cosas se inclinaban hacia la invisibilidad o la quietud.

Fue perdiendo altura y aterrizó en un campo cercano a Margarita, un pueblo alzado sobre la línea que divide Santa Fe de Santiago del Estero. El instrumental marcaba setecientos dieciséis kilómetros: récord mundial de distancia libre. Makula lo supo para sí y sintió que no hay felicidad más grande que la del instante de la reunión, a solas, del hombre con su logro. Miró un largo rato el flanco del Zefir y lo tocó varias veces como si fuera un animal de compañía, lo mismo que hacían los gauchos con los caballos cuando les reportaban un servicio noble o se decidían por fin a sacrificarlos. La radio ya no funcionaba. Caminó varios kilómetros bajo la noche, oyendo el golpe de sus botas en la tierra y viendo aquí y allá el reflejo de la luna sobre el lomo de unas ratas gigantes que cruzaban los sembrados con la lentitud arrogante de quien reina sobre ellos, y llegó al casco iluminado de una estancia llamada La Paisana. Pidió un teléfono. Primero habló en polaco y luego en su escaso inglés, pero solo pudo hacerse entender con señas. Llamó a la torre de control del Club de Planeadores de Junín y le dijo a quien lo atendió —un operador de la Fuerza Aérea— que estaba muy lejos de allí, muy pero muy lejos.

1976

En el fondo de casa levantaron un galpón con una entrada que apuntaba al norte, en posición agresiva frente a lo ya construido, algo que por lo general se da entre casas de vecinos que se odian. Cualquiera podía advertir que había sido hecha siguiendo la sintonía del disenso y hasta de la invasión respecto del conjunto. Era una casa dentro de otra donde pronto mi padre instaló sus herramientas y una mesa de costura para dedicarse al aeromodelismo.

Una noche me llevó a su laboratorio de miniaturas. Avanzaba en la construcción del modelo Origone, llamado así en honor a un teniente de la Fuerza Aérea Argentina, la institución que para mi padre reunía los valores positivos de la temeridad para aceptar el riesgo del vuelo (aunque también había empleados administrativos, mecánicos de tierra y burócratas, él resumía la fuerza laboral de esa corporación a la que tanto deseó pertenecer en los barones del aire que montaban cazabombarderos en vuelos de bautismo), el saber tecnológico y el espíritu guerrero orientado hacia las hipótesis de conflicto que no obligaba a los pilotos a hacer la guerra pero sí a pensar en ella. Una lámpara iluminaba el trabajo: mi padre apoyaba las costillas del ala sobre la tabla, y las calaba arriba y abajo en pequeños huecos rectangulares en los que se encastraban las varillas de un material más resistente y flexible que la madera balsa. Supongamos que era pino.

Las costillas verticales, y las varillas horizontales, más el enchapado que envolvía la vanguardia del ala, se encolaban con un pegamento a base de thinner, luego se entelaba la estructura con papel barrilete y se lo estiraba pasando varias manos de un líquido denso, hasta darle una forma de cuerpo a aquello que la había tenido de esqueleto. Pero mi padre recién estaba en la primera etapa: desprendía con un bisturí las costillas impresas sobre una plancha de madera de dos milímetros y, una vez que las extraía del molde, las paraba sobre el plano del ala clavado a la mesa y allí las

sostenía con alfileres (toda la operación consistía en mantener las costillas a noventa grados hasta pegarles los travesaños de madera dura).

Mi padre amaba el *ping-pong* porque era la miniatura del tenis; y también amaba el aeromodelismo porque era la versión microscópica del vuelo a vela; y en lo que podríamos llamar vida, amaba la comedia dramática como maqueta de la tragedia, en la que se creía atrapado. Por la simpatía de escalas entre niñez y pequeñez pensé que me iba a dejar colaborar en la construcción, pero se negó arrumbándome del lado de la contemplación, la admiración y el aprendizaje. Apenas lo terminó me dijo que el Origone era mío. Comencé a participar, sin voluntad ni resistencia, en el torneo de la Federación Juninense de Aeromodelismo. Todos los domingos, después del almuerzo, competía en categoría Novatos. Ya vendrían tiempos mejores. Mi padre enganchaba una arandela de acero, a la que había atado treinta metros de tanza, en un anzuelo incrustado en el fuselaje y lo sostenía en lo alto. El viento cruzado abortaba una y otra vez la operación de remolque, hasta que en un segundo de calma me daba la orden y yo, treinta metros más allá, corría en línea recta en dirección contraria a la que se hallaba él y el hilo tendido de modo horizontal comenzaba a subir con el planeador. El momento para desprenderlo era cuando estaba encima de mi cabeza, en el mejor de los casos a treinta metros del suelo, trazando una línea vertical apenas arqueada (como si estuviera pescando en el cielo) que nunca se daba porque los vientos volvían y el planeador se acomodaba a ellos, y entonces quienes los remolcábamos debíamos correr desesperadamente en una y otra dirección, hasta el instante en que, por fin, dábamos un paso firme hacia delante, como en una estocada, y lo desenganchábamos.

Mientras todo esto sucedía, mi padre nunca dejaba de gritarme a viva voz sus instrucciones. ¿Por qué no corría él? No corría porque hacerlo era dar un espectáculo de responsabilidad que prefería evitar. Necesitaba una mediación entre el momento privado de construir el planeador en un clima nocturno de semiclandestinidad, casi en las fronteras de la casa, y su momento antagónico: el momento angustiante, y diurno, en el que había que enfrentar el juicio público sobre el rendimiento del planeador pero también sobre la destreza física de los competidores, imposible de realizar sin cierta soltura teatral que implicaba el empleo de recursos atléticos y coreográficos de los que mi padre carecía pero mi juventud no.

El Origone no andaba bien. Volaba como el orto. Cegado por la amenaza de la destrucción, pero sobre todo por algo que la precedía (el

fantasma de la fragilidad), mi padre había reforzado la estructura de la maqueta con una preocupación policial. El planeador se veía bien terminado, conservaba sus líneas y su perfil, pero pesaba mucho, como una nave blindada; tenía un exceso de tela en las alas y unos refuerzos desmedidos sobre las varillas laterales, además de la inserción de doble costilla en zonas en las que el plano indicaba una, y una placa de plástico para marcar la incidencia positiva cuando lo usual era colocar un papel doblado.

Salí —¿salimos?, ¿salió?— tercero en el torneo anual, pero fui el único de mi categoría que no ganó ninguna competencia. La entrega de premios fue durante una cena en el buffet del Aeródromo de Junín, encabezada por un oficial de la Fuerza Aérea que usaba unos zapatos extraños, no exactamente ortopédicos sino tal vez posortopédicos, lo que en el fondo insinuaban una derrota brutal de la ortopedia ante la forma irreversible de sus pies que, apoyados sobre el piso, daban una imagen prodigiosa de paréntesis invertidos, como si se los hubieran trasplantado de una pierna a otra.

Me dieron una medalla de hierro fundido con un bajorrelieve de un Origone cayendo en picada, forrada en el reverso con un círculo de felpa roja que colgaba de una cinta celeste y blanca; y una copa de metal sobre una base de plástico que no se ajustaban muy bien entre sí (de hecho me la entregaron en dos partes). Los empleados del buffet corrieron unas mesas y acomodaron varias sillas en un rincón desde donde se veía la pista —y las balizas: golpes fosforescentes en la oscuridad— para que nos fotografiaran a cada uno de los premiados no solo mostrando las medallas sino también las maquetas que las habían logrado, una manera de no pasar por alto el principio de la aviación que une al hombre y a la máquina como fuerzas equilibradas en la unidad.

2006

Entré al buffet vacío del Aeródromo y me senté a esperar en una silla similar, si no la misma, a las que había visto mil millones de años atrás en la entrega de los premios anuales de aeromodelismo. Las cosas estaban en su lugar, encerradas en una campana de vacío, impenetrables al deterioro y el desorden. Pero pronto surgieron claros los detalles del engaño. No había habido celo conservacionista. Sí, en cambio, un uso casi nulo de las instalaciones y un gran cuidado del concesionario sobre el patrimonio dado en usufructo por la Fuerza Aérea. Por detrás, y aún así muy cerca de lo que se veía, como puede estarlo de una cuna la mano que la mece, se detectaba, vaga pero envolvente, la inteligencia anónima que había orquestado ese teatro que intentaba detener el tiempo.

El buffet era una cámara de amnesia. Tenía las paredes blancas —como entonces—, sin cuadros ni adornos, el mismo cielorraso, la misma heladera de seis puertas, los mismos ventiladores de techo y la misma parrilla de luces con descargas eléctricas que en las noches de verano carbonizaba a los insectos de varias especies y generaciones asociados en una sola nube. Pero decir que los elementos del buffet eran los mismos no significaba que lo fueran. Cabía la posibilidad de que hubieran sido cambiados por otros que, sin ser los mismos, fuesen iguales. Lo cierto era que aun habiendo una política ordinaria del reemplazo no la hubo de la innovación, por lo que el envejecimiento podía verse como se ve la ruina cuando se niega la ruina con su restauración. Y este buffet —o el cerebro degenerado que lo mantenía— no quería volver al pasado sino a algo peor y doblemente imposible: quería quedarse en él.

Pero ¿qué es el pasado? ¿Es algo? Lo cierto es que allí se presentaba como algo que no terminaba de ocurrir. Si los muebles, y hasta la distribución de ellos en el buffet, hubieran sido sustituidos no por sus copias sino por una evolución de ellos, el lugar no hubiera hecho otra cosa que envejecer todavía más en su afán de rejuvenecimiento. Y también estaba muy lejos de las últimas corrientes del diseño de interiores que se

dedicaban a avejentar artificialmente lo nuevo, imponiendo la moda del deterioro controlado, muchas veces fechando las falsificaciones a pedido. Por ejemplo, se podía solicitar la fabricación de una puerta cancel de 1820, o de un escritorio de 1900, mientras que era menos frecuente pedir un sillón del año 2176 (sea lo que fuere el pasado, tiene más realidad).

Se encendieron los turbohélices del Cessna. El piloto bajó de la cabina y encendió una pipa con las piernas abiertas sobre el cemento de la pista y echó humo alzando su cabeza al cielo, un gesto de camaradería para su colaborador, que no fumaba ni hablaba (todo el gasto de esa relación silenciosa lo hacía el comandante). Subimos y la máquina se movió sobre la pista con un respingo de caballo. Después mantuvo un ritmo de corcoveos blandos, como si ya volara. Se detuvo en dirección al sur y luego aceleró y subió y giró hacia la izquierda. Vi las luces públicas flameando detrás de una cortina de niebla y, en los huecos de oscuridad, todo mi pasado desecho: circuitos, movimientos, idas y vueltas, reincidencias y rutinas vinculados a todo lo que amaba o había amado (si lo había amado, lo amaba todavía). Vida en la ciudad: personas y espacios, y más los espacios que las personas como elementos de evocación. El espacio: la plataforma del tiempo. Podía ver las líneas arborescentes del pasado uniendo esos sitios, sus lazos transparentes todavía atados, sus babas. Y podía reconstruir los hechos sin los hechos. Las líneas iban de un barrio a otro, cruzaban las vías, subían y bajaban escaleras en los edificios del centro, pasaban por la cancha del Club Sarmiento (en ese momento había partido: las luces formaban un aro de fuego) y por los Cines Lumière, lo único que parecía existir en el presente.

2006

Los rubros de la construcción entraron en crisis y alguien me contó que al hijo de mil putas de Kun (pasaron varios años, pero yo seguía odiándolo) ya no se lo veía por las grandes obras de propiedad horizontal, ni por las pequeñas. Tampoco se vieron más las columnas de humo de su camioneta cruzando la ciudad. Él hubiera podido evitar esas fumigaciones que precedían su aparición con solo cambiar con regularidad el aceite de la camioneta, pero ignoraba las reglas de mantenimiento de cualquier cosa que lo necesitara. Sus herramientas estaban oxidadas, la llave francesa no tenía grasa en la rosca, del cabo de su martillo bolita surgían astillas mortales, la tenaza tenía los bordes comidos, para no hablar de los trapos que empleaba para limpiarse las manos.

Una mañana salí del cajero automático del Banco Provincia y algo, un presagio o simplemente el llamado del odio atravesando la atmósfera, me detuvo frente a la estatua viviente que posaba sobre un pequeño escenario en la peatonal de Junín. Era una presencia compleja basada en el esfuerzo sobrenatural del artista por mantenerse inmóvil, un tipo de actuación que se detesta por lo ordinaria pero que al cabo de las horas se vuelve una proeza física y dramática, y también intelectual (hay que pensar todo el tiempo en no moverse para poder hacerlo). Al artista del antiacto y a su vestuario atávico de chitón y sandalias atenienses los apoyaba una escenografía de cántaro en cuyo borde se habían posado dos palomas gordas. La estatua había quedado congelada en la posición de una persona antigua encargada de volcar agua, en forma continua, hacia la concavidad enlosada de una jofaina, un misterio hidráulico que era el corazón del espectáculo.

Di una vuelta alrededor del escenario y vi un cable saliendo a espaldas del artista y conectado en forma clandestina a una fuente eléctrica municipal. Las estatuas vivientes que proliferaban en las calles eran blancas. Esta era dorada en toda su extensión, tanto en la totalidad del vestuario — que incluía un yelmo de plástico— como en la piel de las manos, el rostro

y los pies a la vista. Miré a los ojos de la estatua de carne petrificada: era Kun. Pedazo de hijo de mil putas. Mierda atómica. Sorete pseudoafricano. Negro cabeza de choto. ¿Así que artista? ¿Así que mimo enchapado en oro? Mirá vos. Él no podía bajar de donde estaba porque hubiera sido su despedida como estatua. Pero en su mirada advertí la amenaza; giraba sus ojos de mandril y los orientaba hacia caminos lejanos por donde me sugería partir.

2006

Tomé posición detrás de él. Del reproductor a batería que apuntaba a los espectadores distribuidos en semicírculo surgía una música. Equivocada. Quería darle un clima de Partenón soleado a su *show*, pero el ritmo de las mandolinas le traían a un espectador que había viajado por el mundo recuerdos de Italia (y del interior del recuerdo de Italia, recuerdos de una cierta *pizza* a la piedra). Los que no habían viajado pensaban en un plato de pastas al dente hechas en casa. El desliz no presentaba grandes problemas: si un hombre podía regresar a la Grecia Antigua por la magia del drama, la música de Italia podía escucharse tranquilamente en Atenas (si la representación suprimía el tiempo también podía suprimir el espacio).

Montado sobre el escaso rigor histórico —y geográfico— de su número público, Kun reinaba sobre el malentendido como sobre una ficción personal que le daba al espectáculo una pequeña dosis de vanguardia, aunque sumergida en la hibridez de su ejecutor. Era un griego, posiblemente un pensador, en la posición fija de estatua, extrañamente considerada viviente cuando la quietud no representa vitalidad sino suspensión del flujo de la vida (para representar algo que siguiera un curso vital estaba el agua que caía de la jarra), pero algo muy contemporáneo anulaba la voluntad de saltar a la vista como un sujeto importado del pasado. No eran el agua —cosa antigua si las hay— ni la música ambiental, sino cierta subordinación de Kun a su propia actualidad: unos temblores del cuerpo que sacudían las mangas del chitón, los dedos de los pies clavados en las sandalias como garras rapaces envolviendo cables de alta tensión y la mirada siniestra con la que me ordenaba irme. Estaba pensando en mí y lo arrasaba el deseo de golpearme nuevamente. Retrocedí unos pasos y me arrojé de cabeza, con los puños hacia delante, contra su cuerpo postulado como tótem en las alturas del pedestal; y luego volamos por el aire Kun, yo y la escenografía teatral que intentaba darle sentido profesional a sus labores.

Voló la jarra, y el motor se desconectó arrastrando un cable de diez metros, la plataforma (que giró, dejando al descubierto una estructura de metal) y el reproductor de música. Kun cayó de boca y se deslizó en la vereda de cemento que le dejó, al pasar, escoriaciones en la frente, la pera y las rodillas. Corrí, pero me detuve cuando vi la dificultad que se le presentaba al perseguirme con las suelas despegadas de las sandalias. Las había visto: eran unas franciscanas de goma, hundidas en los talones por el peso de su cuerpo y los años de uso. Se levantó. Cuanto más vertical más veloces caían los hilos de sangre abriendo surcos en el maquillaje dorado. No me siguió. Se limitó a mirarme y a girar la cabeza hacia los costados, mientras yo me agarraba los huevos y me encorbaba ligeramente hacia él a una distancia de unos cincuenta metros.

La salida del banco se convirtió en una tribuna de curiosos que miraban extasiados nuestro duelo de gestos, mucho más violento que un duelo de cuerpos. De repente surgieron, como muertos vivos que se despiertan en la noche, desaliñados y ojerosos, arrastrando los pies como convictos engrillados y ladeando las cabezas, una serie de muñecos de paño con personas adentro. El Hombre Empanada encabezó la marcha de solidaridad y auxilio hacia el cuerpo caído de Kun. Lo siguieron el Hombre Pancho y el Hombre Tarjeta de Crédito (el Hombre Visa), una versión delgadísima de Winnie de Pooh y un Mickey Mouse vicioso y relajado que apoyaba uno de sus guantes blancos en la cintura, mientras que con el otro fumaba a través de su careta inflamable con una confianza suicida en su pulso tembloroso (si el cigarrillo caía adentro del disfraz, se convertiría en una bola de fuego).

Solo el Gauchito Argentino quedó fijo, frente a la parrilla La Tranquera. Era un hombre de una edad indescifrable —parecía tener quince y sesenta años al mismo tiempo—, vestido como bailarín de *ballet* folclórico, botas de media caña, espuelas, rastra con monedas falsas (acuñadas solamente del lado de la cara o de la ceca), sombrero ancho, pañuelo al cuello, bombacha bataraza y chaleco, una imagen de exportación que hacía delirar a los pocos extranjeros que pisaban la ciudad. Era un gaucho expoliado, arrojado al vértigo ruinoso de la peatonal donde, sin embargo, había podido encontrar una posición de regreso mítico a la pampa, alzando su mirada por encima del movimiento urbano hacia un horizonte de campo, vacas, eucaliptos y caballos salvajes. Lo acompañaban sus laderos simétricos: los gemelos Chaplin.

Corrí. Recién me consideré a salvo cuando me di vuelta a una cuadra de donde había quedado Kun y vi un tumulto de batalla campal. Winnie de Pooh se revolcaba junto al Hombre Empanada, posiblemente enconados por alguna diferencia gremial. Se golpeaban con patadas voladoras y caían pesadamente, amortiguados por sus trajes de felpa. El Hombre Visa se arrojó sobre ambos, pero no para separarlos sino —no se podía creer— para no tomar partido por ninguno, o tomarlo por los dos. Un pequeño patrullero de la policía bonaerense se abrió pasó a mi lado y avanzó por la peatonal hacia la zona del desastre.

2005

Mi padre se internó sin plata ni obra social en una clínica de Junín famosa por los aranceles exorbitantes de su hotelería. El diagnóstico: infección urinaria. Llegué en dos horas. Entré a la habitación y lo vi echado en un hermoso sofá de tres cuerpos, con un camión blanco con el monograma de la clínica bordado con hilos de colores, ordenando las imágenes de un televisor de cincuenta pulgadas desde un control extrachato.

El ojo del láser titilaba en la oscuridad como una pequeña baliza agitada por el brazo de mi padre, que también agitaba la aguja del suero clavada en su muñeca. Encendió una lámpara de pie y, señalándome con la mano libre las imágenes de la carrera de la mañana, me dijo: «Ganó Di Palma, nomás. No me digas que no hay acomodo. Gana porque es Di Palma, porque la verdad es que maneja como el culo. Attendeme. Así estamos». Silencio. «Esteeee... ¿Qué te iba a decir? ¿Los chicos, bien?».

La clínica era un sistema inteligente palpitando en el interior invisible de una mole fantasma, casi deshabitada —o solamente habitada por una idea de ocupación que no se realizaba—, de una sola planta, enclavada en un parque iluminado por reflectores de altura. En ella había, además de todo lo que no se veía, una posición nítida en favor de la desinfección perfumada y la comunicación radial entre los pabellones. Pero el servicio más novedoso era el de las tarjetas que les daban a los pacientes para consultar, en los lectores de barras de los pasillos, el ritmo de sus consumos sanitarios. Debíamos ochocientos veintisiete pesos, a los que había que sumarle el veintiuno por ciento del valor agregado que el lector pasaba por alto.

Lo llevé a Buenos Aires y lo alojé en casa. La convalecencia era de una semana, pero duró seis porque no quiso perderse el último ataque de Estados Unidos a Bagdad que las cadenas internacionales de televisión prometían transmitir en vivo y en directo, en un nuevo intento por convertir la actualidad en tiempo histórico. Pero esa astilla de tiempo que quizás capturan se daba a cambio de no poder hacerlo en los múltiples

puntos de una guerra que estaba en todos lados: en las calles, en los búnkeres subterráneos, en las viviendas rurales que una brisa inesperada podía voltear como un castillo de naipes y, también, en la imaginación aterrada de cada habitante que esperaba impaciente su propia destrucción, algo mucho mejor que cualquier incertidumbre escondida en los rumores (televisivos) que la profetizaban como una lluvia de luces sobre el fondo nocturno.

Durante varios días, una cámara de la CNN mostró la cúpula dorada de una mezquita. El cuadro, petrificado por la decisión editorial de concentrar en él un emblema de la cultura odiada, era el primer paisaje que sería destruido de un momento a otro y que, por lo tanto, estaba sobreviviendo agónicamente a un futuro que ya había llegado, aunque por ahora sin sus hechos. Antes de desaparecer la mezquita ya era un recuerdo, una forma viajando hacia la nada, hacia el mundo glorioso de las presencias fantasmales que la haría brillar más tarde en la memoria de todos nosotros.

Mi padre estuvo pendiente de ese instante que tardó en llegar. Su especialidad: depender del instante que no llega, someterse a él, vivirlo. Varias noches se durmió en el sillón esperando el ataque. Pero no pasaba nada. Apenas si la quietud de las calles vacías se alteraba por un Jeep del ejército local que frenaba de golpe (las luces de *stop* cargaban de una novedad insignificante esa quietud) y seguía su camino. Luego, poco más: un pájaro nocturno cruzando el horizonte en un engañoso primer plano, o una mosca girando en espiral adelante del objetivo; y el cielo, cambiando de color con al paso de las horas. Así se estaba dando el suave ataque del tiempo sobre las cosas, menos espectacular que esa guerra del porvenir inmediato, pero más persistente y dañino (durante el primer día de esa espera murieron ciento ochenta mil personas en todo el mundo, casi todas de muerte natural).

Amaba las guerras. No había nada que lo conmoviera más que las historias de destrucción, la tecnología del daño y la dudosa épica de un ataque aéreo con sus aplicaciones ventajosas de violencia masiva y distante. Amaba la superioridad del que atacaba sin riesgo y los encuentros entre fuerzas enemigas desaparejas. Le interesaba la idea de anular a los demás y no la de competir en igualdad de condiciones con ellos (por la misma razón no toleraba el boxeo si el nocaut no llegaba pronto). Solo en ese desnivel tenía gracia la experiencia de la acción. Actuar era hacerlo en un estado de fortaleza contra algo que se hallara en estado de debilidad; era atacar y destruir a salvo de una respuesta, y de algún modo era también

humillar, subrayar el sometimiento con toda la crueldad que se pudiera para que quedara claro que de dos fuerzas en disputa solo podía sobrevivir una.

Las guerras eran un *show* de actividad y despliegue, de grandes decisiones tomadas sin perder el tiempo; y mi padre, espectador y comentarista de esos tejemanejes viriles y expeditivos, se veía en ellas como un personaje relevante, un general en el desierto, un führer inoculando sentidos sencillos a las masas descerebradas por la obediencia. Su modelo era el del estratega burócrata, no el del héroe. Era una cuestión de escalas: el héroe era demasiado pequeño para despertar su admiración; y además era —sobre todo— una individualidad, frágil e insignificante, agitándose en la línea de vanguardia como carne de cañón. Un héroe tenía un cuerpo propio, entregado como prenda y sacrificio al riesgo de la acción (todo héroe era, para mi padre, un kamikaze con suerte). En cambio, el estratega intervenía intelectualmente sobre los hechos y a tal distancia que sus decisiones se dirimían en el campo inconsecuente de la abstracción (de hecho, en la imaginación de mi padre, basada en la filmografía de la Segunda Guerra Mundial, los estrategas nunca usaban armas sino un sistema cartográfico que representaba la guerra como un juego).

1998

Recibí un correo de Sandro Alonso. Seguía en Buzios, un poco menos eufórico que al comienzo, bajando de las nubes más altas del amor a las que había subido con su amante pelirroja, embarazada de mellizas y tan dispuesta a comenzar una vida de familia que le daba lo mismo vivir en Río de Janeiro, donde su padre le había ofrecido comprar un piso frente a la Parada 9 de Ipanema, o en Chos Malal, donde los padres de Sandro tenían una hostería de chapas y maderas colgada de la montaña.

En la posdata me daba la dirección de una página porno. Entré al primer link, llamado Ninfeta golosa. Se abrió un bosque de árboles alineados en un orden ridículo de jardinería de palacio. La imagen giró sin cortes hacia una caballeriza con herrajes de bronce en las puertas de cada stud, cubos de fardos apilados en los rincones, abrevaderos de acero inoxidable y lámparas fabriles desde donde caían unos enormes discos de luz blanca que abrían la oscuridad del suelo.

Apareció una mujer con botas de equitación y la espalda descubierta, y apoyó las manos sobre una pared. No se estaba inventando nada nuevo; al contrario, se reforzaba uno de los tópicos de la pornografía rupestre, o ecuestre, machacando sobre el imaginario de la écuyère dominada o llevada a la perdición por los vientos persistentes de una lascivia que brotaba en vientos desde el entorno boscoso. El mensaje de ese lugar común siempre había sido claro: el hombre degeneraba en contacto con la naturaleza. Pero debajo del mensaje luchaba por hacerse entender el texto oculto y progresista de la escena: esa degeneración era un regreso a las fuentes. El hombre era biofílico, tenía pasión sexual no solo por sus pares y otros animales sino por todo lo vivo (había una película argentina, famosa entre fetichistas, en la que una actriz se pajeaba contra las arrugas de un árbol añejo).

De lejos, el cuerpo de la mujer también era un lujo asociado a la abundancia del escenario (detrás de todo eso habría seguramente una historia de millonarios y palafreneros, es decir de financiamiento debitado y servicios), y más aún cuando la cámara se acercaba y la tomaba en primer plano. El cabello recogido en una cola a la altura de la nuca, el cuello desnudo, el canal de la columna hundido en la concavidad casi metálica de la espalda, las marcas delicadas de las costillas precipitándose hacia una cintura que se hacía más delgada en contigüidad con el culo robusto enfundado en unos breeches claros, le iban dando detalles a la imagen.

Lo que por su quietud parecía una foto (aunque algo se agitaba imperceptiblemente en el establo, tal vez el aire o los restos de luz natural que entraban por las claraboyas verticales enfrentadas al poniente), comenzó a moverse cuando los músculos de la espalda se desplazaron apenas sobre una posición fija, como si el cuerpo de la mujer hubiera hecho alguna fuerza intencionada para demostrar su carga desbordante de vitalidad aun en el suspenso. El precioso hervidero muscular que ondulaba debajo de la piel no era parecido a ninguna convención de movimiento humano y, en cambio, se acercaba más a un nido de serpientes saliendo de su hibernación.

Se quitó los breeches, pero se dejó las botas, último bastión de cultura que le recordaba al cuerpo un camino de regreso a la virtud anegado por el deseo (si quería volver tenía que esperar a que el deseo, como las aguas de una inundación, bajara). Las botas tenían la forma de un calzado ordinario de equitación, pero los tacos habían sido modificados para alzar un poco más las caderas de la mujer, un ejemplar humano tan perfecto que con solo contemplarlo unos segundos podía asegurarse que pertenecía a la aristocracia de los cuerpos (así como había otras personas que pertenecían a la aristocracia del dinero o a la de los nombres), una casta que podía destacarse por un efecto de plenitud muy firme detrás del cual latía, postergada, la tragedia de lo precedero.

El plano se fue abriendo mientras la mujer se retorció un poco en el rincón del establo, se separaba las nalgas con las manos, descolgaba de la pared una pequeña fusta y se golpeaba las piernas con la punta de cuero que, cada tanto, se estacionaba estableciendo un puente artificial o una prótesis sadomasoquista entre el culo y la concha.

Desde uno de los márgenes entró un caballo, pero había que verlo bien para poder distinguirlo en sus particularidades raciales —la pornografía estaba hecha de esas variantes imperceptibles que orientaban el gusto hacia

todas las direcciones en busca de nuevos mercados de perversión— e imaginar el rol que le cabía en la escena. Estaba demostrado por la tradición que los animales de la pornografía no eran elementos, ni fijos ni transitorios, de una puesta en escena (no eran decorados); estaban allí por motivos sexuales, eran actores muchas veces protagónicos de una trama esclavizada por la parábola de los cuerpos, básicamente ascenso y caída del fuego carnal en el que nunca se filtraba la plaga de la insatisfacción porque, tarde o temprano, la satisfacción llegaba.

Como espectador, yo mismo podía dar fe de la verdad que se introducía a través de los animales, una verdad natural, sin erotismo ni escauceos, en la que podía observarse el rol activo de las bestias en algo que no podía llamarse sometimiento sino intercambio (en algún rincón de mi casa conservaba una copia en VHS donde podía verse a un hombre rudo, de cráneo cúbico, en la puerta de su granja, sacando su verga del interior de un mameluco engrasado y clavándola suavemente en un ejemplar mediano de gallina ponedora Legorn, del que salía un cacareo desesperado que no era negación o resistencia sino una música afirmativa de placer anal, acompañada por las vibraciones laterales de la cresta y el perfil extasiado del ave en sacrificio, sobre el que se cerraba el plano mientras se oía resoplar en *off* un rosario de insultos muy comunes —se me ocurre escribir esto, pero no tengo la menor idea de si es cierto— en las disputas tabernarias de la baja Baviera).

Ese caballo no era un ejemplar de polo ni de equitación —como muchos argentinos, yo podía distinguirlo—, y por su altura tampoco era un pura sangre. El acercamiento del animal a la cámara resolvió el enigma: era un burro. Su paso lento, un poco irritante para la dinámica del cine, y su carácter retobado de bestia montañesa, indiferente a cualquier estímulo y desobediente a cualquier orden, cambiaron el clima de la película, pero el cambio solo permaneció hasta que fue posible asociar la mujer con el animal y a ambos con Ninfeta golosa, el título que comenzaba a tener algún sentido al acercarse a su referencia.

El cuadro volvió a abrirse y el burro caminó hacia el rincón donde estaba la mujer. Un sobresalto de las ancas indicó que lo habían empujado o le habían dado una descarga eléctrica. La mujer se dio vuelta: era Jenny, mi Jenny de Buzios, bonita como siempre pero con un gesto nuevo en el rostro, de triunfo personal más que de concupiscencia o maldad, que solo podía ser detectado por quienes la hubiéramos conocido. Se agachó y quedó en cuclillas sobre las botas; tenía las piernas abiertas y la posición,

una de las más clásicas de la industria pornográfica, aunque todas lo eran de algún modo, le conservaba la curva del perfil (una ese). Tanteó los huevos del burro con la palma de una mano, y la verga creció enseguida hasta un tamaño que era de un largo similar al de su brazo; no se elevó — aunque también lo hizo, pero como una actividad secundaria—, sino que la carne se estiró desde un continente más pequeño que su contenido, como si de un dedal hubiera salido un dedo.

Detrás del desarrollo de esos segundos había respuestas que la biología equina estaba dando, aunque no se las pidiera nadie. La verga se inflaba con la sangre que circulaba por el cuerpo del burro en una red de venas gruesas como mangueras, empujada por el corazón entrenado de una bestia de carga, y girando en curvas inexplicables hasta estacionarse allí donde Jenny lo había estimulado con sus dedos delgados mediante una técnica que era efectiva tanto en hombres como en animales (de esos protocolos de excitación humana estaba hecha la zoofilia). Jenny agarró la verga con una mano e inclinó su cabeza hacia atrás, tanto porque el crecimiento formidable de una desplazó a la otra del lugar común en el que estaban, como porque la secuencia siguiente necesitaba ser rigurosa con el canon de la fellatio, que consiste en chupar pero también en mirar lo que se chupa.

Cabeza de Jenny con el pelo recogido, tetas al descubierto y una mano, sostenida por un brazo delgado pero fuerte que tomaba la tremenda poronga rosada con manchas negras, cuya base de huevos se ocultaba detrás de una pata: esos eran los componentes del cuadro. Jenny escupió varias veces sobre la otra mano y aplicó saliva a lo largo de la verga, de la que colgaron unas gotas densas como caireles. Los dedos de Jenny iban y venían por la verga abarcando, con suerte, la mitad del diámetro, cumpliendo con una mecánica tediosa para todo el mundo menos para el burro: la paja lo socializaba y, casi, le daba una conciencia (de burro pajero). Había sensaciones intensas en el cuarto trasero del animal y cortocircuitos en su cerebro limitado con el que se asociaba la ignorancia de los humanos; levantaba las patas de a una y agitaba su cola pestilente en círculos de excitación, pero dejaba estacionada la verga allí donde se la manipulaba —todas las naturalezas se vuelven civilizadas por conveniencia—, obediente a las decisiones de Jenny que la tomó con las dos manos y estacionó la punta sobre sus labios.

La boca se infló como un globo al que le hubieran dado una carga rápida de helio, y la cabeza de Jenny quedó de frente a la verga, en una actitud de valentía que anunciaba riesgo físico porque la inquietud del

burro aumentaba de manera exponencial con el manoseo. La bestia se sacudió como sacándose de encima los parásitos, y sin embargo la actitud no tuvo nada de intempestiva ni improvisada: su verga había cumplido un ciclo respecto de ciertas atenciones y empezaba a necesitar otras más cercanas a su propia cultura sexual, pero tenía que haber algo de seguridad además de un orden, porque si el burro penetraba a Jenny a fondo directamente la mataba o la partía en dos; y entonces, a la tensión del suspenso sexual se le sumó la de los peligros del daño, y reverberó por un momento en mí el deseo sádico de ser el testigo de esa escena de horror, que no ocurrió porque el encuentro zoofílico se había planificado siguiendo un menú estricto de reglas humanistas.

De espaldas al burro, inclinada hacia delante, Jenny fue retrocediendo unos pasos sobre las agujas de sus botas y apoyó la verga del burro en su concha; allí la cámara se inclinó sobre el encastre. La mano tomaba la verga para orientarla, pero también para marcar la frontera del pedazo que iba a meterse (no más de veinte centímetros) antes de quedar empalada a la vista de los espectadores. Se fue acomodando, la dejó entrar despacio hasta que la mano hizo tope y, allí sí, entró y salió varias veces. Un plano del burro lo mostró desorbitado, con la cabeza dando respingos de angustia y queriendo alzarse con sus patas delanteras sobre la espalda de Jenny; pero se oyó un chasquido —una orden o un golpe fuera de campo— y pareció calmarse. Jenny desenfundó la poronga, se inclinó nuevamente y la sacudió con las dos manos, mientras apoyaba nuevamente los labios en la punta (¡cuánto hubiera dado por ver a Bárbara Rodríguez hacer todo eso con aquel caballo de Papudo!).

¿Por qué la verga estaba tan mojada? ¿Todavía conservaba el baño de saliva o el interior de Jenny había respondido al ingreso del burro con una lluvia de flujos que solo podía ser considerada un guiño de aprobación? ¿Soportaba la zoofilia a cambio de dinero o era un gusto que se daba? Lamió la verga varias veces, y la frotó, y cuando vio que el burro iba a eyacular —era evidente que ella conocía la víspera de esa reacción— la sacudió con una fuerza capaz de arrancar un árbol pequeño de raíz y cerró los ojos frente al conducto que traía a toda velocidad la leche gruesa de la bestia.

2003

Entré a la pileta de casa apoyándome con cuidado sobre una colchoneta de aire. Se oyeron los ruidos del agua —la separación de unas gotas que de inmediato se reunieron con su masa— como suaves choques de metales iluminando el silencio. El reflector del parque aplastaba el dibujo de las ondas expansivas que iban ampliando sus radios hasta llegar a los bordes, desde los que regresaban como en un reflujó marítimo que hacía pensar, si no se salvaban las distancias (las causas físicas eran las mismas), en una catástrofe natural.

Había visto esas mismas ondas durante la mañana, produciendo un efecto de lupa que se reflejaba en el fondo celeste, como una red de diamantes que se multiplicaban y se reducían. Que la mañana hubiera sido clara no significaba que hubiera habido más detalles. Al contrario: la realidad es más bien nocturna. De día pasan más cosas, pero para advertir sus detalles se necesitan, por lo general, el tiempo libre y el silencio de la noche.

Un avión de línea cruzó la oscuridad con su coro de luces. Se veían los torrentes frontales de resplandor abriendo el cielo, el pestañeo en los extremos de las alas y las ventanillas detrás de la cuales latían las vidas de los pasajeros. ¿Alguno de ellos me habrá visto y habrá tenido un pensamiento, preciso o equivocado, sobre lo que representaba mi cuerpo flotando en la pileta? El estruendo de un chapuzón destruyó la intimidad nocturna y la incipiente formación de mis reflexiones. Por el modo en que sonó —un aplauso de gigante—, respondía al estilo ordinario de mi vecino Franchesse, que entraba en forma de bomba humana a su pileta, haciendo impacto con la espalda y la nuca y desprendiendo un enorme hongo de agua.

Cuando este gordo puto y cornudo y la reconcha de su tía volvió a entrar a su casa, el reflector de mi parque, al que el hongo había llegado con sus radiaciones líquidas, se quemó detrás de una secuencia de chispazos. Boca arriba en la colchoneta, de la que en la oscuridad había

reaparecido su fosforescencia como un fantasma eléctrico, vi que no se podía mirar las estrellas sin antes advertir el vacío aterrador en el que flotaban. Y que no había belleza en un astro solo, aunque sí la había cuando ingresaba al sistema que mostraba las armonías y los desastres que se organizan en los confines. Pero ante esa intensidad remota que recibía mi punto de vista —el punto de vista posible y humillante del hombre metafísico— apareció bajo la luna llena un fragmento de la palmera del Franchesse como un oasis de lo próximo, lo único conocido en esa geografía mixta de tierra y de cielo.

Bajé la mirada hacia los primeros planos del parque y encontré un nido de avispas colgando del alero del quincho. Entré a casa a buscar el veneno en aerosol y sentí el silencio precioso que, como un perfume, despedía la casa ocupada por el sueño de mis hijos y mi mujer (más que en otras situaciones, me parecía tener una familia cuando velaba por ella de manera accidental). Me recomendé dos tácticas de ataque: rociar el panal con el veneno durante varios segundos, o quemarlo con una antorcha. Eran dos operaciones incursivas que podían considerarse de tipo comando, pero la segunda incluía peligros incendiarios, por lo que elegí la primera (además, la primera me pareció más cobarde, es decir más segura). Calculé el ángulo de disparo, planifiqué unos movimientos complementarios que tuvieran en cuenta el de repliegue y cerré el ataque rociando el panal durante diez segundos en los que se formó una nube perfumada que parecía salir de los jardines de un infierno.

A la mañana aparecieron las avispas muertas sobre las baldosas. ¿Cómo podía ser que hubiera tantas? Formaban un campo de cadáveres y larvas abortadas que no iban más allá de un círculo definido, salvo dos o tres alejadas menos por el resto de una fuerza vital que por las brisas rasantes de la madrugada. Como testimonio de la matanza, o como demostración monumental o artística de resistencia, durante varios días colgó cabeza abajo un ejemplar muerto que parecía vivo, embalsamado a la manera en que quedaron los habitantes de Pompeya bajo el fuego del Vesubio.

Los pompeyanos volvieron por fin a las felices costumbres de caminar por las calles y saludarse a los gritos durante la reconstrucción de los edificios caídos con el terremoto del año 63. Nerón mandó a sus arquitectos y a sus directores de compras a relevar la ciudad y el paisaje recobró su arrogancia mediterránea. Desde Carrara llegaron cargamentos de piedras que eclipsaron el tráfico de los materiales ordinarios, y los trabajadores de la piedra montaron andamios frente a los comercios, las casas de dos plantas (las islas de los ricos ya habían sido reconstruidas apenas se cayeron) y los edificios públicos marcados con las cruces blancas del inicio de obra.

Los monumentos de la prehistoria relucían en los barrios por ósmosis con la actualidad, y había reuniones continuas en la palestra de ejercicios, donde los pompeyanos jóvenes realizaban rutinas de destreza y ornamentos aéreos y se toqueteaban indistintamente los orificios y las protuberancias, un modo espontáneo que hallaron para escapar del stress de la competencia.

Durante los años de tristeza, las familias se habían vuelto más hacia sí mismas, permaneciendo más tiempo en el corazón-santuario de sus casas, y era muy frecuente (mucho más frecuente que antes del 63) ver a los padres escapar por el *posticum* al oír los rumores de visitas. Pero ya no. La ciudad estaba otra vez en movimiento, y el clima de euforia impuso nuevamente la comedia de costumbres en casi todas las representaciones teatrales, entre las que descolló *Fullonica ergo tripudium*, el éxito de la temporada, un homenaje a los bataneros que lavaban togas con los pies a la usanza de los vendimiadores y evolucionaban hacia un baile —un plagio no admitido de la danza de los arvaes frente a sus dioses— que luego proliferó como danza típica y más tarde se perdió de vista para siempre.

La aristocracia que había iniciado su linaje en el Lacio recuperó el humor; y los pobres, sus holgadas recompensas a cambio de *servidumbres* cada vez más variadas y costosas (había demanda de servicios nuevos, y regresaban los que habían sido suspendidos), lo que los convirtió en

nuevos ricos que, de inmediato, comenzaron a dilapidar sus fortunas espontáneas en casas que no podían mantener (los neronistas no eran buenos ni malos: eran incorregibles). Los gremios se afianzaron y se hicieron fuertes en las exigencias de derechos colectivos de trabajo. No solo el de los plateros y los tratantes de maderas sino también aquellos que agrupaban a la gente sociable: los durmientes, las gentes que beben tarde y los depravados furunculis.

Pompeya era un negocio redondo. Los vendedores forenses elaboraban sus golosinas en marmitas, a la vista de la gente, y tenían para cada variedad no solo un nombre sino también un tono con el cual nombrarla; y los agitadores políticos habían sembrado las paredes de consignas electorales mientras que los publicistas diseñaban inscripciones sobre compra y venta de bienes y solicitudes de todo tipo, una de ellas muy extraña: «Ha desaparecido de la tienda Tal un ánfora de vino. El que la presentare recibirá 65 sestercios, y el doble si trae también al ladrón». Entonces explotó el Vesubio y en pocas horas la ciudad quedó cubierta de lava y una tormenta de cenizas convirtió el día más claro en la noche más oscura. La mujer de Perculus fue la primera en derretirse bajo las olas de fuego, lo mismo que sus amigas congregadas en la Casa del Poeta, quienes se retrasaron por negarse a abandonar sus joyas, y así les fue. En la cueva de Diomedes quedaron sepultadas diecisiete personas, y muchas otras, miles, se hallaron luego carbonizadas en las calles, algunas en posición de fuga y otras, las que en vida habían sido más sabias, abandonadas a la resignación. Apenas pudo, Plinio el Joven reportó el hecho en una carta a Tácito:

Mi tío estaba entonces en Messina, población situada a 5 leguas de Nápoles, mandando la escuadra romana. El 23 de noviembre, hacia la una de la tarde, mi madre vio aparecer en el horizonte una nube de forma y dimensiones extrañas. Se levantó mi tío y subió a un paraje desde el cual podía observar bien aquel prodigio. Difícil era observar, a la distancia en que estaba, de cuál de las montañas salía la nube. Se ha sabido después que salía del monte Vesubio, a unas 6 leguas de allí. Era una especie de árbol inmenso, un pino gigantesco, porque después de elevarse muy alto en forma de tronco, la nube se desvanecía en ramas diversas. Veíasela dilatarse y extenderse, y tan pronto aparecía blanca, como cenicienta, como de otros diversos colores.

Mientras se apresuraba todo lo posible el arribo de mi tío, no cesaba de observar el extraordinario fenómeno y de tomar apuntes. Espesas nubes de

cenizas calientes empezaban a volar sobre el buque. Piedras calcinadas por la violencia del fuego que las despedía comenzaban a caer en torno de ellos. El mar se agitaba y la orilla se hacía inaccesible, cubriéndose de peñascos desprendidos de las montañas. El piloto aconsejaba a mi tío salir a alta mar, pero mi tío, acordándose de su amigo Pomponiano, que vivía en un pueblito de la costa llamado Estabia, le dijo: «Vamos a buscar a Pomponiano». Llega y encuentra a su amigo dominado por mortales angustias. Le abraza, le tranquiliza y para infundarle confianza se mete en el baño, como de costumbre. Cena enseguida, con su alegría de siempre, o más bien con todas las apariencias de la alegría, lo cual era más meritorio.

Entretanto, en varios puntos del monte Vesubio veíanse brillar grandes llamas que la oscuridad de la noche hacía aparecer más brillantes aún. Después se acostó y empezó a dormir profundamente. Pronto empezó a llenarse de cenizas el patio que daba acceso a la alcoba. En tal cantidad caían que, a poco que mi tío se hubiera detenido, la salida hubiera sido imposible. Se trató en consejo de familia si debían encerrarse en la casa o salir al campo, porque las casas estaban tan quebrantadas a consecuencia de las frecuentes sacudidas por los terremotos como si hubiesen sido arrancadas de sus cimientos y vueltas a colocar en su sitio. Decidieron salir al campo. Mi tío y su comitiva salieron cubriéndose la cabeza con almohadones sujetos con pañuelos para defenderse de las piedras. Empezaba el día en otros puntos, mientras la noche, una lúgubre y profunda noche, seguía reinando donde se hallaba mi tío; oscuridad horrible, apenas disipada por los siniestros fulgores del lejano incendio y por el resplandor de numerosas luces. Se aproximaron a un ribazo para examinar la mar, pero estaba muy gruesa y agitada por un viento contrario. Mi tío se había sentado sobre un paño que había mandado extender, y pidió agua. De repente unas llamas que parecieron mayores que todas las que se habían visto hasta entonces y un fuerte olor a azufre pusieron en fuga a todo el mundo. Mi tío se levantó apoyándose sobre dos esclavos, y en el mismo instante cayó muerto.

2000

Faltaba media hora para la final de la Copa Intercontinental de Clubes. Boca Juniors vs. Real Madrid, en Tokio. Yo sentía unos temblores internos que iban a durar hasta que sucediera el triunfo o la derrota, pero que en la ansiedad de la víspera eran mitades indivisibles. Tuve unas puntadas en la nuca que, tarde o temprano, se convertirían en un dolor cervical de días, se me enfriaron y blanquearon las manos y perdí la memoria inmediata (me serví una taza de café y un minuto más tarde no supe dónde la había apoyado).

Por vigiliadas como esas, llenas de intensidad y alarma, y por las posibilidades dramáticas del juego, que nunca pueden predecirse, a diferencia de quien va a la Ópera a ver *Tosca* y ve *Tosca*, es que me gusta tanto el fútbol. Convertir un gol, solo uno, es una empresa descomunal que implica derroche, concentración y suerte; es construir una catedral de humo para evitar luego su derrumbe (dos imposibles); y todo se da en un tiempo real e irreversible en el que se hace presente, como una materia mágica, el suspenso enfermante de una obra ejecutada contrarreloj, comparable con una bomba que tanto hay que hacerla explotar como desactivarla para que no explote, y en ambos casos sin saber muy bien cómo.

La final de Tokio llevaba estas cosas a un extremo de fatalidad. Era un solo partido a todo o nada. Me latían las sienas como si hubiese un corazón de bebé en el interior de cada una, y tenía los dientes sellados (cuando lo advertí hice unos ejercicios con las mandíbulas para aligerar las cargas y me coloqué mi placa de silicona neuro-miorrelajante). Salieron los equipos. Me acomodé en el sillón, apoyé las piernas sobre la mesa ratona del *living*, y escuché esto: «Qué deporte boludo, ¿no? Digo. Porque no me vas a decir que se puede comparar a veinte tarados corriendo detrás de una pelota, como decía Borges, con una carrera de motos o de Fórmula 1, por decir algo. Ni hablar de la aviación. ¿Por qué te pensás que me gusta el vuelo a vela? Porque es un deporte superior, un deporte donde se premia la

inteligencia. Pero si yo te digo: “Makula”, ¿qué me decís? Nada, porque no sabés quién es. ¿Y si te digo que Makula fue el mejor deportista en toda la historia de la humanidad incluyendo a Pelé, a Alí y todos los que vos quieras? ¿Sabés por qué no te lo digo? Porque me vas a decir que estoy loco. Vos fijate que acá son once giles con pantalones cortos que se pasan la pelotita: pin, pan, pum, gol. ¿Y? Atendeme: yo fui arquero. A mí no me la van a contar. Así que como juegan estos muertos hasta yo puedo jugar. Ahora, subite a un planeador; subite a un Fórmula 1 y manejá a trescientos kilómetros por hora. Te hacés mierda. Mierda te hacés. ¡Por favor! ¡Fútbol! ¡No me hagan reír! Tenés que ser tarado para que te guste el fútbol; por algo es un deporte que les gusta a los negros. Fijate: todos negros son los que van a la cancha. No tienen dos dedos de frente. ¡Mirá! ¡Mirá la cara de ese! ¿Me podés decir qué hace ese negro en Japón? ¿A vos te parece... normal? Por favor, no se puede comparar. Un Fórmula 1, ¡por Dios!, ahí sí que está presente la inteligencia del hombre. Ahí tenés: el hombre y la máquina, juntos. ¿Qué hace de inteligente el fútbol? Oh, sí, claro, Fulanito hizo un caño. ¡Dejate de joder! ¡Un caño! ¿Quién no hace un caño? Si todos los futbolistas son chuecos. Hacés tic y ya está. Un Fórmula 1 tiene setecientos ingenieros alrededor: uno para las gomas, uno para la suspensión, otro para el motor, otro para los frenos, te podés comunicar a los boxes por radio, parás y te cargan combustible en un segundo, ¡un segundo! Atendeme, ayer cargamos nafta en una YPF con Teti Michelin y casi nos quedamos a vivir. Vos decime todo lo que quieras, pero nos atendió una chica, mirá qué casualidad, con el pantaloncito bien metido en el culo, ¿eh?, eso sí. Una putita. Hay millones de personas capaces sin trabajo pero la putita tiene el suyo porque mueve el orto. Mejor me callo. Objetivamente te lo digo: la Fórmula 1 es más emocionante que el fútbol, ¡por la mierda! Punto. Mucho más emocionante. Por eso el fútbol es tan pero tan inferior al automovilismo; y si no prestá atención. Vos fijate que cuando algún negro mete un gol se abraza con otros negros y se tiran al suelo a propósito, para incitar a la gente. Está todo orquestado para vender más. No, si Borges no es ningún boludo: “Veinte tarados detrás de una pelotita”. Un sabio el viejo».

Mi padre, de visita en casa, dejó de hablar pero conservó la posición en la que estaba sentado: una pierna encima de la otra, una mano sobre las piernas, y la otra mano atusándose una barba blanca, muy larga, que cuando inclinaba la cabeza hacia abajo se arrastraba sobre la camisa (si no tenía cuidado se la enganchaba en los botones más altos) como la cola de

un zorro. Miraba la pantalla como podía estar mirando el horizonte, una frontera imaginaria sobre la que podían girar en falso el pensamiento y la distracción. Pero para mí no había duda de que esa postura era una manifestación de arrogancia y desafío; había golpeado primero, como siempre, y se mantenía a la defensiva, listo para enredarme en una lucha de especulaciones. A todo lo que fuéramos a discutir le había instilado una violencia que no era tanto una prueba de su ánimo como una marca de su idioma personal, el idioma en el que él no solo aceptaba discutir sino el único en el que podía hacerlo (odiaba la cordialidad porque no creía que pudiera defenderse una idea sin un *show* de pasión, es decir sin un argumento corporal).

«¿Tú me hablas a mí?». Al principio fue un misterio para mí mismo el uso afectado del «tú». Pero más tarde pensé que no solo el «tú» sino también el tono intencionadamente extranjero en que lo dije pertenecían a un español que no se usaba en la Argentina y que, por lo tanto, su empleo revelaba mi necesidad de estar en otro lado —en las playas de Costa Rica o en un bar de Sevilla— y no encadenado a una discusión que no deseaba sostener aunque me lanzara directamente a ella por una cuestión de honor o pereza (sí, pereza, porque el esfuerzo monacal de no discutir con mi padre me producía un gasto malo, mayor que el de prestarme a sus maniobras infalibles de atrapamoscas).

Deslizándome por la trampa que me había tendido, y obediente a la guerra de espejos que ya comenzaba, mantuve mi posición —en realidad su posición, que imitaba sin darme cuenta— de mirar la pantalla sin mirarla, y me desahogué: «¿Así que objetivamente la Fórmula 1 es más emocionante que el fútbol? Mirá vos, che. Qué bien, ¿no? Bárbaro. ¿Y qué hacemos conmigo, entonces? Porque no solo que no me emociona la Fórmula 1, sino que me emociona el fútbol, viste. Objetivamente te lo digo. Así que andá cambiando de argumento. O sea: de sofisma. Además, comparar el fútbol con el automovilismo, no va. Es como si yo te digo que una pinza es inferior a un camello. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? ¿Por qué mejor no ordenás un poquito los géneros?: deportes con pelota por un lado; y deportes con máquinas por el otro. ¿Sí? Muy bien. Un piloto de Fórmula 1 tiene más que ver con un piloto de una línea aérea comercial que con un defensor del Barcelona. Me parece. Es una impresión. Digo yo. No te ofendas. Como decís vos: atendeme. Y no sabía que habías sido arquero. Y decime, ya que estamos: ¿atajaste en Boca?, ¿en la Selección Argentina?, ¿en el Manchester United? ¿Y yo dónde estaba que me perdí

esa gloria? Que yo sepa atajaste dos fechas en la novena de BAP, y te decían “colador”. Me lo contaste vos. Y te digo algo: el fútbol decidió ser un deporte exclusivamente del cuerpo porque no necesita de la máquina. Y lo de que es fácil no sé de dónde lo sacás. ¿El gol de Maradona a Inglaterra te pareció fácil? Entonces andá y hacelo vos. ¿Y cómo es que te dio ese amor por Borges ahora? Toda la vida dijiste que era un viejo choto, un gorila, un golpista, un anglófilo vende patria y no sé qué más, y ahora resulta que es un sabio. Ponete de acuerdo: sabio o viejo choto».

Iban cinco minutos del primer tiempo y Boca estaba ganando dos a cero. Meses esperando esas emociones para no poder sentir las en el momento en que ocurrieron los hechos que las causaron. Mi padre habló sin mirarme: «Yo vi los goles pero no te quise decir nada por las dudas. Como a vos no se te puede hablar, y además me estabas gritando como un loco... Los hizo el burro de Palermo».

1980

Néstor Pozo puso un casete en el estéreo de su Peugeot 504 SP y abrió el baúl, del que salió la música como desde la boca de un monstruo metálico. Nos controlaba con la mirada desde la ascendencia que le daba la posesión del auto más caro del barrio, el tráfico de las novedades musicales, su mayoría de edad y su tremenda novia, que salía de su casa únicamente para subirse al Peugeot y perderse a la distancia hacia el hotel Los Pinos, del que Néstor traía ceniceros de cerámica y cajas de fósforos con las iniciales LP acompañadas del dibujo de una araucaria en forma de verga.

Nos acostamos en el pasto molidos por la resaca de la noche anterior, y yo me dormí en rachas de microsueños en las que soñé vidas enteras con cierta profundidad, bajo los árboles centenarios de la quinta que, al mecerse por el viento ininterrumpido de la pampa, producían el rumor de un arroyo mucho más realista que el que podía esperarse de un arroyo verdadero.

Néstor cortó las conversaciones que se estaban armando: «Shhh... ¡Pará, pará! ¡Escuchen este tema! Hijo de ramera. Manolo Galván. El solo es del gordo Aguilera. Amigo mío. Tocó con Sandro. Un maestro». La historia de la canción era un melodrama infantil. Alguien llamaba a un chico «hijo de ramera» y el chico reaccionaba con una canción que reunía inquietud artística y la defensa personal de una causa noble. No se sabía si ese hijo que hablaba en la voz desgarradora del cantante era o no era un hijo de ramera, porque en eso la letra postulaba el malentendido o la reserva; pero quedaba claro que el agresor, sin dudas por despecho, deseaba ensuciar a la mujer bajo la mirada limpia de su hijo.

El contenido de la canción giró de golpe y ya no se trataba de responder a lo falso con lo verdadero, ni a la calumnia con el esclarecimiento que solicitaba. Estaba claro que al niño no lo afligía ser hijo de ramera sino que no se comprendiera su modo accidental de serlo (nadie elige a su madre), ante lo cual él mismo, ¿quién si no?, debía

intervenir en beneficio de una moral de la prostitución. Como si el niño dijera: «Mi madre será puta como puta, pero no como madre».

La canción terminó y dejó un silencio al que, como era de esperar, entró otra vez Néstor Pozo con la confianza de un hombre entrando a su casa: «Ramera quiere decir puta. ¿Está? Está. El pibe sufre. Y dice: ¡ojo! Yo no soy ningún hijo de puta. Clarito. Es un trabajo. Si se puede trabajar con las manos y con la cabeza, también se puede trabajar con la concha. Es una herramienta más. No hay que hablar al pedo. Gran tema. Temón. En marzo viene al Club Rivadavia. Hay que ir».

Héctor Azil me miró a mí y después a su hermano, sentado sobre la pelota. «Bueno, dale que si no no empezamos más. Y levántate que la vas a dejar ovalada, pelotudo». En la primera jugada, Sergio Ferrari metió un gol desde afuera del área. Era inexplicable que no lo hubiéramos marcado sabiendo que su pie derecho era mortífero. Tenía un dominio descomunal del empeine, como si fuese una paleta de hierro movida por la fuerza de una máquina de destrucción. Si bien su cuerpo estaba fuera del canon del deportista, pateaba como un burro, a lo que se le agregaba el arma auxiliar de nuestra indiferencia ante sus recursos que, amenazantes pero invisibles bajo su escaso componente atlético y su cobardía para la fricción, nos hacían perder de vista que debajo de esa apariencia inofensiva latía el goleador del barrio.

Se abrió otra jugada a su favor. Bastaba que tocara la pelota con la punta del botín para que entrara al arco vacío, luego de un desborde por la derecha que dejó al arquero arrastrándose antes de desplomarse como si lo hubieran tirado de un árbol. Néstor Pozo gritó: «¡Parenló!». Sergio dio dos pasos y se acomodó para darle al gol casi hecho el toquecito irónico que le faltaba. No vio venir a Miguel Riesgo que lo seguía en un gesto de reparación conmovedor pero insuficiente para intervenir si no le hubiera añadido la conciencia desquiciada del futbolista guerrero que sabe que pelota y jugador nunca pasan juntos.

El tiempo que Sergio tardó en estirar el pie, por no decir un dedo del pie, fue el mismo que empleó Miguel en recorrer treinta metros. Su cuerpo delgado y filoso, lleno de ángulos agudos y temible por su desenfreno, había entrado en un estado de descontrol como el tren que se queda sin vías. El rostro se desfiguraba en la carrera y los anteojos se le habían empañado por las nubes portátiles de vapor que él mismo producía. Los puños se le cerraban en la carrera y los músculos de las piernas ampliaban la malla de *lycra* con motivos de peces caribeños, en la que la pija

descansaba en un desafío inesperado de reposo (era el único órgano desconectado de la tensa orquesta corporal).

La punta del pie izquierdo de Miguel reapareció como unidad de medida mínima pero crucial del fútbol y sacó la pelota por la línea de fondo, engancho con toda la pierna a Sergio Ferrari y lo levanto por el aire. Con la inercia que llevaba, Miguel se paro de golpe y siguió caminando, cebado por el esfuerzo y la inquietud preocupada del zombi que ve venir la claridad del día: no encontraba los anteojos. Es un decir que estaban al alcance de su vista, a tres o cuatro metros de él, porque sin anteojos su vista era una cortina de niebla cerrada y plana. Se agachó a palpar el piso. El ciego nuevo se abrió camino en el espacio, reemplazando la falta de método con la paciencia, totalmente olvidado de Sergio, desmayado a sus espaldas.

1963

La última prueba del Mundial de Vuelo a Vela se esperó sin expectativas. Edward Makula le había sacado una ventaja sideral a sus perseguidores y ya era el campeón (sin corona todavía, pero eso era una formalidad), además de sentirse y ser reconocido como tal. Hasta tuvo tiempo de conseguirse una amante venezolana, Margarita, un caso extraño porque Venezuela no había participado del torneo pero tenía una delegación de varias personas, y se corría la voz de que mientras tuviese lugar la última jornada, en la que los competidores se desvivirían por subir al podio, él permanecería con ella en su casa rodante.

Al rendimiento que había tenido Makula, incluyendo el récord de distancia que había batido unos días atrás, le faltaba la manifestación abierta del mito personal que tradujera la pericia deportiva a un estado de trascendencia, y para eso había que introducir en el ambiente un aura más o menos sólida, destellos de intimidad que pudieran verse desde lejos para que la imaginación colectiva cerrara el círculo de la ficción sobre la realidad del personaje.

Todos vieron, a la hora del almuerzo, cómo Margarita cruzó el bosque, avanzó con sus sandalias suecas sobre las manchas de luz y oscuridad que se abrían y cerraban en una intermitencia operada desde las alturas y entró sin llamar a la guarida del as, un tráiler de aluminio embanderado con largas telas en las que se enredaban los colores de Polonia y una colección de calcomanías, recuerdos del paso por pistas de todo el mundo a las que Makula les había prestado su destreza y su misterio (pasaba días sin hablar, comunicándose solo con una sonrisa ladeada, de afirmación pesimista, que podía significar cualquier cosa).

A la distancia podía verse el cuerpo de Margarita subiendo los tres escalones de hierro expandido y la tirantez de las piernas y las nalgas, altísimas y redondas, sobre las que flameaba la solera. ¿La veían o la

recordaban con el auxilio de su presencia? No podían verse los detalles del cuerpo pero sí se podía remedarlos con lo que había quedado de Margarita en la memoria de quienes la contemplaban —¿o hay algún presente que no surja del pasado?—, entregándose al principio básico de la percepción, que es el de inventar lo que se está viendo. Como todas las imágenes esta también era una figura mixta en la que estaba —por supuesto que sí, si la estaban mirando— la Margarita actual y la que la precedía, aquella que habían visto tomar sol con una bikini blanca junto a la pileta y caminar en ondulaciones hacia la cantina para pedir, mientras caía la tarde, el trago con frutas, hielo molido y alcohol que cambiaba con los días (a veces el trago era verde, otras era rojo o amarillo, pero jamás se rebajó a la indefinición de la transparencia o el blanco).

Salieron juntos unas horas más tarde, cuando las máquinas que estaban en el aire ya habían decidido el regreso y la vanidad de Makula —que había calculado su reingreso al espacio público— se encaminó junto a su amante hacia la cabecera como un espectador aficionado, justo él, que buscara sabiduría en la contemplación. Lo que deseaba, en realidad, era florear su categoría de estrella del torneo sobrevolando el esfuerzo de sus pares desde la ventaja insalvable que les había sacado.

A las leyendas sexuales y deportivas de Makula solo les faltaba el piso material de su presencia. Pero, además, esa tarde era crucial para que el mito comenzara su ruta de ida sobre la base del chisme, la hipérbole, el malentendido, el agregado deformante y los detalles surgidos de la nada o, más bien, de la transmisión del mito, de sus accidentes y sus mutaciones, de su arborescencia y su entropía. Makula sabía —no hacía falta ser mitólogo, con ser mitómano alcanzaba— que al relato sobre su imagen había que ayudarlo a que se hiciera grande, a recibir el aporte de sus comentaristas, a henchirlo tanto de la pasión de sus apólogos como de la de sus detractores. Piloto temerario, máquina sexual, administrador sagaz de las opacidades del misterio personal, *dandy* nobiliario de Varsovia y hombre récord, Makula dependía de esas horas claves para que la posteridad lo considerara al mismo tiempo un héroe y un estúpido, pero nunca —esa sí que sería la muerte del mito— una sola cosa. Lo único que tenía que hacer para que esa factoría de sentido se pusiera en marcha era hacerse ver y, en la medida de lo posible, no pronunciar una sola palabra.

De pie en la cabecera de la pista, como si hubiera buscado la posición correcta para que sus colegas derrotados lo viesan menos como un adversario que como el horizonte deportivo que nunca alcanzarían, Makula

se cruzó de brazos —le dio un ángulo a la mano izquierda para que el sol pegara contra el acero del Breitling— mientras sacudía las rodillas. ¿Nervios por vivir las vísperas de la coronación? ¿Baile siguiendo el ritmo de la música interior? ¿O una manera un poco cachivache de hacer notar la calidad de su pantalón de lino comprado en las Galerías Lafayette de París?

Margarita apoyó una mano abierta sobre la espalda de Makula y la deslizó suavemente hacia abajo. ¿Qué significaba ese contacto?: ¿automatismo corporal para que se hiciera llevadera la quietud del campo?, ¿agradecimiento al placer que le había dado en las sombras climatizadas del tráiler, como si ella no se lo hubiera dado a él? Las cosas iban bien para Makula, todo era signos en el aire que reclamaban la interpretación pero también una secuela interminable de reinterpretaciones y desacuerdos —la rueda comenzaba a girar—, con lo que cada hecho, aunque estar de pie con los brazos cruzados no podía ser del todo un hecho, se abría hacia la novela de Makula.

Se oyó un «*icrack!*» en el aire y la multitud, en la que automáticamente Makula se disolvió, levantó la mirada hacia el cielo y vio un planeador con el ala derecha partida cayendo en picada. Las acrobacias descompuestas de la máquina no impidieron que se viera claramente el número 45. Los asistentes de pista buscaron información sobre el piloto en las planillas: Arie Breunissen, nacido el 25 de marzo de 1932 en Brujas, 10.º puesto del *ranking* de la Federación Internacional; máquina: Skaylark 3. Todos esos datos caían a tierra a una velocidad sin vértigo, por la que el fenómeno de la velocidad podía ser apreciado con toda la plasticidad y el dramatismo que le daban los accidentes.

A los mil metros de altura se había roto el ala, a los ochocientos Breunissen quebró el plástico de la carlinga con los pies, pero no hubo novedades a los setecientos, ni a los seiscientos ni a los quinientos. Se mataba. A los cuatrocientos se vio el cuerpo del piloto desprenderse de la máquina, pero el paracaídas no se abrió del todo. A doscientos metros del piso el hongo de tela se infló de un tirón (se oyó el ruido de las lonas a lo lejos) y Breunissen flotó unos segundos y tocó tierra dando unos pasos hacia delante, en medio de las exclamaciones de la multitud. Y al mismo tiempo que aterrizó el piloto luego de mecerse como un péndulo atado a su tabla de salvación, el Skaylark 3 cayó a menos de cien metros de él, produciendo un ruido explosivo y formando un pequeño cráter y luego una nube de polvo, y enseguida se estrellaron contra el piso la tapa de la carlinga y el fragmento del ala que se había desprendido en la altura, y

sobre la que habían pintado una publicidad de ginebra Bols (el trozo del ala fue llevado luego a las puertas de la cantina y exhibido como publicidad estática pero también como fósil de una era de peligro superada).

¿Y Makula? Reventaba como un sapo. Las cosas cambiaron. La meticulosa construcción de su figura pública fue superada por la imprudencia de Breunissen, quien no se ajustó a las recomendaciones de volar por debajo de los mil metros y, además, superó la velocidad permitida en zona de turbulencia (fue inexplicable que no lo multaran). Quedaba sexto en la general, pero primero en el *ranking* del mito, y a la experiencia de los vuelos que había tenido en su vida —una experiencia ordinaria— le agregaba la del salto en paracaídas, cuyos detalles narró durante varias horas en la terraza de la cantina (el accidente había durado solo treinta segundos), mientras las mesas se iban pegando unas a otras hasta convertirse en un círculo gigante con decenas de personas alrededor bebiendo cerveza en jarra y escuchando la voz de Breunissen ir de la angustia a la euforia y, cada tanto, llamarse a silencio en el aire caluroso de la pampa.

Era tan grande la autoridad que el piloto había logrado en el peligro, que quienes lo escuchaban no se animaban siquiera a hacerle preguntas. Estaban dispuestos a que fuese él quien dispusiera del tiempo de todos, quien determinara en qué sitio de la reunión debían ir las pausas y cuándo la intensidad dramática o el vacío (el único momento en el que Breunissen pensaba verdaderamente en la caída) al que entraban los susurros de sus admiradores.

1985

Mi padre y sus amigos se reunieron en la parrilla del Club de Planeadores. Cuando los troncos comenzaron a deshacerse en pequeños fragmentos rojos que la luz del día redujo al gris inofensivo de una hoguera apagada, mi padre acomodó las brasas en un cuadrado perfecto, limpió las varillas de metal con papel de diario y apoyó los chorizos y dos tiras de asado anchas y altas. Pero entre una cosa y otra terminaron de almorzar a las cinco de la tarde.

Todos culparon a mi padre, y con razón: bastaba que tuviera el control de las situaciones para convertirlas en un despliegue insoportable de contramarchas. Le gustaba intervenir sobre la economía colectiva del tiempo, y enredar a los amigos en su ritmo espiralado para deshacerles los nervios con postergaciones innecesarias. En su protocolo, asar era imponer sus reglas de organizador paranoico, destinadas a funcionar fuera de los hechos, para recién ceder cuando la situación se volviera ingobernable y los más impacientes, Teti Michelini y Goyo Peiro, llevaran sus voces, a dúo, hacia un chillido enloquecedor y, desorbitados, con globos de saliva latiendo en las comisuras, amenazaran con ir a comprar comida hecha, quizás quemada a esas horas, a los carritos de la ruta. Allí sí, por fin, mi padre intentaba amoldar su patrimonio riquísimo (el de un hombre con todo el tiempo del mundo, una especie de estanciero del tiempo) a la pobreza invisible de sus amigos poseedores del bien de la materia, propietarios de edificios enteros, autos de lujo, aviones, pero siempre esclavizados por la inminencia de alguna actividad intrascendente pero impostergable que se les venía encima.

El asado fue la excusa, la misma de siempre, acaso la única, para repetir las viejas reuniones discordantes, renovar tensiones en los intercambios ideológicos de la sobremesa —lo que mantenía viva la amistad—, y luego aprovechar la tarde para instalar las líneas de balizas en la pista y equiparla, con lo mínimo, para posibilitar aterrizajes de emergencia de aviones livianos. El postre fue una ensalada de frutas a la que Pata Ziegler le agregó

dos litros de vino moscato que los dejó a todos mirando el horizonte en posiciones fijas e indiferentes a la compañía que se hacían, con las cabezas inclinadas, los ojos entornados hacia la claridad del día y el aire de melancolía y gravedad que tienen las víctimas de una catástrofe sentimental.

De algún modo eran gauchos reflexivos, pero como ya no había gauchos en la pampa —los pocos que quedaban sobrevivían en el interior de sus disfraces como si fuesen fortalezas resistentes a la ola de desdén que los extinguía— podían ser considerados gauchos artísticos, una reposición artificial de la imagen clásica del gaucho argentino y lo que se consideraba su oficio ontológico más cabal: mirar la nada, sin decir una palabra, pero dando por supuesto un pensamiento íntegro hecho exclusivamente de la retórica del espacio. Porque el presunto pensamiento de los gauchos que contemplaron inmóviles la inmensidad de la pampa durante varios siglos nunca fue explicado por ellos. Sus argumentos eran en sí mismos la llanura y el silencio, la soledad y la abundancia; eran argumentos que estaban en la geografía de la que el gaucho fue un habitante parasitario y acomodado, un beneficiario de la naturaleza a la que se plegaba, sin ningún principio moral, por cuestiones de supervivencia (en eso el gaucho siempre fue mucho peor que el hombre de ciudad).

Nelly Peiro, la mujer de Goyo, era profesora de literatura en el Colegio Nacional de Junín y amaba el *Martín Fierro* hasta la extenuación exegetica. Lo recitaba de memoria y le introducía tonos dramáticos ajustados a la secuencia de reflexión o violencia que tuvieran los versos, y asociaba cualquier cosa con su lógica: para ella, todo estaba en ese libro (todo: lo que estaba, y lo que no estaba también); y su obsesión, ocasionada tal vez porque su apellido materno era Hernández, fue tan grande que Goyo, con los años, quedó impregnado de la lírica martinfierrista —él mismo escribió años más tarde su *Martín Fierro* personal, adaptado a sus ideas y a la actualidad que las produjo y que él consideraría como la Era del Fin del Campo—, y también de su metafísica, pero más que nada de su imagen, porque en la hilera que habían formado mi padre y sus amigos alrededor de la mesa del Club de Planeadores, en esa disposición lineal que hacía de ellos mismos un horizonte que podría haberse oteado desde el fondo del vacío hacia el que dirigían sus miradas, Goyo Peiro era un gaucho típico en cuanto al vestuario y a su capacidad de ensimismamiento que, de tan explícita, parecía afectada.

Le costaba volver en sí; era una problema sin solución que no alcanzaba a remediarse con los estímulos de sus amigos, quienes al ver a Goyo en una situación tan radical de inmovilidad, endurecido como una piedra humana, casi embalsamado (por reflejo le miraban el pecho para comprobar que estuvieran funcionando sus pulmones, siempre agitados por causa de un viejo enfisema), golpeaban la mesa, silbaban y lo llamaban a los gritos para comprobar, impotentes, que Goyo ya estaba conectado con la esencia profunda del campo, es decir con su apariencia simultánea de totalidad y de nada.

La contemplación concluyó dentro del tiempo esperado (los diez o quince minutos eternos que duraba el rito). Hubo un estiramiento general con chicotazos de ciática y crujidos artrósicos. Luego salieron con los carros de golf hacia la pista, apoyados por la camioneta de Dicky Bianciotto, en la que habían cargado balizas, carreteles de cables bajo plomo, palas de punta y palas anchas, guantes de algodón y cajas de herramientas con pinzas, cintas de aislación y destornilladores, pomos de silicona, taladros eléctricos, martillos y tijeras. Todo lo necesario para llevar a cabo una cirugía de tierra.

Comenzaron a cavar una zanja recta para los cables y una cantidad de pozos circulares y profundos para las balizas, siguiendo las instrucciones de un plano en el que el dibujo de la obra era el de un lenguaje telegráfico inscripto en la tierra, líneas y puntos sucediéndose como una frase críptica que Teti Michellini traducía en voz alta. La pala de mi padre se clavó en la tierra. Saltó una chispa blanca. «¿Qué carajo es esto?». Pata Ziegler hundió la mano en el pozo y sacó una pieza de metal, y luego otra y otra más y las fue colocando sobre el pasto salvaje con una delicadeza que nunca tuvo para la vida.

Con el dedo pulgar retiraba la tierra pegada a los metales, que luego levantaba a la altura de sus ojos y los de sus amigos, incluyendo el ojo vivo de mi padre, al que la necesidad lo había vuelto el más aguzado del grupo. El Viejo Ferro, que se había mantenido al margen de la ansiedad general, intentó hacer memoria: «Pero escuchame... Esto debe ser del planeador que se cayó en el Mundial. ¡Pero claro, querido, si fue ahí! Sí, fue acá. A ver, dejame ver. Para mí son los bulones de los flaps. Hay que pegarles una lavada o limarlos un poco y ver la aleación. Pero me juego las bolas que son del planeador».

Entre todos fueron agregándole detalles al recuerdo y discutiendo amablemente para llegar a una historia común. La obra colectiva ya no era

la instalación de las balizas sino la excavación en el pasado del Club de Planeadores. Sobre la necesidad práctica de hacer una pista segura se imponía la de la incursión arqueológica. La guerra de sentido entre actualidad y pasado se había desatado inesperadamente, y si el pasado triunfó fue porque no hizo falta ir a buscarlo: había vuelto solo. No había nada más actual que su reaparición. El tiempo se desplegaba de un modo diferente. Ferro lo experimentó como una tragedia de la percepción en la que cuerpo y memoria habían sido empujados a una lucha de autoridad, y a la que su frase no hizo más que aportar confusión. Larento lo detectó de inmediato: «¿Cómo es, Viejo? “Fue acá”, “estuve ahí”. Decidite. ¿“Acá” o “ahí”? Porque no es lo mismo, me parece». Pero para Ferro sí era lo mismo. El acá del espacio donde su memoria, ayudada por los trozos de metal desenterrados, le indicaba dónde se había estrellado el planeador se correspondía con el ahí del tiempo, una estación que había quedado atrás pero a la que Ferro estaba regresando. Miró a Larento con odio: «Bueno. Qué bárbaro. Mirá vos. Abriste la boca. Pensé que estabas muerto. Para mí, “acá” y “ahí” es lo mismo. Yo sé muy bien por qué lo digo».

2002

El fin del gaucho

de Goyo Peiro

*Soy un gaucho reflexivo
que del tendal se hace cargo,
me importa un pedo el embargo,
le hago frente a la partida;
yo mesmo le viá' echar flit
apenas pise los cardos.*

*En la carta documento
se nota fiero el guascazo,
es que no existen los plazos
pal' criollo contribuyente,
te gozan cuando te pialan
y te ven colgao del lazo.*

*La Dirección Regional,
con visto y considerando,
resolvió intruir sumario
por la infracción señalada
y yo caí en la voltiada:
no es de hombre andar negando.*

*Les voy a cantar la historia
que sale de mi vigüela;
en la pampa escarcha y yela
si el gaucho no comparace
ni manda a quien lo merece
a la argoya de su agüela.*

*Los Peiro tenemos tierras
de hace seis generaciones;
somos familia de dones
que, por tener sangre azul,
hasta nos parece cul
que nos muerdan los garrones.*

*El peón es nuestro igual
como cualquier ser humano,
le tendemos una mano,
lo emponchamos si hace frío;
de las calunias me río,
pregúntenle a los baquianos.*

*Nos pide pa' los gurises,
Pa' la yerba, pa' los galgos,
Pal' fin de semana largo,
pide la zamba y los bises,
y yo sin pedirle a naidas
le alimento las lumbrices.*

*Mi padres y mis abuelos
abrieron el campo en surcos
igual que lo hizo el turco
montao sobre sus bueyes.
Si desatamos el nudo
no fue porque fuimos reyes.*

*Un día llegó la gloria
que se veía venir:
se compró el primer Jon Dir
alimentao a gasoil,
los ocho discos de acero
peliaban por relucir.*

*En ochocienta hetáreas
había patos, perdices,
chajaces, liebres y cuises,
lechonas amamantando,*

*y olíamos la fortuna
en la punta e' las narices.*

*Sembramos trigo y maíz,
y un girasol avispaio;
no daba abasto el arao,
crecía sola la semilla,
y éramos todos felices
sin tomar una pastilla.*

*La cosecha en los setenta
nos dio gran satisfacción,
pero por la discreción
que aconseja ser escaso
no dimos el falso paso
en busca de la ampliación.*

*Nos quedamos en el molde
pa' despistarlo al carancho
que suele atacar el rancho
de los pájaros decentes.
Te ladran si cabalgás,
asegún lo alvirtió Sancho.*

*Reinvertir la plusvalía
es una medida atroz,
terminás comiendo arroz
en vez de chancho sabroso.
Siempre es preferible el gozo
de ver un Roland Garrós.*

*Juntamos la papeleta,
y nos juimos por Iberia,
casi se me abre una arteria
por la presurización,
no ha de haber cosa más seria
que emboliarse en un avión.*

*Hicimos París, Ñu York,
Milán, Londres, Barcelona,*

*como si fuera una doma
de la universalidá;
le dije a Nelly: «¡Pará!,
que el patacón no es de goma».*

*Pero la buena de dios,
con cien pájaros volando,
se nos terminó acabando
en un tranco de avestruz;
pa' mí se cortó la luz
o el Tata cambió de bando.*

*Las lluvias nos anegaron
la estancia y el corazón,
se nos vino un aluvión
de desgracias naturales,
iqué pena ver los maizales
ahogaos en un fuentón!*

*Se abrió una mar peligrosa
en la cuenca del Salao
tuvo que entrar el Estao
con terraplenes de arena
y alquilar un puente Baily
pa' no dejarnos varaos.*

*Me saqué las alpargatas
por necesidá de botas
y si caían dos gotas
seguidas de un rejucilo,
yo maldecía a mi Jilux
aunque fuese una Toyota.*

*A los santos celestiales
les solicité una cuarta,
la pampa ya estaba harta
de que el campo no escurriese,
se me tapaban los pieses
y no me quedaban cartas.*

*Me atraganté de lamentos
y emperrao con el canto,
le canté mi pena al banco
en el jol de receción;
se pegó flor de jabón
el gerente con mi tranco.*

*Un día llegó la seca,
se desagotó la hacienda
y volvieron las moliendas,
las yerras y las cosechas
pero el cuervo me chuceaba
pa' que apurara la venta.*

*El Diablo se presentó,
y se acodó en la tanquera,
con la deuda actualizada
y sin ninguna prebenda.
Para que por fin se juera
le ofrecí una componenda.*

*¡Ahijuna, qué mal nacido!
Me denunció en el juzgado.
Dijo que si quería
mostrar generosidad,
él no tenía problemas:
me esperaba en el estrado.*

*Por suerte mis abogados
interpusieron oficio
pa' que no se hiciera vicio
en este país salvaje
seguir degollando gauchos
con impuestos y con juicios.*

*Armamos una asamblea
en la Sociedá Rural.
No nos pareció normal
que asediaran nuestras cosas;
hasta se suspendió el póker*

pa' que se pensara un plan.

*Queríamos claridá
para ver con qué conceto
los zorros se nos venían
contra nuestra propiedá.
¿La tierra es de nosotros
o es de la humanidá?*

*«Que yo sepa, el comunismo
me parece que ya fue»,
dijo el presidente Unzué
con sus dones de patriota,
aunque digan los idiotas:
«les faltó bailar minué».*

*En medio de la estaquiada
pedí refinanciación
como quien pide el facón
pa' clavárselo en el pecho;
se hacen muy largos los trechos
cuando no hay un empujón.*

*Al interés usurero
no lo pude abarajar,
me quería atarascar,
se me vino al estropajo
y no le puse ni un tajo
ni siquiera pa' aguantar.*

*En medio del zafarrancho
y el rebenque hipotecario
me fue quedando un osario
de descalabro y empeño,
y vi que al pobre paisano
le dan la astilla del leño.*

*Para colmo de los males
no terminó la junción,
se nos prohibió el Paratión*

*y se impuso el protocolo
de herbicidas preemergentes
con sulfosato tochdown.*

*Al carbonés, al fusarium,
y hasta a la mancha amarilla
las corrieron en tropilla
con produtos agringados.
El gaucho se rebajaba
pa' curar a su semilla.*

*Durante varias cosechas
la reina fue oleaginosa,
triunfaron los campo e' soja
en una línea bien reta,
si no es por siembra direta
más vale olvidar la cosa.*

*Después invadió la calza
a la que el gaucho es sensible,
porque el biocombustible
rebaja el calor global
y hace boquear al petróleo
todo lo que le es posible.*

*No tengo ningún prejuicio,
contra la tenología,
sé que el gaucho está cambiando
y hace contato en black-berry,
toma yogures de cherry
y se deshace escaneando.*

*El gaucho satelital
es el gaucho de estos tiempos,
va más rápido que el viento
montando en pelo su chata
y derrite el movicón
entre tanto parlamento.*

Pero con el multisid,

*y el porfolio terapico
parecíamos selváticos
en la civilización.
Aprender de grande es útil
pero afeta al corazón.*

*Cargill y Continental,
la Bayer y la Nidera
vinieron todos de ajuera
a quedarse con la patria
y a tratarnos como ratas
si no damos lo que esperan.*

*De juntar chaucha por chaucha
se me fue cuarteando el hule,
le alquilé el campo a los pules,
y firmamos un papel:
ahura Grobocopatel
me gira todos los lunes.*

*La Nelly va al té canasta
y yo al clú de planeadores
donde sobran los atores
de la buena sociedad,
no quiero ver nunca más
el surco de los tratores.*

*Tuve que desprenderme
de mis queridos puesteros
que, como hacen los teros,
se aquerencian con el nido.
¡Achalay que me dolió
telegrafiar el despido!*

*El sindicato e' peones
tiene un jefe que no está
porque istalaron spá
cerquita de Necochea:
es una linda manera
de esconderse pa' robar.*

*Lo interceté en el golf clú
con vista al mar de las pampas,
andaba con fina estampa
buscando el hoyo en one.
De cerca lo seguía un cady,
con pinta de rollinstone.*

*Me dijo que los conchabos
respetan las paritarias
tenga uno mil hetáreas
cincuenta o cincuenta mil.
Lo sabe hasta el albañil
que ya dejó de ser paria.*

*Pagué la indenización
de mis cuatro gatos locos
habrá quien crea que es poco
pero presten atención:
lloré como los gurises,
se me caían los mocos.*

*Y en la carta de letores
que le mandé a La Nación
traté por elevación
los derechos laborales:
siguen siendo siderales
y afetan la producción.*

*Yo mismo me estoy cansando
de escuchar estos lamentos,
si hubiera fusilamientos
pa' estos negros culorrot...*

«Pará, pará, pará. Pará, Goyo. Goyo: ¡pará! Vamos por partes». Nelly Peiro, que mientras escuchaba recitar a Goyo parecía dormida, despertó de golpe, corrió el vaso de *whisky* del que no había tomado una gota —era una perversión: solo le gustaba servirlo y mirar cómo se derretían los hielos— y se acomodó su tapado de nutria, con el que se paseaba por el interior de

la casa como si recién hubiera llegado o estuviera por salir. «A ver, a ver. Veamos. Fierro mata a un negro por accidente. O sea: no es racista. Eso está muy claro. Vos no podés salir con un “fusilemos a estos negros culos rotos”, no, no, no, olvidate, no tiene nada que ver con la tradición. ¿Qué es Fierro? Esa es la pregunta que debemos hacernos. Fierro es un gaucho perseguido, no un gaucho perseguidor. Pero no estamos hablando de una escena de poliladron sino de victimarios y de víctimas, de cazadores y de presas, de amos y de esclavos. Es una dialéctica histórica, ¿se entiende esto? Vos hundís una mano en la historia argentina y sacás una víctima que se llama Fierro; y hundís la otra y sacás un victimario que se llama Estado. Sacás a Abel y sacás a Caín, y ahí los dejás, colgados, uno en cada mano, mostrándose los dientes. Entonces vos no podés, en nombre de él, mejor dicho usurpando su nombre y su patrimonio simbólico, que es intangible, hacer una apología del fusilamiento. ¿Está? Vos calculá que el gaucho del que habla Hernández es un gaucho errante y mal visto porque es el sistema el que lo convierte en víctima. Lo dijo Viñas, lo dijo Ludmer, lo dijo Sarlo y lo dijo Piglia. Y yo también lo digo. Es lo que les enseño a los chicos. Dar el *Martín Fierro* no es una pavada, yo me lo tomo muy en serio. Muy muy en serio. Vos me viste quemarme las pestañas. Mi lámpara Tiffany da fe. Años de mi juventud hundiéndome en *Fierro* a media luz. Estos culos de botella que tengo se los debo a la gauchesca. Dios mío, me escucho y siento que fluyo en, no sé, una nave autobiográfica. Me tendría que grabar. Lo que te quiero decir es que, para mí, enseñar el Martín Fierro es como enseñar la Biblia. Yo le digo a los chicos que Fierro se escapa, ¿no?, hasta ahí bárbaro: se escapa, se va, nadie sabe dónde encontrarlo. Eso es lo que más les gusta. Les encanta. No sé, deben pensar que les hablo del Hombre Araña. Pero no se escapa por desertor. Se escapa porque él es el último ejemplar de una cultura que no existe más y la quiere conservar a toda costa, te estoy hablando Goyo; y también es el primero de una cultura nueva que no se sabe en qué consiste. Por lo tanto tenemos ahí, ¿me estás escuchando, no?, porque parece que estás pensando en otra cosa. Ahí tenemos ¿qué? ¿Qué tenemos ahí? A ver. Tenemos, a mi juicio, y acá no es Nelly Peiro sino la profesora de literatura argentina la que habla, es la UBA, una persona viviendo fuera del tiempo, fuera de la historia, mejor dicho encima de la historia; viviendo una actualidad que es una frontera temporal que flota por encima de los siglos, como si caminara por una cuerda floja tendida sobre los abismos del pasado y el futuro. La realidad de Martín Fierro es una cuerda floja tendida entre dos abismos, digamos, históricos.

Respecto del futuro y del pasado solo puede caer. Vos te preguntarás de qué lado cae. Y yo te contesto, no tengo ningún problema, y me hago cargo de lo que digo: de los dos. Pará que anoto esto: “Cuerda floja”..., “asado” y... “turo”».

Goyo miró a Nelly a los ojos con un aire en el que se tejían el fastidio y la represión. «Ah, sí. Bueno. A mí me parece que “El fin del gaucho”, si le sacás esas partículas nazis, es representativo de las modificaciones del campo en, digamos, los últimos cincuenta años. Son versos... problemáticos, ¿no?, zonas de tensión que describen problemas actuales, como lo hizo Hernández en su momento, y me parece interesante eso de que el Estado policial de hoy es la oficina de impuestos. Tal cual. La carta documento de hoy equivale a los tiroteos de ayer. Eso está muy bien porque enlaza alegoría y metáfora y lo entiende hasta un idiota. Después, no sé; me parece que las cosas más personales están más para el lado de la ficción. Medio que desbarrancás un poco, ¿no? Qué se yo, entre nosotros: vos no te mataste trabajando. O sea: así como hay una ley que te embarga una cosecha porque te olvidás de pagar los impuestos durante siete años hay otra que te beneficia. La ley de herencia digo, ¿no? Pero, a ver, ¿vos no me habías dicho que el primer tractor que compraron los Peiro era un Massey Ferguson? ¡Ah!, ¡menos mal!, pensé que estaba loca. Yo digo: “¡Qué dice este hombre!”. Igual es una pavada. Lo que sí, yo no caigo muy bien parada que digamos. ¿Qué hago jugando a la canasta en ese verso? ¿Por qué la canasta?, si sabés que la detesto, que es algo de viejas borrachas. Y Roland Garrós, ¿qué tiene que ver Roland Garrós si nosotros estuvimos en Wimbledon? Si es por la rima, no sé, siempre hay una palabra que sirva. Así como va “Garrós/arroz”, también puede ir “Wimbledón/jamón” siguiendo el mismo patrón lírico, por llamarlo de algún modo. Igual me gusta, me gusta... Hay un talento ahí, un instinto, como diría Proust. Lo tenés que publicar así lo presentamos en el club. Me imagino la cara que va a poner el sorete de Montsegou, tanto que se la da de gaucho escritor».

2005

Encontré el diario que llevé cuando Bárbara Rodríguez y yo nos fuimos separando (Silvia estaba con los chicos en el supermercado). En fin: lo encontré porque lo busqué. Y lo leí. Al principio no sentí nada, nada de nada, pero sin poder creer que me hubiera prestado a ese juego estúpido de idas y vueltas. El fin del amor: un péndulo. Parecía que por momentos era ella la que dominaba la situación; y por momentos, yo. Pero ¿qué era lo que dominábamos? En realidad compartíamos el mando de un vehículo que se iba a estrellar, y todo lo que hacíamos eran maniobras elusivas para estrellarnos un poco más tarde, ya lanzados hacia nuestro final por una fuerza recta que no se podía torcer porque era una fuerza que salía de nosotros.

Tampoco sé por qué no escribí en el diario ninguna línea sobre el modo en que me sentí odiado por Bárbara. Me odiaba de una manera sentimental, con un odio envolvente y absoluto por el que —extraño efecto o efecto lógico—, me sentía amado, incluso más amado que nunca. Era un amor que tenía el objetivo de destruirme completamente, y lo hacía de tal modo que no era muy difícil sentir la importancia que me daba mientras buscaba mi desaparición.

La intensidad de ese final podía compararse con una sola cosa: con la intensidad de su principio multiplicada por dos. Pero yo ya no estaba vivo para ella. Era un recuerdo viviente que no tenía actualidad en su deseo; ni siquiera tenía la ventaja de no estar allí, porque por su inclinación a vivir en el pasado Bárbara solicitaba periódicamente mi presencia (digamos que me hacía comparecer: no hay amor que no tenga su juicio final) para verme morir adelante de ella, supongo, ¿para qué si no?, y llorar ante el monumento de sal en que me había convertido.

Me llamaba para resucitarme en su corazón, pero cuando nos veíamos yo no era el que ella esperaba sino la versión descompuesta e irre recuperable

de un amor único. En esos días dejé de quererla para siempre, lo que la aterraba mucho más que la ruptura, auxiliado por un truco de indiferencia. Me pajeaba tres o cuatro veces por día, en cualquier lugar. Podía ser en un baño público, en la casa de un amigo o manejando. De pronto estaba tomando un café, o mirando televisión, o en el cine, o en una fiesta, y sentía la necesidad de pajearme a lo perro, y siempre pensando en ella, con el celo y la regularidad de quien sigue al pie de la letra una rutina de antibióticos.

En la vida diurna, oscurecida por la pena, durante la que nos encontrábamos para relevar la etapa de sufrimiento en la que estábamos (sufrir juntos fue nuestro último acto de pareja), traté siempre de esconder mis ganas de cogerla a muerte. Si pactábamos un encuentro de un día para el otro, mi excitación crecía de una manera patológica. No podía haber buena salud en ese exceso de vitalidad. Apenas colgaba el teléfono se me alzaba la verga, y no bajaba por nada del mundo. Me enfermaba recordar su cuerpo (porque era un recuerdo forense). Entonces, faltando dos o tres horas para la cita, me pajeaba una y otra vez, y una vez más, y otra, hasta quedar inutilizado; y me reunía con ella sin vestigios de ningún interés, débil y hastiado de su imagen, satisfecho y poderoso.

¿Por qué no anoté nada de estas cosas en el diario? ¿Acaso no lo escribí para mí? Lo escribí para mí, sí, claro que lo escribí para mí, pero solo para que más tarde funcionara menos como un recuerdo preciso de la destrucción que como el registro de un mal momento engañosamente filtrado por la esperanza. Su función fue la de falsificar la actualidad de un amor agonizante, algo mucho peor que un amor muerto. Que la agonía se diluyera, se rebajara: esa fue la finalidad de ese diario de mierda. Lo escribí contra la verdad de esos días (fue la primera vez que escribí algo autobiográfico, y lo hice para mentir).

No tuve un buen día después de leerlo. El ambiente quedó cargado de una pesadez situada al nivel invisible de las asociaciones. Me di cuenta cuando entré a la ducha con el propósito de distraerme (ya me había duchado a la mañana). Aparté la cabeza de la lluvia y miré hacia la flor de metal de la que bajaban el agua y el vapor (el vapor también subía): bronce. Remonté la ruta de su origen: el plomero que colocó la pieza, el comercio que la vendió, la empresa metalúrgica que la hizo, los obreros de la fábrica —y sus familias, y sus bicicletas, y sus salarios, y su lucha de clases, y sus antepasados—, los mineros que dinamitaron las montañas de donde salieron los elementos de la aleación, la antigüedad de esas rocas, el polvo

cósmico que formó la Tierra. No había nada de ese momento —nada— que pudiera llamarse actualidad.

«Lo que pasa es que Laura sufrió mucho con el aborto, y no sé si no fue a partir de ahí que empezó a volverse más silenciosa y más triste. Más loca, te diría». Lorenzo Costa escuchó a la hermana de Laura Vázquez, Marcela Vázquez, y quedó petrificado con un gesto indescriptible (posiblemente nuevo para la especie) que no era el de una persona muerta, pero tampoco el de una persona que estuviera viva del todo. ¿Aborto?, ¿sufrimiento?, ¿silenciosa?, ¿loca? «No tendrías que haberla dejado abortar. Si lo hubieras impedido, tal vez estaría viva, cuidando a su hijo. A tu hijo».

La voz de Marcela se cerró de golpe, pero el silencio posterior que cayó sobre Lorenzo formaba parte del mismo reproche, le daba un panorama desértico al encuentro y exigía una reflexión en la que Lorenzo debía incurrir para disculparse. ¿Disculparse de qué? El esfuerzo descomunal que hacía para no revelar a Marcela que desconocía el episodio creó un malentendido tan grande que borró la posibilidad de no saber: era él, justamente, quien tenía que saber todo. Por suerte existía la apariencia, que organizaba como realidad las cosas no acaecidas, y le daba al silencio de Lorenzo un sentido de abstención que solo podía surgir del remordimiento falso del que estaba obligado a regresar para ajustar cuentas con su propia conciencia; hasta que ese silencio, limitado en la monotonía de su abundancia, pero ilimitado en su intriga, dejó un vacío que solo podía remontarse con palabras.

Entonces dijo que tenía negado el episodio del aborto porque el dolor lo había hecho desaparecer; que no soñaba con eso ni lo asociaba con nada, ni siquiera con otros abortos. Era, simplemente, una experiencia anulada: «Lo tengo borrado. Es todo lo que te puedo decir». La hermana de Laura lo miró a los ojos: «¿No te acordás de nada? ¿Ni cuando lo ves a Jaime? Perdoname, Loro, pero no te creo».

Lorenzo dejó seis mensajes en el contestador de Jaime Mascetti y, finalmente, fue a su casa. Jaime estaba haciéndole la cena a su hijo, un risotto *express*: se rehogaba el arroz en una película de manteca, se echaba

agua fría y un preparado en polvo y se resolvía el asunto en diez minutos. El resultado era un plato de tradiciones lentas y detallistas hecho sin tiempo, pero con la participación incomprensible de algo que bien podía ser la magia (eran solo los atajos de la industria alimenticia que tendía cada vez más a la precocidad).

Jaime Mascetti saludó a Lorenzo de un modo lleno de confianzas corporales apenas ensombrecidas por el recuerdo de esas llamadas insistentes. El hijo de Mascetti saltó a sus brazos, y allí Jaime detectó un problema: Lorenzo había subido y bajado al niño en apenas un segundo, un tiempo muy inferior al acostumbrado. Habitualmente lo hacía girar varias veces sobre su cuello con un movimiento de acrobacia que llevaba peligros fingidos y en el que se asentaba el estilo filial de la relación. «¿Pasa algo?». Lorenzo habló sin mirarlo: «No, no, coman. Después charlamos».

Cuando el niño se durmió se insultaron a media voz para no despertarlo. No se golpearon porque los golpes les hubiesen impedido ejercer la plenitud dañina del lenguaje una vez que, desatado de las convenciones del engaño y la cordialidad para las que había sido inventado, parecía orientarse hacia algún tipo de verdad. La pelea corporal no hubiese sido una pelea sino una metáfora de pelea, por eso la evitaron. Lorenzo tomó la iniciativa, y lo hizo empujado por la ansiedad, sin una estrategia al menos pasajera de inhibición, cargando el aire de fuerza estática y violencia real: «¿Por qué no me lo dijiste? ¿Qué pensabas?, ¿que nunca me iba a enterar? Sos un hijo de mil putas, un traidor hijo de puta. Te la cogiste, ¿no? Te estoy preguntando algo: contestame. ¿Te la cogiste o no te la cogiste? Te la cogiste. No pongas esa cara de pelotudo y contestá, y mirame. ¡Cagón!». La voz de Lorenzo hizo una pausa. Solo la voz, como si el paso del combustible nuclear que la inflamaba se hubiera interrumpido por una milésima de segundo. Pero las palabras siguieron viajando en su vector infernal, un vector ultrasónico de odio que volvió a acelerarse. El *living* de Jaime comenzó a desaparecer apenas sus cosas se volvieron innecesarias bajo el griterío. Las reproducciones a escala natural de un cuadro de Kandinsky y otro de Miró, intercambiables si se invertían las firmas, resplandecientes menos en sus imágenes que en los marcos dorados que los atrapaban y que Jaime, según le dijo una vez a Lorenzo, había sacado del consultorio porque no podía vivir sin ellos, tampoco estaban ya en la escena. La conversación se daba como un terremoto en el desierto, en el que dos hombres se enfrentaban como animales, con la salvedad casi imperceptible de que lo hacían hablando.

Jaime respiró hondo: «¿Ya está?, ¿eso es todo lo que tenés para decir?». Lorenzo, que no había fumado nunca, sintió de repente la necesidad biológica de hacerlo. En realidad, esa necesidad era la de matar el tiempo de la pausa que Jaime había hecho entre una pregunta y otra. «Mirá Loro, yo no me cogí a Laura. Vos estás mal de la cabeza. No sé si entendés que soy tu amigo; y si no hablé con vos fue porque ella me dijo que no te mencionara el tema si vos no lo sacabas. A ver si lo entendés. Pensé que te había dado vergüenza hablarlo conmigo. Tanto hinchaste las pelotas con tener un hijo que por ahí pensaste que si me decías que querían abortar yo te iba a decir algo. No sé, es lo único que se me ocurre decir. Lo primero que le pregunté a Laura fue cómo estabas vos, y me dijo que estabas bien, pero que no te sacara el tema. Eso me dijo: “Prometeme por él que no vas sacarle el tema”. ¿Qué querías que hiciera? Además, pensé que un día me lo ibas a contar. Si yo hubiera pasado por una situación así te lo hubiera dicho».

Un silencio verdadero, de abismo, de océano (el ruido de los autos que se filtraba por la ventana era la parte visible del silencio), se hizo presente acompañado por la necesidad de romperlo como fuese posible: con un carraspeo, una tos, un suspiro, el ruido de un objeto golpeando contra otro. Lorenzo intervino: «Pero ¿cómo que estuvo embarazada? No lo puedo creer. ¿Viste el feto?». Jaime se sobresaltó como si se despertara de una pesadilla para pasar a otra un poco peor. Lorenzo siguió, movido menos por un deseo de saber que por un deseo de dolor, al que volvía constantemente desde que Laura había muerto porque solo así mantenía vivo su recuerdo: «¿Lo viste o no lo viste? ¿Se parecía a mí? ¿Era una nena?».

2002

Lorenzo pasó por la parada de micros donde durante varios años fue a buscar a Laura Vázquez, y vio a unos obreros en mameluco con la inscripción Campo argentino, impresa en la espalda con letras celestes y blancas. Trabajaban sobre el frente del Ministerio de Asuntos Agrarios, donde se atendían las solicitudes de subsidios y créditos que las publicidades oficiales llamaban de adecuación tecnológica. Lo que para él había sido un telón de fondo, un decorado nocturno o un horizonte desde el que Laura avanzaba hacia el auto, tenía ahora las puertas y las ventanas abiertas de par en par; no solo las del frente sino también las del fondo que se abrían hacia los árboles del jardín.

La fachada impenetrable, desde la que tantas veces Laura Vázquez había salido a su encuentro como de un fotomontaje, le ofreció de golpe una experiencia de profundidad. ¿Podía haber un más allá detrás de la escena repetida, y paradójicamente deseable, sobre la que cada día se había montado el regreso? Entró al edificio pisando con cuidado los pocos blancos que dejaban en el suelo los tachos de pintura, las palanganas con rodillos y los papeles de diario sobre los que caían las gotas de colores desde las alturas y subió las escaleras, protegidas con sábanas de nylon negro que le daban a los ambientes vacíos un clima de morgue, y recorrió la planta alta; y luego bajó y vio, sin saber juzgarla, la restauración del cielorraso y las aberturas, en las que los obreros trabajaban sin mirarlo, confundiénolo con un nuevo capataz o un soplón de la burocracia estatal que, sin pronunciar una palabra, podría reportar según sus gustos la eficacia y el arte de la mano de obra que se estaba ejecutando.

Bajó la escalera angosta por la que había subido sin darse cuenta. Miró el frente del edificio. Tenía tres ventanas verticales en la planta alta y dos del tipo bow window en la planta baja, además de una puerta con una banderola de vidrios en triángulos hasta la que no habían llegado los obreros. Lorenzo nunca había visto esos detalles; su percepción y su memoria los desconocían por completo, no se correspondían con nada de

su mundo personal y, sin embargo, muerta Laura Vázquez, el segundo plano, invisible, avanzaba inesperadamente hacia la visibilidad. Fue como si alguien hubiera iluminado el edificio que en la realidad de Lorenzo siempre había estado a oscuras; y el efecto que recibía era el del teatro que con un golpe de luces descubre la presencia de un mueble o de un actor, y a veces hasta de un rincón vacío si es que se trata de un teatro de vanguardia, cambiando no solo la relación de las sombras con la oscuridad sino, también, la de lo que está con lo que no está.

Cruzó la avenida hacia su auto. La distribuidora de Sanitarios Ferrum estaba abierta. En la vidriera, ancha y baja, se exhibían muestras de baños en variedades inimaginables (e innecesarias). Había bachas de mármol, granito y cemento plastificado; en color blanco, gris o negro; con griferías doradas y plateadas, brillantes o mate, manuales o automáticas (conocidas como pressmatic o controladores de agua); e inodoros con tablas de madera o plástico esmaltado, y de diversa altura y resistencia; y ganchos para colgar toallas; y bañeras de acero inoxidable, o forradas en venecitas; y revisteros, botiquines, espejos, duchadores. Los clientes paseaban por esos decorados que les daban menos la muestra de un baño que la del futuro de comodidad que se imaginaban habitando, pero sin pensar en protocolos de higiene o en la vergüenza de los excrementos sino en los lujos del hidromasaje, el baño hammam y el inodoro inteligente. ¿Qué hacía allí Lorenzo Costa? Nada. Caminaba, observaba y despreciaba a esos compradores irreflexivos y vulgares que terminaban llevándose cosas que no habían ido a buscar y que, aun llevándolas, no lograrían saciarlos.

Era la primera vez que veía la fábrica abierta y algo comenzó a caerle bien: la vitalidad de esa cuadra apagada, casi muerta cuando él la frecuentaba. Vio o imaginó que el movimiento de los cadetes llevando en carros eléctricos las compras hacia las cajas de pago, el personal de atención al cliente, en general mujeres limitadas pero bellas que no amaban lo que hacían pero sí la experiencia de sentirse útiles y, en la vereda de enfrente, los operarios que restauraban el edificio del ministerio, tenían el mismo fin: actuar por alienación, automáticamente y a sueldo, para encontrar el modo de no pensar en nada.

1997

El chárter en el que regresaba Laura Vázquez del trabajo se detuvo en la parada. Una cuadra antes el chofer anunció la maniobra encendiendo las balizas, lo que le dio a la calle un ánimo de fiesta, cuando no de accidente. Desde la vereda de enfrente, sentado en el interior de su auto, Lorenzo esperó ver la ceremonia de siempre: que el brazo robot del micro abriera la puerta primero hacia fuera y luego hacia atrás, que bajaran los primeros pasajeros cuyas sombras veía a través de las ventanillas espejadas por la oscuridad interior; y que luego lo hiciera Laura, la última, quien nunca modificaba ese orden porque necesitaba extender la transición que iba del viaje al final del viaje, y que era, a la vez, un viaje en sí mismo, un viaje quizás mental pero también físico, que se situaba entre la pasividad un poco humillante del pasajero y el regreso obligado a la acción.

Los viajeros bajaron de la oscuridad y giraron sobre sí mismos en la vereda, desorientados e inquietos, sin saber hacia dónde debían dar el primer paso —por reflejo lo daban hacia la parada de taxis—, como si hubiesen bajado de un barco. Fue lo que vio Lorenzo —además del edificio donde funcionaba el Ministerio de Asuntos Agrarios— cuando el chárter se fue y Laura, sin mirar el auto en el que la esperaba, mientras la brisa le daba formas cambiantes a la cortina de pelos que en ningún momento ocultó la seriedad reconcentrada de su rostro, cruzó la avenida en dos tramos: hasta la rambla, desde donde sí miró con un golpe de vista a Lorenzo para decirse, mientras lo sentía, que ya no lo amaba; y luego hasta el auto, al que entró para abrazarlo y besarlo pero sin mirarlo a los ojos.

¿Qué fue lo que Laura Vázquez vio desde la rambla? ¿La presencia de qué cosa advirtió en ese instante en el que el auto y su habitante formaban una imagen tristísima de quietud y de pasado? Vio que aquello que había sido una atracción se había vuelto, si no un rechazo (eso no sucedía porque no había quedado lugar para ninguna pasión), una transparencia. Lorenzo Costa ya no era un hombre para Laura Vázquez sino una idea en la que ya no pensaba porque la había agotado viviéndola, y en el agotamiento le

había encontrado un sentido terminal que ya no se iba a modificar. ¿Para qué seguir?

Los vidrios empañados le dieron al interior del auto un clima de nube oscura en la que flotaban encerrados. Laura se desprendió del abrazo y entonces sí lo miró a los ojos: «Quiero decirte algo... Yo ya no estoy enamorada de vos, Loro. Te amo, pero ya no estoy enamorada. No te puedo mentir. Tuvimos tanto que tener la mitad de lo que tuvimos, algo que para los demás sería un milagro, es como no tener nada. Si yo te miento a vos es como que todo hasta acá fue una mentira, y vos y yo sabemos que nuestro amor fue de verdad. Yo te amo, mi amor, pero no estoy enamorada. Y eso te juro que me está matando». Lorenzo encendió la radio del auto y buscó alguna estación donde detenerse pero ninguna lo conformaba, o no la oía. «¿Cómo que me amás pero no me amás? O me amás o no me amás. No te entiendo. ¿Me lo podés explicar, por favor, porque no sé qué me querés decir?». Laura intentó acariciarle la cabeza, pero Lorenzo se echó hacia atrás. «No te pongas así, por favor. No te puedo ver sufrir, mi amor, y me cuesta mucho decirte esto. Claro que te amo, ¿cómo no te voy a amar?, pero ya no estoy enamorada. ¿Entendés? No es lo mismo amar que estar enamorada. Yo te voy a amar hasta el día que me muera, pero estar enamorada es otra cosa. Se necesitan otras cosas, ¿entendés? Siempre dijimos que cuando a alguno de los dos le pasara algo así lo iba a decir, ¿o no te acordás?».

Lorenzo quiso mirar a través de la ventanilla pero solo pudo ver su reflejo. Habló sin mirarla: «Pero que yo sepa anoche cogimos lo más bien. Te escuché acabar bien. Me dijiste que mi leche estaba rica. Yo no invento. ¿O me mentiste? Estábamos bien, no entiendo qué pasa. ¿Para qué festejamos el aniversario, entonces? ¿Por qué no me lo dijiste antes? Cogemos bien, nos queremos... No entiendo».

Lorenzo me llamó esa misma noche y me contó la conversación que había tenido con Laura, y a pesar de que la acomodó a su favor no pareció omitir los tramos de importancia. No le quedó más remedio porque Laura le había dicho mucho más de lo que podía escuchar. Le dijo que hacía meses que se sentía así, que pensó mucho en la manera menos cruel de decírselo, y que intentó hacerlo con la tarjeta que acompañó el regalo del último aniversario, pero que al final encontró en la brutalidad la forma más honesta y más rápida de hablar; y que veía un vacío cuando lo veía a él, y que ya no era feliz en la cama, y que todo le pesaba porque para ella era difícil rechazarlo debido al amor que seguía sintiendo por su recuerdo,

aunque no fuese lo que ella llamaba enamoramiento, aquello que faltaba en la relación desde hacía ya una larga temporada, tan larga que le causaba incredulidad, incluso cierta sospecha, advertir que él no se había dado cuenta de su desinterés y su frialdad.

Como Lorenzo sabía que mi relación con Bárbara Rodríguez se había debilitado y estábamos en una situación que nos mantenía unidos pero al borde de la separación, como si estuviésemos esperando el momento de desatar la última vuelta de un nudo, intentó unir las situaciones de ambos como si fuesen un problema sindical: «Che: estas conchudas ¿no nos querrán dejar, no?».

2006

El antepasado más antiguo que conocí —yo nací en junio de 1965 y ella murió en enero de 1966— fue mi bisabuela paterna, Francesca Giorgi de Juliano, alias Franchi, nacida en Verbicaro en 1882. En el extremo opuesto debería aparecer mi bisnieto imaginario, quien podría nacer en el año 2046 (doy por sentado que entonces no solo voy a estar vivo sino en plena actividad). En esos cuerpos que hoy no existen están el pasado y el futuro material de mi familia. En vez de fechar esos límites haciéndolos coincidir con el día en que conocí a mi bisabuela (el día que nací, por lo tanto se trató de un conocimiento que me contaron) y con aquel otro, imaginario por ahora, en el que voy a morir, prefiero extender el ciclo que de este modo iría desde el nacimiento de mi bisabuela (1882) hasta la muerte de mi bisnieto (el hipotético 2129). Según la aplicación numerológica de esta idea, una familia dura aproximadamente 247 años, entendiéndose por familia no solamente una red de vidas simultáneas representadas por una arborescencia horizontal sino, también, por una verticalidad específica del tiempo en el que se expande nuestro tiempo personal hacia atrás y hacia delante.

La certeza de que en menos de cien años mis hijos estarían muertos me heló la sangre. Mis tres hijos, mis bebés, mis niños, a quienes amo con toda mi alma y todo mi corazón (la cursilería dice la verdad a la que nunca se llega pensando); a quienes les cambié los pañales, les cociné y les di de comer en la boca, los bañé, les enseñé las primeras palabras, los llevé de vacaciones al mar y a la montaña (¡cuánta felicidad!), los acompañé al cine, los dejé durante años en la puerta de la escuela, les compré mascotas y helados y hamburguesas y golosinas y juguetes, y les hice mil asados a la parrilla (lo que más les gusta de mí), y les enseñé el juego de la oca y los movimientos del ajedrez y las reglas del fútbol; mis chiquitos, a los que reprendí por un único temor, el temor a que algo los dañara —cualquier cosa: desde una gota de lluvia hasta un misil— y que no puedo ver sufrir, aun por las cosas más insignificantes, sin aterrarme ni enloquecerme, en

cien años no serán nada. ¡Nada! Habrán desaparecido de la Tierra, y nadie tendrá un registro sentimental del amor que nos tuvimos. Quedarán (puede ser: no hay miras de que las generaciones futuras vayan a desdeñar el fetichismo) sus objetos personales flotando como ánimas en algún depósito, porque para sus descendientes tal vez tengan valor las cosas que sus antepasados, sus abuelos y bisabuelos, ¡mis hijos!, atesoraron junto al nombre que les di, esa palabra que refiere, sin ningún sentido, la ruta de hábitos y de taras por la que venimos bajando.

Para no seguir con estos pensamientos tristes, introduje las fotos de mis hijos en el programa de proyecciones digitales Age Future y las imprimí alteradas por una composición de sus rostros en la que aparentaban tener ochenta años. Compré una torta de cumpleaños. La escondí. Después de cenar (esto ocurrió un día cualquiera) la llevé a la mesa y les di las fotos del Age Future: «Hoy festejamos los primeros... ¡ochenta añitos de todos!». El desastre ordinario de las cosas que iban desapareciendo se convirtió en un chiste, excepto para mi hijo más pequeño, Joaquín, que señalaba su foto y nombraba a mi padre. Mis niños, decrepitos y arrugados en la fotos del porvenir, reían en la vida. ¿Por qué iba a seguir preocupándome por ese momento que no había llegado? La comedia familiar viajaba contra el tiempo, desde la vejez imaginaria de mis hijos hacia la niñez que esa noche duró para siempre.

* * *

Hoy, sábado 30 de noviembre de 2014, leo estos párrafos y veo que necesitan una enmienda. Donde digo: «Mis tres hijos...», debo decir: «Mis cuatro hijos...». Tengo uno más desde el 5 de abril de 2013.

2006

Fuimos en familia a visitar a Raquel Barroso y a Ernesto a La Paz. Cuando se abrieron las puertas del avión el golpe de la altura nos inmovilizó como si hubiera caído sobre nosotros un manto de plomo. Automáticamente desaparecieron los segundos planos del aeropuerto, cubiertos por una niebla neurológica en cuyo interior alcancé a ver a Ernesto, borroso e insistente, agitando los brazos y dando unos gritos de bienvenida a los que la gendarmería boliviana —a su manera: actuando como si postergara eternamente el acto— les prestó una vaga atención institucional.

Llegamos al piso de Raquel, el nivel diez de un edificio de la Avenida Sucre. Al abrir las cortinas dejaba al descubierto su arquitectura de vidrios enormes y envolventes. Todos los puntos de vista que pudieran adoptarse en su interior cumplían con las exigencias de un observatorio de altura y, por extensión, con las del control burgués de la pobreza paceña que se veía como un paisaje de cuerpos que iban y venían, caminando lentos o colgados del transporte público, y entregando toda su energía diaria a esos traslados demoledores que eran, sin dudas, mudanzas completas.

Ningún movimiento se concebía sin el acarreo de una carga pesada; eran despliegues en los que los bolivianos pobres —casi todos— empleaban varias horas del día en una rutina de sacrificio, de entrega moral a una actividad de tribu que no solo no deseaban abandonar sus protocolos de lentitud sino que se contentaban con introducirlos en el corazón de la ciudad para que esta no los perdiera de vista. ¿Para qué apurarse? ¿Por qué adquirir otra velocidad, innecesaria para los fines que perseguían, básicamente alimentación y reproducción, sobre los que se apoyaban la economía y la filosofía sencillas de su cultura? ¿Era tan difícil comprender que no necesitaban una estrategia de acumulación y previsiones sino vivir como si el tiempo se hubiera detenido?

El progreso dejaba rápidamente atrás las cosas y producía envejecimientos rápidos. La pantalla de plasma de treinta y dos pulgadas — Sony— que había comprado Ernesto iba a envejecer algún, y la camioneta

Suzuki en la que nos fue a buscar al aeropuerto ya tenía diez mil kilómetros y pronto tendría cien mil. En cambio las cholas, que los habitantes blancos de La Paz despreciaban por antiguas, pero sobre todo por autóctonas, eran verdaderos monumentos vivos que superaban en prestigio, porque los superaban en edad, a los monumentos de la arquitectura y la tecnología.

El paisaje móvil que constituían las cholas introducía un suspenso en el transcurso del tiempo; eran una imagen tanto de hoy como de hace mil años. Eran la tierra, la piedra de las montañas, los vientos helados de las cumbres. Ellas iban muriendo, como todo el mundo, pero su presencia, sus vestidos y su modo de caminar inclinadas, como adheridas al piso, era eterna (una eternidad que estaba en la especie mucho más que en sus ejemplares).

Era cierto que no progresaban. ¿Y qué? Tampoco eran regresivas. Simplemente sabían cómo negar el pasado manteniéndolo vivo. Todas las cholas podían vivir el hoy como si la eternidad durase un solo día. Y al revés de las teorías fatalistas que consideraban la eternidad como un instante, las cholas consideraban —porque lo sentían— que cada instante vivido era eterno. La burguesía boliviana las odiaba por eso, porque entendían el tiempo y sabían tratarlo como un domador sabe tratar a sus leones.

En las calles empinadas de la iglesia de San Francisco, angostas y plagadas de turistas blancos, transparentes casi, se veían las cholas silenciosas y listas para el regateo. Frente a ellas, los turistas se entregaban; compraban ropa local, quenas y zampoñas, ponchos de vicuña y charangos, y ordenaban en los bares jugos de maracuyá. Se convertían en bolivianos. Y compraban fetos de llamas embalsamados, o más bien disecados, con los ojos fuera de sus cuencos, alineados de pie en fuentes de plástico como una flota de arcas de Noé anterior a la era de la biodiversidad —o en pleno triunfo de la clonación—; un comercio ritual que, aun desplegándose en un marco de oscurantismo que enturbiaba la luz del día, parecía responder a los patrones típicos de la producción industrial. Pero la impresión de que los fetos habían sido fabricados (¿acaso la producción industrial no estaba inspirada en la reproducción animal?) no duraba demasiado. Las propias vendedoras, perdidas detrás de esas hileras de engendros nonatos, relojes y zapatillas de contrabando ofrecidos a un precio irrisorio, aburridas y un poco locas, se encargaban de difundir los detalles de los abortos masivos de llamas en los valles de La Cumbre con balbuceos que se perdían o

apagaban por un aburrimiento nuevo más que por vergüenza, aunque por vergüenza también.

Caminamos por la calle De las Brujas —mi hija Lola brillando de curiosidad—, donde se ofrecían confecciones menos artesanales (en cada uno de los locales las cholos cumplían funciones estatuarias o pictóricas), giramos y bajamos por una acera incómoda, de filos de piedra, en la que vimos diez o doce peluquerías y, a través de los vidrios empañados por el smog, barberos de guardapolvos importados de un tiempo remoto que no se terminaba de consumir. En la esquina vendían féretros, canarios en sus jaulas y cursos de natación para niños. Entramos a la iglesia y caminamos hacia el altar sobre el que colgaba un Cristo franciscano más vestido que el convencional aunque con aspecto de *stripper* (algo en su rostro nos decía que ese Cristo no era sano como Cristo pero quizás sí como humano). Salimos. Se oyó una voz infantil que se alzó hacia las bóvedas del cielorraso, bajó en ecos inquisitoriales y saltó hacia su versión metálica: «Papi, papi, papi...». No era la voz de ninguno de mis hijos (los veía a los tres despreocupados, hablando entre ellos frente a un santo de cera, vigilados de reojo por Silvia). Podía ser una voz fugada del sistema de sonido montado para las homilias y las consagraciones. «Papi, papi querido, papito mío...». Sentí el tirón en la manga de la camisa y giré para ver aquello que me solicitaba. Era una chola que me pedía dinero utilizando el recurso de la demanda filial en compañía de otras dos herramientas muy eficaces en el ejercicio de la limosna: la persistencia y la mala imagen. Me desprendí y me alejé unos pasos para verla mejor: una chola enana, redundante en su forma comprimida. Las características de su tipo estaban tan subrayadas en su tamaño que, aun cuando la redujeran en su realidad, la agigantaban como idea (era mucho más chola que una chola común). Le di unas monedas para ahuyentarla.

1976, 1979, 1987, 1988

No sé qué hice.

1995

Charles Karl Smith pasó el domingo de Pascuas en New Hope, Pensilvania, en casa de sus padres, una construcción victoriana de dos plantas apenas más bajas que los fresnos alineados en la vereda. Cenaron pavo a las brasas con ensalada de estación. Bebieron agua y vino. El postre fue brownie con helado de crema y canela, hechos por Laura, la esposa de su hermano mayor, el ingeniero civil William Smith, quien hablaba de grandes obras de infraestructura en forma grandilocuente y puntillosa.

Si lo hacía sobre un puente que pasara sobre una autopista, describía tanto los materiales como las líneas del diseño; y también especulaba sobre su vida útil, los costos de construcción y mantenimiento, y resumía la memoria descriptiva del proyecto, a la que le agregaba el lujo de alguna medida o una fecha (si describía un edificio habitado, podía llegar a enumerar casi en su totalidad el mobiliario de algún departamento, los consumos promedio de energía y hasta a algunos de sus habitantes). O sea: un denso.

Al atardecer, William invitó a Laura al *bowling* del centro comercial y se fueron sin los niños. Charles se ofreció a hacerlos dormir, les dio la cena y los llevó al altillo, desde donde vieron desaparecer el sol invernal en un repliegue lentísimo y costoso. «Tío Charles: ¿qué es el sol?», le preguntó George. Su hermano Mark se había dormido sobre las piernas de Charles y respiraba de manera agitada, como si estuviera corriendo en sueños. «El sol es una estrella muy pequeña que nos da la vida». George no habló, pero durante unos segundos permaneció contemplando el horizonte de oscuridad donde se hundía el reflejo circular y rojizo (restos o recuerdos solares). Parecía contemplar mentalmente la frase, suspendida en su cabeza como un pensamiento que se apagaba en tanto iba cayendo como en paracaídas al fondo su memoria.

El frío de New Hope irradiaba desde los vidrios del altillo. Era un viento inmóvil al que le costaba ganar terreno contra el calor de la casa acumulado en el cielorraso. Las luces de la calle se encendieron luego de

dos o tres golpes eléctricos (fueron muchos más pero solo esos dos o tres pudieron verse desde el interior), y las de los altillos vecinos se fueron desplegando en rectángulos de claridad sobre los techos, las canaletas de metal galvanizado y los toldos de plástico a rayas que cubrían la entrada principal de algunas casas de la cuadra.

Para Charles y sus sobrinos, arrullados por la tibieza de ese pequeño horno y el contacto corporal, todo era exterior y, por lo tanto, amenaza. El clima del altillo —el calor flotante, la luz, las alfombras en las que se habían echado— le parecía a Charles el adecuado para que se diera ese estado prodigioso de reciprocidades y transmisiones fluidas entre las partes del todo familiar. Tenía la verga recta y endurecida como una estaca de madera o de hierro. La cabeza de Mark apoyada en su pierna lo mareaba de felicidad. Rodeó a George con un brazo y lo atrajo contra su pecho. Le habló de asuntos de interés general (las funciones del sol, los ciclos de la naturaleza, los climas, la atmósfera, la formación geológica del Gran Cañón, la historia del Súper Bowl) en un idioma de divulgador, y lo fue desnudando con el pretexto de que lo veía muy abrigado; le acarició la nuca y la espalda y lo besó en el cuello. El pequeño George sintió raptos de cosquillas y series más bien cómicas de escalofríos que endurecían todavía más la verga petrificada de Charles. Se bajó el cierre y la sacó (le costó: la cabeza se le trababa en las telas), y empujó suavemente hacia ella el cuerpo de George. Le pidió que se la agarrara con la mano y la sacudiera, y cuando estuvo a punto de acabar lo apartó con suavidad, lo acomodó cabeza abajo sobre la alfombra (ya se había desembarazado de Mark, que siguió durmiendo en el piso), le bajó el pantalón y el pequeño *slip* de algodón ilustrado con Spiderman y le apoyó la verga en el culito; no de punta sino a lo largo, y la frotó con movimientos muy delicados, un roce apenas perceptible pero suficiente para hacerle hervir la sangre. Cuando sintió que finalmente la línea de leche avanzaba por la pija, llevó una mano a la cabeza y tapó la salida.

«¿Mamá?». Mark, idéntico a su padre —así como George era un calco de Laura—, se despertó de golpe pronunciando la palabra más importante de su idioma lleno de infracciones. En un resto de salvajismo o idiotez que le quedó de esos segundos de satisfacción, Charles sostuvo la verga con dos dedos en V para que Mark viera la leche que se derramaba como un hilo grueso de cera por el flanco de una vela. Encendió el televisor y lo estacionó en un canal de programación para niños. Los hermanos se acomodaron automáticamente sobre una montaña de almohadones y

entablaron un diálogo frenético sobre lo que estaban mirando. La conversación tenía la forma de una escalada de detalles inútiles pero irremplazables en ese tipo de intercambio; apilaban un dato sobre otro y regresaban a episodios de capítulos anteriores, construyendo una catedral de memoria común iluminada por la erudición inútil.

Charles fue al baño a lavarse la verga, sobre la que se secaba una película quebradiza de semen, abrió la canilla y dejó correr el agua sobre la carne que, pese al frío, no bajaba. Se mantenía como antes, atizada por la temperatura autista del cuerpo, como en vísperas de una nueva actividad a la que Charles respondió cerrando la canilla y limpiando con una toalla las impurezas que se habían concentrado en los pliegues. Comenzó a masturbarse; primero con una caricia suelta, menos una técnica de placer que de medición o control; luego, como siempre: algunos movimientos veloces, y algunos lentos. Imaginó que desnudaba a Mark, de la misma manera —exactamente de la misma manera— que lo había hecho con George, y que el calzoncillo que bajaba también era el mismo, y que eyaculaba como lo había hecho media hora antes, pronunciando el nombre del niño entre dientes, y rodeándolo de palabras adultas.

¿Eso era un acto sexual? ¿El anterior lo había sido? ¿Hubo un acto sexual real seguido de uno imaginario? ¿Habían sido reales los dos?, ¿o a los dos los había imaginado? ¿Ese líquido que en una cantidad insignificante se iba por el inodoro era la prueba física de alguna realidad? Esta vez el frío del agua lo calmó. Abajo se oyeron voces en el silencio —unas risas le sucedieron a la palabra strike—, y el golpe de la puerta de calle seguido de los giros de la cerradura. Los pasos se fueron acercando, aplastados por la alfombra de la escalera. Iluminada por las luces del descanso, Charles vio a Laura espiando a sus hijos, que ya la habían visto pero seguían su juego de vigilancia bajo las normas estrictas de un teatro mudo. Ella lo miró y arqueó las cejas por encima de una sonrisa que Charles amaba en secreto, y rompió el silencio con un apercibimiento de comedia, mientras les mostraba dos bolsas con chocolates: «Me contaron que estos niños bonitos no se han portado bien».

2006

Bart Township, condado de Lancaster, estado de Pensilvania. Son las diez de la mañana. Charles Karl Smith saca del garaje su camioneta y la estaciona frente a la casa. Su mujer lo saluda con el brazo en alto mientras los niños corren con sus mochilas escolares hacia una de las puertas traseras que Charles abre desde adentro. Los deja en el colegio estatal y los despide en el interior de la cabina (le cuesta desprenderse del abrazo del más pequeño). Toma la Highway 30 —a lo lejos se ven los puentes techados de Lancaster—, entra a la comunidad amish de Nickle Mines, frena en la casa-escuela Georgetown y baja con una pistola automática, una escopeta recortada, un rifle y una bolsa con dos cuchillos de caza, un rollo de cinta plástica, una caja de seiscientas balas y un pomo de quinientos centímetros cúbicos de lubricante íntimo con aroma a coco.

Al verlo entrar armado los alumnos se aterrorizan en silencio y se mantienen en sus lugares (no están acostumbrados a tener la iniciativa). La maestra de alemán ve casi todo: las armas, los anteojos engrasados de Charles, sus manos sucias. Son treinta y dos personas en la única aula de la única escuela de Nickle Mines (toda la escuela es el aula, y solo tiene una puerta, en la que está apoyado Charles): treinta y tres con el intruso, que desea caer bien y libera a los varones y a la maestra. Luego clausura la entrada con una montaña de muebles y hace pasar al pizarrón a las doce niñas que han quedado.

Tienen vestidos grises y azules —la línea de la falda está unos centímetros por debajo de las rodillas—, y un delantal negro atado a la cintura. Sus cabellos están ordenados de un modo uniforme: raya al medio, dos colas. Todas las niñas son rubias. Están limpias. Sus capelinas cuelgan de percheros individuales. Charles Karl Smith les ata los pies con trozos de cable, y les pide que lo miren a los ojos mientras pronuncian sus nombres. Ellas nombran sus apellidos con remotas resonancias de la vieja Alsacia: «Ash», «Stolzfuss», «King», «Fisher». Mientras lo hacen, Charles engancha el pulgar de la mano derecha, la que empuña la pistola, del lado de adentro

de su pantalón y tira hacia delante a la altura de la bragueta. Con la otra mano introduce el pomo de lubricante adentro de su calzoncillo —va escarbando las telas con la punta de plástico— y aprieta. Luego apoya el pomo en un pupitre, y se manosea los genitales con la mano libre. Las niñas huelen el aroma a coco. Charles les dice que desea escuchar nuevamente sus nombres: «King», «Ash», «Fisher», «Stolzfuss». Ammy Ash levanta la mirada no para verle los ojos a Charles sino para detenerse en los botones de bronce de su camisa (los botones están prohibidos en la comunidad), pero Charles cree que la ha enamorado y comienza a preferirla. La fiebre del cuerpo y la frescura del gel le producen escalofríos. Afuera, la maestra corre con los niños hacia la cosecha de trigo, donde están los primeros amish (no hay teléfonos en la comunidad). Luego los llama a su lado y les dice que cada uno corra en una dirección distinta y que cuenten a los primeros amish que vean la verdad de lo que está ocurriendo en la casa-escuela Georgetown. Que cuenten solo lo que han visto, para no mentir: un hombre armado ha entrado al aula. La verdad actualizada es que Charles ha terminado de atar a las niñas, se ha lubricado los genitales con un gel transparente con aroma a coco y les está pidiendo que pronuncien sus nombres (también habrá una verdad futura que nadie imagina) mientras mueve su mano dentro del pantalón.

Los niños corren por los campos de Pensilvania y eligen a sus padres amish para darles la noticia. Distinguen de lejos los sombreros, las barbas rubias, las horquillas, el atado de mulas, el polvo que levantan los discos de arado (y el resplandor del acero bajo el sol) y corren hacia esos bultos fijos en la llanura. Los padres amish suben a sus buggies y echan a andar hacia la escuela. Los caballos son atizados por un antiguo protocolo europeo que evita los golpes violentos en las ancas (se los reemplaza por gritos). Los agentes de la policía estatal ven desde el helicóptero que viaja hacia la escuela (han recibido una llamada al 911) cómo los carros negros convergen hacia Georgetown tendiendo líneas rectas. Son los radios de una rueda que no gira. Por tierra llegan patrulleros, camionetas de asalto, francotiradores con pasamontañas. Poco antes llega su anuncio: ruidos de motores y sirenas, y ningún disparo al aire, lo que significa que habrá una violencia muy precisa en el asalto. Las niñas lloran en silencio dentro del aula. Charles las acaricia. Les dice cosas denigrantes al oído —ellas no entienden—, y cosas habladas en un idioma incomprensibles, un slang muy cerrado que Charles aprendió en los estacionamientos públicos, en los puestos de control caminero y en los baños de las estaciones de servicio.

Llama por teléfono a su esposa. Lloro, le dice que no volverá a casa, que ha soñado muchas noches con lo que está haciendo. Ha soñado con niñas (muchas niñas: todas las niñas rubias del mundo) y con lubricantes. Ahora mismo sueña que se baña con ellas en piletas enormes llenas de un gel que oscila, conforme el reflejo del sol, entre la transparencia y el azul del mar, y ellas resbalan por su cuerpo, pasan por él y se van (pero vienen otras niñas). Le dice que hace muchos años violó a sus sobrinos, Mark y George, y que por eso ellos evitan mirarlo a los ojos en Navidad (y ya no lo soporta). A pesar de que lo hizo por amor. Se hace un silencio, y otro, y otro más. El silencio en el teléfono es una unidad de vacío que se carga de un aire, de un blanco tecnológico que solo termina cuando empieza el que le sigue. Luego él dice que se irá con Evelyn, su hija muerta, lejos, muy lejos, y corta.

Lo llaman. Atiende. Es la policía estatal. Un mediador le ordena que se rinda; que apoye las armas en el piso y se pare de espaldas a la pared y de frente a la ventana que da al oeste para que ellos puedan verlo; que se tome la nuca con las manos y permanezca allí: ellos irán a buscarlo y el problema quedará resuelto. Saben quién es, cómo se llama y dónde trabaja (Lancaster Milk & Co), y le recuerdan —los nombran con sus nombres completos— que tiene dos hijos hermosos y una buena mujer. «Dos hijos y una mujer. Buenos y hermosos» (se lo dicen dos veces para regresarlo al corazón de su identidad sentimental).

Afuera hay tres cercos. El primero: el perímetro que divide los dominios de la escuela del resto de la comunidad, una empalizada de tablas de madera pintadas de blanco y dispuestas en tres líneas horizontales clavadas a los postes verticales, también blancos. El segundo: un círculo de policías armados rodeando la casa-escuela Georgetown. El tercero: decenas de amish que se han acercado para saber qué suerte tendrán las niñas atrapadas por Charles Karl Smith en el interior de la escuela que ellos mismos construyeron con sus manos y sus herramientas, sin el auxilio financiero de la Unión. No intervienen en los hechos porque saben que la suerte (así le llaman en la comunidad al devenir de los sucesos) no depende de ellos. Se reúnen en grupos familiares como galaxias separadas. Todos tienen una madre vestida de negro con una cofia blanca, y padres con camisa y tiradores y sombreros de paja. Las madres lloran y esperan. Charles tira el teléfono al piso —la comunicación con la policía sigue abierta porque no cortó—, se acerca al pizarrón con la pistola en la mano,

la apoya en la cabeza de la única niña por la que siente una simpatía, Ammy Ash, y dispara dos veces.

Ammy cae al piso, hacia delante. Charles continúa las ejecuciones: Julia Fisher, Sylvia King, Marlene Stolfuss, Mira Jacob y Melissa Davis, quien morirá recién mañana. Entre los disparos que reciben las dos últimas, entra el cuerpo de elite de la policía estatal. Atraviesan las ventanas y, ante la distracción de Charles, le disparan veinte o treinta veces. Parecen menos por el efecto de suavidad que producen los silenciadores, que suenan como pequeñas fugas de gas. Algunos de esos disparos hieren a las niñas que hasta ese momento estaban ilesas. Solo una, Eva Tangin, sobrevive intacta al asalto. Es la única que se mantiene en pie. Las chicas muertas y Charles Karl Smith pierden sangre frente al pizarrón en el que hay escritos diez verbos en alemán. Los agentes de la policía se incorporan y se sacuden una mezcla de vidrios rotos y astillas de madera que cubrieron el piso en el momento del ingreso. Las hojas del roble se mueven en el patio. Sopla el viejo viento de Lancaster. Un padre amish le dice a otro padre amish que es posible que los niños liberados, apenas Charles ingresó a Georgetown, hayan echado a correr por temor y ahora estén perdidos en los sembrados. Y salen a buscarlos.

2006

El 3 de octubre desayuné en La Bartola. Pedí una promoción de jugo de naranja, dos medialunas de manteca y un café con leche (mitad leche, mitad café) y leí en *La Nación* la crónica sobre la gran noticia del día anterior, una matanza de niñas en una escuela de Estados Unidos:

Un repartidor de leche entró armado a una pequeña escuela rural de la comunidad amish de Pensilvania, ató a diez niñas menores de 12 años frente al pizarrón y les disparó. Luego se quitó la vida. Cuatro de las niñas atacadas murieron en el acto, y las otras seis se encuentran internadas con distintos estados de gravedad en hospitales de Hershey y Filadelfia.

El hecho ocurrió en la mañana de ayer, cuando Charles Karl Smith, un camionero de 32 años, ingresó por la fuerza a la escuela primaria Georgetown del pueblo granjero de Nickle Mines, en el condado de Lancaster, centro de una de las comunidades más pacíficas de los Estados Unidos.

El asesino, que no tenía antecedentes policiales, no pertenecía a la comunidad amish, pero era conocido por los pobladores porque todas las noches recogía la leche que producían las granjas y las trasladaba en un camión cisterna a una planta procesadora.

En una conferencia de prensa, el jefe de la policía de Pensilvania, Jeffrey Miller, dijo que Smith llamó a su esposa por un teléfono móvil desde la escuela Georgetown y le confesó que hacía veinte años había abusado sexualmente de dos sobrinos, de tres y cuatro años de edad, y que lo atormentaba la posibilidad de que esos hechos pudieran repetirse.

Antes de ingresar a la escuela, Smith dejó en su casa una nota de suicidio en la que, según los investigadores, manifestó estar «muy enfadado con Dios» por la muerte de una de sus hijas, Emily, quien nació prematuramente hace nueve años y solo sobrevivió unos minutos. La mujer del asesino, Mary Smith, declaró que el comportamiento de su esposo en los últimos días había sido normal, y envió una carta a la comunidad amish en la que expresó que «el hombre que hizo eso no es el hombre que conocíamos».

¿Qué son los amish?

La comunidad donde ocurrió la masacre de la escuela Georgetown de Lancaster, en Pensilvania, constituye un movimiento fundamentalista protestante y deliberadamente aislado del progreso. Es el producto de un cisma de la secta de los menonitas, un movimiento anabaptista liderado por Menno Simons y surgido en Suiza en 1525 durante la Reforma, que consideraba que solo los adultos, después de confesar su fe, podían recibir el bautismo.

Jakob Amman, un predicador establecido en Alsacia, fue quien creó la secta amish hacia 1692, por considerar que los movimientos menonitas se alejaban de sus principios. Sus discípulos comenzaron a emigrar a los Estados Unidos durante la Revolución Francesa y se asentaron masivamente en varios estados, especialmente en Indiana, Ohio y Pensilvania,

luego de que el cuáquero Guillermo Penn impusiera su defensa de las religiones perseguidas a partir de 1830.

En total, los amish son cerca de doscientos mil miembros que visten con trajes rurales del siglo XVII, no aceptan ayuda oficial ni seguros de salud y se niegan a contar con servicios de tecnología moderna, incluyendo la electricidad por red, aunque en algunas comunidades se han aceptado generadores alimentados a combustible líquido. La economía amish está basada en la artesanía y la producción agrícola con trabajo manual y tracción a sangre. Solamente en Lancaster, una de las comunidades más grandes del país, hay veinte mil amish, en su mayoría de ascendencia holandesa y alsaciana, que llegaron en el siglo XIX.

La cultura amish desató una polémica internacional hace cuatro años, cuando la revista Nature genetics publicó un informe sobre la relación entre las fallas en el ADN de sus habitantes y las alteraciones del desarrollo cerebral del feto. La afección, conocida como «microcefalia amish», estaría originada en un gen mutante que puede ser fatal en recién nacidos y afecta exclusivamente a la comunidad amish de Lancaster, el condado donde tuvo lugar la tragedia de ayer. Los científicos del Instituto Nacional de Investigación del Genoma han investigado el origen del trastorno, que afecta desde hace nueve generaciones a una familia amish cuyos bebés nacen con cabezas muy pequeñas, y han establecido que el daño es causado por una ruptura del ADN, cuyos bloques no pueden ser desplazados a los sitios específicos donde se los necesita.

Sin embargo, voceros del instituto aseguraron que estudian la posibilidad de encontrar una cura mediante la manipulación de esos bloques. Según las estadísticas, en los últimos años nacieron 61 bebés con «microcefalia amish» en 43 familias. La mayoría de los niños murieron antes de los primeros 6 meses de vida, mientras que los restantes sobrevivieron solo 14 meses. La comunidad de Lancaster conoce desde hace mucho tiempo esta enfermedad, posiblemente originada en el carácter cerrado de las relaciones parentales, pero pocas personas ajenas a la comunidad han podido observar el fenómeno.

2006

Las cinco niñas amish muertas el 2 de octubre en la masacre de la escuela Georgetown de Lancaster, Pensilvania, fueron embalsamadas sin maquillaje y enterradas en ataúdes blancos, como indica la tradición funeraria de la comunidad. A los hombres les corresponden ataúdes negros, y aunque no había muerto ninguno, enterraron un féretro vacío para representar el dolor de los padres. La decisión se tomó la noche anterior al ritual y, posiblemente, forme parte de las tradiciones del futuro. Los servicios fúnebres se realizaron por separado en las casas de las víctimas: cinco cadáveres, cinco servicios. Todo sucedió rápidamente. Los carruajes llegaron al cementerio desde distintos puntos del pueblo, excepto dos, que marcharon a la par por las calles de tierra (eran los que trasladaban los restos de dos niñas que habían vivido en la misma cuadra). Un periodista del *Botschaft*, el pequeño diario de Lancaster editado en alemán, tomaba notas en una libreta, y se detenía en la descripción de dos niños microcéfalos vestidos de luto e inmóviles en brazos de sus madres. Se hizo un silencio imponente, al que no entró ninguna manifestación de pena. Un coro de mujeres con cofias grises cantó a capela, en el alemán de Pensilvania, un himno sobre la inmortalidad, y luego otro (sobre la generosidad de la tierra), mientras los féretros bajaban a sus huecos por medio de unos arneses de sogas.

Esa tarde hubo reunión de deudos y se decidió demoler la escuela Georgetown. Tres grúas alquiladas por la comunidad entraron al pueblo a las dos de la mañana, seguidas por dos camiones equipados con cajas de carga. Los reflectores de las máquinas se abrieron paso en la negrura del campo. Estacionaron sin apagar los motores cerca de la empalizada de la escuela que los padres de las niñas estaban desarmando con pinzas y martillos (uno de ellos, Robert Ash, exaltado, arrancaba las maderas con sus manos lastimadas por las astillas y las arrojaba a la oscuridad, donde se perdían de vista). El olor a gasoil penetró en las veinte o treinta personas que habían llegado hasta allí para ver un *show* de destrucción que no

ocurrió como lo esperaban. La destrucción implicaba que las ruinas fueran el testimonio de que en ese sitio hubo alguna vez algo construido. Pero la comunidad amish no deseaba destruir. La demolición era la primera etapa de un plan más ambicioso: querían que la escuela desapareciera. Que desaparecieran su aula luminosa y sus pupitres, el pizarrón de diez metros cuadrados que ellos mismos habían fabricado y todos los días de enseñanza que hubo allí adentro y, sobre todo, los minutos fatales del exterminio.

El plan era volver a la tierra tal como era antes de ellos: una tabla rasa de naturaleza. Tenían que borrar el progreso, que siempre fue una prueba del progreso del tiempo (por eso los amish lo combatían), y retroceder hacia un origen mítico que borrara la tragedia, sin admitir, siquiera, que la tragedia formaba parte del pasado. ¿Dónde iba a estar la tragedia si la escuela ya no estaba? ¿En qué memoria física? Se llevaron todo: el último clavo, el último tornillo, las astillas del cerco, las baldosas, los techos, las puertas, las paredes y los cuadros colgados en las paredes; y en la superficie removida que quedó en el lugar donde arrancaron la escuela de raíz, colocaron panes de césped para continuar el paisaje verde del entorno. La única concesión fue el roble de la entrada. Debatieron la conveniencia de dejarlo y lo dejaron porque ellos no lo habían sembrado (lo había sembrado la naturaleza con el concurso del azar).

El sol se fue asomando. A las seis de la mañana no quedaba nada. Los camiones cargados con los trastos y los escombros ya estaban en la ruta interestatal, seguidos lentamente por las grúas que se perseguían en fila india por el plano inclinado de la banquina. A la tarde trajeron animales, que pastaron alrededor del roble.

2006

La caravana de varios autos (viajábamos en el último) avanzaba por el desvío de ripio. Las nubes de polvo subían como hongos atómicos enanos, hasta que el viento las despejaba y volvían a verse las luces traseras de los vehículos, la suciedad de las lunetas y las nuca de los viajeros, cabeceando al ritmo del camino poceado por las huellas de los camiones que dejaban en la tierra una estela como de rieles derritiéndose bajo las ruedas.

La composición de la llanura se hacía visible en los tractores que abrían los surcos, sobre los que caían en picada escuadras espesas y muy organizadas de gaviotas; y en las escuelas rurales, los molinos de viento, los tanques australianos circulares detectados como óvalos a los lejos, las hileras de eucaliptos y álamos dispuestas como tabiques o barreras o fronteras entre latifundios, las tranqueras enclenques, los perfiles de las vacas detenidas en el campo como naturalezas muertas, los patos flotando en las lagunas, las garzas, los flamencos desteñidos, los nidos de horneros sobre los postes de los alambrados, la paja brava flameando en la brisa, las miradas persistentes de las lechuzas, las cuevas de armadillos hundidas en los terraplenes de la ruta, la procesión lenta de las nubes y, muy de vez en cuando, la medida humana de un arriero galopando rumbo al monte, el fondo artificial que cortaba la inmensidad de la pampa con un punto aparte.

Íbamos a la fiesta quinquenal de los Dondena, la familia paterna de Silvia, programada en un club de Laboulaye, una ciudad del sur de Córdoba que se calcina bajo el sol y la falta de agua y en la que continúa de algún modo la presencia envolvente del desierto. Que fuera una ciudad de más de cien años no cambiaba las cosas porque no alcanzaba a verse en sus calles algo, por pequeño que fuese, que no se asociara con el poder aplastante de la llanura que la asediaba como un mar que golpea, noche y día, los bordes de una isla.

Dejamos las valijas en el hotel y fuimos al Club Córdoba Sur. En la puerta había una mesa de recepción con dos personas tachando nombres

en una lista, y cuando eso sucedía, cuando borraban los nombres de quienes ingresaban, sin ocultar la euforia que les producía sacarlos de la lista para introducirlos en la fiesta y en un presente más bien estadístico en el que los invitados no sabían muy bien qué hacer, les daban un salvoconducto con sus datos impresos en un cartón plastificado y les cobraban anticipadamente el almuerzo.

Las tarjetas de identificación intentaban darle claridad al quién es quién del encuentro, una pretensión que se nublaba por los vínculos muchas veces remotos de las relaciones entre familiares, aun cuando estos llevasen en sus rótulos un mismo apellido. No hubo, como se esperaba, identificación automática basada en la comunión de la sangre. Todo lo contrario: muchos se miraban durante algunos minutos para determinar si se parecían entre sí. La familia estaba compuesta por desconocidos que se presentaban como hermanos en medio de conversaciones hechas de vergüenza y precauciones, pero también de un sentido del deber que las trascendía. Como todas las familias, esta también había sido sometida a corrientes internas de dispersión, extendiéndose en el espacio —todas las familias explotan en algún momento— mientras también lo hacía en el tiempo, mezclándose con otras sangres y otros nombres que empujaban el nombre Dondena hacia un suburbio de impurezas donde el linaje se deshacía y se olvidaba.

El desconcierto fue reparado por el árbol genealógico: ciento doce nombres impresos en un cartel enorme pegado sobre el telón del escenario; y por un panel con fotos de niños y ancianos, de vivos y de muertos (en algunas había vivos y muertos abrazados), en blanco y negro y en color, fechadas o sin fechar, con epígrafes y sin epígrafes, o con epígrafes que incluían signos de preguntas, deteniéndose de manera intrigante en los nombres olvidados. ¿O era la mano de la censura cayendo sobre los parientes indeseables? Me paré frente a las fotos para distinguir el pasado de Silvia junto al de esos niños montando caballos, nadando, soplando las velas de una torta, jugando con paletas, corriendo descalzos un galgo rayado frente a un galpón de chapas o almorzando bajo la sombra de una parra perforada aquí y allá por los haces blancos de un mediodía que quién sabrá cuál fue.

El tiempo de la infancia, de todas las infancias, detenido allí sin grandes pormenores, como si se exhumara un recuerdo temático, La Infancia, se convirtió en el centro clandestino de la fiesta. «Mirame. Esa soy yo». Mi cuñada, María Dondena, apoyó un dedo sobre una niña preciosa de diez

años subida a un caballo, con las piernas desnudas colgando de una montura de cuero y lana, las pequeñas manos escondidas en un nido de riendas y el pelo rubio atado en un rodete altísimo, casi una segunda cabeza. Detrás, los campos soleados de Laboulaye. «¿Así que esa sos vos? ¿Sos o eras?». Se oyeron de fondo risas sobreactuadas, anónimas, distribuidas aquí y allá por la fuerza de una confianza falsa. Se hacía memoria a través de la invención. Se describían diversas geografías, utilizándolas como testimonio de vidas que se habían vivido —siempre se vive en algún lugar: los lugares no dejan mentir—; se nombraban campos, casas, montes, autos, galpones. Las fotos eran la prueba de que esos sitios, o mejor dicho los momentos que se habían vivido en ellos, habían existido alguna vez, aunque ahora se conservaran muertos.

La vi llorar por el pasado. La emoción de una mujer: qué hermoso espectáculo. Tenía la cabeza inclinada hacia delante, por lo que las lágrimas caían directamente al piso sin pasar por las mejillas. «¿A vos te parece? ¿Cómo puede ser?». No era una pregunta dirigida a mí sino al instante desaparecido que la foto restauraba mediante un presente ridículo en el que parecía ocultarse —para asomarse luego con un salto de resorte— un chiste negro. Me miró a los ojos con desesperación. Fue un episodio accidental de intimidad que ella hubiera querido evitar, o llevarlo a su máxima profundidad: ¿quién puede saberlo? Franqueza e inhibición actuaban al mismo tiempo. Giró hacia las líneas de mesas vestidas con papel madera y, en el retroceso, desplazada por un pariente que corría hacia el fondo del galpón donde se asaban los pollos, dejó un hilo de lágrimas ensanchándose en mi remera de algodón. Luego metió una mano en el interior de una de mis mangas y se frotó los ojos hasta secarlos: «¿Se nota que lloré? ¿Estoy muy fea?».

La matriarca, Chicha Dondena, entró junto a sus dos hermanas menores, atravesó el salón bajo el estruendo —y sus ecos de chapa— de un aplauso cerrado y se sentó en la cabecera. Una de sus hijas le reprochó no haberse puesto el vestido nuevo. «¿Para qué? Si total hoy coger no voy a coger». Ese era su estilo, y también el de sus hijas, y funcionaba menos como un ejercicio desafiante de obscenidad que como un modo de manifestar las opiniones despreocupadas que los Dondena tenían sobre el placer del cuerpo. No los angustiaba tener un cuerpo y que ese cuerpo avanzara como un tanque blindado hacia su propia destrucción. Les agradaba mostrarlo y referirse a la carne mediante la lírica bestial del detalle

escatológico y la sexopatía. Comer, cagar, coger: esas eran las verdaderas fiestas de la vida.

Luego de los postres le alcanzaron un micrófono y Chicha contó unas anécdotas, todas relacionadas con la depilación o la falta de depilación del Monte de Venus. Era quien administraba mejor el tesoro verbal de la familia, la mecánica del chiste, lo que llaman indirectas (las formas más directas del decir). Las ocurrencias espontáneas tras los acoplamientos sorprendidos del micrófono se sucedían de un modo frenético, una barbaridad traía a la otra; y los gestos eran, en sí mismos, un alfabeto auxiliar del que Chicha se servía con maestría. La imagen era la de una traductora de lenguaje sordomudo que, además, hablaba.

Al revés de la ópera, que iba de la intrascendencia al clímax, llevada por un reguero encendido con una última parada en la tragedia, la mesa de las ancianas Dondena ofrecía un teatro que, contra esas reglas, iba de mayor a menor. Así había sido siempre, pero esa vez la presencia de Quela, que toda su vida había sido un parásito de su hermana Chicha (la única autonomía de Quela se llamaba automedicación), desactivó las jerarquías de lo menor y lo mayor e introdujo un cuento inesperado en un formato narrativo clásico que, si no iba de menor a mayor, iba de lo primero a lo último. Contó que Margarita, su sobrina, pasó una tarde por la heladería del barrio y decidió presentarle a su flamante novio, el joven heredero de los Molinos Filpe, Cristian Filpe, al que por timidez le costaba hilvanar frases completas pero sabía compensar esas imperfecciones respondiendo físicamente a ellas con gestos expresionistas (digamos que gestualizaba a los gritos). Para granjearse la confianza de Quela, Cristian le ofreció compartir su helado, cuyas lágrimas de crema chorreaban a lo ancho del envase como la miniatura de un deslave. Quela abrió el camión, desabrochó su corpiño, le sacó el helado de las manos y se lo pasó por las tetas planas en una sesión de *body paint*, sin técnicas ni represiones, pero sobre todo sin necesidad, y haciendo ochos una y otra vez levantó una teta con una mano y chupó la película de chocolate relleno bajo la que se escondía el pezón, al que había rescatado del subsuelo de la teta, como un monstruo en la oscuridad de un lago.

Mientras festejaban a Quela con gritos y golpes de utensilios contra el filo de las mesas le dije a Silvia que me acompañara al baño. Dejamos a los chicos con sus primos y cruzamos el salón y una arcada con fajas de plástico engrasadas por el manoseo, pasamos por delante de la parrilla donde se cocían los pollos abiertos en un paisaje de masacre y entramos al

baño. Cerramos la puerta. Le bajé la pollera y le subí la remera y el corpiño. Ella acomodó la cadera dando unos pasos hacia atrás y abrió las piernas. Con una mano corrió la bombacha. Miré los agujeros y los rocé para ubicarlos en el espacio y calcular la distancia que me separaba de ellos; y también me solacé en la separación que, mientras se mantuviera, sería una experiencia de unión diferida: lo único que puede considerarse superior a la unión. Y entré apoyando las manos en su espalda ancha y suave y también en las costillas y en las tetas todavía jóvenes que flotaban, redondas y pesadas, sobre el oleaje lento de los golpes que sonaban a carne y agua.

2004

Tomamos a Carlos Carini como empleado de seguridad de Lumière SRL, la tarea que hacía mi padre sin que nadie se la pidiera. Venía de trabajar en el Hotel Embajador. De inmediato hizo unas maniobras teatrales (ornamentales, expansivas, como las haría un invasor en el momento de invadir) para entrar en confianza. Pero el movimiento del cine fue tan intenso aquel domingo de Pascuas que pasaron desapercibidas. Igualmente nos seguía, a mí o a algún empleado de la planta baja, deslizándose temas para conversar, anzuelos con diversas carnadas que el despliegue demográfico del *hall* hacía imposible que mordiéramos. Entonces, la conversación que él hubiera deseado continuar caía al abismo de la distancia aunque tardaba en apagarse (sabía hablar de lejos). Su carácter, lo que se ve de un empleado mucho antes que su utilidad, reunía rigor profesional y obsecuencia, pero bajo sus maneras diplomáticas fermentaban patologías indefinidas que apenas se asomaban pero podían verse como las rajaduras microscópicas de una represa.

En cuanto pudo —difícil saber de qué manera, pero tal vez lo favoreció su tremendo poder de concentración para detectar distracciones— se lanzó con un relato completo utilizando de pretexto el tema «nieve» (estábamos proyectando *La Era del Hielo*): «Vos sabés que un día me fui a Bariloche. Bariloche, ¿viste? O sea: nieve, esquí, chocolate Fenoglio, bosque de arrayanes, ropes siberianos: la locura, papá. Yo andaba en el Torino. Pleno invierno. Pero no pasaba nada porque el Torino de esa época, te estoy hablando de 1982, ya tenía encendido electrónico. Cargamos el auto con el botón del hotel y me volví a casa. ¿Botones? Para mí era un botón. Uno: botón. Muchos: botones. De fondo: Paraíso. Escuchá: Cerro Catedral de un lado; Cerro Otto Krause, o no sé cómo se llamaba, del otro. Paraíso. Y niebla, como en Londres. Y le doy, le doy, le doy a la ruta sin parar. Salí un domingo, como hoy, al mediodía; el domingo 3 de agosto de 1982, no me lo olvido más; y no paré hasta Santa Rosa. ¡Mirá esa mamá! ¡Por favor! Mirá las pantorrillas que tiene. Yo te digo una cosa: las minas que tienen

pantorrillas con mucho músculo son muy putas. Pero muy putas, ¿eh? Acordate lo que te digo. Santa Rosa, ¿no? Bueno, hice seiscientos kilómetros en medio de la nada, parando una sola vez. Desierto total. Salí, ponele, a la una de la tarde, y a las siete estaba en Santa Rosa; iba despacio porque el Torino te come crudo. En Santa Rosa paré en una estación de servicio, y me bajé a preguntar cómo habían salido los partidos, porque ni la radio pescaba en esa ruta. Yo soy hincha de Independiente, el Rey de Copas, te aclaro por las dudas. El tipo de la estación me miró como diciendo: “Este tarado de dónde salió”, y no me contestó. Le volví a preguntar y el tipo me dijo: “Señor: Independiente juega el domingo. Hoy es viernes”. ¿Vos sabés que pensé que lo mataba? “A ver: vamos de vuelta”, le dije. Y el tipo me miró fijo: “Hoy es viernes. ¿Quién sigue?”. Entonces vi el diario sobre una mesa, ¡del viernes 1.º de agosto! ¡No se podía creer! ¡Si yo traía en el auto los diarios del sábado y el domingo! Me desesperé y empecé a preguntar qué día era, y todos me decían que era viernes. Salí a la ruta y me vine corriendo para acá, y cuando llegué a casa, tipo ocho de la noche, mi vieja me dice: “¿Vos no volvías el domingo? Bueno, mejor, así hoy me acompañás al supermercado”. Yo le pregunté si no estaba cerrado, y mi vieja me dijo: “Pero no, querido, en Junín los viernes cierran a las diez de la noche”».

Carini me miró fijo mientras dejaba en claro que esa pausa se estaba abriendo camino hacia un diálogo que, si no se daba, era porque yo no estaba a la altura de las circunstancias con las que él me había rodeado. Pero no aguantó la tensión del silencio y repitió la pregunta, esta vez lentamente, como una adivinanza o un chiste que no encuentra sentido en un primer momento —el momento del efecto— y necesita ser inducido o revelado: «Los viernes cierran a las diez. ¿Captás? O sea: Viernes». Luego me miró con mayor profundidad, como perforándome, o con mayor amplitud, porque sin dejar de mirarme miró también a mi alrededor en un esfuerzo por asegurarse de que no iba a irme del sitio de confesor que me asignaba. «¿Y? Perdoname que te trate de vos; serás mi jefe pero sos más joven que yo y te tengo aprecio. ¿No se te ocurre nada? ¿En serio? Pensá. ¿Nada? ¡Abducción, papito! ¿Qué te dice esa palabra? Me cooptaron. ¿Vos sabés lo que es que te coopten? No se lo deseo a nadie. Perdí sensibilidad en la pierna derecha, y creo, creo no: estoy seguro, que me sacaron sangre. Viste que ellos te hacen un hemograma. Y a vos te lo puedo decir en confianza, pero te pido por favor que no se lo digas a nadie: durante meses tuve la sensación de que me habían cogido. No sé por qué,

2004

Patoruzito II batió el récord de espectadores por función en los cines Lumière. Un índice escalofriante (mil setecientas personas por día a lo largo de dos semanas) que apareció como noticia destacada en los diarios de Buenos Aires. Nadie se explicaba por qué las marcas de taquilla de un pueblo de provincia pudieron superar las de las multipantallas del norte de la Panamericana, sobre la que se extendía la costa de riqueza, esnobismo y consumo más extensa del país.

El productor de *Patoruzito II*, un *playboy* con algunas características extraídas del imaginario *hippie* en su versión sibarita (pelo llovido y planchado, barba bajo control y una Harley Davison y una Gibson Les Paul, ambas decoradas con lenguas de fuego horizontales junto a las que le gustaba posar en las revistas de idioteces), que ganó notoriedad cuando secuestraron a su padre y él decidió no pagar el rescate «por principio» aun cuando le sobraba la plata, se montó a la ola de sorpresa que había provocado nuestro récord y publicó un aviso en el que anunciaba que la gerencia de Lumière SRL —o sea: yo— sería premiada con un viaje a la ciudad de Los Ángeles.

¿Por qué fue tanta gente a ver esa película pésima? ¿Qué era lo que daba? Básicamente regresión, un viaje al tiempo de la infancia en el que Patoruzito reinó como héroe de historieta sin otras armas que el ejercicio aparatoso de su nobleza y el empleo defensivo de sus antebrazos, en los que convivían la anomalía física y los superpoderes de un fenómeno indígena —su raza extinguida sobrevivía publicitariamente en él: su modelo—, entregado a un vestuario que incluía poncho, sandalias hechas con el cuero de animales distraídos y un *blue jean* con el ruedo vuelto hacia arriba y considerado el toque beat, universal y unisex del personaje que, por cuestiones de mercado, ¿por qué si no?, debía responder por igual a dos culturas: la urbana y la rural.

Su entorno era una galería de personajes que la historieta reunía aunque sus orígenes no fuesen comunes: una ama de casa y de llaves especializada

en empanadas de humita y fumadora de tabaco en pipa; un capataz sin personal, en guerra contra el abigeato y todo aquello que no fuera chuparle el culo a su amo invisible (el capitalismo terrateniente); un coronel retirado del ejército argentino profiriendo como un demente las palabras Orden y Sacrificio; y el sobrino y heredero del coronel, a la vez padrino del indio héroe: un parásito animador de juergas. ¿Un ciudadano patricio padrino de un indio patagón? Era una relación imposible, y el quid de una disputa histórica de siglos que el final de la película intentó sofocar con una lección de convivencia, o de amnesia, por la que colonizador y colonizado, victimario y víctima, terminaban animando un desfile cívico-militar. Indo-militar más bien, porque esa última escena era el armisticio en versión cómic de la masacre de indígenas que arrumbó a las comunidades más antiguas contra la Cordillera de Los Andes y les quitó la base vital de su cultura: la caza de ganado silvestre, las orgías y las masacres de sobremesa (este comentario es exclusivo para los lectores y turistas extranjeros que creen que el sujeto vernáculo de la pampa es el gaucho).

En los últimos segundos de la película, Patoruzito toma una bandera argentina, calza el mástil en el flanco de su caballo Pamperito —en alusión al viento de la llanura, aunque las nuevas generaciones lo asociaran con una marca de zapatillas con suela de goma inyectada— y desfila por la Avenida 9 de Julio sembrando, posiblemente sin cosechar, un mensaje totalmente desubicado de Unión Nacional.

Viajé a Los Ángeles. Ningún otro lugar donde no había estado antes me resultó tan conocido. Sus locaciones inundaban las películas americanas que, quisiera o no, terminaba viendo por saturación mientras hacía *zapping* en casa (no pasaban muchas horas sin que por cada señal televisiva se entrevistara alguno de sus paisajes). Las palmeras, la ruta costera del Pacífico, las avenidas áridas y las trolas patinando en bikini, los putos de gimnasio, los convertibles, los deportistas playeros con sus radios-brazaletes, los jóvenes latinos plantados en sus zapatillas de media caña, la presencia invisible pero sensible del narcotráfico y la pornografía, las hordas de artistas de hip-hop reventando la suspensión de autos de cincuenta mil dólares (algunos de ellos facultados para balancearse y saltar sobre su chasis como vehículos gimnastas), eran cosas que ya había visto en la realidad del cine, a veces más verdadera que cualquier otra.

Entré al hotel Bel Air. Me registré, me di una ducha con agua fría, cené y regresé a la habitación con vistas a una colina que temblaba detrás del smog. A través de las cortinas abiertas en todo lo ancho de la ventana vino

hacia mí una imagen inmóvil. Todo lo que se movía lo hacía a una distancia incapaz de trasladar el movimiento; la función de la distancia era detenerlo, convertir el flujo de autos que recorría la avenida en dos líneas luminosas: una roja (la que se iba) y otra blanca (que llegaba).

Encendí el televisor. Reggaetón en el canal 84. Las bandas se sucedían respetando no solo el mismo ritmo con los mismos arreglos, sino también una escenografía común, un mismo mobiliario, un vestuario casi idéntico, la misma voz impostada de los cantantes (que se imitaban entre sí) y los mismos autos de lujos, las mismas piletas con potentes luces subacuáticas y los mismos brillos del oro y el platino colgando de los cuellos y las muñecas. Pero el corazón de la imagen, su fuerza magnética, eran las mujeres que bailaban alrededor del vocalista, prácticamente inhallable en el interior de unos enormes pantalones de tiro bajo. Presentadas como ejemplares intrascendentes de un coro, se encargaban de la rutina del baile. Eran mujeres mestizas o negras, de cuerpos macizos (las blancas eran una excepción, y no había rubias: su principio de selección era el racismo), paradas sobre tacos altos y cubiertas por bikinis con la misma ineficacia de la mano que tapa el sol. Varios pares de tetas enormes flameaban bajo el frenesí afectado del baile que, como fuera que hubiera empezado, terminaba siempre igual: como una cópula en estado de provocación o preparación mental y, por lo tanto, reducida a la etapa crucial en la que solo se piensa en ella. Bajaban el chasis genital hasta el piso en un descenso lento, dando pequeños golpes laterales y frontales con sus caderas del modo en que un avión se acomoda para aterrizar, para que el baile dejara de ser la insinuación de una cópula y se convirtiera un escena franca de cópula a la que solo le faltaba el hecho explícito porque siempre falta algo en medio de una totalidad.

A la mañana siguiente, enredado en esas imágenes, me despertó el calor. Entre las cortinas abiertas se filtró un infierno solar, otro de los tópicos de California junto al peligro latente, y presente como idea de Apocalipsis, de la placa tectónica sobre la que se levantaba su fábrica de ficción y su sistema de estrellas arruinadas por el éxito y los cócteles de farmacia. Desayuné en los jardines, bajo una pérgola de lonas blancas en cuyo interior corría un aire fresco, artificial pero muy adecuado a la naturaleza del turista que espera del servicio de hotelería una segunda naturaleza que la naturaleza no puede brindar (se trataba de un reclamo clásico: viajar al calor y pedir frío, y viceversa).

Una mujer argentina le hablaba con gracia a un mozo centroamericano. Cuando el mozo se fue, la mujer se mordió las uñas y toda la soltura de la escena anterior se desmoronó. ¿Mundana y nerviosa? Le pregunté al mozo quién era esa mujer y me dijo que era una periodista de Buenos Aires que desde hacía varios años entrevistaba a celebridades de Hollywood. No eran entrevistas personales. Las estrellas esperaban la hora señalada en una *suite*, iluminadas como objetos en exhibición en el centro de la sala, y en contraste estratégico con la penumbra del entorno. Luego las puertas se abrían y la nube de periodistas se acomodaba sobre la electricidad de las alfombras. La ronda nunca duraba más de quince minutos, y no todos los periodistas alcanzaban a preguntar; y los que tenían la suerte de hacerlo solo recibían del entrevistado el desdén de la interjección, el monosílabo o la ironía ininteligible que igualmente se festejaba con carcajadas colectivas que se cortaban de repente y dejaban en una posición ridícula al interlocutor, quien a su vez también reía (la autohumillación era la única manera de ponerle fin a la humillación).

Más tarde volví a cruzarme con la mujer en el *lobby* y en la terraza, y la noche siguiente cenó muy cerca de mi mesa. La contemplé amorosamente mientras comía. Pidió crepes de espinaca y queso y dos botellas de agua. El queso derretido caía como una lluvia de elásticos blancos cada vez que levantaba un bocado con el tenedor, por lo que abría la boca dos veces. La primera, con pudor; pero apenas veía que el queso aceleraba la caída ella adelantaba la cabeza, abría otra vez la boca (hermoso diámetro), sacaba la lengua y de un latigazo se llevaba el queso a la boca como lo hace el sapo con la mosca y tragaba con los ojos cerrados.

Tenía una camisa blanca de hilo casi transparente, de mangas tres cuartos y bordados de colores en el cuello cortado en forma de V que podía cerrarse en I cruzando unos cordones que colgaban como detalle o accesorio. Era rubia y muy blanca. Tetas: chicas, pero bien alzadas sobre la superficie curva sembrada de lunares y de pecas. No eran pecas ni lunares enfermizos; no parecían surgir de un castigo ultravioleta ni anunciaban un futuro de biopsias; eran detalles, marcas personales, letras únicas sobre un cuerpo que se hacía notar aun en situación de repliegue.

Se paró a buscar una revista, volvió a la mesa, tomó agua. Esperó un postre de no sé qué rociado con polvo de cacao o canela, cosa que lamentablemente le ocurre a casi todos los postres. Tenía un pantalón de gabardina envolviendo unas nalgas redondas y duras. No podía mantener los ojos sobre la revista: los desviaba, aunque con el cuidado de no rozar el

espacio en el que yo pudiera interceptarla. Terminó el postre. Siguió leyendo. Se cortó las uñas con los dientes y las dejó sobre el mantel. Me levanté, me senté a su mesa, tomé dos o tres fragmentos de sus uñas y me los comí delante de ella: «Me gustaría tragarte» (de golpe regresó a mi memoria el momento en que Lorenzo Costa me contó que le gustaba comer la cera que Laura Vázquez descartaba después de depilarse).

Yo no soy muy desenvuelto en esas situaciones, y nunca lo fui de ese modo, pero la cultura de Los Ángeles permitía, y hasta exigía, escenas cinematográficas basadas en el efecto sorpresa y el descontrol. Quedaban bien, se ajustaban a su idiosincrasia. De hecho, en Los Ángeles no había vida, o la había en dosis imperceptibles. La vida solo funcionaba como un relato de velocidad. Era la impaciencia lo que creaba el acontecimiento (la paciencia estaba hecha para esperar sucesos sobrehumanos como la otra vida). Pero la cultura de Los Ángeles dependía de la compresión del tiempo: que lo que tuviera que pasar pasara ya, rápidamente, o no pasara nunca. Ese era el secreto de su felicidad artificial y de su angustia.

Se le escapó una sonrisa ladeada y maliciosa, aunque con un fondo de bondad: «Bueno. Qué decidido. Yo soy Paula Castillo. Me contaron que tenés salas de cine. A mí me encantaría tener un cine. ¿Cómo se te ocurrió?». El mozo: un bocón. Conversamos hasta la madrugada. El ruido de la ciudad no cesaba pero se iba transformando, se iba agravando, como si ese caos estuviese organizado hasta en el último detalle para que todo — los cuerpos, los hoteles, el dinero, los lujos y las ruinas morales de la ciudad— confluyera hacia una víspera de tragedia que nunca terminaba de darse o solamente se daba como una comedia de violencia, con solo diez o veinte asesinatos por noche.

La voz de Paula Castillo se movía entre el susurro circular y descendente (cuanto más descendente, más había que acercarse a su boca para escucharla) y un glosario de palabras que parecían no entrar al campo de la obscenidad pero se detenían a sus puertas para que alguien las empujara.

Ya nos íbamos, pero me detuvo mirándome de arriba a abajo: «Juan... ¿Te puedo decir algo? Ay, no sé. Me da un poco de vergüenza. Pero si no tengo confianza con vos, que sos un desconocido, ¿con quién la voy a tener? Bueno, te lo digo y chau, hacé de cuenta que no te dije nada. A mí me gusta que me laman el culo. Me gusta mucho. Mucho, no: muchísimo. No que me hagan el culo. Nunca me lo hicieron. Ni me lo van a hacer. Me gusta que me lo chupen. Horas. Y que me digan qué ven cuando se abre.

Una amiga que trabaja en el *Times* me dijo que acá las agencias que dan servicios de parafilia lo llaman *rimming*: hacer el aro, bordear. Pensé en pedir alguien, pero estando vos acá... Ay, perdoname. No sé por qué te digo esto a vos».

2006

No entró más gente al cine. Las cosas ocurrieron primero como un hecho aislado (eso creímos, porque se sucedieron varios días de buen tiempo y hubo una inclinación general, comprensible en la pampa, hacia distracciones más rupestres), y luego como una precipitación suave pero sostenida hacia la ruina económica; una precipitación doblemente triste porque se dejaba ver en la lentitud un poco morbosa en que se ven caer las cosas en cámara lenta.

La lectura de los bordereaux era deprimente. Algunos días proyectábamos para dos o tres personas, y entre ellas, sí o sí, Mocho Quevedo. Era un caso de cinefilia galopante. Vivía sin televisión en una casilla de cartón y chapa a la vera del río Salado. Su diálogo con el cine era directamente con el cine, sin intermediaciones. Veía todas las películas, y todas tenían para él la misma importancia si eran proyectadas en una sala. Todas las jerarquías relacionadas con la calidad, y todos sus relieves formales, eran aplastados por la materialidad de la proyección, el momento mítico o supersticioso en que la película alcanzaba su propósito más alto, que no era el de recrear con eficacia la tradición de los géneros, ni ejercer atentados artísticos o políticos contra ellos, como tampoco posibilitar grandes actuaciones o probar los últimos efectos especiales, sino el de llenar de luces la oscuridad.

Un día que dormí mal me levanté a la madrugada y me fui a Junín a cerrar las salas para siempre. Las cerré y desconecté los circuitos que habían mantenido el cine abierto: el del personal, los proveedores, los servicios de asistencia médica y alarma; así hasta llegar a Warner, la distribuidora que nos había explotado bajo un régimen tácito de esclavitud comercial, retornos de hasta un sesenta por ciento de la recaudación y exigencias extorsivas de pagos, todas manifestaciones de un capitalismo estalinista que me dio psoriasis, y del que me despedí mandándole un *mail* al gerente de la compañía en Buenos Aires, Sergio Avendaño:

Querido Sergio:

Lamentablemente, la situación económica de Lumière SRL se ha vuelto muy difícil en los últimos meses. Los gastos fijos corren detrás de la inflación y nuestra capacidad financiera de absorberlos se ha vuelto impotente. Sabemos que Warner hace lo imposible por mantener abiertas las salas independientes del interior, y que si vos nos exigiste todos estos años fue para obligarnos a progresar y obtener excelencia. Aquel entredicho que tuvimos cuando me cortaste el teléfono no fue olvidado porque tuve miedo de que tomaras represalias contra nuestras salas, tal como me dijiste a los gritos cuando volví a llamarte, ¿recordás? Nada que ver. Lo olvidé porque reflexioné y comprendí que lo hacías amistosamente, para darnos una mano. Yo sé, Sergio, que te preocupa mucho la cultura y el arte cinematográficos a los que irónicamente y sin distinciones llamás «negocio». Cuando yo te pedía, te rogaba una semana más de plazo para pagarte porque necesitábamos estar al día con los sueldos y vos me decías que esto era un negocio, y que se estaba afuera o adentro del negocio, y que si me atrasaba un día perdía los próximos estrenos, yo siempre consideré que esa forma de trabajar que tienen ustedes nos estaba haciendo un bien porque sin esas presiones, sin lo que vos sabiamente llamás «el stress comercial», no hay competencia ni evolución. ¿No es cierto? Siempre recuerdo con mucho cariño tus ocurrencias. Como cuando te pregunté cómo se llamaba el CEO de Warner y me dijiste: «Charles Darwin». O cuando te reclamé por favor los afiches de Atrápame si puedes y me dijiste entre risas: «Atrápame si puedes», y como te insistí me gritaste: «¡Habla con expedición! A mí no me rompas las bolas. Y si no te gusta, dibujalos». Así que quería anunciarte, con mucha tristeza, que nuestro grano de arena en la recaudación de Warner ya no existe más. Vamos a cerrar las salas. Es más, ya están cerradas. En cuanto a lo que te debemos de la última recaudación de El Señor de los Anillos y la última Star Wars de las vacaciones de invierno, quiero decirte que se lo voy a cobrar a la reconcha puta de tu madre. Me voy a gastar toda la plata, toda, en un hotel de seis estrellas de Playa del Carmen con todo incluido, y después me voy a ir a París a comer el foie gras del Chartier, y después me voy a instalar un mes en Londres, donde ya alquilé un departamento frente al Hyde Park donde voy a salir a correr todas las tardes con unas zapatillas súper que también me compré con la plata de Warner, y voy a ir a ver la final de la Champions League a Ámsterdam y voy a cambiar el auto apenas baje del avión en Buenos Aires, mientras vos respirás tus diez horitas por día del aire envenenado que te da tu compañía, ¡oh!, ¡cuidado!, ¡La Compañía!, para que no te agites mientras hacés tus llamadas telefónicas apretando gente: lo único que sabés hacer. Pedazo de inútil. Y, por favor, dejá de justificar a tus empleadores anónimos, gordo chupapijas tragaleche, y de hablar de Brad Pitt o de George Clooney como si fueran tus íntimos amigos. Das lástima.

Te coge por ese orto alimentado a carne humana cruda que todos los días te abre tu jefe bilingüe por dos pesos con cincuenta,

Juan Guerra.

PD: y empezá a rezar para que no te cruce en la calle porque te recago a trompadas.

Fui a la empresa de seguros a darle de baja a la póliza del cine. El agente que llevaba nuestra cuenta, el contador Marcelo Constanzo, cerró las cortinas venecianas de su box —el lugar común de película parecía no tener realidad, o citar vagamente un tipo de realidad que ya no sucedía—, me sirvió un café en una taza enorme, encendió un cigarrillo, lanzó roscas de humo hacia el cielorraso —la cadena de clichés no se detenía— y me preguntó si me animaba a incendiar el cine.

El contador Constanzo, y algún cómplice con influencia en la cadena de pagos infiltrado en la tesorería, cobrarían el veinte por ciento del total de la póliza, y nosotros el resto. Me fui caminando a la casa de mi padre, repasando mentalmente el inventario de las salas y el esfuerzo que me había llevado construirlas, llevándose con él mares enteros de deseo personal que ya no volverían. Charlamos en la vereda. Mi padre me escuchó y luego hizo su propuesta: me habló como un gángster, con naturalidad y visión estratégica, y con una noción muy precisa del golpe y el plan de fuga que debía sucederle como parte de un todo que contemplaba tanto las cadenas causales del acontecimiento como el azar que podía penetrar en él, y al que había que darle todas las respuestas solicitadas por las posibilidades de la imaginación, una nube de pronósticos superpuestos que en algún momento había que disipar para que se recortara, definido, por fin, el Hecho Concreto.

¿Mi padre cerebro de una banda? ¿Qué eran esas palabras enroscadas que apenas ocultaban su pasión delictiva? ¿Y ese tono de sobrentendidos, aplicado tanto a describir como a escamotear los detalles de su modo de operar, como si estuviera dando un mensaje equívoco, de contraespionaje, a través de un teléfono intervenido? Me reuní en el bar de una estación de servicio con el contador Willy Loyola, el jefe de pagos de la aseguradora. Antes de sentarse cargó dos monedas de un peso en una máquina de café y trajo dos tazas térmicas que dejaron una estela de vapor horizontal en el aire, y vertical cuando las apoyó en la mesa. ¿Qué les pasaba a estas personas con el café? ¿Era la infusión oficial de sus fumatas papales, presentadas de modo mafioso? ¿O simplemente eran adictos a la cafeína y veían en quienes no lo eran la llama del vicio, a la que solo bastaba soplar para que se encendiera? Mientras echaba tres sobres de azúcar completos en su pequeña taza y, ya vacíos, los doblaba con la destreza manual de una lección de origami, comenzó a hablar con su voz ronca: «Vos sabés que te veo cara conocida. De algún lado te conozco a vos. ¿Puede ser que te haya visto en Cats? Vos sabés que sí. ¿Vos no estabas la noche que se llevaron a las paraguayas? Bueno, no importa. El tema es el siguiente. Me dice el contador Constanzo que vos estás queriendo prender fuego el cine. ¿Es correcto? Es correcto. Bien. Yo te voy a explicar. Esto no es sencillo porque nosotros somos una empresa seria. Canadiense. O sea: a ver si nos entendemos. Hace más de cincuenta años que estamos en la Argentina. Pero si vos querés quemar el cine, podés, estás en tu derecho, yo no juzgo a nadie; eso sí: no lo podés hacer así nomás. Porque... la compensación

que nosotros establecemos por siniestros de granizo en las cosechas de soja por siembra directa tiene como referencia las utilidades del año anterior. Estamos hablando del orden del noventa por ciento del valor de la ganancia bruta. Significa que estamos muy por encima del standard internacional, y por eso es que Security Canadian cotiza en Londres y en Tokio». Loyola hizo una pausa y siguió: «Disculpá que te cambié de tema, pero este pelotudo que pasó por acá es famoso por lo alcahuete. Bueno. Volviendo al punto. Para que puedas cobrar un seguro de incendio no podés tener el cine cerrado. Es la condición número uno o, si querés, la única. Tiene que estar funcionando. No hay otra. Yo te diría: aguantá unas semanas, mantenelo abierto, ¿se entiende?, y si podés armate un ciclo de verano. Imprimís un folleto con lo que vas a dar, sacás un aviso en *La Verdad* anunciando la temporada del año que viene y chau. Meté en el medio algún convenio con la Alianza Francesa, la Sociedad Italiana, algo así, y a la mierda. El asunto es que quede claro que el cine sigue porque vos la estás peleando. Y en medio de eso, lo quemás. Si me preguntás a mí qué me parece mejor, yo te sugiero que lo prendas fuego en Navidad o Año Nuevo. Ojo: si me preguntás a mí. Cargás el techo de maderas, o astillas, qué sé yo, unas bolsas de aserrín, dejás en las salas unos bidones con nafta entre las butacas, te comprás unas bengalas y unos rompeportones, los tirás y chau. ¿Quién fue? Cualquiera. Cualquiera boludo que tiró un cohete. O sea: nadie. Vos no. Fue un accidente. Una desgracia. Cosas que pasan. En una hora no queda nada. Si vos querés, para que salga mejor, que alguien llame a los bomberos un rato antes y le diga que se está quemando un campo y los sacás de la ciudad por una o dos horas. Cuando vuelven no encuentran nada. Por los peritos judiciales ni te calentés: son míos».

En la mañana de Nochebuena dejé seis bidones con nafta distribuidos en cada sala y dos en la cabina, de la que habíamos desmontado los proyectores y cambiado las torres de sonido por unas carcasas vacías. Mi padre, que pasaba solo las navidades, fue a las once de la noche a la puerta del cine y llamó al cuartel de bomberos desde un teléfono usado (robado) que yo había comprado el día anterior. Dijo que se estaba incendiando la estación de trenes de Agustín Roca. Dos minutos más tarde se oyeron las sirenas alejándose hacia la Avenida de Circunvalación. Junín era un campo de silencio del que comenzaban a brotar las conversaciones más o menos huecas de todos los años (entre las que no había que descartar las mismas conversaciones del año pasado) y las risas hiperbólicas que las acompañaban o las cerraban, escapándose por las ventanas abiertas de las

casas en las que las familias se reunían para inventariarse y observar los progresos de sus miembros, un progreso que consistía en tener más —más hijos, más trabajo, más dinero— y, a través de la cantidad, acumular la fuerza imaginaria que los defendiera del terror a morir.

Yo estaba a diez cuadras del cine, cenando con Silvia y los chicos en casa de mamá. Las luces del árbol de Navidad se encendían y apagaban con espasmos de cortocircuito. Sus resplandores rebotaban contra los espejos de la casa. Diez minutos antes de la medianoche me llamó mi padre: «Feliz Navidad». Colgó. Significaba, en clave, que ya había visto el primer fuego y que el proceso de destrucción había iniciado su camino de éxito. Senté a Silvia en mis piernas y le pregunté al oído dónde estaban los regalos. Me levanté, fui hasta la habitación de mamá, abrí el placar, saqué los paquetes y los dejé al pie del árbol artificial del que colgaban bolas de colores, miniaturas de Papá Noel, estrellas, cometas y la enredadera eléctrica en la que se desplegaban las luces de colores en forma de lágrimas.

A las doce de la noche se oyó la sirena de los talleres ferroviarios de Junín, que ya no existían (pero sí existía el sonido que le había dado un sentido público, y todavía se lo daba). Las explosiones se multiplicaron en las calles, las plazas y los terrenos baldíos; se oían ruidos ensordecedores, pero también algunos apagados por la humedad de los patios o las fallas de fábrica, y de todos ellos se levantaba un único gusto a pólvora.

Los perros ladraban o aullaban asustados; y cuando parecía que el silencio iba a regresar, volvía a interrumpirse con una bomba, a la que le sucedía otra, y otra más, siguiendo la secuencia de un concurso de explosiones y luces que se elevaban en la noche por encima de los tapias, sobre las cabezas levantadas de los vecinos que las señalaban desde sus terrazas como si fueran, en conjunto, el lenguaje admonitorio, aunque indescifrable, de la buena nueva que esperaban.

Mis hijos abrían los regalos con la brutalidad de un cazador manual; los fragmentos de papel con ilustraciones de sus ídolos (en los que nunca repararon) planeaban impulsados por manotazos de ansiedad, hasta que debajo de las bolsas, los envoltorios y las cajas que mantenían vivo el deseo de lo que todavía no llegaba, apareció lo que habían pedido en sus cartas a la figura fraudulenta del anciano que atravesaba, en un carro tirado por renos voladores, con su clásico abrigo polar y sus jojós de idiota, el calor asfixiante del verano argentino.

Sonó el teléfono. Atendió mamá: una amiga le avisaba que se estaba quemando el cine. Imaginamos la escena (imaginar era vivir el momento

actual en otro lado), en la que el cine era una bola de fuego devorando cada centímetro de cada cosa que lo había hecho. Fuimos. Lo que vimos fue conmovedor y primitivo: cientos de personas mirando el fuego, extasiadas y enmudecidas —con sus copas y sus botellas de sidra o *champagne* en la mano— frente al consumo de las cosas que crujían y explotaban en salvas bajo lenguas de diez metros que echaban al viento brisas de calor y luz (en un sentido plástico, el incendio era un acontecimiento artístico). Sobre el frente, las letras de madera de la palabra Lumière se encendieron en antorchas tipográficas. La economía del fenómeno no solo no impedía su atractivo sino que lo agigantaba por todo lo que tenía de inexplicable y de rústico. ¿Cómo podía ser que el fuego, tan antiguo y ordinario, siguiera siendo una oferta visual irresistible?

Llegaron dos patrulleros. La policía valló la cuadra, pero no pudo impedir que se agolparan ya no cientos de personas sino miles, fascinados en la contemplación pura (la excepción era mi padre, que me sonreía de lejos), olvidándose de sus propios arsenales navideños que no podían estar a la altura de lo que veían sino como chistes de explosión.

Llegaron los bomberos. Tarde.

2003

En el tercer aniversario de la muerte de Laura Vázquez hubo una reunión en la que se realizó una maratón de silencio, se miraron fotos y se vieron películas familiares en las que Laura reaparecía viva y llenaba el ambiente con su voz, recargando los recuerdos que se hubieran vaciado.

Lorenzo Costa (sabía que el viudo de Laura no iría) fue el animador natural de ese teatro del que era el único representante de un duelo doble: el de la muerte de Laura pero también el del divorcio que la había precedido, y que para él había sido tan triste como su muerte, ni más ni menos, o tal vez un poco más.

Cuando terminó la reunión, Marcela, la hermana de Laura, lo acompañó hasta la puerta. Se abrazaron. Lorenzo le preguntó si en unos días podía volver a oler un perfume. «¿Un perfume de Laura? ¿Qué perfume de Laura? ¿Cuál? Si Laura tenía veinte perfumes. Ni sé cuántos tenía». Lorenzo aguzó la memoria para ver mejor en la oscuridad del recuerdo: «No, sí, ya sé. El que yo te digo es ese que usaba cuando me conoció a mí. Uno que le trajo Claudia de Inglaterra; el de la caja blanca, que tenía un frasco que no decía nada. Tenía unos círculos negros nada más». Marcela Vázquez miró el cielo para apartarse de la actualidad y hacer coincidir su recuerdo con el de Lorenzo, y regresó de golpe: «¡Ah!, ¡ya sé! Vos decís el de The Body Shop. Le encantaba. Ahora me acuerdo. ¡Pero no! ¡Ese perfume no existe más! Te digo más: ni el frasco quedó».

Lorenzo consiguió el catálogo de fragancias de The Body Shop, compró todas por un correo internacional con servicio de cuarenta y ocho horas puerta a puerta y las probó una por una en el orden en que las iba sacando de las cajas. Eran trece: Oceanus, The spirit of Moonflower, Vainilla, White musk, Citrella, Aztique, Beleaf, Chymara, Zinzabar, Velique, Altaro, Mintevea y Amorito. La fragancia que buscaba era la White musk. En los enlaces que se establecieron entre el olfato y la memoria de Lorenzo olía igual que antes. Estaba claro que había un rigor compositivo para mantener las fragancias como manifestaciones indestructibles de algo

que, aun siendo un artificio de la química, le hacía honor a los vapores perfumados de los jardines, las montañas y los bosques que viajaban por el aire como voces sin sonido. Y en desacuerdo filosófico y también comercial con la teoría de que los perfumes se evaporaban —como siempre se había evaporado todo: imperceptiblemente—, las factorías del olor trabajaban para que permanecieran disponibles menos para sentirlos por primera vez que para reunirse con ellos.

Marcela Vázquez entró a la casa de Lorenzo menos confiada que de costumbre, con una reserva surgida del modo en que Lorenzo la había citado por teléfono, llamándola casi a medianoche y sin adelantarle nada sobre la necesidad del encuentro. Su voz había sonado helada, y el tiempo que hubo entre la llamada y la cita —cuatro días— no se adecuaba del todo a la urgencia de haberla buscado a esa hora pero sí a una sospecha que comenzó a invadirla con la fuerza extraña de esos razonamientos que, aunque la conciencia los negara por pudor, terminaban estableciéndose y ya no se iban.

Lorenzo sabía todo del White musk. Sabía que estaba hecho de aromas de lilas, de jazmines, de rosas y de ylang ylang, y de sugerencias de albahaca. Le contó que la combinación de los componentes despertaba los sentidos y los mantenía estimulados hasta encontrar un punto justo en el que la fragancia era menos una fragancia que el recuerdo de algo placentero: «Es como un simulador de recuerdos». Marcela Vázquez se relajó porque comenzaba a reconocerlo en esas exageraciones en las que él encontraba un mundo firme donde actuar. Era la comedia del mitómano que no miente para embaucar sino para estabilizar las descompensaciones por las que se mueven, desequilibrados, la realidad y sus hechos. «¿Vos sabés que es el ylang ylang? Es el odorato de cananga, la destilación de la flor del árbol de cananga. Mide hasta doce metros y tiene la forma de una pagoda china. En Costa Rica está en todas las avenidas. ¿De qué te reís? Lo estudié. Y escuchá esto: es afrodisíaco».

«Afrodisíaco». Lo dijo y se le nubló la vista, como si hubiese sufrido un ataque de llanto conceptual por una decepción tan grande, pero a la vez tan fugaz —de hecho ya había pasado—, que la posibilidad práctica del llanto quedó reducida a una idea imperfecta que el cuerpo de Lorenzo nunca tuvo en cuenta. ¿Afrodisíaco? ¿Y si aquella vez se enamoró de un perfume y no de Laura Vázquez? El recuerdo de su gran amor, que a esa altura, como la totalidad de su pasado, no era verdadero ni falso sino que flotaba en las alturas intocables de un mito cuyos detalles comenzaba a olvidar mientras

el mito se fortalecía como resumen, desacomodó las cosas que parecían ordenadas. Fue una tormenta interminable de pensamientos enfrentados que duró dos o tres segundos en los que Lorenzo miró a Marcela Vázquez y preparó el terreno para hablarle: «Ponete un poquito».

«¿Ponerme un poquito?, ¿un poquito de perfume? ¿Para qué? ¿Qué te pasa?». Lorenzo sonrió con una sonrisa totalmente normal, a la que Marcela Vázquez respondió con un gesto de fastidio y condescendencia: «A ver, dame». Miró el orificio del vaporizador y disparó en las muñecas, detrás de las orejas y en el canal que se abría entre las tetas. Las cosas encajaban en un clima de hermandad. Lorenzo se acercó y olió el White musk que ya se había fijado en la piel y vivía de su respiración como un parásito fantasma. La nariz de Lorenzo apenas rozó la oreja derecha de Marcela Vázquez y, como si quisiera escuchar el perfume, se acomodó apoyando casi su oreja en la de ella (las separaba una cortina delgadísima de aire); pegó los labios al cuello y los abrió para sacar la lengua, pasarla, guardarla, aspirar lo que había quedado de su saliva y ver cómo se erizaba ese pequeño desierto de piel: «Vos no sabés cómo te cogería. Te cogería toda».

Lorenzo sintió en su cuerpo los temblores de Marcela Vázquez. Irradiaban sentimientos claros de aceptación y rechazo, por lo que no podía aceptar la situación, ni rechazarla. Las palabras, salidas de una caverna llena de impulsos profundos y vulgaridad, seguían sonando. Lorenzo no estaba del todo de acuerdo con los sucesos que estaban ocurriendo, pero no tenía a mano la fortaleza mental o instrumental para impedirlos. Su cuerpo había quedado paralizado frente al poderoso sebo del perfume y podía verse en sus tensiones animales la víspera de una caza. «Ay, Lorenzo, no, no... por favor. No me hagas esto. ¿Vos sabés cómo te amó Laura? No tenés ni idea. Estaba enferma por vos; ella hubiera pagado lo que fuera para que las cosas no se terminaran, pero no sé qué pasó. ¿Qué pasó? Vos sabés. ¿Cómo puede ser que amándose como se amaban hayan terminado así? Me daba envidia verla con vos. Tenía todo. Bueno: parecía que tenía todo. Yo pensaba: “¿Qué tiene este tipo para que la enferme de esa manera?”, “¿qué le da?”. No te imaginás la cantidad de cosas que me metí en la concha pensando en vos. Pero coger, coger... Yo también te cogería todo. Yo sueño con vos. Sueño con tu leche. Desde hace años. Pero ¿y después? No puedo, no voy a poder...».

Marcela Vázquez se sentó en una silla del comedor diario y Lorenzo se sentó frente a ella. Durante un momento no hablaron ni se miraron, lo que

completaba el extraño decorado de distanciamiento que intentaban construir inútilmente como salvedad de la fuerza que los arrastraba. Ella se levantó la pollera. Metió una mano en el interior de la bombacha y, desde el exterior, con la otra mano, corrió la zona del refuerzo y dejó su concha al aire, a la que dos dedos de la primera mano ya habían entrado como por un tubo por el que hubiera acabado de pasar un río de aceites: «Mirame. Mirá: así me pajeo cuando pienso en vos. ¿Ves? ¿Me ves?». Lorenzo olió el ambiente. Flotaba un bloque de White musk y un olor humano que era el olor de Laura Vázquez pero al que, sin embargo, le faltaba algo (porque en Marcela Vázquez estaba la materia de Laura, pero no su forma). Quiso lamerla, pero Marcela le puso la mano en la frente como en una maniobra exorcismo: «¡No!». Lorenzo sacó la verga con cuidado, entre los dientes de bronce de la bragueta, y la dejó a la vista. La carne y el metal formaban una combinación de artefacto biónico que aludía tanto al sexo entre salvajes — una pija antigua saliéndole de un taparrabos— como a la evolución de una ciencia que pudiera mejorarlo o aplicarle rutinas de control (después de todo la carne siempre fue censurada por el metal).

Los ejércitos genitales, divididos por la frontera de un pudor físico que no incluyó el pudor visual, quedaron enfrentados a un metro de distancia. Marcela Vázquez, con los ojos clavados en la verga de Lorenzo Costa, se metió tres y hasta cuatro dedos. Lorenzo miró el interior de esa profundidad espiralada y quiso acercarse otra vez: «No, no, no... ¡No me toques!». La vio acabar escupiéndose la concha, mientras el agujero palpitaba como la boca de un pez mediano fuera del agua.

2004

Lorenzo le mandó un *mail* a Fernando Coletti, el director de la filial mexicana de Diamonds Live By Algordanza. Coletti le contestó al día siguiente, recordando su infancia en Buenos Aires y dándole una lista de precios y modos de pago. Igualmente era una carta extraña por sus contenidos deprimentes. De un modo innecesario Coletti le informaba, haciéndolo pasar como dato de color, que en México morían ochocientas mil personas por año.

En el último párrafo, le aseguró que no se iba a arrepentir si decidía cerrar trato a la distancia por el servicio de Diamonds Live By Algordanza. Le dijo que la experiencia del servicio tenía que ver con la vida y no con la muerte. Él mismo le había regalado a su madre el anillo hecho con su abuela: «Piensa esto, querido Lorenzo. O pensá, como decimos los que nacimos en Buenos Aires: con una urna no podés ir a ningún lado. Con el anillo, sí. Para que se entienda mejor: el anillo sos vos».

Sin pensarlo mucho, Lorenzo puso en venta su restaurante (por un problema de impuestos ya no se llamaba Sémola sino Spiga), y al cabo de dos meses que la ansiedad detuvo en cada uno de sus días, incluso en cada una de sus horas, un tiempo pesado, similar al que siente el hombre que sueña que escapa y no puede moverse, se lo vendió con facilidades a Marcial Capurro, depositó nueve mil dólares en una cuenta de Diamonds Live By Algordanza en Berna y comenzó, sobre firme, a hablar del diseño del anillo. Mandó a México seiscientos cincuenta gramos de cenizas (la mitad de lo que había quedado de Laura Vázquez) y ordenó que en el interior del anillo se grabaran solamente el nombre Laura junto a la fecha de su nacimiento: «Tiene que quedar claro que no murió».

Lo que duró la elaboración de la joya le sirvió a Lorenzo para entablar una correspondencia con Coletti que tuvo su pico de reciprocidad el día del segundo depósito; y también para leer mil veces el folleto de Diamonds Live By Algordanza en español, que agitaba un lema, El amor es para siempre, y explicaba el proceso de transformación del polvo humano en

diamante, emulando el lenguaje de las ciencias exactas con un afán ridículo de seriedad que no hacía otra cosa que reforzar su estilo de comedia necrográfica: «Se somete a las cenizas a presiones de hasta 50 000 atmósferas y temperaturas de 1500° C para obtener el carbono, del cual se cultivan sus cristales grafitados por medio de una tecnología única en el mundo. Ese cultivo, que a la naturaleza le lleva miles de años para realizarlo de manera aceptable, es logrado por Algordanza en menos de cuatro meses, al término de los cuales usted tendrá su diamante en bruto, exactamente igual a un diamante natural, en el que su persona amada vivirá eternamente».

Cuando recibió la caja con el diamante, a Lorenzo le hubiera bastado mirarlo un segundo para saber cómo abrirla, pero no lo hizo y entonces luchó hasta descubrir el seguro, una pequeñísima pestaña de metal que se le hundió en el dedo. La abrió. La miró y la miró y la miró. Miró tan fijo que lo que miraba desapareció bajo la intensidad de su propia atención. Era la venganza de lo muy presente, que le daba a la realidad física una dimensión de espejismo. De golpe volvió la vida de Laura Vázquez, o más bien dos o tres episodios de esa vida que regresaban en planos muy breves de imaginación y recuerdos enredados. Lorenzo sintió un pinchazo de dolor que concentraba todos los años de relación corporal y mental con Laura, reducidos a una milésima de segundo que, sin embargo, los representaba de manera fiel.

Cerró la caja y no quiso abrirla hasta no dar con la palabra que representara el hecho que estaba viviendo. Aparecieron tres: «Pobrecita, mi amor». Volvió a abrirla. Contempló el interior forrado donde la A de Algordanza relucía bordada en hilos de plata. Y, por fin, empotrada en la base, sobre un atrio en miniatura, vio a Laura Vázquez hecha piedra: una digna adversaria del tiempo. Me llamó por teléfono: «Juan, hermano. Me llegó. La tengo conmigo. Es mía. No me la sacan ni muerto. Si me muero enterrame con ella».

2005

Lorenzo se cayó de la moto. El asfalto estaba mojado, no pudo frenar ante el perfil de un Ford Mondeo que cruzaba una esquina de Palermo y salió despedido. Pasó por encima del techo y se partió la cabeza contra el piso, donde la sangre se mezcló con el agua de la lluvia. El taxista que lo socorrió dijo que se levantó solo, hizo una llamada desde su teléfono (mientras marcaba, repetía el número en voz alta, hasta que los números empezaron a mezclarse) y aceptó ir de mala gana al hospital mientras su cara se iba deformando.

Se desmayó en el camino. La operación duró cinco horas, le extrajeron el parietal derecho (le implantaron una prótesis) y dos coágulos, le hicieron una traqueotomía y dieron un pronóstico que abarcaba todas las posibilidades del cuerpo lastimado: podía morir, podía salvarse y, también, podía salvarse al precio de pagar secuelas muy caras, lo que significaba morir un poco.

La noticia me la dio Marcial Capurro en Spiga: «Se cayó con mi moto. Me quiero matar». En el talonario de comandas me dibujó el cráneo (recordaba el dibujo que le habían hecho a él) tal como había quedado tras la operación, un perímetro en forma de huevo que no se cerraba, como si la lapicera se hubiera quedado sin tinta. Me habló de las señales que emitía el cuerpo en coma: descargas eléctricas manifestadas como cortocircuitos que no encontraban un modo saludable de circular o estacionarse, los indicios microscópicos de lo que tanto podía ser una evolución como la promesa de un futuro volcánico que nadie quería ver.

Dos semanas después Lorenzo estaba mirando televisión en su casa (los neurólogos le dijeron que mirar televisión era fundamental para restituir la memoria y las cadenas de asociaciones). Era difícil imaginar todo lo que había en una cabeza, inventariar aunque fuese por aproximación el patrimonio mental de las personas; y más difícil todavía era pensar en lo que, aún almacenado y disponible, aquello garantizado

como memoria, jamás podría salir de su propia oscuridad. Para recordar, igual que para vivir, debían presentarse las oportunidades.

El semblante de Lorenzo era el de un hombre recuperado. Me sonrió desde el fondo del sillón y agitó una mano con la vitalidad de una persona más joven o más liviana que él. Mi imagen le resultaba familiar, como le habrá resultado familiar ver nubes en el cielo al salir del hospital, o ver perros o autos en las calles. Pero me recordaba a medias: me recordaba a mí sin mi vida. Como él, yo tampoco tenía pasado. Éramos imágenes planas, colores sueltos, personas nuevas. Se levantó y me abrazó sin nombrarme. ¿Y el anillo? Su hermano Quique me llevó a la cocina, me hizo un jugo de naranjas en un exprimidor de acero que se había traspapelado en la mudanza del restaurante y me contó la historia en voz baja: «Che, ¿vos todo bien? ¿El cine en Junín bien? No, lo del anillo: te digo. Es así: cuando lo llevaron en la ambulancia, capaz que te contaron, estaba muy hinchado, ¿viste?, muy pero muy hinchado. Así que se lo tuvieron que cortar con una tenaza. Después yo lo guardé porque pensé que si se despertaba y no lo veía, imaginate. ¿Te imaginás, no? Pero cuando vimos que se salvaba y que iba a mejorar, aunque con algunos problemitas de memoria y todo eso, mamá se vino para acá y sacó todo lo que pudiera joderlo. Guardó las fotos, el anillo, todo lo que se te ocurra, y pusimos retratos de los chicos míos. Mamá compró unos floreros, qué sé yo. Fue increíble: él entró y ni miró las repisas, no miró las fotos, no preguntó por nada, por nada de nada. Nosotros temblábamos. Nunca más nombró a Laura, y nadie se la nombra, por las dudas. Y a mí me parece que es mucho mejor así. ¿Vos qué decís?».

1999

Mi padre apareció en casa de sorpresa y me dijo: «¿Qué tal? Dame agua. Me vine caminando». La frase no parecía venir de la realidad. «¿Caminando? ¿Doscientos sesenta kilómetros caminando?». «Doscientos sesenta, no: cien. ¿Qué querés que haga si en este país de mierda no funciona nada? Se rompió el micro en Luján a las cinco de la mañana. Cuando pregunté me dijeron que iban a mandar otro recién a las doce, así que empecé a caminar. Viste que a mí me gusta estar en actividad. Fui hasta la Basílica. Cerrada. El museo también estaba cerrado; igual espíé al Plus Ultra por una ventana. ¡La puta que me parió! ¡Qué belleza! ¡Me cago en dios! Es un Dornier Wal, no un Plus Ultra. Plus Ultra, Plus Ultra: en este país es más fácil decir Plus Ultra porque todo el mundo habla al pedo pero saber, lo que se dice saber, nadie sabe nada. Estuve media hora mirándolo. Pensar que ese bicho cruzó el Océano hace setenta, ochenta años. Una cáscara de nuez en el aire. ¿Escuchaste el tango de Gardel, no?: “Desde Palos el águila vuela/ y a Colón, con sus tres carabelas,/ nos recuerda con gran emoción...”. Y después me vine para acá. Estaba lindo para caminar».

La aventura pedestre se había formalizado en las variedades de la lentitud, la absorción sin pérdida de los detalles del camino, el cansancio alucinógeno que produce el esfuerzo físico apenas compensado por el descanso mental de no pensar en nada, el aburrimiento, la paciencia obligada y las especulaciones un poco en el aire acerca de la velocidad y la distancia, las dos obsesiones de la marcha; y también en los peligros latentes de las banquetas, y en los perros salvajes y hambrientos de la pampa que caminan de perfil como las hienas, y en cuya información genética aparecen el ataque y el repliegue como un solo acto; y en los cables sueltos que todavía colgaban de los postes de alumbrado público después de la tormenta, y en los bocinazos de los vehículos que pasaban gobernados por navegantes semidormidos en la irrealidad de sus cabinas pero que, aun así, se despertaban de golpe para no atropellar a mi padre, al que hubieran debido pagar por bueno.

Por fuera de la aventura más bien abstracta que tanto le gusta condensar a la experiencia (esa jibarización mental que, por comodidad, hace de la experiencia una frase hecha), en la realización concreta del viaje, digamos en su paso a paso, mi padre siguió la línea de la ruta y, con el apoyo cartográfico de la civilización que tanto odiaba porque no dejaba cosa sin indicar, tuvo tiempo para internarse en salidas laterales de doscientos o trescientos metros, a veces de quinientos, pero no más, y descansar a la sombra temblorosa de algún monte, pedir agua a los habitantes de las chacras o leer el diario en las estaciones de servicio. En la plaza de General Rodríguez se echó en un banco a descansar. Pero era viernes y había movimiento en las calles, murmullos juveniles y música cruzando el aire del verano en nubes turbias de sonidos tecnológicos — muy posteriores a la idea de música que él tenía—, y entonces caminó un poco más hacia la estación de trenes, un sitio abandonado donde todo se adecuaba mejor a sus propósitos: el silencio cortado por los ruidos prisioneros de la distancia —lo que quedaba de la música que había escuchado en la plaza y que volvía como fantasma—, voces de animales gritando en una inmediatez que al no verse los animales no era cierta, y una soledad densa, de años, en la que confió de inmediato como si fuese el rincón más íntimo de su casa.

En síntesis, mi padre imaginó, diseñó, construyó y habita un mundo refractario a cualquier interferencia: puro, soberano e indestructible. Es un fracasado sin fracaso (no hay fracaso del no hacer) y, por lo tanto, un hombre de éxitos múltiples que predica de manera indirecta los beneficios de su modelo vital.

Cometimos el error de querer hacerlo nuevo para introducirlo contra su voluntad en la serie de los hombres sociables, parecidos entre sí, grises aun sumergidos en la fuente dorada de la prosperidad y el reconocimiento de un mundo hecho de modelos idiotas y copias *snoobs*. Sin los dramas del amor (con sus enredos, sus vicisitudes escarpadas: su negatividad), sin las horas anodinas del trabajo y sin las sangrías de tiempo propio perdiéndose en los encuentros sociales, mi padre siempre dispuso del tesoro y el abismo del Tiempo Total. Deseaba sentir el tiempo personal que fuera a tocarle en toda su extensión, como el ojo de una aguja que siente en su interior el roce de un hilo larguísimo y transparente, ya medido y cortado.

2005

Llamé al doctor Carrizo para que observara disimuladamente la conducta de reclusión de mi padre en un dormitorio oscuro de mi casa, donde veía televisión durante todo el día situando su ojo sano a una distancia de menos de medio metro de la pantalla, a la que cada tanto tocaba con la palma de la mano del modo en que un dios puede hacerlo con el mundo que ha creado.

Carrizo indicó antidepresivos y me dio la receta con un comentario de curandero: «Esto le levanta el ánimo a un caballo»; y me recomendó que, frente al cuadro que veía, deslizáramos la medicación de modo clandestino. Teníamos un asidero biográfico en favor del engaño: mi padre se negaba siempre a todo lo que se le propusiera. Por lo que aproveché su temporada de obsesión por el zapallo de calabaza y le fumigué con polvo de alprazolam esas cordilleras de puré anaranjado que comía dos o tres veces por día. La reacción fue fulminante. A los dos días pidió cambiar el menú, algo tan inusual que por un momento pensé que era una de sus bromas sádicas; y poco a poco comenzó a salir de la habitación y a sentarse frente al televisor del *living*, el espacio público de la casa donde no solo mantenía conversaciones cada vez más prolongadas con nosotros sino que, además, las iniciaba.

Cuando se volvió indiferente al televisor y al encierro, y se dedicó a caminar por el barrio y a leer el diario en las plazas, lo llamé a Carrizo. Me contestó con amargura: «A ver, Juan, si nos ponemos de acuerdo, ¿sí? ¿Vos no querías que cambiara? ¿Ahora no es una persona tratable como vos querías que fuera? Perfecto. Ahí tenés a la persona que querías tener. Entiendo que extrañes su enfermedad, ¿sí?, pero creo que, por lo que me contás, las cosas están mejor. Ahora, si vos querés dejar de medicarlo para, digamos, que se “recupere” y vuelva al zapallo, lo hacemos, ¿sí?».

Mi padre se convirtió en una persona dispuesta y comprensiva. Se ablandó la piedra. Comenzó a tratarme como un padre trata a su hijo, mediante los créditos de la condescendencia y la beatitud. Le pregunté si

hacía mucho que no estaba con una mujer y, sin decirlo claramente, me insinuó que sí, que hacía mucho (lo hizo diciéndome que no, que hacía poco). Muy bien. Momento propicio para agregarle a la dieta de Carrizo una dosis de Viagra, que comencé a rallarle en la sopa de la noche.

Empezó a sintonizar los canales de motivos porno soft, unos bodrios en los que mujeres y hombres desnudos, y siempre tomados de espaldas simulaban el acto sexual como si el contacto íntimo se diese por la conexión de artefactos genitales que no estaban en su lugar, y sí más abajo o más arriba de donde se los encuentra siempre. ¿Calculaban mal el encastre o estaban surtidos de pijas y conchas contra natura? Porque no se entendía bien qué sentido podían tener esos roces salvo el de evitar la cópula, queriendo compensar ese desprecio con una sobreactuación payasesca del placer carnal, contorsiones de epilepsia y zamarreos de catch que le daban al acto una imagen de lucha a muerte en la que, encima, no moría nadie. Lo único verdadero de ese teatro eran unas bestias rubias con tetas gordas, relamiéndose a las órdenes de un guión inclasificable que, aunque fracasara ruidosamente en el campo de la representación, triunfaba como propaganda de una actividad por la que mi padre comenzaba a interesarse de nuevo.

En pocos días desapareció hasta el último rastro del padre malhumorado, cruel y misógino que tuve durante tantos años y aún tengo como un monumento en mi memoria (borrar la primera imagen que se tiene de alguien: lo más difícil del mundo). Se interesaba por las actividades a la intemperie, la vida social, las mediaciones diplomáticas —era él quien solucionaba los conflictos que aparecían en la familia— y el espectáculo del sexo, sobre el que durante toda su vida había tenido sus dudas acerca de la necesidad de su existencia.

La transformación se solidificó cuando me dijo que pensaba regresar a su casa, inhabitable y a punto de derrumbarse, y comenzar los arreglos que había postergado durante casi treinta años. No le creí. Todos los intentos que había hecho por detener el deterioro del aguantadero donde vivía habían sido verbales, formulados en la letanía del mañana empiezo, una máxima que resumía el acto de diferir pero que fue pensada para ocultar algo más grave: el acto de engañar. Para mi padre mañana era siempre mañana, o sea nunca, un después que no llegaba por ninguna vía porque él mismo se encargaba de mantenerlo a distancia.

El plan salió a la superficie como un pensamiento en voz alta: «Che, estaba pensando, me vuelvo a casa, voy a hablar con el plomero para que

me vuelva a conectar el agua y me saque las manchas de humedad; y si hay que tirar abajo una pared y levantar una nueva no tengo problemas; después limpio la planta baja, tapo las grietas, tiro lo que no sirva, conecto el gas y me compro un teléfono y un televisor, y también hago podar las plantas del frente y del pasillo, pinto las paredes, a las ventanas las cambio, me compro una cama y vivo como un duque. Y punto. Qué tanto joder. ¿Ya es hora, no? Viste cómo es esto. La vida te va cambiando».

2005

En dos meses hizo todo lo que dijo. ¿De dónde sacó la plata? «Mirá. A mí el Pata Ziegler me debía una guita desde hacía años. Por hache o por be no se la cobraba, hasta que con esto de la casa arreglamos que me la devolvía en cuotas y me solucionaba algunos problemas de mano de obra con la agencia de reparaciones del cuñado. El tipo es un desastre. Te arregla una cosa y te rompe otra, pero bueh, ¿qué querés que te diga?, en la Argentina siempre faltó mano de obra calificada. Eso sí: abogados y médicos tenés a rolete. Yo creo que hay que invertir en educación técnica. Si no lo entendemos, no vamos a progresar nunca como país. Pero hablemos de cosas positivas. Empecé a tramitar la jubilación porque el gobierno se volvió comunista, no sé qué le pasó, pero te jubilan de un día para el otro y te descuentan los aportes que no hiciste. Son las ideas de Perón que están volviendo».

La palabra tramitar en boca de mi padre, y además ligada a la conquista de un porvenir de tranquilidad y protección, sonó como un implante verbal que enterraba viva la persona que había sido mientras un idioma diferente, tantas veces desdeñado por él, hablaba desde su interior como un conquistador que está dando la noticia de su conquista.

Las horas que pasaba frente al televisor en su casa restaurada de Junín no eran tantas, porque con el optimismo de los antidepresivos —que ya tomaba solo— había ingresado a una carrera inédita de sociabilidad, a cuyo paso inauguraba relaciones con personas que conocía en la farmacia o en el supermercado —cada conversación accidental se convertía en un vínculo espontáneo de amistad—, o retomaba el trato con personas de las que se había distanciado, sin excluir a las que les había demostrado indiferencia o desprecio a lo largo de toda una vida. ¿Era eso la cura de la depresión o una enfermedad nueva?

También se volvió fanático de *Puntos cardinales*, el programa de televisión de mamá que, para amortizar los gastos de producción, el canal del pueblo reiteraba cinco veces por semana. Mi padre se sentaba a la hora

que fuese en el sillón que, como parte del mismo milagro que encabezaba, había mandado a tapizar y veía la figura fantasmal de mamá salir del fondo oscuro de la pantalla. Dialogaba con el televisor en un tono conciliatorio, susurraba panegíricos, escuchaba a mamá y le respondía con sonrisas, acotaciones constructivas —como si la asesorara a la distancia— y manifestaciones íntimas que se derramaban sobre una relación que ya no existía pero que los años habían renovado haciéndola mejor.

Se dejaba llevar sin condiciones (todo lo que veía le gustaba de verdad), y se entregaba a la banalidad de la televisión como si al hacerlo se embarcara en una causa personal que, debido a la generosidad de su nuevo carácter, ya no le pertenecía. Solo deseaba apoyar a otras individualidades, plegarse al deseo de los demás y alejarse de su pasado de resentimiento, del que no era seguro que tuviera una memoria (para nacer de nuevo había matado su primera vida olvidándola de inmediato); y no le importaba que así como él había cambiado, mi madre también fuera otra. Si habían cambiado los dos, eso no significaba un cambio al cuadrado que los separaba un poco más sino una coincidencia. Estaba en la era de la aceptación y comprendía de una manera boba todo lo que hacían y decían los demás; se rendía ante cualquier diferencia, y la adoptaba como cosa propia en el mismo instante en que la descubría. Blindado durante años a cualquier influencia, incluso a cualquier concesión o simpatía, se había vuelto transparente y permeable, un monstruo permisivo tanto con los actos como con las ideas de aquellos que había enfrentado a muerte.

En esos días fui con mamá al bar de moda de Junín (los bares de moda de Junín eran, como siempre, los tradicionales). Todos los que estaban sentados, solos o en grupo, se dieron vuelta para mirarla; algunos la saludaron con entusiasmo, otros con timidez, y quienes no la saludaron lo hicieron de una manera tan afectada que en ellos podían verse los saludos más intensos, conectándose de un modo negativo con la presencia de mamá, por la que se sentían tan atraídos que preferían rechazarla por precaución. Era una estrella de la televisión local, y el halo de fama que la acompañaba le agregaba un misterioso efecto de autoridad, invisible pero denso.

Lo que a mamá le sobraba (le sobra todavía hoy, 4 de diciembre de 2014, cuando leo esto creyendo que siempre es por última vez), a diferencia de esos estúpidos fosilizados por su propia vergüenza, reprimidos y cobardes, que tomaban el cafecito y regresaban a la tristeza de sus hogares huecos, era personalidad, un carácter de guerrera capaz de

ganar tanto una batalla de nervios basada en el silencio como un campeonato mundial de insultos. Los nombró uno por uno: «El que está contra el vidrio es Perico Soldati. Capaz que lo conocés. Se casó con Carolina Zeta, la hermana del periodista. Tiene un campo que le alquila a un italiano. Un cornudo consciente. El que está con él es el contador Lavié. ¿Ves que no habla? Está totalmente borracho y son, ya te digo, a ver, las once de la mañana, las once y diez. El de la barra es el Tetera Caviglione, el primo de tu compañera de primaria que murió en el accidente de Brasil. Cree que es el único abogado que hay en el mundo. Se la pasa gritando, como si hablara con mayúsculas. Es insoportable, pobre. Me dijo Pichico Petraglia que lo fue a ver al consultorio y le preguntó si hablar a los gritos era una enfermedad hereditaria. Vos fijate qué pregunta. Acá atrás, te lo digo despacito porque estas arpías tienen oído de ballena, están la Lechuza Agüero y Patricia Castro, la de los Castro del supermercado Fortín. La Lechuza vive chupándole las medias porque se cree que es de la aristocracia. ¡Dueña de un supermercado! ¿De qué aristocracia me hablan? Bueno, amorcito de mamá. Te lo digo sin vueltas, así como soy yo: tu padre me llama. Llama a la producción del programa y deja mensajes. Los chicos que toman los mensajes no tienen idea de quién es, así que me los pasan tal cual los escuchan; pero hace unos días comencé a ver que decía cosas que me sonaban conocidas, no sé, nombres, fechas; ya no eran mensajes sobre el programa sino sobre mí. A Luis todavía no le dije nada para no preocuparlo. No es que me dé miedo tu padre, imaginate, con todos los años que viví con él, pero no sé. ¿Le pasa algo? Tomá, te los grabé. Escuchalos y decime qué pensás».

El contenido de los mensajes era inaccesible para los productores de *Puntos cardinales* pero muy claro para mamá. Eran detalles marginales, datos inútiles, información perdida en el tiempo desembocando en una especie de erudición amorosa. En uno de los mensajes mi padre se hacía pasar por Carlos Sagastume, «nacido en febrero de 1963 en Los Cocos, provincia de Córdoba» —fecha y lugar de su luna de miel con mamá—, y decía que llamaba para felicitar por el programa en su nombre y en el de los hijos que tuvo con la única mujer que amó en la vida: «Juan y Claudia». O sea: nosotros. En otra llamada pedía que le mandaran a Lavalle 321 —la casa donde vivimos entre 1967 y 1971— una copia del programa en el que mamá entrevistó al Intendente. Las criptofonías del merodeo telefónico eran formuladas en un mismo idioma, excepto una que avanzó sobre el resto. Mi padre invitaba a mamá a almorzar en Ver Nápoles, el restaurante

de mi amigo Tito Rivero: «La espero, señora, el martes 14 a las 13 en punto». La voz de mi padre, ocultándose esta vez detrás del nombre de su padre y el apellido de su madre —José Juliano—, decía que era el gerente del lugar y que le cursaba «una sola invitación, una sola», para probar la nueva carta de pastas y vinos.

La llame a mamá y le dije que tenía que ir. Llamé a Ver Nápoles. Quedamos con Tito en que les diera una mesa (mi padre ya la había reservado la semana anterior) cerca del horno eléctrico dónde hacían el pan a la vista de los clientes, e instalara una webcam en el techo para que yo pudiera seguir los acontecimientos del almuerzo desde Buenos Aires. El día señalado me encerré en mi cuarto, abrí la computadora sobre la cama y no dejé entrar a nadie. La cámara de Tito tomaba desde lo alto la mesa vacía de Ver Nápoles. Vi pasar la sombra de los empleados y luego a dos mozas que preparaban las mesas mientras conversaban. Una desplegó el mantel blanco y apoyó los platos, los cubiertos, una panera de mimbre, un cartel con la palabra «Reservado», un cenicero y, después de sacarles brillo con un trapo —y mirarlas a trasluz para detectar las manchas del lavado y borrarlas—, dos copas de vino. A las doce y media dos hombres de traje se sentaron en la mesa marcada, uno se acomodó la servilleta en la falda y encendió un cigarrillo, mientras el otro se aflojaba la corbata. Lo llamé a Tito y le dije que estaba siguiendo los movimientos desde casa y que me había preocupado porque en la mesa reservada estaba viendo a un par de pajeros sentados como reyes.

Antes de cortar vi a una de las mozas acercarse a ellos y pasarlos a otra mesa. Mi padre llegó, se sentó, se levantó y lo perdí de vista —tal vez fue al baño o a saludar a Tito a la barra— pero vi que en la mesa había dejado un paquete envuelto en papel de regalo. Regresó y pidió agua. Habían pasado veinte minutos de la una de la tarde pero mamá no llegaba. La llamé a su casa. Me atendió Luis: corté sin hablar. Entró cinco minutos más tarde, saludó a mi padre y se sentó a la mesa. Allí los tenía, juntos, después de veinticinco años, para mí solo, su único espectador, su espectador amante. Mi padre le acercó el paquete. Hablaban pero yo no podía escuchar lo que decían. Levanté el volumen de la computadora. Nada. Lo llamé otra vez a Tito Rivero, pero era la hora pico del delivery y el teléfono me daba ocupado o se desviaba hacia melodías de espera y voces grabadas pidiendo paciencia. Apliqué el *zoom* para verles las caras de cerca. ¿No era que los rostros hablaban? En este caso lo hacían en un idioma que yo no conocía.

Lloré frente a la pantalla como un niño. Me parecía lógico: siempre que alguien llora lo hace como un niño frente a sus padres.

2002

El archivo televisivo de mamá tenía copias (la copia y la copia de seguridad) de sus quinientos programas emitidos por el canal regional, más el material en crudo, tomas malogradas o insatisfactorias acopiadas como tesoros de imperfección. Esos materiales discontinuos del *making off* o el *backstage*, documentos residuales que la industria del entretenimiento nunca desaprovechaba a tal punto que los había convertido en un género nuevo, eran la demostración patente de que detrás de cada ilusión de mamá había una realidad que la controlaba.

La idea de que yo no iba a soportar ver esas imágenes una vez que mamá muriera me lanzó de cabeza a anticiparme a los hechos en su aterrador museo de movimientos. Tomé al azar un programa en el que después de veinte años regresaba a Morse, el pueblo donde nació. Se veían las calles de tierra y las viejas acequias artesanales junto a las que convivían de un modo dramático dos eras tecnológicas: la de las cosechadoras de última generación, y la de los carros de tracción a sangre pudriéndose al sol.

Una música de guitarras criollas (folcloristas interpretando hasta donde podían pasajes del *Concierto de Aranjuez*, como si lo hicieran con manos de dos dedos) le daba un marco sentimental a la escena vacía en la que irrumpía mamá cruzando en diagonal la única plaza del pueblo, también llamada Morse. Avanzaba con un paso lento, televisivo, deteniéndose aquí y allá frente a detalles insignificantes para cumplir con el estándar cronológico que la producción le había asignado a la toma. El plano tomó a mamá avanzando hasta las puertas de madera de una capilla de la que justo en ese momento, como si fuese el momento clave de un documental sobre la puerta, se desprendía el barniz en escamas voladoras al modo del reptil que cambia de piel.

Mamá dobló en una esquina y reapareció de frente después de un corte. Advertí el error de continuidad: llevaba la campera abierta (antes del corte la tenía cerrada), y el cielo estaba ahora un poco más oscuro, aplastando la

superficie del pueblo con unas sombras tal vez pasajeras pero de aspecto fatalista. Se detuvo frente a una casa con una línea de espuma en los zócalos. El crawl de la base se activó con una tipografía de varios colores: «Alicia regresa a su casa». Llamó a la puerta con un aplauso que cada tanto suspendía para que, una vez retomado, el sonido se hiciera presente en el silencio al que, sin alternativas, le había dado paso la música de guitarras.

De la oscuridad del zaguán salió un anciano con manchas juveniles en el rostro, como si no hubiera podido eliminar del todo los vestigios biológicos de la infancia y esas manchas fuesen las marcas de una enfermedad: la enfermedad ya no del que no quiere sino del que no puede envejecer. Pero la naturalidad del hombre era fingida. Se veía en el modo en que su cuerpo se acomodaba al cuadro, un modo disciplinado de estar presente en la imagen, participando de ella en base a una economía de movimientos que no eran los de un hombre de campo, mucho menos los de un anciano, sino los de un extra esforzado en adaptarse a un mundo nuevo que le borraba de golpe las costumbres corporales de toda la vida.

La ilusión de remontar el tiempo solo podía cumplirse, en la apariencia de los hechos —en los hechos, nunca—, con un regreso al espacio donde el pasado se conservaba muerto aunque pareciera vivo. Ese era el engaño más triste del regreso, y la causa por la que se hacían y se nombraban los espacios, los pueblos, las ciudades, los monumentos y las iglesias: para crear y mantener la ilusión de que en ellos el tiempo, si no se detenía, al menos podía bajar un poco su velocidad infernal.

Sin poder extraer del anciano más que su dudosa presencia (su fantasma estaba ahí pero su verdadero yo estaba escondido debajo de la cama), mamá habló unos minutos de sí misma utilizándolo de decorado, miró a la cámara y se despidió con su frase habitual: «Y recuerden, amigas, amigos, que la vida buena comienza cuando uno lo decide. Hasta la semana que viene».

Puse otro programa. Ahora mamá aparecía actuando en un teatro, en secuencias de dos o tres minutos cada una, acompañadas de títulos situados al pie de la pantalla: «Niña», «Estudiante», «Maestra», «Madre», «Abuela». En el fondo del escenario colgaba un cartel enorme con las publicidades de un supermercado mayorista, una cadena de farmacias, el sello del gobierno municipal y un arco de letras doradas: «A beneficio del Hogar de Ancianos». Era una obra que mi madre había preparado como una nueva etapa del culto a su personalidad, utilizando el pretexto irresistible de la filantropía cuyo contrato moral con los asistentes no

estaba basado tanto en la beneficencia como en el remordimiento (por eso el teatro estaba lleno).

Nadie se movía de sus asientos, y ante cada ocurrencia aplaudían con resabios de disciplina escolar o militar; eran aplausos cívicos, sociables; aplaudían, posiblemente, en señal de aprobación del espectáculo, pero también estaban dedicados en parte a aplaudirse ellos mismos y a ratificar la comunión acerca de una idea que al menos allí estaba a la vista: demostrar que los ancianos moribundos y desquiciados del hogar, y sus plagas de osteoporosis y escoriaciones, y las oleadas de Alzheimer y el descontrol de esfínteres sobre los que flotaban como botes en un maremoto, tenían en ellos, sus benefactores, una fuente de donación y un paliativo.

El asunto oculto de la obra de mamá, lo que los espectadores no veían, consistía en reunir en un único instante —que pese a ser efímero regó el teatro con un concepto muy firme de evolución— a todas las mujeres que había sido. La causa profunda de semejante conducta pública seguía siendo la misma de su regreso a Morse y, tal vez, la de todos sus programas de televisión: volver al pasado de manera indirecta, hacer como que regresaba, e incluso pensar que lo hacía pero evitando siempre un regreso pleno, aquel que solo hubiera sido posible mediante la locura de vivir en el recuerdo.

1844

Al joven Alfred Veil, estudiante de la Universidad de Nueva York, se le ocurrió construir un sistema de comunicación por medio de un lenguaje gráfico transmitido en base a golpes eléctricos. Cada letra y cada número debían representarse por la duración de un impulso para que, transformados luego en emisiones de rayas y puntos, pudieran descifrarse en el acto. Pero Veil se sentía parado sobre la superficie inestable de un dilema. Tenía que elegir entre la gloria del ingenio personal llevado a un invento de uso masivo —el arte como servicio público—, o el regreso a la cultura presbiteriana de su familia, de la que solo había obtenido rencor y disciplina y una cierta tendencia, cada vez más apagada, a continuarla.

Eligió distanciarse de la voz apremiante de su padre, que recordaba como un eco de capilla, y se entregó a su plan. Durante años vivió sin dinero, habitando hogares sin calor, durmiendo a veces en las calles y soñando con la forma final del gran invento. Vivía del aire pero se sentía un genio. Un genio esforzado que golpeaba las puertas —cerradas— de mecenas y padrinos que despreciaban su idea sin disimularlo. Su aspecto físico, organizado con los elementos de un demente —despeinado, sucio, chicato y un poco encorvado—, no lo ayudaba a captar patrocinios ni simpatías, y se sintió acabado en el auge de su inteligencia.

Un día conoció a Samuel Finley Breese Morse, un paisajista famoso que se había formado en Londres pero que a su regreso no había podido adaptar su obra de colinas y batallas panorámicas al gusto americano. Hasta que detectó el interés de su país por la megalomanía, que por otra parte no dejaba de ser una costumbre europea, y se convirtió en retratista de sujetos en la cumbre y, por extensión de su influencia, en Presidente de la Academia Nacional de Dibujo, sin ocultar la inquietudes de obtener él mismo su propio retrato, aunque no el que podría haber hecho la mano de un pintor (para eso estaba él) sino aquel otro que podía lograrse mediante el prestigio de la posteridad.

La conversación de Morse con Veil en los salones del palacio de Manhattan donde exponía sus cuadros ingleses lo convencieron de que la pintura —su pintura— moriría con él, y decidió asociarse a ese desconocido que parecía tener instinto y una debilidad de carácter que se traslucía en su voz apagada y en la vergüenza que lo envolvía cuando miraba a los ojos. El segundo encuentro fue pactado para cerrar un acuerdo que, en los hechos, consistía en que Veil siguiera los desarrollos del invento mientras Morse procuraba ayuda financiera. Pero Morse quería todo, y ese mismo día comenzó a situarse por encima de Veil; a sugerirle detalles primero, y a mandarlo después, como si fuese su valet o su aprendiz.

Lo convenció de su superioridad contándole unas experiencias, que nunca habían tenido lugar, con prototipos del artefacto que «estaban» inventando, y se colocó en el lugar del precursor, lo que automáticamente relegaba a Veil al segundo plano asignado a los sucesores o a los discípulos mientras, por otro lado, lo empujaba al primer plano del trabajo. El incentivo que movía a Veil era el de aquel que debía darlo todo para no perderlo todo. Competía intelectualmente con Morse, hecho que sobraba porque Morse no aportaba nada, salvo el manido fantasma del prototipo a cuyos detalles Veil, deprimido, no les prestaba atención (de lo contrario hubiera descubierto el fraude).

Una tarde, en el laboratorio de Morse, Veil dio en la tecla. Formó las primera palabras con el código de su invención y vio cómo se imprimían los puntos y las rayas sobre un papel blanco. La primera frase que escribió fue: «The first communication». Un mensaje de doble sentido pensado para incomodar a Morse y ponerlo en su lugar de espectador. La impresión no fue buena, pero Veil la perfeccionó en pocos días y el artefacto funcionó sin errores. Entonces, Morse detuvo el proyecto hasta que pudiera administrarlo sin obstáculos, es decir sin Veil.

Durante dos años se ocupó de tenerlo fuera del taller la mayor parte del tiempo, un tiempo que a su vez Morse empleaba para registrar una memoria de las piezas y los movimientos del artefacto (una actividad que luego se conocería como espionaje industrial) y, además, para invitar a sus espaldas a personalidades de poder frente a las cuales realizaba demostraciones que llamaba «pruebas del código Morse».

Pasaron los meses. Morse llamó a Veil y le anunció que iba a realizar una prueba fuera del laboratorio. Él mismo se había encargado de hablar en Washington con un grupo de legisladores dueños de un sentido muy

agudo del patriotismo y el progreso y había conseguido treinta mil dólares para extender una línea de cables entre Washington (idea del senador Stucker que deseaba fotografiarse junto al invento) y Baltimore, donde Veil debería recibir el mensaje. ¿Por qué tenía que recibirlo él? ¿No había sido, acaso, el primer emisor? Tenía derecho a estar en Washington, pero su apego a las derrotas personales lo hicieron retroceder. El primer mensaje de Morse fue extraído de la Biblia por sugerencia de la mujer de Stucker: «What Hath God Wrought». Veil fue el receptor.

2000

Timbre. Cartero. Bárbara Rodríguez me mandó una caja con copias de todas las fotos donde estábamos juntos. Se había tomado el trabajo de clasificarlas: viajes, fiestas, vida cotidiana, intimidad. Esas eran las categorías que se apilaban en sobres cerrados aunque no fuesen nombradas. Por la influencia de los principios en los que se basan los recuerdos del amor, no había imágenes de dolor ni desacuerdo; solo se conservaban las de felicidad, muchas veces construidas para la foto. Las conté: eran dos mil ciento doce, todas en copias de diez por quince reveladas en papel mate. Entre ellas se había traspapelado, como una bomba de agresión visual teledirigida, una foto de Bárbara abrazada a un hombre que yo nunca había visto. La fecha del revelado caía dentro de nuestros años de amor para ensuciarlos. ¡Qué conchuda! En fin. Era un modo de recordarme su tendencia a la mezcla. Por vicio o por cálculo, Bárbara ponía a los hombres —conmigo lo hizo al principio— en situación de competencia, tras la cual el triunfador nunca sentía que su triunfo estuviese asegurado, porque era un triunfo que se daba bajo la amenaza de un fantasma que acechaba ya no desde el pasado sino desde la actualidad (siempre se hacía desear al menos por dos hombres de manera simultánea).

Las vi pasar rápidamente, una por una. Fueron parpadeos de tiempo bajo los que reaparecimos Bárbara y yo, jóvenes y felices e indestructibles al menos en el interior de las fotos en las que sobrevivíamos como momias del amor. Pero ¿dónde estaba el buzo de hilo que tengo en las fotos de Santiago de Chile? Del modo en que un tren bala activa los frenos de emergencia para evitar un accidente, sin advertir que evitar ese accidente es el accidente en sí mismo, me detuve varios segundos en la imagen de Bárbara sobre la cama de un hotel de Montevideo (¿en qué mundo está ese hotel hoy, 7 de abril de 2009?), y de pronto se abrió un desierto que se fue poblando con detalles: la tela del *body* que seguía impresa en las puntas de mis dedos, los broches metálicos de la entrepierna que le pellizcaron los bordes de la concha (que chupé hasta sanarla; en todo caso con la fe del

sanador), el olor de Bárbara y el del hotel y los silencios interminables después de coger, acordados para evaluar sin palabras el milagro del que regresábamos.

Su cumpleaños número veintisiete y mi cumpleaños número treinta y dos, un abrazo en el faro de José Ignacio y el beso actuado como beso verdadero en un Jumbo de Air France, y la mesa a la que estamos sentados en el casamiento de Silvina Pinelli y Marcelo Nieto, ¿dónde están? ¿Dónde está Bárbara? Bárbara, ¿dónde estás? ¿Con quién? ¿Dónde está el avión de Air France? ¿Estacionado bajo la lluvia del Charles De Gaulle o en Miami? ¿En Lima o en Barcelona? ¿En un hangar o en el aire?

Compré una máquina pulverizadora de papeles Hewlett Packard. Sus cuchillas de acero podían cortar cintas de entre cinco y doscientos milímetros. Las probé con unos diarios viejos que encontré en casa; y luego dejé que las fotos entraran en la ranura y salieran en jirones delgadísimos y arqueados. ¿Cuánto tiempo había en esas fotos? Multipliqué la cantidad de copias por la velocidad promedio que usábamos para disparar la cámara, y no eran más de veinte segundos en total que también se escurrían hacia el fondo del cesto.

La destrucción no era un gesto de censura contra el recuerdo (si hubiera sido así, la solución estaba en negarse a ver las fotos) sino el modo natural de regresar partículas de tiempo al torrente del que se habían desprendido. ¿O tenía sentido conservar las fotos para que un día alguien las mirara sin saber quiénes éramos los fotografiados, ni qué hacíamos allí, e ironizara de la manera idiota en que siempre se acostumbra a ironizar sobre el pasado que no se vive?

1999

Sandro Alonso viajó de Buzios a Río de Janeiro y de Río de Janeiro a Buenos Aires y de Buenos Aires a Neuquén y de Neuquén a Chos Malal, donde enterró a su padre y me escribió:

«El animal se cocinó unos bifés a la criolla asesinos, como para un batallón, con kilos de sal, pimienta negra, vino, y se comió todo lo que había en la olla; y después se tomó esas tazas enormes de café que tomaba para no dormirse, y fumó, y al final se sirvió un flan con dulce de leche y crema. Y después le dijo a Norma que no se sentía bien. Subió a la camioneta y se fue manejando al hospital, se internó y a la hora se murió. Pobre Chafita de mi corazón. Mi hermano me llamó y me dijo: “Murió el Chafa”; así, como te lo digo. “Bueno”, le dije, “apenas pueda, voy”. Colgué y lo empecé a ver. No a imaginarlo, a verlo. Iba al baño, a la habitación, al patio, a la playa, porque de la locura me fui caminando solo hasta Azedinha, y lo sentía atrás, como si me fuera a tocar. Y cuando me daba vuelta, desaparecía. Le dije a Mariana que pensaba que me estaba volviendo loco, y ella me decía que no, que lo que pasaba era que había fumado mucho y nada más. ¡Qué tristeza! Encima el viaje fue tremendo, no terminaba más. Salimos de Río a las doce de la noche y recién pudimos llegar al cementerio a las tres de la tarde. Hace una semana que no paro de llorar, y me desespero porque quiero acordarme de cosas que viví con él y no puedo, no me llegan. Es horrible. Pero hay una cosa que no se me borró. Yo estoy entrando a la escuela de Los Toldos en el primer día de primer grado y me pongo a llorar. No quiero entrar, no hay caso. El Chafa se agacha, me abraza y me dice al oído que entre, que él no se va a ir. Entonces entro secándome las lágrimas, voy al salón y me siento en un banco al lado de la ventana y cuando miro para afuera lo veo fumando y tomando un café en el bar de la esquina. Esto que te digo fue así. Tal cual. Estuvo las cuatro horas ahí, leyendo el diario y mirándome y, cada tanto, me saludaba con la mano en la que tenía el cigarrillo. ¡Qué vida chota! Ya se me va a pasar. Ahora te cuento una. El hijo más chico de Jenny es igual a vos. ¡Hijo de puta! ¡Es igual! ¡Igual! ¡Reconocélo, la concha de tu hermana! Y metete en santadosexo.com.br que ahí la vas a ver. Sigue estando recontrafuerte, pero está medio loca. Llamame. Te quiero. S.».

La página de Jenny tenía una introducción en la que declaraba los principios de sus nuevas actividades pornográficas sin la intervención de hombres, ni de mujeres ni de animales, basada en la idea, hasta cierto punto indiscutible, de que el sexo es una práctica exclusivamente personal, imposible de compartir con alguien. La filosofía de Jenny derivaba de una experiencia de hastío y su posterior desinterés, lo que se deducía del breve ensayo sobre la abstinencia colgado en su página, en el que contaba que hacía cuatro años que no tenía sexo con seres vivos, y que haberlo probado

todo le daba la autoridad biográfica y la disciplina mental para llevar a cabo una conversión sin retorno, que es lo que prometen todos los conversos.

La prospectiva de su santidad, situada debajo de una foto en la que se la veía detrás de un escritorio vestida de un modo en el que no dudaría en hacerlo una CEO de L'Oreal, podía leerse la palabra No seguida de una lista de actividades que Jenny recomendaba abandonar a quienes las frecuentaran: *bondage*, *gang bang*, zoofilia, *ménage à trois*, interracial, lesbianismo, *fist fucking*, *face sitting*, anal, oral, fetichismo, orgías, 69, sadomasoquismo, *cumshot*, *creampie*, *depthroat*, *handjob*, *doggy style* (la serie de proscipciones era interminable y había palabras que no se entendían).

En el pie de la página se detallaban los términos del contrato para poder acceder a las imágenes aranceladas de Jenny, y los mecanismos de pago, lo suficientemente caros y seguros como para advertir que había montado una industria de éxito basada en sus ofertas extrañas pero también en el rigor comercial. El escenario del video era la habitación de un hotel de lujo, a la que Jenny entraba apoyando una llave magnética en la cerradura (se veía su mano en primer plano), dándole a la imagen un clima de exclusividad y asepsia. En el interior las cosas no cambiaban demasiado. Se apreciaba el confort y el control tecnológico de las cortinas, las pantallas chatas colgadas como cuadros en todas las paredes, las luces y la cama — que podía girar en círculos en los dos sentidos o subir y bajar su nivel, y hasta adoptar la posición de un plano inclinado—, que Jenny administraba desde un pequeño aparato que incluía servicio de telefonía, donde marcó un número para pedir algo.

Llegó el pedido, una mesa con ruedas llevando un bulto cubierto por un mantel claro de tela pesada que casi no se movía; los dos hombres vestidos con ropas de valet, que la trajeron y la estacionaron a los pies de la cama, besaron la mano de Jenny enterrando una rodilla en la alfombra y se fueron. Jenny tocó el mantel con un dedo y se desnudó —preciosa, abundante— pero no del todo; quedó en ropa interior y caminó por la habitación, y luego se acostó boca abajo y fingió dormir unos minutos. Esa dosis de tiempo real, colocada en el género de la ansiedad y la impaciencia, introdujo una pausa de perfiles religiosos. Luego se dio vuelta, fue caminando hasta los pies de la cama, tiró de la punta del mantel y descubrió una máquina de la que se veía su estructura de acero niquelado y un eje horizontal con un verga de látex en el extremo.

Jenny desprendió dos o tres seguros de la estructura y la máquina se extendió hacia delante por medio de sus articulaciones metálicas, hasta que la prótesis quedó en el centro de la cama; después ordenó un menú de velocidad y duración y la máquina comenzó a funcionar. El eje era en verdad un pistón que avanzaba y retrocedía por medio de un motor del que se alcanzaba a escuchar un zumbido muy armónico. En cuatro patas, de espaldas a la verga de goma que la abría en una sucesión de punciones, Jenny no se movía un milímetro ni expresaba ninguna sensación mientras ocurría el encuentro entre dos extremos de frialdad e indiferencia.

2005

En el interior de un Volkswagen Gol gris mal estacionado, un cartel de letras negras pegado al parabrisas: «Principiante». Era una advertencia dirigida a quienes manejaban o caminaban por las calles, y la identidad era anónima pero lo suficientemente descriptiva como prestarle atención. En el fondo, un piloto principiante equivalía a todos, presentaba los mismos peligros inesperados y ejercía cierta fascinación en quienes leyeran el cartel: la fascinación de los hechos todavía latentes, como los de un campo minado sobre el que todavía no camina nadie.

Una mano se agitó en la oscuridad del auto: «¡Ey!, ¡Juan!». Se abrió la puerta —una gota gruesa de misterio pendía del momento— y apareció —cayó la gota— la sonrisa sin cuerpo de Rosana Bertoni. Salió del auto, cerró la puerta y se apoyó, esperando a que llegara. Me fui acercando con palabras dichas de lejos: «¡Embarazada! ¡Tanto que querías! Ya te digo. Debés estar de... ¿seis?». Se apartó todo lo que pudo (no mucho, porque medio paso atrás estaba el auto): «De siete. Pero murió Germán». «¿Cómo que murió Germán?». «Hace dos semanas. No sé cómo estoy parada. El lunes feriado: fue al gimnasio a la mañana, al mediodía lo esperé con una *pizza* casera, almorzamos, después nos fuimos a la cama, cogimos y nos quedamos tirados haciendo *zapping*. De golpe tosió con una tos rara, ¿viste?, y no me preguntes por qué pero a los diez segundos llamé a la ambulancia. A los dos o tres minutos volvió a toser y se terminó todo. Cuando vino la ambulancia ya estaba muerto. Se le reventó una arteria. Yo creía que, no sé, que se había desmayado, o que estaba dormido. Pero no. No estaba dormido. Fui hasta la casa de los padres, que viven en la esquina, a avisarles, y acá estoy. Por lo menos tengo el bebé. Es un varón. Se va a llamar Milo. ¿A vos te parece?».

Por varios segundos sostuve un silencio discursivo y sentí, juntas — porque así estaban—, la dicha y la desgracia de Rosana; y también sentí algo más: toda la desgracia y toda la dicha del mundo cayendo sobre ella, inseparables y dañinas, envenenándola, dándole y quitándole todo al

mismo tiempo, sin el alivio de la sucesión. El hecho insólito anulaba la idea de la vida como ciclo y la degradaba (o la elevaba: no estaba claro) hacia una categoría todavía indefinida que incluía el milagro y la catástrofe unidos en simultaneidad. Una moneda de dos caras que podían verse al mismo tiempo. Pero ¿qué tenía de extraordinaria la noticia de que un individuo naciera mientras otro moría? ¿No era esa la misión más admirada pero a la vez más ordinaria de la naturaleza?

«No sé qué decirte con la noticia que me das». Rosana no pudo detener la sonrisa que se abrió en un destello de perversión: «Yo soy así, ¿viste? Ahora estoy aprendiendo a manejar. Tenía el auto en el garaje, ¿qué iba a esperar? Cuando nazca Milo lo voy a necesitar para moverme. Estoy haciendo de todo. Di vuelta los muebles de casa, compré telas para pintar. Menos mal que ya nos habíamos mudado. No lo puedo creer. Te escribo y nos encontramos, ¿dale?».

Caminé unos metros y me di vuelta para verla entrar al auto, y recordé el accidente del perro en la Autopista del Oeste. Fue un primer recuerdo, una experiencia especial por la que el hecho del pasado entró a la memoria atravesando sus fronteras y se desmaterializó para encontrar su forma propia y su verdad (la memoria es un arte biológico). Llegó como chispas que surgieran de varios metales y luego se ordenó y fluyó en un plano secuencia y el pasado perdido volvió a vivir bajo una bruma su presente más pleno: bajo de la autopista, giro a la derecha para tomar una avenida y en el espejo retrovisor veo un perro blanco que cruza la calle sin que sus radares de supervivencia le adviertan que detrás de mí está bajando un camión de cinco ejes. Oigo la bocina del camión, un golpe mecánico de aire sobre una válvula que produce un estruendo, ese tipo de estruendo que a menudo nos despiertan de la vigilia, y por el que advertimos que la vigilia es también un sueño. La proximidad del peligro atonta al perro. Se queda en su lugar y una de las ruedas del acoplado, que se abre más allá de lo que el espejo de mi auto puede reproducir —pero eso que está viendo no puede llamarse simplemente reflejo: es la realidad— le aplasta las patas traseras y las deja hechas unas láminas rojas sobre al asfalto.

El animal no grita, o grita y no lo escucho. Por delante del cuerpo aplastado, el resto vivo del perro lucha por caminar o correr hacia delante, moviendo las patas delanteras como remos de un bote averiado, pero sin poder desplazarse siquiera unos centímetros más allá del sitio en el que está (de lejos parece enterrado en el asfalto); y gira la cabeza hacia uno y

otro lado, abriendo y cerrando la boca por obra del dolor y del terror, pero representados por un ataque de risa.

La autopista no responde a mi deseo de que algún vehículo aplaste el resto vivo del perro y acabe con el sufrimiento. Los automovilistas lo esquivan por falsa piedad (una piedad verdadera consistiría en rematarlo) y se van sumando a la contemplación fascinada de lo vivo y de lo muerto juntos que, al cabo de un minuto, produce embotellamientos y choques en cadena.

2006

Quedamos con mis amigos de Junín en despedir el año en la parrilla El Tata. Pero no pude viajar, lo que no significó que no hubiera estado allí. Después de todo, los sitios no solo se ocupan con presencia. Hablaron una vez más de la muerte de Marcaccio, de la que se cumplían cuatro años. Era un asunto sin fin que tarde o temprano surgía en las reuniones. La familia no tuvo el cuerpo pero sí la copia del noticiero central de Televisa en el que se divulgó la hipótesis del accidente pero también otra, más escabrosa, que relacionaba la desaparición con un cartel de narcos que operaba en los centros turísticos y contrataba nuevas modalidades de postas y correos. La prensa especulaba sobre Marcaccio: ¿había sido un instructor de buceo o un dealer marítimo? ¿A quién había brindado satisfacción?: ¿al ente nacional de turismo de México o a sus verdaderos jefes, los barones invisibles de Sinaloa?

Mientras el presentador pisaba el borde de la denuncia sin dejarse caer en ella —era un profesional del trascendido—, el informe difundía unas imágenes tomadas por un alemán en las que Marcaccio sonreía y hablaba en varios idiomas. La voz del locutor cerró el bloque: «Y no olvidemos, amigos que los nuevos modales de tráfico los necesita políglotas. Ahorita vamos a una pausa. Cuando regresemos, todos los goles de la liga. No se vayan. Ya venimos».

La tira de asado estaba un poco dura, lo que indignó a Felipe Pérez que no se quedó sentado en su lugar, lanzando flechas de sarcasmo desde el rostro de piedra que le había esculpido la cocaína; se levantó a increpar al parrillero, un hombre delgado pero con una panza que le vencía la columna: «Escuchame, hermano, ese cascote que me diste, ¿de dónde lo sacaste?, ¿de una demolición? Me dejaste los dientes torcidos, boludo, dejate de joder. ¿Qué le metiste? ¿Cemento? Hijo de puta, me quieres matar. Del cuero no te digo nada porque se lo saqué para haceme un

chaleco antibalas, viste, por el tema de la inseguridad. Decime la verdad: mataste la vaca lechera. La abuelita de las lecheras, ¿la hiciste mierda, no? Poné un cartel, hermano. Avisá. Se me fue la sangre del cerebro de tanto masticar. Te digo: tengo la mandíbula como si me hubiera chupado cincuenta y cinco pijas. No sé, viste, la próxima haceme una sopa con esa vaca chota».

«Lo va a matar. Vos sabés que el tipo le va a clavar el cuchillo en el ojo». Pujol le hablaba al oído a Jorge Muiño para no darle ideas al parrillero en el caso de que no hubiera pensado por sí mismo en degollar a Felipe. Varias personas se acercaban al fuego con su plato vacío y reclamaban un segundo chorizo, la segunda mitad de una morcilla o un poco más de cocción en el asado, o un poco más de sangre, formando una nube de carnívoros que funcionaba exactamente igual que una nube de moscas. El parrillero, asándose él mismo a un metro de las brasas, concentrado con demencia en su tarea, miraba a Felipe con los ojos tornadizos y reseco del insomne. Velaba la carne cocida sosteniendo en una mano un vaso largo con vino tinto, hielo y soda y, en la otra, un cuchillo de caza, pequeño pero aterrador no tanto por su aspecto antiguo (en ninguna época impresionó lo pequeño) sino por la facilidad con que entraba en la carne, cortaba los hilos de chorizo en el aire o partía los huesos de los pollos de un solo golpe.

La destreza podía estar en el filo del cuchillo o en la fuerza tarada del parrillero. También podía tratarse de una combinación de ambos, una concurrencia de factores complementarios que, separados, no eran nada pero, en contacto, podían tener el poder de un arma atómica. «Lo va a matar. Yo voy», dijo Pujol. Se acercó a la parrilla y vio un *show* inesperado de amistad: Felipe Pérez y el parrillero se reían a las carcajadas. Los clientes, formando ya una hilera que se retorció entre las mesas, trataban de armarse de paciencia; y si no llevaban sus quejas a la administración de El Tata (toda la administración se concentraba en su dueño: un tótem obeso que picaba salame en la caja y engrasaba billetes con sus dedos sin decir una palabra) era porque ellos también habían visto una amenaza latente en ese cuchillo y en la mano que lo sostenía, brillante, bajo una capa de aceites animales.

Felipe tomó un sorbo del vaso del parrillero sin pedirle permiso y le recitó sus versos: «Mi mamá me mima,/ la quiero matar;/ umbilical cordón ató a mi cuello:/ va a estrangular./ Desde que soy pequeño/ me engaña con papá». El parrillero reía y tosía al mismo tiempo —la tos era una evolución

malsana de la risa: la risa llevada al campo de la enfermedad respiratoria— mientras Felipe agregaba detalles que inventaba por el camino: «Es de mi libro inédito *Kamikaze sin avión*, que escribí antes del 2001. Y te digo más: “La hija del dictador/ estuvo entre mis piernas:/ Aleluya, Aleluya, Aleeeeeeluyaaaa;/ le dicté cosas de amor/ con el trazo grueso de mi mema./ Tinta blanca fluyó./ ¡Oh Dios! Perdoná si mi canción/ derrite tus antenas parabólicas”. Son poemas a los que les estoy poniendo música. El disco se va a llamar *Un segundo antes de Pearl Harbor*. Cuando tenga el demo te lo paso».

Felipe lo vio a Pujol y le gritó: «Pedí lo que quieras que con, ¿vos eras Zamba negro, no?, que con Zambita somos como hermanos»; y cuando se esperaba una continuidad de sus parlamentos de anfitrión, se dio vuelta sin saludar al parrillero y regresó a la mesa hablándole a Pujol al oído: «¿Viste lo que es ese tipo, man? Es un asesino. Le eché en cara que la carne era de madera y me miró así, con fuego en los ojos, boludo. Dije: “Chau, este me abre al medio”. Le tuve que recitar. No sabés cómo se calmó. Decime si no soy un artista».

Del primer silencio profundo que se hizo en la sobremesa salieron hablando de mí. Bustelo dijo que me veía demasiado ambicioso. Pujol, que solo concebía hablar de las personas ausentes si se las defendía, le salió al cruce: «Pará, pará. ¿Qué querés decir con ambicioso? Porque parece que hubieras dicho miserable. Te recuerdo que el Gordo Marcaccio se fue a México con plata que le dio Juan, y que nunca le pidió que se la devolviera. Y me lo dijo el Gordo, no Juan. Si eso es ser ambicioso...». Bustelo contraatacó: «Mirá, en eso estoy de acuerdo, pero lo que tiene de generoso también lo tiene de irresponsable. Y le gusta ser estrella, no me digas que no. Te lo digo porque yo lo conozco desde que era el Chino Guerra. Ustedes lo habrán conocido en el centro, pero yo lo conocí en el barrio. Ahora, si le gritás “Chino” por la calle no se da vuelta. No me jodan. Además, ¿vos sabías lo que pasó con el cine? Ah, no sabías. ¿Sabías que lo echó al padre? Yo estoy seguro que vos a tu viejo no lo echás. Por favor, no me digas. ¿Qué me querés decir? Y mejor no hablemos del incendio, ¿no? ¿Estamos de acuerdo? No hablemos mejor. Porque si hablamos del “siniestro”... ¡Por favor! Y ahora resulta que es un héroe porque le prestó plata a Marcaccio. No se la hubiera prestado. Mirá que fácil».

Felipe Pérez, desconcentrado y sonriente —la sonrisa la originaba una causa interna a la que ni siquiera él podía acceder—, sin detectar todavía los términos de la disputa que parecía entablarse acerca de qué clase de

persona era yo, miraba la conversación a la distancia. Fallaban los cálculos de todos porque, contra la tradición que lo habilitaba a intervenir inmediatamente después del primer choque de diferencias para refutar todas las posiciones en juego, algo que entre nosotros comenzó como una incidencia irritable y con el tiempo se convirtió en folclore, esta vez no habló. Dejó pasar su turno y esperó, pero el silencio fue tan insoportable, tan drástico y abismal, dado que Felipe no solo no estaba dispuesto a llenarlo sino que lo abría hacia los costados como si fuera un pozo que había que agrandar, que Jorge Muiño interrumpió el ciclo normal de esa nada y lo terminó antes: «Yo creo que esto es, viste...» —todavía no tenía el tema ordenado en su cabeza— «... es una cosa complicada. Pero no es para tanto. Digamos: si vos tenés un negocio y una familia vas a querer que las dos cosas vayan bien. ¿O no? Y sí, porque vas a querer que las dos cosas anden bien. Pero es difícil, muy difícil».

Muiño era el más sofisticado de la mesa, el más inteligente y el más informado, pero los asuntos que le interesaban —la India, el arte conceptual, el *free jazz*, las comidas étnicas— no podía discutirlos en esas reuniones, por lo que prefería que sus intervenciones fuesen en respuesta de una obligación social más que de un compromiso con el contenido de las charlas. Felipe se despertó de su siesta de estupefacción y atacó con balbuceos: «Yo que vos digo algo, porque eso que decís son boludeces. Es difícil, sí, ¿y? Yo no sé si es buen tipo. Ahora, si porque le prestó plata a un amigo lo vamos a poner en el pedestal... ¿O te pensás que a él nunca le prestaron? Preguntale a Claudio Gómez a ver qué te dice. Le pidió diez mil dólares hace cinco años y nunca más se habló del tema. Está bien que Claudio es rico, pero eso ¿qué tiene que ver? El banco también es rico y la gente igual devuelve la plata que le presta. ¿O no? Preguntale a Nacho Iraola si devuelve lo que pide, que le pidió para el cine y ahora quiere hacerle una cesión de cuotas. ¿Vos sabías que yo tuve una historia con la hermana?». Todo lo que decía Felipe de los demás era una entrada en calor interesada para hablar de sí mismo; era un as en la conexión de temas inconexos, y tenía un arte para las conversaciones colectivas, basado en elegir un solo interlocutor y montar junto a él —un personaje de palo obligado a mirarlo sin hablar— un monólogo manchado de ira y resentimiento. Sus ojos giraron en círculos de destreza centrífuga y se clavaron en Pujol: «Yo lo que te digo es que él se la pasa hablando de que es un buen tipo, pero ¿vos querés que te diga cuántas veces...? A ver: ¿vos sabías que tiene un hijo en Brasil? ¿No lo sabías? Bueno: sabelo. Es igual a

él. Igualito. Preguntale a Sandro Alonso que tuvo a la madre de moza en Guajira. Entonces no nos engañemos. ¿Querés que te diga cómo explotaba a los empleados del cine? No tenía uno en blanco. Uno, ¿eh? Pero si vos lo escuchás hablar parece Fidel Castro. Mirá que lo conozco desde que nació, ¿eh? Yo se lo digo siempre: “Te la pasás inventando, hermano, ¿por qué no escribís una novela?”».

El Club de Planeadores de Junín amaneció en calma bajo los primeros círculos de resplandor que estiraron lentamente por el campo las sombras largas de los hangares, la torre de control —menos el hueco que se correspondía con la transparencia de la cabina—, el cono inestable de la manga inflada por la brisa y el monte de eucaliptos.

No había nubes. Ni siquiera las había del modo en que suelen anunciarse, como una inminencia que invade el cielo en forma de bruma y se va perdiendo, cada vez más débil, en la claridad. El silencio y la quietud penetraban en las formas de todo lo que había; y si algo tenía movimiento era para que la quietud general fuese advertida, así como los ruidos discretos —ramas que caían, aleteos de pájaros que por algo no cantaban— que se oían a lo lejos estaban allí para que se perdieran pronto y dejaran el aire libre de cualquier presencia que no fuese lo absoluto del vacío, no solo del campo sino también de aquello que lo trascendiera.

El Servicio Meteorológico anunció un día antes el aumento de la temperatura en la región y la presencia de vientos moderados del este, que todavía no habían empezado a soplar. Apenas lo hicieran, comenzaría a formarse un buen día de vuelo. Abundaban en verano. El calor favorecía las corrientes de ascenso en cuyo interior se elevaban en círculos los planeadores para luego flotar como barcos en la superficie de un lago sin costa.

Eran las siete de la mañana del domingo. La tradición indicaba que a las diez llegaban los remolcadores, revisaban los aviones y sacaban los planeadores de los hangares hacia la cabecera de la pista; allí los amarraban, luego traían unas mesas y las planillas de vuelo, sobre las que colocaban una piedra (últimamente utilizaban la válvula de un viejo Cessna que habían dado de baja) y, cerca del mediodía, los vasos con aperitivo o gaseosa. A las once llegaban los pilotos con sus familias, descargaban de los autos las heladeras portátiles y las bolsas de leña, encendían el fuego y echaban la carne a la parrilla. Los niños nadaban en la pileta olímpica, o

jugaban vóley en la cancha de arena, o se desafiaban al *ping-pong* bajo la galería de cañas de la cantina, donde la sombra formaba un microclima de frescura y privacidad.

Unos filamentos de nubes comenzaron a colarse en el paisaje, lentamente, y se estacionaron sobre el monte sin afectar la claridad radiante del día; se hacían presente, nada más, y no parecía que fueran importantes en cantidad y en fuerza como para convertirse en una amenaza del clima, aunque tal vez sí para agregar molestias a la perfección del paisaje, al que comenzaba a faltarle o sobrarle algo en relación a lo que había sido hasta ese momento: el ideal de sí mismo. Se veían como islas delgadas de escarcha estacionadas en el cielo, desplazándose de un modo delicado, entre el movimiento y su anulación —como si ellas mismas reaccionaran contra su propio recorrido—, o más bien girando sobre su eje como aspas de vapor.

El aire se cargó de estática y el calor aumentó con el descenso opresivo de la atmósfera; se volvió irrespirable, como en el litoral, y la claridad del día fue surcada por sombras cada vez más gruesas, duraderas y bajas, por lo que nubes y sombras fueron una sola cosa. A lo lejos se veía un hongo de grises recortado sobre una oscuridad más densa todavía. ¿Avanzaba o retrocedía? Las nubes se organizaban en círculos que partían de un núcleo de dureza y llegaban hasta unos flecos de gases casi transparentes que eran despedidos hacia el celeste que sobrevivía a duras penas en el cielo, y que a esa altura solo servía para una comparación innecesaria de fuerzas; era un maremoto colgado de las alturas, con olas pesadas que se retorcían y una profundidad habitada por una plaga de misterios.

Un rayo horizontal cruzó el cielo y clavó sus raíces en la tierra, y su recuerdo se hundió en la espesura luego de clarear la cerrazón del campo. Se vieron las siluetas de algunos animales, como un *flash* de aparecidos sobre el vacío de la pampa: vacas, caballos, chimangos que escapaban detrás de la claridad que se perdía. La figura de las nubes cambiaron otra vez de forma mientras se integraban en organizaciones cada vez más grandes y oscuras, hasta resumirse o ampliarse (proliferación y síntesis eran los términos de la simultaneidad que les daba vida) en una sola placa extensa y espesa de la que colgaban unos pólipos gigantescos a punto de desplomarse.

Cayeron unas gotas gruesas y heladas. Luego todo se detuvo y se oyó un zumbido ordinario, de brisa rozando algo, pero el zumbido creció en ruido y vibraciones y ya no fue lo que era sino un roce de vientos

punzantes disputándose el espacio concentrado de las nubes, de donde bajó en contorsiones un cono negro que arrancó las columnas de luces de la ruta activadas por la oscuridad (estaban programadas para encenderse a las nueve de la noche: eran las siete y media de la mañana).

El vértice del cono tocó la tierra seca, que se abrió hacia los costados en cortinas circulares de polvo. Traslataba un rumor grave de Apocalipsis y una bruma ancha que fue la versión ampliada del daño que producía a su paso. Golpeó los invernaderos del vecindario y arrancó las enormes lonas de plástico que los cubrían, y las agitó en las altura como si fuesen pañuelos de mano; una hilera de eucaliptos desapareció de pronto, mientras crujían como huesos detrás o debajo del zumbido que, si se perdía, era para regresar con una frecuencia altísima, algo que se alejaba cada vez más del hecho que, por lo evasivo, no tenía todavía ningún nombre.

El zigzagueo, visto como dudas elegantes en la destrucción, se enderezó hacia los fondos del club abriéndose paso, pero esta vez bajo el rugido que salía de todo aquello con lo que hacía contacto. Se oyó una explosión. Las chapas del hangar mayor saltaron como naipes y los hierros a las que estaban amuradas se retorcieron, chocaron entre sí y se clavaron en la tierra. Los cuatro planeadores que estaban en el interior se elevaron, uno giró como una rueda, apoyando la punta de las alas sobre el piso y luego se quebró en astillas que se dispersaron hacia arriba.

Dos cabinas se desprendieron intactas bajo los golpes, pero sorpresivamente no se abrieron. Los ataques respondían a un mismo proceso, que comenzaba con un primer impacto destructivo, en el que las máquinas se desgarraban en piezas que no hubieran servido para su reconstrucción —ni siquiera para su memoria—, para luego desaparecer en el hueco de esa rotación infernal de vientos en el que quedaban atrapadas bajo la paz inexplicable de su interior.

Al segundo hangar lo arrancó de cuajo. Las chapas estaban aseguradas a la estructura con un sistema invulnerable de grampas, por lo que el sistema completo voló entero durante varios segundos y, se estrelló contra el piso con un ruido de goznes oxidados. El tercero, el de los aviones, pareció resistir un poco más: era el canto de cisne del zócalo de ladrillos que, cuando fue vencido por la fuerza que se arrastraba dejando surcos en la tierra, cedió como si lo hubiesen dinamitado y despedazó las máquinas en un amasijo de alas, hélices, cables e instrumentales que marcaban cero.

Por primera vez los grises que gobernaban la mañana se empañaron de un rojo apagado —un destello de filtración solar— que se disolvió en el conjunto, pero que mientras duró evocó la presencia un poco vaga de la sangre. La torre de control perdió la cabina en un instante, como la pierde la víctima de una decapitación (una nube de papeles blancos acompañó la caída), y las aberturas se desprendieron y viajaron hacia un lugar donde las cosas no podían verse, un espacio escondido de las miradas y de cualquier intento de rescate que, poco a poco, se iba convirtiendo en un depósito de ruinas irreconocibles.

Como suele decirse para resumir una catástrofe: no quedó nada. Nada que pudiese considerarse entero, que conservara una forma o, al menos, la idea de una forma. Todo fue cubierto de pasado y sobre el campo quedó, como única presencia, la belleza de la destrucción total. Era un mundo nuevo de cosas sueltas que no tenían nombre. A las ocho y diez regresó la claridad, y con ella la calma.



JUAN JOSÉ BECERRA nació en Junín, Argentina en 1965, es autor de los ensayos *Grasa* (2007), *La vaca. Viaje a la pampa carnívora* (2007) y *Patriotas* (2009); de los relatos de *Dos cuentos vulgares* (2012); y las novelas *Santo* (1994), *Atlántida* (2001), *Miles de años* (2004), *Toda la verdad* (2010), *La interpretación de un libro* (2012), *El espectáculo del tiempo* (2015), *El artista más grande del mundo* (2017) y *Fenómenos argentinos* (2018). Habitualmente escribe guiones y publica artículos en medios de la Argentina y el extranjero.



El espectáculo del tiempo
Juan José Becerra



Lectulandia